Josèt Dilvaç



JACKSON LIBRARY - UNCG
3 0510 2686427 1

JACKSON LIBRARY
UNC GREENSBORO
P. O. BOX 26170
GREENSBORO, NC 27402-6170

NEW BOOKS

DATE DUE

DEC - - 2008	
Interlibrary Loan	
Waco, TX	
DEC 17 2013	
AUG 10 2015 EC	

DEMCO, INC. 38-2931

PQ
8179
S5
1965

OBRAS COMPLETAS
de

JOSE ASUNCION SILVA

I
POESIAS
II
DE SOBREMESA
III
CORRESPONDENCIA

PROLOGO

JOSE ASUNCION SILVA

CUANDO don Hernando Martínez, colector de los escritos en verso y en prosa de José Asunción Silva, me escribió pidiéndome para ellos un prólogo, le contesté no sólo aceptándolo, sino dándole las gracias por el encargo. Me parecía poder decir muchas cosas sobre el dulce poeta bogotano. Y me parecía poder decirlas porque en las lontananzas de mi memoria, entre rumor de hojas secas, susurraban retazos de sus cantos. Su letra se me había volado, pero me quedaban su música íntima, su música silenciosa, música de alas.

Mas ahora, con la blancura del papel delante, encuentro tan en blanco como él mi espíritu y apenas sé por dónde empezar. ¿Cómo reducir a ideas una poesía pura, en que las palabras se adelgazan y ahilan y esfuman hasta convertirse en nube que la brisa del sentimiento arremolina y hace rodar bajo el sol, que en su colmo la blanquea y en su puesta la dora? Porque aquí hay versos blancos de mediodía y rojos de atardecer; más rojos que blancos.

Comentar a Silva es algo así como ir diciendo a un auditorio de las sinfonías de Beethoven lo que va pasando según las notas resbalan a sus oídos. Cada cual vierte en ellas sus propios pesares, quereres y sentires.

Lo primero, ¿qué dice Silva? Silva no puede decirse que diga cosa alguna; Silva canta. Y ¿qué canta? He aquí una pregunta a la que no es fácil contestar desde luego. Silva canta como un pájaro, pero un pájaro triste, que siente el advenimiento de la muerte a la hora en que se acuesta el sol.

> *El verso es vaso santo, poned en él tan sólo*
> *un pensamiento puro.*

Y puros, purísimos son por lo común los pensamientos que Silva puso en sus versos. Tan puros que como tales pensamientos no pocas veces se diluyen en la música interior, en el ritmo. Son un mero soporte de sentimientos.

Y cuando estos pensamientos se acusan, cuando resulta de relieve el elemento conceptual de Silva, es cuando Silva me gusta menos. Su melancolía, su desesperación no son melancolía y desesperación reflexivas, como eran las de Antero de Quental, que, como Silva, se abrió por su mano las puertas de las tinieblas soterrañas. El portugués pensó su huída; el colombiano la sintió.

Y gusto de Silva además porque fué el primero en llevar a la poesía hispanoamericana, y con ella a la española, ciertos tonos y ciertos aires que después se han puesto en moda, degradándose.

"Todos los hegelianos han sido tontos menos Hegel", suele decir un amigo mío, y aun cuando no esté del todo conforme con el aforismo, reconozco su gran fondo de verdad.

No sé bien qué es eso de los modernistas y el modernismo, pues llaman así a cosas tan diversas y hasta

opuestas entre sí, que no hay modo de reducirlas a una común categoría. No sé lo que es el modernismo literario; pero en muchos de los llamados modernistas, en los más de ellos, encuentro cosas que encontré antes en Silva. Sólo que en Silva me deleitan y en ellos me hastían y enfadan.

Y es que uno dice una cosa y con ella ilumina o calienta a sus hermanos; la repite otro y los deja a oscuras y fríos. La idea es la misma; se le apagaron fuego y luz al pasar de uno a otro, y de brasa ardiente y luciente que era se quedó en carbón frío y oscuro.

Y no es que la originalidad de Silva esté ni en sus pensamientos ni en el modo de expresarlos; no está ni en su fondo ni en su forma. ¿Dónde entonces? se me preguntará. En algo más sutil y a la vez más íntimo que una y otro, en algo que los une y acorda, en una cierta armonía que informa el fondo y ahonda la forma, en el tono, o si queréis, en el ritmo interior.

En el ritmo interior, digo, y no en el ritmo meramente acústico de sus versos; no en el sonsonete más o menos brizador en que cifran su afán tantos versificadores que aspiran a poetas. La música de Silva es música de alas, casi silenciosa, o sin casi.

Y ello cuando Silva dejó que su mano corriera sobre el papel al empuje del sentimiento, no cuando la refrenó y, puesta la vista en la técnica —y en una técnica extraña y pegadiza—, urdió versos como aquellos alejandrinos pareados de Un poema.

* * *

¿Y este hombre será olvidado? Me lo hace temer su delicadeza misma, su delicadeza interior. Porque también está olvidado el poeta español que más me lo recuerda, el dulcísimo y delicadísimo Vicente Wenceslao Querol. Leed las Rimas *de Querol y decidme luego si las* Vejeces *de Silva no es un poema queroliano. Y a Querol le han ahogado trompeterías de clarines y guitarreos de serenata morisca, amén de virtuosismos de bandolina de café-concierto.*

Y este Silva, como aquel Querol, como todo poeta de raíz, tenía su infancia a flor de alma. Porque un poeta ¿qué es sino un hombre que ve el mundo con corazón de niño y cuya mirada infantil, a fuerza de pureza, penetra a las entrañas de las cosas pasaderas y de las permanentes? Leed la poesía de Silva Infancia, *leed la carta de Querol a sus hermanos, o aquella maravilla de sentimiento que llama* Ausente.

Y era acaso esta santa permanencia de la infancia en su alma lo que le hacía soñar a Silva el reposo eterno de allende la tumba. Cuanto más largos son hacia atrás nuestros recuerdos y más dulces, más largas y más dulces son hacia adelante nuestras esperanzas. Es la brisa que nos viene de más atrás de nuestro primer vagido, de más allá, hacia ayer, de nuestro nacimiento, la que nos trae recuerdos que, convertidos en esperanzas al pasar sobre nuestro corazón, van, con la brisa misma, brisa de eternidad y de misterio, más adelante de nuestro último suspiro, más allá, hacia el mañana de nuestra muerte. El amor a la infancia y el amor a la muerte se abrazaron en Silva, y ¿quién lo sabe? —sólo Dios— tal vez se cortó la vida por no poder seguir siendo niño en ella. Y

al dejar la prisión que las encierra,
¿qué encontrarán las almas?

Preguntemos más bien: ¿qué dejarán las almas?
La de Silva nos dejó estos cantos.
¿Y qué encontró allá?

¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras [de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y [de lágrimas!

Este hombre cantó lo que ya no era o lo que aún no era, el pasado o el porvenir, y en las cosas viejas, tristes, desteñidas, sin voz y sin color, que saben secretos de las épocas muertas, de las vidas que ya nadie conserva en la memoria, buscó acaso el secreto

del mañana que fué a buscar con anhelo al dejar, con voluntaria resolución, esta morada de paso y de aflicciones. Y se hundió en la naturaleza:

Cuna y sepulcro eterno de las cosas...

¿Lo veis? ¿Veis cómo une una vez más la cuna con el sepulcro? ¿Veis cómo lleva su infancia como ofrenda a la muerte?

¿Encontró la llave del misterio? ¿Leyó el sino en el fondo de las pupilas inmóviles de la eterna Esfinge?

¡Estrellas, luces pensativas!
¡Estrellas, pupilas inciertas!
¿Por qué os calláis si estáis vivas,
y por qué alumbráis si estáis muertas?

* * *

Murió José Asunción Silva en Bogotá, su pueblo natal, despojándose por libre albedrío de la vida, el 24 de mayo de 1896, a los treinta y un años, cinco meses y veintisiete días de edad.

Días antes, pretextando consultarse sobre una enfermedad, hizo que el médico le dibujara en la ropa interior el corazón, por el que vivía y por el que iba a morir. Metió en él una bala. La noche antes leyó, como de costumbre, en la cama. Dejó el libro abierto, como para continuar la lectura. Era una mañana de domingo; su familia, en tanto, asistía a los oficios religiosos del culto católico, a rogar por los vivos y los muertos.

Dos o tres años antes había muerto su hermana Elvira, llevando a la tumba aromas de la común infancia y dejándole soledades. No pudo José Asunción conformarse con el hado. El Nocturno *—¿qué historia habrá dentro de él?— fué su adiós a la vida. Iba allá donde acaso las sombras de las almas se juntan en una y hacen una sola sombra larga, muy larga, infinita, eterna, divina, una sombra tal vez radiante de luz.*

¿Qué hizo en su vida? Sufrir, soñar, cantar. ¿Os parece poco? Sufrir, soñar, cantar y meditar el misterio.

Porque el misterio da vida a los mejores de sus cantos, y persiguiendo el misterio se cansó del camino de la tierra. Persiguiendo el misterio y tratando de encerrar en sus estrofas las pálidas cosas que sonríen, de aprisionar en el verso los fantasmas grises según iban pasando, como nos lo dice él mismo.

Fué una vida de soñador y de poeta, y de Silva cabe decir que es el poeta puro, sin mezcla ni aleación de otra cosa alguna. Y el mundo le rompió con el sueño la vida.

Murió de muerte; murió de tristeza, de ansiedad, de anhelo, de desencanto; murió tal vez para conocer cuanto antes el secreto de la muerte y de la vida.

Se lo preguntó muchas veces, "arrodillado y trémulo", a la tierra, aguardando en las soledades de ella la respuesta, y

la tierra, casi siempre displicente y callada,
al gran poeta lírico no le contestó nada.

Y como nada le contestase la tierra, bajó en busca de contestación a su seno, cuna y sepulcro de cuanto vive, adonde duerme "lo que fué y ya no existe", a dormir a sus anchas —¿sabedor acaso ya del enigma?—

en una angosta sepultura fría,
lejos del mundo y de la vida loca,
en un negro ataúd de cuatro planchas,
con un montón de tierra entre la boca.

Y murió también de hambre. De hambre, sí; de hambre de saber sabiduría sustancial y eterna. Murió del mal del siglo, de un desaliento de la vida que en lo íntimo de él arraigó, del "mismo mal de Werther, de Rolla, de Manfredo y de Leopardi",

un cansancio de todo, un absoluto
desprecio por lo humano..., un incesante
renegar de lo vil de la existencia
digno de mi maestro Schopenhauer,
un malestar profundo que se aumenta
con todas las torturas del análisis.

Y para este terrible mal le recetaron los doctores madrugar, dormir largo, beber bien, comer bien, cui-

darse, diciéndole que lo que tenía era hambre (Véase El mal del siglo). *Y hambre era en verdad, hambre de eternidad.*

* * *

Tal es la nota profunda de los cantos de Silva, el que se despojó por propia mano de la carga del vivir. Todas las demás son a modo de acordes o armónicas de ella. Y entre éstas la nota erótica o, más bien amorosa, en cuanto se trate de amor a mujer.

Silva no es un poeta erótico, como no lo es, en rigor, ninguno de los más grandes poetas. Y estos grandes poetas, que no han hecho del amor a mujer ni el único ni siquiera el central sentimiento de la vida, son los que con más fuerza y originalidad y más intensidad de sentimiento han cantado el amor ése.

Se ha dicho que para aquellos que aman poco —a mujer, se entiende—, ese amor les llena casi toda la vida, mientras que en aquellos que aman mucho, el amor es una cosa subordinada y secundaria. Y no es paradoja, sino cuestión de capacidad espiritual. Este puede amar triple que aquél, y, sin embargo, no ocuparle el amor sino un tercio y en el otro dos tercios.

El amor de Silva, como en Werther, como en Manfredo, como en Leopardi, era un modo de dar pábulo a otros sentimientos; en el amor buscó —estoy de ello seguro— la respuesta de la Esfinge. Silva, en sus versos al menos, no se nos aparece un sensual, mucho menos un carnal. Es en ellos casto, castísimo.

No hay rastro en él de esa peste de la carnalidad que no sólo mancha, sino arramplona y vulgariza las poesías de tantos de los que le han seguido.

Junto al eterno misterio, ¿qué es una noche de placer? A lo sumo un modo de acallar el susurro de él, y Silva no trató de acallarlo sino al despojarse de la vida.

Los jóvenes cuando salen de la infancia y antes de entrar en la virilidad, en esa edad indecisa y ambigua en que se dejó ya de ser niño y aún no se es hombre, se

imaginan que los ojos de la novia son las estrellas mellizas en torno de las cuales gira sumiso el universo todo. Y llegan a creerse que todo arte y toda poesía se encienden no más que en la luz de esos ojos. Y, sin embargo, no es la hermosura de Helena, sino la ira de Aquiles, el centro de la Ilíada; ni es, en rigor, Beatriz más que un pretexto para la Divina Comedia, ni es el amor el quicio cardinal único de las tragedias de Shakespeare, ni Dulcinea es más que un fantasma en el Quijote, ni Margarita otra cosa que un episodio en el Fausto.

Cuando en la literatura de un pueblo se da en cantar ante todo y sobre todo a la mujer por sí misma, es que ese pueblo está enervándose y rebajándose hasta en el amor.

Y Silva parece como si no pasara por esa edad indecisa y ambigua en que sin serse ya niño no se es tampoco aun hombre, sino que su infancia, de la que tan dulces recuerdos canta en sus cantos, se prolongó en su edad madura. ¿Madura? Cortó la madurez al sentir acaso que le ahogaba el verdor, al sentir, como Leopardi, que estamos despojando del verde a toda cosa.

Fue, en rigor la tortura metafísica la que mató a Silva.

Silva de una manera balbuciente y primitiva, con un cierto candor y sencillez infantiles, es un poeta metafísico, aunque haya estetas impenitentes que se horroricen de verme ayuntar esos dos términos. Silva me parece un niño grande que se asoma al brocal del eterno misterio, da en él una voz y se sobrecoge de sagrado terror religioso al recibir el eco de ella prolongado al infinito y perdiéndose en lontananzas ultracósmicas, en el silencio de las últimas estrellas.

* * *

Y este hombre, dónde se hizo? En Bogotá, en el fondo de Colombia, lejos del tumulto de las grandes avenidas de los pueblos, en un remanso, que aunque

no sin sus tempestades interiores, se mantiene aparte de nuestras tormentas de más estrépito que sustancia.

Esa remota Colombia, a la que conocemos sobre todo por la María, *de Jorge Isaacs, es para muchos de los que volvemos ojos inquisitivos a la América española un país de encanto. No ha mucho volvía yo a visitarlo en una novela de Tomás Carrasquilla y me parecía volver a la España campesina de hace unos siglos.*

Bogotá —me lo han dicho los que la conocen— da la impresión de una ciudad antigua española, con su reposo cantado por el campaneo de los conventos. Para llegar a ella desde cualquier punto de la costa se necesitan varios días, parte de navegación fluvial, parte de jornadas en diligencia o caballería. Y para ir de unas a otras capitales, largos viajes también, por escasear los medios rápidos de traslado.

Una población escasa, diseminada en un vasto territorio adonde no llegan las oleadas de emigrantes que inundan otras tierras americanas, una población que ha conservado como ninguna otra de la América española las tradiciones y sentimientos de la apacible colonia. Su lengua, el castellano que se habla y escribe en Colombia, es el que más dejos de casticismo tiene para nosotros; conserva ciertas voces y giros arcaicos que aquí van desapareciendo. Al leer novelas y relatos, sobre todo de la región antioqueña, en el corazón de los Andes, de Carrasquilla, de Latorre, de Rendón, me ha parecido verme transportado a rincones de una España que sólo fué o está yéndose.

En estas tierras, tan favorables para el arte y la poesía, las novedades europeas llegan, pero llegan despacio y llegan, acaso, tamizadas. De nosotros conocen las obras, no los hombres, es decir, lo mejor. Cuando va a dar a sus manos el último número de la última revista o el libro reciente, ya no huele a tinta fresca de imprimir.

Su vida social y política interior transcurre con una cierta relativa independencia de los movimientos que, a la vez que agitan, encadenan las historias de

nuestros respectivos pueblos y es una vida que tiene, por tanto, su sello propio. Un sello que a los españoles nos resulta conocido. Cuando leí los recuerdos de la última guerra civil de allá de Max Grillo, resurgían a mi mente los recuerdos de nuestra última guerra civil carlista. No pueden darse dos cosas más parecidas. Y allí parece presentarse el que llamamos problema religioso con los mismos caracteres con que aquí se presenta, y lo mismo que aquí creo que allí se presenta el fenómeno del paso de aquella sociedad recogida y patriarcal, pero timorata y tal vez gazmoña e hipócrita, a otra sociedad más batida y aireada a soplos de las hojas todas de las rosas de los vientos del espíritu.

Me imagino, creo que bien, lo que fuera una familia y la vida familiar en el seno de aquella sociedad en los tiempos en que Silva abría su alma al mundo, que son casi los mismos, con diferencia de sólo cuatro años, en que yo abrí la mía en un ambiente que estimo no muy distinto del suyo. Y me imagino los vagabundeos del espíritu del poeta en la quietud tranquila de la vida bogotana, en los días iguales.

Digo en los días iguales, porque a los que hemos nacido y vivido en estas latitudes de largos días de verano y largas noches de invierno, de este acortarse y alargarse las jornadas de sol, cambio que pone una cierta novedad, siempre vieja, en el curso de nuestra vida, cambio que distribuye nuestro régimen, a nosotros nos es difícil representarnos lo que esa isócrona repartición del día y de la noche, lo que ese ritmo acompasado y siempre de la luz y las tinieblas —como balance de un péndulo— ha de influir en el ánimo. Un poeta colombiano no puede decir como un poeta escocés que el crepúsculo de la puesta se abrazaba con el del alba con la breve ausencia del sol. La noche de San Juan, ni la de Navidad pueden tener allí el sentido que aquí tienen, porque la Naturaleza no sirve a la tradición que llevaron los colonos, aunque la tradición perdure.

Pero esta monotonía, este ritmo pendular de los días y las noches, trae consigo una eterna primavera,

una apacibilidad constante. ¿No se brizan y duermen en ellas las eternas inquietudes? Y cuando se despiertan, ¿no lo hacen acaso con cierto sobresalto, en la apacible y monótona procesión de los días y los meses?

No es difícil, repito a los que hemos nacido, nos hemos criado y vivimos en zonas de invierno de largas noches y nieves, de verano de largos días y bochornos, que esperamos en cada estación la venidera y según sus vicisitudes arreglamos nuestras ocupaciones, nos es difícil imaginarnos la impresión que esa constancia de la Naturaleza ha de imprimir en el espíritu.

Algo de esta impresión puede rastrearse, creo, en el ritmo pendular de los versos de Silva, en la marcha sosegada de sus estrofas, por dentro de las cuales circula la tristeza monótona del eterno sucederse de los días iguales de una inalterable primavera. ¿Hay acaso, a la larga, nada más triste que la eterna e imperturbable sonrisa de la tierra? ¿Hay nada más enigmático, nada más esfíngico?

* * *

Después de todas estas reflexiones que he ido dejando caer de mi espíritu, lleno de las dulces resonancias de los cantos de Silva y ungido con la unción de su poesía, pensé en un principio hablar de cosas técnicas, de la factura del verso, de su música para el oído carnal, de otras cosillas análogas. Pero ahora me doy cuenta de que no es de este lugar.

Eso sólo importa a los profesionales, y no es a éstos a quienes ahora me dirijo. Ni quiero degradar la memoria de Silva tratándole como a un virtuoso *de la literatura en verso. Todas las disputas de escuelas, de conventículos y de cotarros pasarán; pasarán los que creyeron conquistar un puesto en el Parnaso por haberse dejado llevar de la rutina de mañana, despreciando la de ayer; pasará el vocerío de los jóvenes profesionales —de esos que hacen de la juventud profesión llamándose a sí mismos con ridícula petulancia "nosotros los jóvenes"—; pasarán las caramilladas*

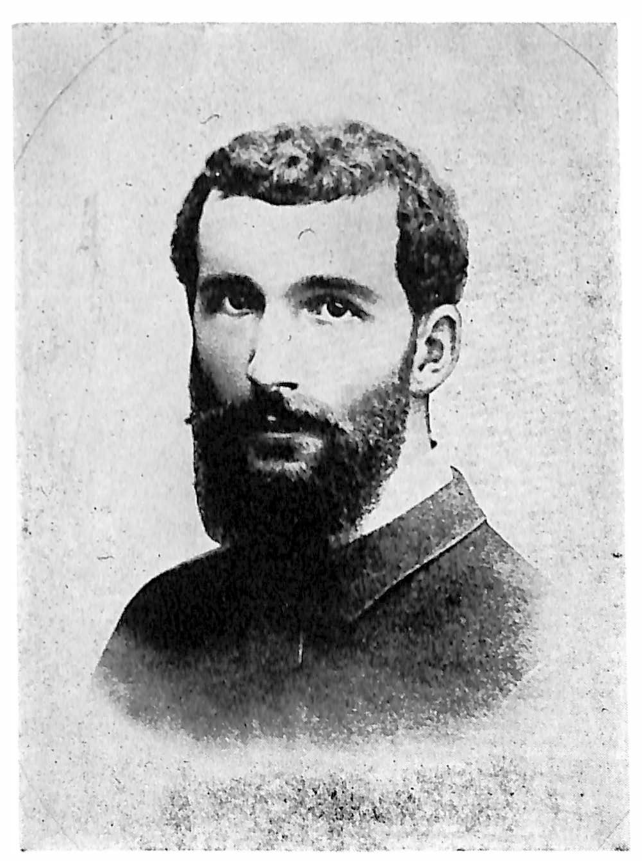
hueras; pasará el pseudo-paganismo afrancesado, pasará... y quedará Silva, que clavó sus ojos en los ojos de la eterna Esfinge y bañó su corazón en el lago —lago de terrible quietud y calma de sobrehaz— de las perdurables e imperecederas inquietudes. Y quedará, además, porque esas inquietudes eternas las cantó como un niño, con simplicidad, porque el tuétano de sus sentimientos no va ligado a formas de escuela filosófica alguna. Silva volvió a descubrir lo que hace siglos estaba descubierto, hizo propias y nuevas las ideas comunes y viejas. Para Silva fué nuevo bajo el sol el misterio de la vida; gustó, creó, el estupor de Adán al encontrarse arrojado del paraíso; gustó el dolor paradisíaco.

Y Silva será un día orgullo de esta nuestra casta hispánica, que le produjo allá, en el sosiego primaveral de la jugosa Colombia, en el remanso Bogotá. ¿Quién sabe si cuando claman al cielo las lenguas broncíneas de sus campanarios no se unen a su canto los cantos de José Asunción Silva como un entrañable miserere?

Miserere, Domine: *Compadécete, Señor, de tu siervo y concédele la dulce paz de la infancia, por la que tanto suspiró en los cantos que tú le inspiraste.*

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, marzo de 1918.



José Asunción Silva

EL LIBRO DE VERSOS

(1891 — 1896)

Al Oído del Lector

No fué pasión aquello,
Fue una ternura vaga...
La que inspiran los niños enfermizos,
Los tiempos idos y las noches pálidas.

El espíritu solo
Al conmoverse canta:
Cuando el amor lo agita poderoso
Tiembla, medita, se recoge y calla.

Pasión hubiera sido
En verdad; estas páginas
En otro tiempo más feliz escritas,
No tuvieran estrofas sino lágrimas.

Infancia

Esos recuerdos con olor de helecho
son el idilio de la edad primera.
G. G. G.

Con el recuerdo vago de las cosas
Que embellecen el tiempo y la distancia
Retornan a las almas cariñosas
Cual bandada de blancas mariposas,
Los plácidos recuerdos de la infancia.

¡Caperucita, Barba Azul, pequeños
Liliputienses; Gulliver gigante
Que flotáis en las brumas de los sueños,
Aquí tended las alas
Que yo con alegría
Llamaré para haceros compañía
Al ratoncito Pérez y a Urdimalas!

¡Edad feliz! Seguir con vivos ojos
Donde la idea brilla,
De la maestra la cansada mano,
Sobre los grandes caracteres rojos
De la rota cartilla,
Donde el esbozo de un bosquejo vago,
Frutos de instantes de infantil despecho,
Las separadas letras juntas puso
Bajo la sombra de impasible techo.

En alas de la brisa
Del luminoso Agosto, blanca, inquieta

A la región de las errantes nubes
Hacer que se levante la cometa
En húmeda mañana;
Con el vestido nuevo hecho jirones,
En las ramas gomosas del cerezo
El nido sorprender de copetones;
Escuchar de la abuela
Las sencillas historias peregrinas;
Perseguir las errantes golondrinas,
Abandonar la escuela
Y organizar horrísona batalla
En donde hacen las piedras de metralla
Y el ajado pañuelo de bandera;
Componer el pesebre
De los silos del monte levantados;
Tras el largo paseo bullicioso
Traer la grama leve,
Los corales, el musgo codiciado.
Y en extraños paisajes peregrinos
Y perspectivas nunca imaginadas,
Hacer de áureas arenas los caminos
Y de talco brillante las cascadas.
Los reyes colocar en la colina
Y colgada del techo
La estrella que sus pasos encamina,
Y en el portal el Niño-Dios riente
Sobre mullido lecho
De musgo gris y verdecino helecho.
¡Alma blanca, mejillas sonrosadas,
Cutis de níveo armiño,
Cabellera de oro,
Ojos vivos de plácidas miradas,
Cuán bello hacéis al inocente niño!
Infancia, valle ameno,
De calma y de frescura bendecida
Donde es süave el rayo
Del sol que abrasa el resto de la vida.
¡Cómo es de santa tu inocencia pura,
Cómo tus breves dichas transitorias,
Cómo es de dulce en horas de amargura
Dirigir al pasado la mirada
Y evocar tus memorias!

Crisálidas

Cuando enferma la niña todavía
Salió cierta mañana
Y recorrió, con inseguro paso
La vecina montaña,
Trajo, entre un ramo de silvestres flores
Oculta una crisálida,
Que en su aposento colocó, muy cerca
De la camita blanca...

....

Unos días después, en el momento
En que ella expiraba,
Y todos la veían, con los ojos
Nublados por las lágrimas,
En el instante en que murió, sentimos
Leve rumor de alas
Y vimos escapar, tender el vuelo
Por la antigua ventana
Que da sobre el jardín, una pequeña
Mariposa dorada...

....

La prisión, ya vacía, del insecto
Busqué con vista rápida;
Al verla vi de la difunta niña
La frente mustia y pálida,
Y pensé ¿si al dejar su cárcel triste
La mariposa alada,
La luz encuentra y el espacio inmenso,
Y las campestres auras,
Al dejar la prisión que las encierra
Qué encontrarán las almas?



Dibujo hecho por Silva cuando tenía once años, dedicado a su abuela doña Mercedes Diago de Gómez.

Los Maderos de San Juan

¡Aserrín!
¡Aserrán!
Los maderos de San Juan,
Piden queso, piden pan,
Los de Roque
Alfandoque,
Los de Rique
Alfeñique
¡Los de triqui, triqui, tran!

Y en las rodillas duras y firmes de la Abuela,
Con movimiento rítmico se balancea el niño
Y ambos agitados y trémulos están,
La abuela se sonríe con maternal cariño
Mas cruza por su espíritu como un temor extraño
Por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño
Los días ignorados del nieto guardarán.

Los maderos de San Juan
Piden queso, piden pan.
¡Triqui, triqui,
triqui, tran!

Esas arrugas hondas recuerdan una historia
De sufrimientos largos y silenciosa angustia
Y sus cabellos, blancos, como la nieve, están.
De un gran dolor el sello marcó la frente mustia
Y son sus ojos turbios espejos que empañaron
Los años, y que, ha tiempos, las formas reflejaron
De cosas y de seres que nunca volverán.

Los de Roque, alfandoque
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Mañana cuando duerma la Anciana, yerta y muda,
Lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,
Donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están
Del nieto a la memoria, con grave son que encierra
Todo el poema triste de la remota infancia
Cruzando por las sombras del tiempo y la distancia
De aquella voz querida las notas vibrarán!

Los de Rique, alfeñique
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Y en tanto en las rodillas cansadas de la Abuela
Con movimiento rítmico se balancea el niño
Y ambos conmovidos y trémulos están,
La Abuela se sonríe con maternal cariño
Mas cruza por su espíritu como un temor extraño
Por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño
Los días ignorados del nieto guardarán.

¡Aserrín!
¡Aserrán!

Los maderos de San Juan
Piden queso, piden pan,
Los de Roque
Alfandoque
Los de Rique
Alfeñique
¡Triqui, triqui, triqui, tran!
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Crepúsculo

Junto a la cuna aún no está encendida
La lámpara tibia, que alegra y reposa,
Y se filtra opaca, por entre cortinas
De la tarde triste la luz azulosa.

Los niños cansados, suspenden los juegos,
De la calle vienen extraños ruidos,
En estos momentos, en todos los cuartos,
Se van despertando los duendes dormidos.

La sombra que sube por los cortinajes,
Para los hermosos oyentes pueriles,
Se puebla y se llena con los personajes
De los tenebrosos cuentos infantiles.

Flota en ella el pobre Rin Rin Renacuajo,
Corre y huye el triste Ratoncito Pérez,
Y la entenebrece la forma del trágico
Barba Azul, que mata sus siete mujeres.

En unas distancias enormes e ignotas,
Que por los rincones oscuros suscita,
Andan por los prados el Gato con Botas,
Y el Lobo que marcha con Caperucita.

Y, ágil caballero, cruzando la selva,
Do vibra el ladrido fúnebre de un gozque,
A escape tendido va el Príncipe Rubio
A ver a la Hermosa Durmiente del Bosque.
....

Del infantil grupo se levanta leve,
Argentada y pura, una vocecilla,
Que comienza: "Entonces se fueron al baile
Y dejaron sola a Cenicentilla!

Se quedó la pobre, triste, en la cocina,
De llanto de pena nublados los ojos,
Mirando los juegos extraños que hacían
En las sombras negras los carbones rojos.

Pero vino el Hada que era su madrina,
Le trajo un vestido de encaje y crespones,
Le hizo un coche de oro de una calabaza,
Convirtió en caballos unos seis ratones,

Le dio un ramo enorme de magnolias húmedas.
Unos zapaticos de vidrio, brillantes,
Y de un solo golpe de la vara mágica
Las cenizas grises convirtió en diamantes!"
. . . .

Con atento oído las niñas la escuchan,
Las muñecas duermen, en la blanda alfombra
Medio abandonadas, y en el aposento
La luz disminuye, se aumenta la sombra.
. . . .

¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas,
Llenos de paisajes y de sugestiones,
Que abrís a lo lejos, amplias perspectivas,
A las infantiles imaginaciones!

Cuentos que nacisteis en ignotos tiempos,
Y que vais volando, por entre lo oscuro,
Desde los potentes Aryas primitivos,
Hasta las enclenques razas del futuro.

Cuentos que repiten sencillas nodrizas
Muy paso, a los niños, cuando no se duermen,
Y que en sí atesoran del sueño poético
El íntimo encanto, la esencia y el germen.

Cuentos más durables que las convicciones
De graves filósofos y sabias escuelas,
Y que rodeasteis con vuestras ficciones,
Las cunas doradas de las bisabuelas.

!Fantásticos cuentos de duendes y hadas
Que pobláis los sueños confusos del niño
El tiempo os sepulta por siempre en el alma
Y el hombre os evoca con hondo cariño!

Al Pie de la Estatua

A Caracas

Con majestad de semidiós, cansado
Por un combate rudo,
Y expresión de mortal melancolía
Alzase el bronce mudo,
Que el embate del tiempo desafía,
Sobre marmóreo pedestal que ostenta
De las libres naciones el escudo
Y las batallas formidables cuenta;
Y su perfil severo,
Que del sol baña la naciente gloria,
Parece dominar desde la altura
El horizonte inmenso de la historia.
Un mundo de nobleza se adivina
En la grave expresión de la escultura
Que el triunfador acero a tierra inclina
Con noble y melancólica postura,
Y tiene el monumento soberano
Alzado de los hombres para ejemplo,
Lo triste de una tumba —do no llega
El vocerío del tumulto humano—
Y la solemne majestad de un templo.
Amplio jardín florido lo circunda
Y se extiende a sus pies, donde la brisa
Que entre las flores pasa
Con los cálices frescos se perfuma,
Y la luz matinal brilla y se irisa
De claros surtidores en la espuma;
Y, do bajo lo verde

De las tupidas frondas,
Sobre la grama de la tierra negra,
Loca turba infantil juega y se pierde
Y del lugar la soledad alegra
Al agitarse en cadenciosas rondas,
Forjando con las risas y los gritos
De las húmedas bocas encarnadas,
Con las rizosas cabecitas blondas
Y las frescas mejillas sonrosadas,
Un idilio de vida sonrïente
Y de alegría fatua,
Al pie del pedestal, donde imponente
Se alza sobre el cielo transparente
La epopeya de bronce de la estatua.

Nada la escena dice
Al que pasa a su lado indiferente
Sin que la poëtice
En su alma el patrio sentimiento...
Fija
En ella sus miradas el poeta,
Con quien conversa el alma de las cosas,
En són que lo fascina,
Para quien tienen una voz secreta,
Las leves lamas grises y verdosas
Que al brotar en la estatua alabastrina
Del beso de los siglos son señales,
Y a quien narran leyendas misteriosas
Las sombras de las viejas catedrales.

Y al ver el bronce austero
Que sobre el alto pedestal evoca
Al héroe invicto de la magna lucha,
Una voz misteriosa que lo toca
En lo más hondo de su ser escucha
Y en el amplio jardín detiene el paso.
Dice la voz de la ignorada boca
Que en el fondo del alma le habla paso:
"Oh, mira el bronce, mira,
Cuál se alza, en el íntimo reposo
De la materia inerte,
Y qué solemne majestad respira
La estatua del coloso
Vencedora del tiempo y de la muerte.

Que resuene tu lira
Para decir que el viento de los siglos,
Que al soplar al través de las edades,
Va tornando en pavesas
Tronos, imperios, pueblos y ciudades,
Se trueca en brisa mansa
Cuando su frente pensativa besa!

"En la feraz llanura
Vivió feliz el indio, cuya seca
Momia por mano amiga sepultada,
Duerme en el fondo de la cripta hueca
Ha siglos olvidada.
A la orilla del lago
En donde el agua, cuando el sol se oculta
Forja un paisaje tenebroso y vago,
Ha siglos vino hispano aventurero
Atravesando la maleza inculta
A abrevar el ligero
Corcel, cansado del penoso viaje,
Cuyas recias pisadas despertaron
Los dormidos murmullos del follaje!

"¡Como sombras pasaron!
¿Quién sus nombres conserva en la memoria?
¡Cómo escapa, perdido,
De las hondas tinieblas del olvido
Un pueblo al veredicto de la historia!
¡Cuántas generaciones olvidadas,
Hoy en las sombras de lo ignoto duermen,
A la fecunda tierra entremezcladas,
Do el humus yace y se dilata el germen,
Que no dejaron al pasar más huellas,
Con sus glorias, sus luchas y sus duelos,
Que la que deja el pájaro que cruza
El azul transparente de los cielos!
"¡Cuántas! ¡Y en cambio, escucha:
Una sola, una sola
Generación se engrandeció en la lucha
Que redimió a la América Española!
¡Y legó a los poetas del futuro,

Más nombres qué cantar, más heroísmos
Que narrar a las gentes venideras,
Que astros guarda el espacio en sus abismos
Y conchas tiene el mar en sus riberas!

"Cuenta la grande hazaña
De aquella juventud que decidida
En guerra abierta con la madre España,
Ofrendó sangre, bienestar y vida;
Canta las rudas épocas guerreras,
De luchas, los potentes paladines
De cuerpos de titán y almas enteras,
Que de América esclava los confines,
Desplegadas al aire las banderas,
Y al rudo galopar de sus bridones,
Recorrieron, llamando a las naciones
Con el bélico son de sus clarines.
Y en la oda potente
Que en sus estrofas sonorosas cuente
El esfuerzo tenaz, la lidia dura,
Que dieron libertad a un continente
Y al hispano dominio sepultura,
Haz surgir la figura
Del Padre de la Patria, cuyas huellas,
Irradian del pasado
En el fondo sombrío,
Como en las noches plácidas y bellas
Júpiter coronado de centellas,
Hace palidecer en el vacío
La lumbre sideral de las estrellas.

"No lo evoque tu acento,
Cuando el designio soberano toma
De redimir la América oprimida,
En la hora sublime y taciturna
En que pronuncia el grave juramento
De la cesárea Roma
En la desierta soledad nocturna;
No, cuando en el fragor de la batalla,
En sus ojos la idea,
Con eléctrico brillo centellea,
Mientras que la metralla

Y el bronco resonar de los cañones
Y el ímpetu de rayo
De los americanos batallones,
Pavor y angustia extrema
Siembran en los deshechos escuadrones
De los nietos del Cid y de Pelayo;
No, cuando la Victoria,
Como mujer enamorada sigue
El paso audaz de su corcel fogoso
Que va a beber del Rímac en las ondas,
Y se le entrega loca y lo persigue;
No, cuando brinda opima
Cosecha de placeres soberanos,
A sus sentidos la opulenta Lima,
Ni cuando el gran concierto
De un continente, Padre le proclama
Y "árbitro de la paz y de la guerra"
Y su nombre la Fama
Esparce a los confines de la tierra.
No, no le cantes en las horas buenas
En que, unido a los vítores triunfales,
Vibró en su oído el son de las cadenas,
Que rompió, de los tiempos coloniales:
Cántalo en las derrotas,
En la escena de grave desaliento
En que sus huestes considera rotas
Por las hispanas filas,
Y perdida la causa sacrosanta,
Y una lágrima viene a sus pupilas,
Y la voz se le anuda en la garganta,
Y recobrando brío,
Y dominando el cuerpo que estremece
De la fiebre el sutil escalofrío,
Grita "Triunfar".

Y la tristeza exalta
De tenebrosa noche de Septiembre
Cuyos negros recuerdos nos oprimen,
En que la turba su morada asalta,
Y femenil amor evita el crimen
Infando... Y luégo cuenta
Las graves decepciones

Que aniquilan su ser, las pequeñeces
De míseras pasiones,
Que, por el campo en que soñó, abundante,
Cosecha ver, de sazonadas mieses,
Van extendiendo míseras raíces,
En torno, cual la yerba
Que el vigor de los gérmenes enerva
Y mata, al envolverlos en sus lazos.
Di su sueño más grande hecho pedazos.
Di el horror suicida
De la primer contienda fratricida,
En que, perdidos los ensueños grandes
De planes soberanos,
Las colosales gradas de los Andes
Moja sangre de hermanos!
¡Oh! di cuando clarea
El misterioso panorama oscuro
Que ofrece a sus miradas el futuro,
Y con sus ojos de águila sondea
Hasta el fin de los tiempos, y adivina
El porvenir de luchas y de horrores
Que le aguarda a la América Latina.
Di las melancolías
De sus últimos días
Cuando a la orilla de la mar, a solas
Sus tristezas profundas acompaña
El tumulto verdoso de las olas;
Cuenta sus postrimeras agonías!
Otros canten el néctar
Que su labio libó: di tú las hieles;
Tú que sabes la magia soberana
Que tienen las ruïnas,
Y al placer huyes y su pompa vana.
Y en la tristeza complacerte sueles;
Di en tus versos, con frases peregrinas
La corona de espinas
Que colocó la ingratitud humana
En su frente, ceñida de laureles.
Y haz el poema sabio
Lleno de misteriosas armonías,
Tal que al decirlo, purifique el labio
Como el carbón ardiente de Isaías;

Hazlo un grano de incienso
Que arda, en desagravio
A su grandeza, que a la tierra asombra,
Y al levantarse al cielo un humo denso
Trueque en sonrisa blanda
El ceño grave de su augusta sombra!

"Deja que, al conmoverse cada fibra
De tu ser, con las glorias que recuerdas,
En ella vibre un canto, como vibra
Una nota melódica en las cuerdas
Del teclado sonoro;
La débil voz levanta:
Inmensa multitud formará el coro;
¡Flota en la luz del sol, estrofa santa!
¡Vibrad, liras sonoras del espíritu!
¡Alzate, inspiración; poeta, canta!..."

¡Oh! no, cuanto pudiera
(Así en interno diálogo responde,
Del poeta la voz), el bronce augusto
Sugerir de emoción grave y sincera,
Escrito está en la forma
Que en clásico decir buscó su norma,
Por quien bebió en la vena
De la robusta inspiración latina.
Y apartando la arena
Tomó el oro más puro de la mina
Y lo fundió con cariñoso esmero,
Y en estrofas pulidas cual medallas
Grabó el perfil del ínclito guerrero...
¡Oh recuerdos de trágicas batallas!
¡Oh recuerdos de luchas y victorias!
¡No será nuestra enclenque
Generación menguada
La que entrar ose al épico palenque
A cantar nuestras glorias!
¡Oh siglo que declinas:
Te falta el sentimiento de lo grande!
Calla el poeta y si la estrofa escande
Huye la vasta pompa
Y le da blando son de bandolinas
Y no tañido de guerrera trompa!

¡Oh sacrosantos manes
De los que "Patria y Libertad" clamando
Perecisteis en trágicas palestras:
Más bien que orgullo, humillación sentimos
Si vamos comparando
Nuestras vidas triviales con las vuestras!
Somos como enfermizo descendiente
De alguna fuerte raza,
Que expuestos en histórica vitrina
Mira el escudo, el yelmo, la tizona
Y la férrea coraza
Que para combatir de Palestina
En la distante zona,
En la cruzada se ciñó el abuelo;
Al pensar, baja la mirada al suelo,
Con vergüenza sombría,
Que si el arnés pesado revistiera
De aquél cuya firmeza y bizarría
En el campo feral causaba asombros
Bajo su grave peso cedería
La escasa resistencia de sus hombros...
¡Oh Padre de la Patria!
Te sobran nuestros cantos; tu memoria
Cual bajel poderoso
Irá surcando el océano oscuro
Que ante su dura quilla abre la historia
Y llegará a las playas del futuro.
Junto a lo perdurable de tu gloria,
Es el rítmico acento
De los que te cantamos
Cual los débiles gritos de contento
Que lanzan esos niños, cuando en torno
Giran del monumento;
Mañana, tras la vida borrascosa
Dormirán en la tumba, hechos ceniza,
Y aun alzará a los cielos su contorno
El bronce que tu gloria inmortaliza.

Dice el poeta, y tiende la mirada,
Por el amplio jardín, donde la brisa
Que entre las flores pasa,
En los cálices frescos se perfuma,
Y la luz matinal brilla y se irisa

De claros surtidores en la espuma;
Y, do, bajo lo verde
De las tupidas frondas,
Sobre la grama de la tierra negra,
Loca turba infantil grita y se pierde
Y la tristeza del lugar alegra
Al agitarse en cadenciosas rondas,
Forjando con las risas y los gritos
De las húmedas bocas encarnadas,
Con las rizosas cabecitas blondas
Y las frescas mejillas sonrosadas,
Un idilio de vida sonriente
Y de alegría fatua
Al pie del pedestal, donde imponente
Se alza sobre el cielo transparente
La epopeya de bronce de la estatua.

Juntos los Dos

Juntos los dos reímos cierto día...
¡Ay, y reímos tanto
Que toda aquella risa bulliciosa
Se tornó pronto en llanto!

Después juntos los dos alguna noche,
Lloramos mucho, tanto,
Que quedó como huella de las lágrimas
Un misterioso encanto!

Nacen hondos suspiros de la orgía
Entre las copas cálidas
Y en el agua salobre de los mares,
Se forjan perlas pálidas!

A veces cuando en alta noche

A veces, cuando en alta noche tranquila,
Sobre las teclas vuela tu mano blanca,
Como una mariposa sobre una lila
Y al teclado sonoro notas arranca,
Cruzando del espacio la negra sombra
Filtran por la ventana rayos de luna,
Que trazan luces largas sobre la alfombra,
Y en alas de las notas a otros lugares,
Vuelan mis pensamientos, cruzan los mares.
Y en gótico castillo donde en las piedras
Musgosas por los siglos, crecen las yedras,
Puestos de codos ambos en tu ventana
Miramos en las sombras morir el día
Y subir de los valles la noche umbría
Y soy tu paje rubio, mi castellana,
Y cuando en los espacios la noche cierra,
El fuego de tu estancia los muebles dora,
Y los dos nos miramos y sonreímos
Mientras que el viento afuera suspira y llora!
....

¡Cómo tendéis, las alas, ensueños vanos,
Cuando sobre las teclas vuelan sus manos.

Facsímile del poema "Ronda"

Ronda

Poeta, di paso
Los furtivos besos...

. . . .

La ronda... los recuerdos... ~~Temblabas y eras mía~~
La luna no vertía
Allí ni un solo rayo, temblabas y eras mía
El aire estaba tibio. Fijo el follaje espeso.
Una errante luciérnaga alumbró nuestro beso...
El contacto amoroso de tus labios de seda...
La selva oscura y ~~negra~~ mística fue la alcoba sombría
El musgo, en ese sitio tiene olor de reseda
Filtró luz por las ramas cual si llegara el día
La luna, entre las pálidas nieblas aparecía

Poeta, di paso
Los íntimos besos...

De las noches más dulces te acuerdas, todavía
En señorial alcoba, do la tapicería
Amortiguaba el ruido, con sus hilos espesos,
Palpitante en mis brazos.
Desnuda tú en mis brazos, fueron míos tus besos,
Tus labios perfumados como una
Tu cuerpo de veinte años sobre la roja seda,
Tus cabellos dorados y tu melancolía
Tus caricias de virgen y tu olor de reseda...

. . . .

Apenas alumbraba la lámpara sombría
Los desteñidos sedas de la tapicería

Poeta, di paso
El último beso....

De la trágica noche me acuerdo todavía
El ataúd heráldico en el salón yacía
Fatigado mi cuerpo por vigilias y excesos
Oí, como á distancia, los monótonos rezos,
Tú, marchita, yerta y rígida entre la negra seda,
La llama de los cirios temblaba y se movía,

Perfumaba la atmósfera un olor de reseda...
Un crucifijo pálido, los brazos, extendía,
Y estaba pálida y cándida tu boca que fue mía.

Poeta, a las sombras
Temblando me volvía

24/12/89

J. A. Silva

Poeta, di paso

¡Poeta, di paso

Los furtivos besos!..

¡La sombra! ¡Los recuerdos! La luna no vertía
Allí ni un solo rayo... Temblabas y eras mía.
Temblabas y eras mía bajo el follaje espeso,
Una errante luciérnaga alumbró nuestro beso,
El contacto furtivo de tus labios de seda...
La selva negra y mística fué la alcoba sombría...
En aquel sitio el musgo tiene olor de reseda...
Filtró luz por las ramas cual si llegara el día,
Entre las nieblas pálidas la luna aparecía...

¡Poeta, di paso

Los íntimos besos!

¡Ah, de las noches dulces me acuerdo todavía!
En señorial alcoba, do la tapicería
Amortiguaba el ruido con sus hilos espesos
Desnuda tú en mis brazos, fueron míos tus besos;
Tu cuerpo de veinte años entre la roja seda,
Tus cabellos dorados y tu melancolía,
Tus frescuras de virgen y tu olor de reseda...
Apenas alumbraba la lámpara sombría
Los desteñidos hilos de la tapicería.

¡Poeta, di paso

El último beso!

¡Ah, de la noche trágica me acuerdo todavía!
El ataúd heráldico en el salón yacía,
Mi oído fatigado por vigilias y excesos,
Sintió como a distancia los monótonos rezos!
Tú, mustia, yerta y pálida entre la negra seda,
La llama de los cirios temblaba y se movía,
Perfumaba la atmósfera un olor de reseda,
Un crucifijo pálido los brazos extendía
Y estaba helada y cárdena tu boca que fué mía!

Facsímile del "Nocturno"

Nocturno

Una noche,
Una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de músicas de alas
Una noche
En que ardían en la sombra nupcial y húmeda, las luciérnagas fantásticas,
A mi lado, lentamente, contra mí ceñida, toda,
Muda y pálida
Como si un presentimiento de amarguras infinitas,
Hasta el fondo más secreto de tus fibras te agitara,
Por la senda que atraviesa la llanura florecida
Caminabas,
Y la luna llena
Por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca
Y tu sombra
Fina y lánguida,
Y mi sombra
Por los rayos de la luna proyectada
Sobre las arenas tristes
De la senda se juntaban
Y eran una
Y eran una
Y eran una sola sombra larga!
Y eran una sola sombra larga!
Y eran una sola sombra larga!

Esta noche
Sólo, el alma
Llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
Separado de ti misma, por la sombra, por el tiempo y la distancia,
Y por ~~ese espacio~~ el infinito negro,
Donde nuestra voz no alcanza,
Solo y mudo
~~Por la senda que atraviesa la llanura~~
Por la senda caminaba,
Y se oían los ladridos de los perros á la luna,
A la luna pálida
Y el chillido
De las ranas,
~~Hacías~~ Sentí frío, era el frío que tenían en la alcoba
Tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
Entre las blancuras níveas
De las ~~mortuorias~~ sábanas!
Era el frío del sepulcro, era el frío de la muerte,
Era el frío de la nada...
Y mi sombra
Por los rayos de la luna proyectada,
Iba sola
Iba sola
Iba sola por la estepa solitaria!
Y tu sombra esbelta y ágil
Fina y lánguida,

Como en esa noche tibia de la muerta primavera,
Como en esa noche llena de perfumes, de murmullos
y de músicas de alas,
Se acercó y marchó con Ella.
Se acercó y marchó con Ella,
Se acercó y marchó con Ella... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras que se buscan y se juntan en las noches
de negruras y de lágrimas!..

Una noche

Una noche,
Una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de
[músicas de alas,
Una noche,
En que ardían en la sombra nupcial y húmeda, las
[luciérnagas fantásticas,
A mi lado, lentamente, contra mí ceñida, toda,
Muda y pálida
Como si un presentimiento de amarguras infinitas,
Hasta el fondo más secreto de tus fibras te agitara,
Por la senda que atraviesa la llanura florecida
Caminabas,
Y la luna llena
Por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía
[su luz blanca,
Y tu sombra
Fina y lánguida,
Y mi sombra
Por los rayos de la luna proyectada
Sobre las arenas tristes
De la senda se juntaban
Y eran una
Y eran una
¡Y eran una sola sombra larga!
¡Y eran una sola sombra larga!
¡Y eran una sola sombra larga!

Esta noche
Solo, el alma
Llena de las infinitas amarguras y agonías de tu
[muerte,

Separado de ti misma, por la sombra, por el tiempo
[y la distancia,
Por el infinito negro,
Donde nuestra voz no alcanza,
Solo y mudo
Por la senda caminaba,
Y se oían los ladridos de los perros a la luna,
A la luna pálida
Y el chillido
De las ranas,
Sentí frío, era el frío que tenían en la alcoba
Tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
Entre las blancuras níveas
De las mortüorias sábanas!
Era el frío del sepulcro, era el frío de la muerte,
Era el frío de la nada...
Y mi sombra
Por los rayos de la luna proyectada,
Iba sola,
Iba sola,
¡Iba sola por la estepa solitaria!
Y tu sombra esbelta y ágil
Fina y lánguida,
Como en esa noche tibia de la muerta primavera,
Como en esa noche llena de perfumes, de murmullos
[y de músicas de alas,
Se acercó y marchó con ella,
Se acercó y marchó con ella,
Se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras en-
[lazadas!
¡Oh las sombras que se buscan y se juntan en las
[noches de negruras y de lágrimas!...

La voz de las cosas

¡Si os encerrara yo en mis estrofas
Frágiles cosas que sonreís
Pálido lirio que te deshojas
Rayo de luna sobre el tapiz
De húmedas flores, y verdes hojas
Que al tibio soplo de Mayo abrís,
Si os encerrara yo en mis estrofas.
Pálidas cosas que sonreís!

¡Si aprisionaros pudiera el verso
Fantasmas grises, cuando pasáis,
Móviles formas del Universo,
Sueños confusos, seres que os vais,
Osculo triste, suave y perverso
Que entre las sombras al alma dais,
Si aprisionaros pudiera el verso
Fantasmas grises cuando pasáis!

Obra humana

En lo profundo de la selva añosa
Donde una noche, al comenzar de Mayo,
Tocó en la vieja enredadera hojosa
De la pálida luna el primer rayo.

Pocos meses después la luz de aurora,
Del gas en la estación, iluminaba
El paso de la audaz locomotora,
Que en el carril durísimo cruzaba.

Y en donde fuera en otro tiempo el nido,
Albergue muelle del alado enjambre,
Pasó por el espacio un escondido
Telegrama de amor, por el alambre.

A R S

El verso es vaso santo; poned en él tan sólo,
Un pensamiento puro,
En cuyo fondo bullan hirvientes las imágenes
Como burbujas de oro de un viejo vino oscuro.

Allí verted las flores que en la continua lucha,
Ajó del mundo el frío,
Recuerdos deliciosos de tiempos que no vuelven,
Y nardos empapados en gotas de rocío.

Para que la existencia mísera se embalsame
Cual de una esencia ignota
Quemándose en el fuego del alma enternecida
De aquel supremo bálsamo basta una sola gota!

Vejeces

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
Sin voz y sin color, saben secretos
De las épocas muertas, de las vidas
Que ya nadie conserva en la memoria,
Y a veces a los hombres, cuando inquietos
Las miran y las palpan, con extrañas
Voces de agonizante, dicen, paso,
Casi al oído, alguna rara historia
Que tiene oscuridad de telarañas,
Són de laúd y suavidad de raso.

¡Colores de anticuada miniatura,
Hoy, de algún mueble en el cajón, dormida;
Cincelado puñal; carta borrosa,
Tabla en que se deshace la pintura
Por el tiempo y el polvo ennegrecida;
Histórico blasón, donde se pierde
La divisa latina, presuntuosa,
Medio borrada por el líquen verde;
Misales de las viejas sacristías;
De otros siglos fantásticos espejos
Que en el azogue de las lunas frías
Guardáis de lo pasado los reflejos;
Arca, en un tiempo de ducados llena,
Crucifijo que tanto moribundo,
Humedeció con lágrimas de pena
Y besó con amor grave y profundo;
Negro sillón de Córdoba; alacena
Que guardaba un tesoro peregrino
Y donde anida la polilla sola;

Sortija que adornaste el dedo fino
De algún hidalgo de espadín y gola;
Mayúsculas del viejo pergamino;
Batista tenue que a vainilla hueles;
Seda que te deshaces en la trama
Confusa de los ricos brocateles;
Arpa olvidada que al sonar, te quejas;
Barrotes que formáis un monograma
Incomprensible en las antiguas rejas,
El vulgo os huye, el soñador os ama
Y en vuestra muda sociedad reclama
Las confidencias de las cosas viejas!

El pasado perfuma los ensueños
Con esencias fantásticas y añejas
Y nos lleva a lugares halagüeños
En épocas distantes y mejores;
Por eso a los poetas soñadores,
Les son dulces, gratísimas y caras,
Las crónicas, historias y consejas,
Las formas, los estilos, los colores,
Las sugestiones místicas y raras
Y los perfumes de las cosas viejas.

Resurrecciones

Como naturaleza
cuna y sepulcro eterno de las cosas,
el alma humana tiene ocultas fuerzas,
silencios, luces, músicas y sombras;

Sobre una eterna esencia
pasos instables de caducas formas
y senos ignorados
de la vida y la muerte se eslabonan.

Nacen follajes húmedos
de cuerpos descompuestos en las fosas,
adoraciones nuevas
de los altares en las aras rotas.

Mariposas

En tu aposento tienes,
En urna frágil,
Clavadas mariposas
Que si brillante,
Rayo de sol las toca
Parecen nácares
O pedazos de cielo,
Cielos de tarde,
O brillos opalinos
De alas süaves;
Y allí están las azules
Hijas del aire
Fijas para siempre,
Las alas ágiles,
Las alas, peregrinas
De ignotos valles
Que como los deseos
De tu alma amante
A la aurora parecen
Resucitarse,
Cuando de tus ventanas
Las hojas abres
Y da el sol en tus ojos
Y en los cristales.

Nupcial

Como una flor rosada, la novia, bajo el diáfano
Cendal que al pelo rubio sujeta la corona,
Frente al altar solemne y entre el incienso místico
A las delicias íntimas de un sueño se abandona
Y al novio que la mira, no puede sonreír,

Y la esperanza
De besos puros,
Que a los futuros
Días, la avanza
Y la hace huír
A las fantásticas
Horas cercanas,
Vibra en las músicas
De las campanas!

Entre las copas frágiles expira la champaña,
En la enervante atmósfera flota un olor de fiesta,
El vals ondula y bulle, y agítanse las últimas
Parejas a los sones lejanos de la orquesta,
¡El nupcial cortejo se aleja y va a partir!

Y la importuna
Melancolía
Del muerto día
Que hace la luna,
Lenta surgir,
Del cielo pálido
Por los confines
Vibra en la música
De los violines!

... ? ...

Estrellas que entre lo sombrío,
De lo ignorado y de lo inmenso,
Asemejáis en el vacío,
Jirones pálidos de incienso;

Nebulosas que ardéis tan lejos
En el infinito que aterra
Que sólo alcanzan los reflejos
De vuestra luz hasta la tierra;

Astros que en abismos ignotos
Derramáis resplandores vagos,
Constelaciones que en remotos
Tiempos adoraron los Magos;

Millones de mundos lejanos,
Flores de fantástico broche,
Islas claras en los oceanos
Sin fin, ni fondo de la noche;

Estrellas, luces pensativas!
Estrellas, pupilas inciertas!
¿Por qué os calláis si estáis vivas
Y por qué alumbráis si estáis muertas?...

Serenata

La calle está desierta; la noche fría;
Velada por las nubes pasa la luna;
Arriba está cerrada la celosía,
Y las notas vibrantes, una por una,
Suenan cuando los dedos fuertes y ágiles,
Mientras la voz que canta, ternuras narra,
Hacen que vibren las cuerdas frágiles
De la guitarra.

La calle está desierta; la noche fría;
Una nube borrosa tapó la luna;
Arriba está cerrada la celosía
Y se apagan las notas, una por una.
Tal vez la serenata con su ruido
Busca un alma de niña que ama y espera,
Como buscan alares donde hacer nido
Las golondrinas pardas en primavera.

La calle está desierta; la noche fría;
En un espacio claro brilló la luna;
Arriba ya está abierta la celosía
Y se apagan las notas una por una,
El cantor con los dedos fuertes y ágiles,
De la vieja ventana se asió a la barra
Y dan como un gemido las cuerdas frágiles
De la guitarra.

Taller moderno

Por el aire del cuarto, saturado
De un olor de vejeces peregrino,
Del crepúsculo el rayo vespertino
Va a desteñir los muebles de brocado.

El piano está del caballete al lado
Y de un busto del Dante el perfil fino,
Del arabesco azul de un jarrón chino,
Medio oculta el dibujo complicado.

Junto al rojizo orín de una armadura,
Hay un viejo retablo, donde inquieta,
Brilla la luz del marco en la moldura,

Y parecen clamar por un poeta
Que improvise del cuarto la pintura
Las manchas de color de la paleta.

Un poema

Soñaba en ese entonces en forjar un poema,
De arte nervioso y nueva obra audaz y suprema,

Escogí entre un asunto grotesco y otro trágico
Llamé a todos los ritmos con un conjuro mágico

Y los ritmos indóciles vinieron acercándose,
Juntándose en las sombras, huyéndose y buscándose,

Ritmos sonoros, ritmos potentes, ritmos graves,
Unos cual choques de armas, otros cual cantos de aves.

De Oriente hasta Occidente, desde el Sur hasta el Norte
De metros y de formas se presentó la corte.

Tascando frenos áureos bajo las riendas frágiles
Cruzaron los tercetos, como corceles ágiles;

Abriéndose ancho paso por entre aquella grey
Vestido de oro y púrpura llegó el soneto rey,

Y allí cantaron todos... Entre la algarabía,
Me fascinó el espíritu, por su coquetería

Alguna estrofa aguda que excitó mi deseo,
Con el retintín claro de su campanilleo.

Y la escogí entre todas... Por regalo nupcial
Le di unas rimas ricas, de plata y de cristal.

En ella conté un cuento, que huyendo lo servil.
Tomó un carácter trágico, fantástico y sutil,

Era la historia triste, desprestigiada y cierta
De una mujer hermosa, idolatrada y muerta,

Y para que sintieran la amargura, exprofeso,
Junté sílabas dulces como el sabor de un beso,

Bordé las frases de oro, les di música extraña
Como de mandolinas que un laúd acompaña,

Dejé en una luz vaga las hondas lejanías
Llenas de nieblas húmedas y de melancolías

Y por el fondo oscuro, como en mundana fiesta,
Cruzan ágiles máscaras al compás de la orquesta,

Envueltas en palabras que ocultan como un velo,
Y con caretas negras de raso y terciopelo,

Cruzar hice en el fondo las vagas sugestiones
De sentimientos místicos y humanas tentaciones...

Complacido en mis versos, con orgullo de artista,
Les di olor de heliotropos y color de amatista...

Le mostré mi poema a un crítico estupendo...
Y lo leyó seis veces y me dijo... ¡No entiendo!

Midnight dreams

Anoche, estando solo y ya medio dormido,
Mis sueños de otras épocas se me han aparecido.

Los sueños de esperanzas, de glorias, de alegrías
Y de felicidades que nunca han sido mías,

Se fueron acercando en lentas procesiones
Y de la alcoba oscura poblaron los rincones,

Hubo un silencio grave en todo el aposento
Y en el reloj la péndola detúvose al momento.

La fragancia indecisa de un olor olvidado,
Llegó como un fantasma y me habló del pasado.

Vi caras que la tumba desde hace tiempo esconde.
Y oí voces oídas ya no recuerdo dónde.
....
Los sueños se acercaron y me vieron dormido,
Se fueron alejando, sin hacerme ruïdo

Y sin pisar los hilos sedosos de la alfombra
Y fueron deshaciéndose y hundiéndose en la sombra!



Don Ricardo Silva



Elvira Silva

Paisaje tropical

Magia adormecedora vierte el río
En la calma monótona del viaje
Cuando borra los lejos del paisaje
La sombra que se extiende en el vacío.

Oculta en sus negruras el bohío
La maraña tupida y el follaje
Semeja los calados de un encaje
Al caer del crepúsculo sombrío.

Venus se enciende en el espacio puro,
La corriente dormida una piragua
Rompe en su viaje rápido y seguro

Y con sus nubes el poniente fragua
Otro cielo rosado y verdeoscuro
En los espejos húmedos del agua.

Lázaro

Ven, Lázaro, gritóle
El Salvador, y del sepulcro negro
El cadáver alzóse entre el sudario,
Ensayó caminar, a pasos trémulos,
Olió, palpó, miró, sintió, dió un grito
y lloró de contento.

Cuatro lunas más tarde, entre las sombras
Del crepúsculo oscuro, en el silencio
Del lugar y la hora, entre las tumbas
De antiguo cementerio.
Lázaro estaba, sollozando a solas
Y envidiando a los muertos.

Luz de luna

Ella estaba con él... A su frente
Pensativa y pálida
Penetrando al través de las rejas
De antigua ventana
De la luna naciente venían
Los rayos de plata,
El estaba a sus pies, de rodillas,
Perdido en las vagas
Visiones que cruzan en horas felices
Los cielos del alma!
Con las trémulas manos asidas,
Con el mudo fervor de los que aman,
Palpitando en los labios los besos,
Entrambos hablaban
El lenguaje mudo
Sin voz ni palabras
Que en momentos de dicha suprema,
Tembloroso el espíritu habla...
....

El silencio que crece... la brisa
Que besa las ramas,
Dos seres que tiemblan, la luz de la luna
Que el paisaje baña,
¡Amor, un instante detén allí el vuelo,
Murmura tus himnos de triunfo y recoge las alas!
....

Unos meses después, él dormía
Bajo de una lápida
El último sueño de que nadie vuelve

El último sueño de paz y de calma.

. . . .

Anoche, una fiesta
Con su grato bullicio animaba
De ese amor el tranquilo escenario.
¡Oh burbujas del rubio champaña!
¡Oh perfume de flores abiertas!
¡Oh girar de desnudas espaldas!
¡Oh cadencias del valse que mueve
Torbellinos de tules y gasas!
Allí estuvo, más linda que nunca,
Por el baile tal vez agitada
Se apoyó levemente en mi brazo,
Dejamos las salas
Y un instante después penetramos
En la misma estancia
Que un año antes no más la había visto
Temblando, callada,
¡Cerca de él!. . .
. . .Amorosos recuerdos,
Tristezas lejanas,
Cariñosas memorias que vibran,
Como sones de arpa,
Tristezas profundas
Del amor, que en sollozos estallan,
Presión de sus manos,
Són de sus palabras,
Calor de sus besos,
¿Por qué no volvisteis a su alma?. . .

. . . .

A su pecho no vino un suspiro
A sus ojos no vino una lágrima
Ni una nube nubló aquella frente
Pensativa y pálida
Y mirando los rayos de luna
Que al través de la reja llegaban,
Murmuró con su voz donde vibran,
Como notas y cantos y músicas de campanas vibrantes
[de plata:
Qué valses tan lindos!
¡Qué noche tan clara!

Muertos

En los húmedos bosques, en otoño,
Al llegar de los fríos, cuando rojas,
Vuelan sobre los musgos y las ramas
En torbellinos, las marchitas hojas,
La niebla al extenderse en el vacío
Le da al paisaje mustio un tono incierto
Y el follaje do huyó la savia ardiente
Tiene un adiós para el verano muerto
    Y un color opaco y triste
    Como el recuerdo borroso
    De lo que fué y ya no existe.
En los antiguos cuartos hay armarios
Que en el rincón más íntimo y discreto,
De pasadas locuras y pasiones
Guardan, con un aroma de secreto,
Viejas cartas de amor, ya desteñidas
Que obligan a evocar tiempos mejores,
Y ramilletes negros y marchitos,
Que son como cadáveres de flores
    Y tienen un olor triste
    Como el recuerdo borroso
    De lo que fué y ya no existe.

Y en las almas amantes cuando piensan
En perdidos afectos y ternuras
Que de la soledad de ignotos días
No vendrán a endulzar horas futuras,
Hay el hondo cansancio que en la lucha,
Acaba de matar a los heridos,
Vago como el color del bosque mustio
Como el olor de los perfumes idos,
    Y el cansancio aquél es triste
    Como el recuerdo borroso
    De lo que fué y ya no existe.

Triste

Cuando al quererlo la suerte
Se mezclan a nuestras vidas,
De la ausencia o de la muerte,
Las penas desconocidas,

Y, envueltos en el misterio
Van, con rapidez que asombra,
Amigos al cementerio,
Ilusiones a la sombra,

La intensa voz de ternura
Que vibra en el alma amante
Como entre la noche oscura
Una campana distante,

Saca recuerdos perdidos
De angustias y desengaños
Que tienen ocultos nidos
En las ruinas de los años,

Y que al cruzar aleteando
Por el espacio sombrío
Van en el sér derramando
Sueños de angustia y de frío

Hasta que alguna lejana,
Idea consoladora,
Que irradia en el alma humana
Como con lumbre de aurora,

En su lenguaje difuso
Entabla con nuestros duelos
El gran diálogo confuso
De las tumbas y los cielos.

Psicopatía

El parque se despierta, ríe y canta
En la frescura matinal... La niebla
Donde saltan aéreos surtidores,
De arco iris se puebla
Y en luminosos velos se levanta.
Su olor esparcen entreabiertas flores,
Suena en las ramas verdes el pío, pío,
De los alados huéspedes cantores,
Brilla en el césped húmedo el rocío...
¡Azul el cielo! ¡Azul!... Y la süave
brisa que pasa, dice:
¡Reíd! ¡Cantad! ¡Amad! ¡La vida es fiesta!
¡Es calor, es pasión, es movimiento!
Y forjando en las ramas una orquesta,
Con voz grave lo mismo dice el viento,
Y por entre el sutil encantamiento,
De la mañana sonrosada y fresca,
De la luz, de las yerbas y las flores,
Pálido, descuidado, soñoliento,
Sin tener en la boca una sonrisa
Y de negro vestido
Un filósofo joven se pasea,
Olvida luz y olor primaverales,
E impertérrito sigue en su tarea
De pensar en la muerte, en la conciencia
Y en las causas finales!
Lo sacuden las ramas de azalea,
Dándole al aire el aromado aliento
De las rosadas flores,
Lo llaman unos pájaros, del nido

Do cantan sus amores,
Y los cantos risueños
Van por entre el follaje estremecido,
A suscitar voluptüosos sueños
Y él sigue su camino, triste, serio,
Pensando en Fichte, en Kant, en Vogt, en Hegel,
Y del *yo* complicado en el misterio!
La chicuela del médico que pasa,
Una rubia adorable, cuyos ojos
Arden como una brasa,
Abre los labios húmedos y rojos
Y le pregunta al padre, enternecida...
—Aquel señor, papá, ¿de qué está enfermo,
Qué tristeza le anubla así la vida?
Cuando va a casa a verle a usted, me duermo,
Tan silencioso y triste... ¿Qué mal sufre?...
... Una sonrisa el profesor contiene,
Mira luégo una flor, color de azufre,
Oye el canto de un pájaro que viene,
Y comienza de pronto, con descaro...
—Ese señor padece un mal muy raro,
Que ataca rara vez a las mujeres
Y pocas a los hombres..., hija mía!
Sufre este mal: ...pensar..., esa es la causa
De su grave y sutil melancolía...
El profesor después hace una pausa
Y sigue... —En las edades
De bárbaras naciones,
Serias autoridades
Curaban ese mal dando cicuta,
Encerrando al enfermo en las prisiones
O quemándolo vivo... Buen remedio!
Curación decisiva y absoluta
Que cortaba de lleno la disputa
Y sanaba al paciente... mira el medio,
La profilaxia en fin... Antes, ahora
El mal reviste tantas formas graves,
La invasión se dilata aterradora
Y no la curan polvos ni jarabes;
En vez de prevenirlo los Gobiernos
Lo riegan y estimulan,
Tomos gruesos, revistas y cuadernos,

Revuelan y circulan
Y dispersan el germen homicida...
El mal, gracias a Dios, no es contagioso
Y lo adquieren muy pocos: en mi vida,
sólo he curado a dos... Les dije:
"Mozo,
Váyase usted a trabajar de lleno,
En una fragua negra y encendida
O en un bosque espesísimo y sereno;
Machaque hierro hasta arrancarle chispas,
O tumbe viejos troncos seculares
Y logre que lo piquen las avispas,
Si lo prefiere usted, cruce los mares
De grumete en un buque, duerma, coma,
Muévase, grite, forcejee y sude,
Mire la tempestad cuando se asoma,
Y los cables de popa ate y anude,
Hasta hacerse diez callos en las manos
Y limpiarse de ideas el cerebro!..."
Ellos lo hicieron y volvieron sanos...
"Estoy tan bien, doctor..." —Pues lo celebro!
Pero el joven aquél es caso grave,
Como conozco pocos,
Más que cuantos nacieron piensa y sabe,
Irá a pasar diez años con los locos,
Y no se curará sino hasta el día
En que duerma a sus anchas
En una angosta sepultura fría,
Lejos del mundo y de la vida loca,
Entre un negro ataúd de cuatro planchas,
Con un montón de tierra entre la boca!

Don Juan de Covadonga

Don Juan de Covadonga, un calavera,
Sin Dios, ni rey, ni ley, y cuyo hermano,
Hernando el mayor, era,
Después de haber llevado airada vida
Prior de cierto convento en Talavera,
Don Juan, el poderoso, el cortesano,
Grande de España, seductor de oficio,
El hombre en cuya mano
Tuvo grandeza excepcional el vicio,
Después de amar, de odiar, de lograr todo,
Cuanto es posible e imposible, un día
Sintió el cansancio de la vida, el lodo
De cuantos goces le ofreció la suerte,
Se mezcló a su tenaz melancolía
El ansia de consuelos superiores;
Pensó en Dios, pensó en Dios, pensó en la muerte,
Pensó en la eternidad y desprendido
Del lujo, del amor, de los honores,
Escribió a la Duquesa de Vilorte
Diciéndole un adiós, definitivo,
Arregló todo, abandonó la Corte,
Y sin un escudero, al paso vivo
De su yegua andaluza, macilento,
Huyendo del pecado, fugitivo,
Por ignorada vía
Llegó a la portería
Silenciosa y oscura del convento.

—¿Nuestro padre Prior?..., preguntó al lego,
—En oración, hermano.

—¡Por la vida!

¿Lo llamará vuesamerced?... —Ahora,
Es imposible, hermano... Vuelva luego;
Es imposible ahora... Extasis santo,
Cuando reza lo embarga. —Mas le ruego,
Yo estoy aquí perdiéndome, entre tanto,
Siento la angustia del infierno, el fuego...
—Sírvase entrar al locutorio... —Vanos
Placeres, del Señor sonó la hora,
Don Juan dijo, al entrar, mundo, hasta luégo!
Y por fin se encontraron los hermanos...

Don Juan, perdido en crápulas y excesos,
Temblándole las manos,
Con el aire de un pobre arrepentido
Y la boca marchita por los besos,
Y Hernando, el Prior, brillándole en los ojos,
Un fuego juvenil, siempre encendido,
Y süaves y rojos
Los labios por las santas oraciones
Y el olvido del mundo y sus pasiones.

—¿Orando tú?..., le dijo,
Don Juan, con voz monótona y cansada,
Lejos de todo, en la quietud suprema
De la vida del claustro... cuando fijo,
Temblando, una mirada
En el abismo actual de mi miseria,
Sueño también en el retiro... —¿Cómo,
Interrumpió el Prior, la cosa es seria?
¿Te arruinaste por fin? La de Vilorte,
La archiduquesa de cabellos rubios...
La dama más airosa de la Corte,
La rival de la reina en el donaire?...
Aún de sus besos guardas los efluvios...
¿Qué pasa por allá?... ¡Si traes un aire!
Oye, Juan, mira hermano... Aquí en la triste
Vida conventüal, todo reviste
Un aspecto satánico, mis horas
Tienen angustias indecibles, mira,
Un enjambre de formas tentadoras,
Entre mi celda, por la noche, gira,
Y huye... De la oración con los empeños
Lo disipo por fin... Ansío el oro,

Suenan choques de armas en mis sueños,
Flota un olor de besos en el coro,
Y es mi vida una lucha prolongada,
De rudos sacrificios,
En que domo la carne alborotada,
Con ayunos y rezos y cilicios...
Y yo llegué al convento... ¡pobre loco!
Triste y arrepentido,
Soñando en fin en descansar un poco,
Y en ansiedades místicas, perdido...
Pero, dime, ¿a qué vienes?...
—Yo por verte,
Dijo don Juan, por verte, a toda prisa,
Y por darte noticia de la muerte
De don Sancho de Téllez, tú, mi santo,
Por su eterno descanso di una misa!
Y al salir por el negro camposanto,
En que el convento oscuro se prolonga,
Ansiando la quietud de los que fueron,
Por la primera vez se humedecieron
Los ojos de don Juan de Covadonga!

Día de difuntos

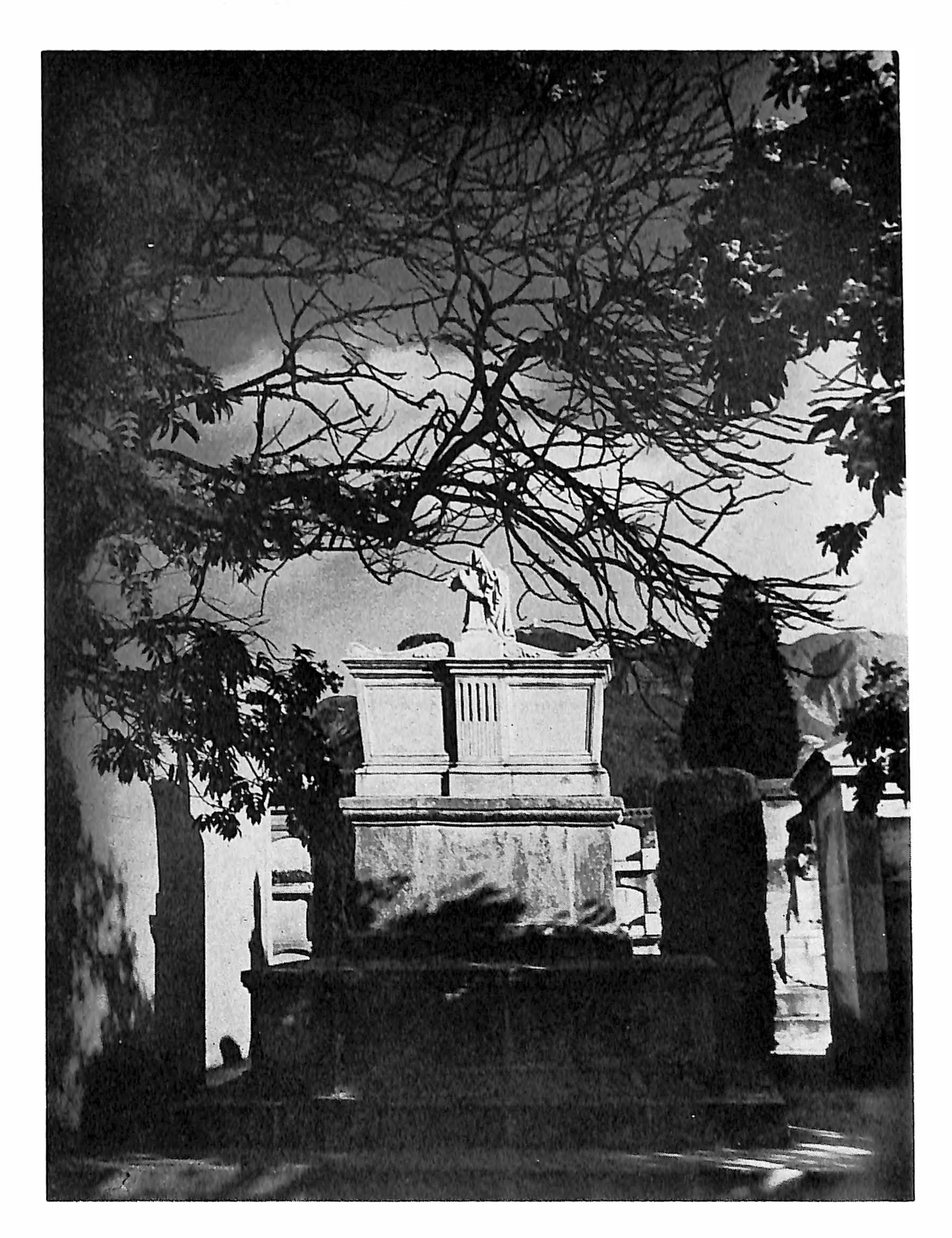
La luz vaga... opaco el día,
La llovizna cae y moja
Con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría.
Por el aire tenebroso ignorada mano arroja
Un oscuro velo opaco de letal melancolía,
Y no hay nadie que, en lo íntimo, no se aquiete y se [recoja
Al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría,
Y al oír en las alturas
Melancólicas y oscuras
Los acentos dejativos
Y tristísimos e inciertos
Con que suenan las campanas
Las campanas plañideras que les hablan a los vivos
De los muertos!
Y hay algo angustioso e incierto
Que mezcla a ese sonido su sonido,
E inarmónico vibra en el concierto
Que alzan los bronces al tocar a muerto,
Por todos los que han sido!
Es la voz de una campana
Que va marcando la hora,
Hoy lo mismo que mañana,
Rítmica, igual y sonora,
Una campana se queja,
Y la otra campana llora,
Esa tiene voz de vieja,
Esta de niña que ora.
Las campanas más grandes, que dan un doble recio
Suenan con un acento de místico desprecio,

Mas la campana que da la hora,
Ríe, no llora.
Tiene en su timbre seco sutiles ironías,
Su voz parece que habla de goces, de alegrías,
De placeres, de citas, de fiestas y de bailes,
De las preocupaciones que llenan nuestros días,
Es una voz del siglo entre un coro de frailes,
Y con sus notas se ríe,
Escéptica y burladora,
De la campana que ruega,
De la campana que implora
Y de cuanto aquel coro conmemora,
Y es porque con su retintín
Ella midió el dolor humano
Y marcó del dolor el fin;
Por eso se ríe del grave esquilón
Que suena allá arriba con fúnebre són,
Por eso interrumpe los tristes conciertos
Con que el bronce santo llora por los muertos...
¡No la oigáis, oh bronces! no la oigáis, campanas,
Que con la voz grave de ese clamoreo,
Rogáis por los seres que duermen ahora
Lejos de la vida, libres del deseo,
Lejos de las rudas batallas humanas!
¡Seguid en el aire vuestro bamboleo,
No la oigáis, campanas!
¿Contra lo imposible qué puede el deseo?
Allá arriba suena,
Rítmica y serena,
Esa voz de oro
Y sin que lo impidan sus graves hermanas
Que rezan en coro,
La campana del reló
Suena, suena, suena ahora,
Y dice que ella marcó
Con su vibración sonora
De los olvidos la hora,
Que después de la velada
Que pasó cada difunto,
En una sala enlutada
Y con la familia junto
En dolorosa actitud

Mientras la luz de los cirios
Alumbraba el ataúd
Y las coronas de lirios,
Que después de la tristura
De los gritos de dolor,
De las frases de amargura,
Del llanto desgarrador,
Marcó ella misma el momento
En que con la languidez
Del luto huyó el pensamiento
Del muerto, y el sentimiento...
Seis meses más tarde o diez...
Y hoy, día de muertos, ahora que flota,
En las nieblas grises la melancolía,
En que la llovizna cae, gota a gota,
Y con sus tristezas los nervios embota,
Y envuelve en un manto la ciudad sombría,
Ella que ha medido la hora y el día
En que a cada casa, lúgubre y vacía
Tras del luto breve volvió la alegría;
Ella que ha marcado la hora del baile
En que al año justo, un vestido aéreo,
Estrena la niña, cuya madre duerme
Olvidada y sola, en el cementerio
Suena indiferente a la voz de fraile
Del esquilón grave y a su canto serio;
Ella que ha medido la hora precisa,
En que a cada boca, que el dolor sellaba,
Como por encanto volvió la sonrisa,
Esa precursora de la carcajada;
Ella que ha marcado la hora en que el viudo
Habló de suicidio y pidió el arsénico
Cuando aun en la alcoba, recién perfumada,
Flotaba el aroma del ácido fénico
Y ha marcado luégo la hora en que, mudo
Por las emociones con que el goce agobia,
Para que lo unieran con sagrado nudo,
A la misma iglesia fue con otra novia;
Ella no comprende nada del misterio
De aquellas quejumbres que pueblan el aire,
Y lo ve en la vida todo jocoserio
Y sigue marcando con el mismo modo

El mismo entusiasmo y el mismo desgaire
La huída del tiempo que lo borra todo!
Y eso es lo angustioso y lo incierto,
Que flota en el sonido
Esa es la nota irónica que vibra en el concierto
Que alzan los bronces al tocar a muerto.
Por todos los que han sido!
Esa es la voz fina y sutil,
De vibraciones de cristal,
Que con acento juvenil
Indiferente al bien y al mal,
Mide lo mismo la hora vil,
Que la sublime o la fatal
Y resuena en las alturas,
Melancólicas y oscuras,
Sin tener en su tañido
Claro, rítmico y sonoro,
Los acentos dejativos
Y tristísimos e inciertos
De aquel misterioso coro,
Con que ruegan las campanas, las campanas,
Las campanas plañideras
Que les hablan a los vivos
De los muertos!

Monumento de José Asunción Silva en el cementerio central de Bogotá



Las voces silenciosas

(De Lord Tennyson)

¡Oh voces silenciosas de los muertos!
Cuando la hora muda
Y vestida de fúnebres crespones,
Desfilar haga ante mis turbios ojos
Sus fantasmas inciertos,
Sus pálidas visiones...

¡Oh voces silenciosas de los muertos!
En la hora que aterra
No me llaméis hacia el pasado oscuro,
Donde el camino de la vida cruza
Los valles de la tierra.

¡Oh voces silenciosas de los muertos!
Llamadme hacia la altura
Donde el camino de los astros corta
La *gélida negrura;*
Hacia la playa donde el alma arriba,
Llamadme entonces, voces silenciosas,
¡Hacia arriba!... ¡hacia arriba!...

Primera comunión

Todo en esos momentos respiraba
 una pureza mística:
las luces matinales que alumbraban
 la ignorada capilla,
los cantos religiosos que pausados
 hasta el cielo subían,
el aroma suave del incienso
 al perderse en espiras,
las voces ulteriores de otro mundo
 sonoras y tranquilas,
los dulces niños colocados junto
 al altar de rodillas,
y hasta los viejos santos en los lienzos
 de oscura, vaga tinta,
bajo el polvo de siglos que los cubre
 mudos se sonreían.

Las golondrinas

(De P. J. Béranger)

En la ribera del Maure
encorvado por los hierros
de la prisión, tristemente,
así cantaba un guerrero:
"Os vuelvo a ver, pajarillos
que dais al invierno el ala,
golondrinas portadoras
de piadosas esperanzas,
que venís a estos desiertos,
desde mi risueña Francia;
¿no os detendréis por un instante breve
a contarme algo de mi hermosa patria?

"¿Cerca de donde nací,
en el alar de mi choza,
entre blando y tibio nido
nació alguna de vosotras?
¿De una madre desdichada
que hacia la tumba camina,
que a cada momento espera
oír, como antes oía,
el ruido de mis pasos,
y sin oírlo agoniza,
de su amor, de su pena, de sus lágrimas,
no me habláis, pasajeras golondrinas?

"Ha tres años os conjuro
a traerme algún recuerdo

de mi valle, en que soñaba
con un porvenir risueño;
del arroyo transparente
en la encantadora orilla
en donde crecen frondosas
como en guirnaldas, las tilas,
en un tranquilo rodeo
¿habéis visto mi casita?
¿Del valle idolatrado de mi infancia
no me habláis, pasajeras golondrinas?

"Decidme, ¿casó mi hermana?
¿Visteis los alegres jóvenes
de nuestro pueblo, en las nupcias
celebrarla en sus canciones?
¿Volvieron a nuestra aldea
los que entraron en la liza,
y me siguieron valientes
cuando en batalla reñida
me lanzaba presuroso,
a las lanzas enemigas?
¿De los caros amigos de la infancia
no me habláis, pasajeras golondrinas?

"Sobre sus cuerpos tal vez
el enemigo cobarde
toma de nuevo el camino
que conduce a nuestro valle,
y mientras manda cual dueño
en mi tranquila cabaña
e interrumpe el venturoso
himeneo de mi hermana,
rodeado estoy de hierros
sin quien por mí vierta lágrimas.
¡Golondrinas, errantes golondrinas!
¿no me habláis de los males de la patria?"

Realidad

(De Víctor Hugo)

Naturaleza es una dondequiera,
en Japón o en Gonesa, —las distancias
suprime y son lo mismo Triptolemo
y Dombasle, la toga y las enaguas.

Lavallière con su Luis, entre la regia
carroza blasonada,
es tan feroz cual la chipriota Venus
en el capullo de la concha blanca.

¡Oh mis hijos! ¡Oh hermanos! ¡Oh poetas!
Decid si existe el hecho, la palabra.
Sed espíritus puros y haced siempre,
no hay nada bajo para nobles almas.

En Poestum se convierte en hipo triste
la risa de Sileno, a Príapo canta
Horacio, y cruza Bottom, el grotesco,
de Shakespeare por el drama.

¡No tiene la verdad límites, hijo!
Del gran Pan, dios bestial, la hirsuta barba
y los cuernos torcidos se columbran
del ideal tras de la frente pálida.

Voz de marcha

A orillas de la senda de la vida,
ya fatigado se sentó el mancebo,
y murmuró con voz adolorida:
"Cansada el alma llevo.

"Inútil es seguir, ruda la carga:
de la existencia humana sólo brota
honda tristeza, pertinaz y amarga,
cual del laúd la nota.

"No alumbra en el futuro luz de aurora,
en lo más hondo el entusiasmo ha muerto,
sólo eres, esperanza soñadora,
miraje del desierto.

"¡Ay!, y el amor y la amistad mentiras;
como brumas vacilan las ideas,
sólo tristeza y desaliento inspiras,
vida, ¡maldita seas!"

Renegó de virtud y de nobleza,
y de pasado y porvenir maldijo;
pero en el aire, entre la sombra espesa,
oyó una voz que dijo:

"Por más que traiga el viento tempestuoso
entre las alas blanquecina escarcha,
oíd del siglo el grito poderoso,
oíd la voz de marcha.

"¿Conque os cansó lo rudo del camino?,
¿conque está el corazón agonizante?...

Pensad que sólo sois un peregrino...
Y ¡seguid adelante!

"Al doblar los recodos del sendero
la muchedumbre, en la primer cruzada,
gritaba al ver un pueblo en el otero:
—¡Jerusalén sagrada!

"Cuántas veces, su engaño repetido,
al apagarse el entusiasmo ardiente,
al viento poderoso del olvido
se doblegó su frente.

"Cuántas veces volviera a su memoria
de la patria el recuerdo cariñoso,
huyera de ella la ambición de gloria
y deseara el reposo!

"Pero una tarde, tarde vislumbrada
en místicos ensueños, de improvisto
contempló la ciudad santificada
por la pasión del Cristo.

"Seguid, seguid. ¡Y si en la ruta umbrosa
el paso os cierra levantado monte,
subid hasta su cumbre tenebrosa
y ved el horizonte!

"Tal vez el porvenir guarde en su seno,
que hoy os parece lóbrego y oscuro,
de claridades misteriosas lleno,
un rayo de luz puro.

"Tal como son, hirvientes, las marinas
aguas que pasman de temor al verlas,
en el fondo, entre conchas nacarinas,
guardan pálidas perlas.

"¡Marchad! ¡Marchad! Y al fin de la partida
torne un momento a confortar el alma
el recuerdo feliz de una cumplida
misión de paz y calma.

"Mas si os cansó lo rudo del camino,
y si está el corazón agonizante,
pensad que sólo sois un peregrino...
Y ¡seguid adelante!

"Pide el siglo potente y majestuoso,
cuya voz, conmovida el alma escucha,
quien lidie sin cansancio ni reposo
del progreso en la lucha."

Alzó el joven los miembros agitados,
cual los del muerto ante el poder divino,
y se limpió los ojos enturbiados
y prosiguió camino.

El viento arriba murmuró querellas,
rompió la luz los tenebrosos velos,
y, temblando, brillaron las estrellas
en lo alto de los cielos.

Estrellas fijas

Cuando ya de la vida
el alma tenga, con el cuerpo, rota,
y duerma en el sepulcro
esa noche más larga que las otras,

mis ojos, que en recuerdo
del infinito eterno de las cosas,
guardaron sólo, como de un ensueño,
la tibia luz de tus miradas hondas,

al ir descomponiéndose
entre la oscura fosa,
verán, en lo ignorado de la muerte,
tus ojos... destacándose en las sombras.

El recluta

Hasta que manos piadosas
algún sepulcro le dieron,
al bajar de la cañada,
junto a las matas de helecho,
destrozada la cabeza
por una bala rémington;
con la blusa de bayeta
y la camisa de lienzo,
un escapulario santo
colgado al huesoso cuello,
los pantalones de manta
manchados de barro fresco,
las rudas manos crispadas,
los ojos aún abiertos,
y la sangre, ya viscosa,
pegándole los cabellos,
estuvo toda la noche
de aquel combate sangriento
abandonado el cadáver
del pobre recluta muerto.

¿Su nombre?... Un oscuro nombre...
Dijunto Juan Abudelo,
cuando hablan de la campaña
lo nombran los compañeros...
¿Su madre?... Una pobre madre,
que en el rancho, al pie del cerro,
abandonada y estúpida
pasa los días inciertos.
¿Su vida?..., una oscura vida,

la vida vaga de un cuerpo,
que fué tranquila y sin odios
hasta en el cuartel infecto,
do penetrado de frío,
que le calaba los huesos
y que tiritar le hacía
bajo el *bayetón* deshecho,
conoció toda la angustia
de largas noches sin sueño,
y de tristes soledades,
el pobre recluta muerto.

Los soldados que seguían
en titánicos esfuerzos,
de Egipto a los arenales
y de Rusia a los desiertos,
al hombre de ojos de águila
y de caprichos de hierro,
tenían tras el reñido
batallar, largo y supremo,
en cada voz un halago,
en cada mandato un premio.
Mas del capitán Londoño,
que fué su jefe en el Cuerpo,
sólo conoció dos órdenes
de detención y de cepo,
un planazo en las espaldas
y el modo de gritar: "¡Juego!",
hasta la tarde en que, herido
en el combate siniestro,
cayó, gritando: "¡Adiós, mama!",
el pobre recluta muerto.

La calavera

En el derruído muro
de la huerta del convento,
en un agujero oscuro
donde, al pasar, silba el viento,

y, como una dolorida
queja a las piedras arranca,
hay, en el fondo, escondida
una calavera blanca.

De algún fraile soñador
de vida ejemplar y bella,
y dedicada al Señor,
en el mundo única huella.

Abre los ojos, sin fondo,
como a visiones extrañas,
y del vacío en lo hondo
forjan telas las arañas.

Húmedo musgo grisoso
recubre la antigua grieta,
donde en supremo reposo
descansa ignorada y quieta.

Pero hasta a aquella escondida
mansión, la brisa ligera
lleva murmullos de vida
y olores de primavera.

Golondrinas, que en sus marchas
dejaron el patrio río,
huyendo de las escarchas,
de las brumas y del frío,

cuando la luz del Poniente
filtra por el hondo hueco
y hace parecer viviente
el cráneo rígido y seco,

desde las negras ruïnas,
alzan sosegado vuelo,
y en sus vueltas peregrinas
tocan las ramas y el suelo,

como buscando en el prado,
ya por la tarde, sombrío,
el espíritu elevado
que habitó el cráneo vacío.

A Diego Fallón

Cuando de tus estancias sonorosas
las solemnes imágenes,
en los lejanos siglos venideros
ya no recuerde nadie;
cuando estén olvidados para siempre
tus versos adorables,
y un erudito, en sus estudios lentos,
descubra a Núñez de Arce,
aun hablarán, a espíritus que sueñen
las selvas seculares
que se llenan de nieblas y de sombras
al caer de la tarde.
Tendrán vagos murmullos misteriosos
el lago y los juncales,
nacerán los idilios
entre el musgo, a la sombra de los árboles,
y seguirá forjando sus poemas
Naturaleza amante
que rima en una misma estrofa inmensa
los leves nidos y los hondos valles.

Notas perdidas

¡Bajad a la pobre niña,
bajadla con mano trémula
y con cuidadoso esmero
entre la fosa ponedla,
y arrojad sobre su tumba
fríos puñados de tierra!
¡Aún sobre sus labios rojos
la sonrisa postrimera,
tan joven y tan hermosa,
y descansa helada, yerta,
y está marchito el tesoro
de su dulce adolescencia!
¡Bajad a la pobre niña,
bajadla con mano trémula
y con cuidadoso esmero
entre la fosa ponedla,
y arrojad sobre su tumba
fríos puñados de tierra!

*

¡Cavad ahora otra fosa,
cavadla con mano trémula,
de la sonriente niña
del triste sepulcro cerca,
para que lejos del mundo
su sueño postrero duerman
mis recuerdos de cariño
y mis memorias más tiernas!
¡Bajadlos desde mi alma,
bajadlos con mano trémula
y arrojad sobre su fosa
fríos puñados de tierra!

La ventana

Oh! temps évanouis! Oh! splendeurs éclipsées!
Oh! soleil descendus derrière l'horizon!

VICTOR HUGO

Al frente de un balcón, blanco y dorado,
obra de nuestro siglo diez y nueve...,
hay en la estrecha calle una muy vieja
ventana colonial. Bendita rama
adorna la gran reja
de barrotes de hierro colosales,
que tiene en lo más alto un monograma
hecho de incomprensibles iniciales.

A la lumbre postrera
del sol en Occidente, ¿quién no espera
mirar allí, sombría,
medio perdida en la rizada gola,
la cabeza severa
de algún oidor, o los oscuros ojos
de una dama española
de nacarada tez y labios rojos,
que al venir de la hermosa Andalucía
a la colonia nueva
el germen de letal melancolía
por el recuerdo de la patria lleva?
¡Pero no, ni las sombras le han quedado
de los que vió perderse en el pasado!;
loca turba infantil la invade ahora;
uno ríe, otro llora.

A la palma bendita
la niña arranca retejida rama,
y mientras uno al compañero llama
con incansable afán, el otro grita.

No guarda su memoria
de la ventana la vetusta historia,
y sólo en ella fija
la atención el poeta
para quien tienen una voz secreta
los líquenes grisosos
que, al nacer en la estatua alabastrina,
del beso de los siglos son señales,
y a quien narran poemas misteriosos
las sombras de las viejas catedrales.
Hoy hace más de un siglo, ha muchos años,
ella escuchó la cántiga española
que tristes desengaños
o desventuras amorosas narra
de la alta noche en la quietud serena,
acompañada en la gentil guitarra
por noble caballero,
a quien tornara con la estrofa grata
el recuerdo de alegre serenata
dada en la aristocrática Sevilla,
cabe el Guadalquivir, do en claras noches
la calada Giralda se retrata
y la luz de la luna limpia brilla.
La brisa, dulce y leve
como las vagas formas del deseo,
llevó al pasar por los barrotes duros
aroma de azahares y de lirios
en las risueñas fiestas de himeneo;
juramentos de amor, santos y puros;
de mortuorios cirios
el triste olor, las plácidas historias
con que la noble abuela
a rubio nieto adormeció en la cuna,
y la oración que hacia los cielos vuela
suave como los rayos de la luna.
Inútil, allí, a solas,
ella miró pasar generaciones

como pasan, con raudo movimiento
sobre la playa las marinas olas,
en la sombra los coros de visiones
y las aristas leves en el viento;
¡y ora mira la turba de los niños
de risueñas mejillas sonrosadas,
que al asomar tras de la fuerte reja
sonriente semeja
un ramo de camelias encarnadas!

¡Ay! todo pasará: niñez risueña,
juventud sonriente,
edad viril que en el futuro sueña,
vejez llena de afán...
....
...Tal vez mañana
cuando de aquellos niños queden sólo
las ignotas y viejas sepulturas,
aun tenga el mismo sitio la ventana.

Sus dos mesas

DE SOLTERA:

En los tallados frascos guardados los olores
de las esencias diáfanas, dignas de alguna hurí;
un vaso raro y frágil do expiran unas flores;
el iris de un diamante; la sangre de un rubí
cuyas facetas tiemblan con vivos resplandores
entre el lujoso estuche de seda carmesí,
y frente del espejo la epístola de amores
que al irse para el baile dejó olvidada allí...

DE CASADA:

Un biberón que guarda mezcladas dos terceras
partes de leche hervida, y una de agua de cal,
la vela que reclama las despabiladeras
desde la palmatoria verdosa de metal;
en rotulado frasco, cerca de las tijeras,
doscientos gramos de una loción medicinal;
un libro de oraciones, dos cucharas dulceras,
un reverbero viejo y un chupo y un pañal.

Nocturno

Oh dulce niña pálida, que como un montón de oro
de tu inocencia cándida conservas el tesoro;
  a quien los más audaces, en locos devaneos,
  jamás se han acercado con carnales deseos;
tú, que adivinar dejas inocencias extrañas
en tus ojos velados por sedosas pestañas,
  y en cuyos dulces labios —abiertos sólo al rezo,
  jamás se habrá posado ni la sombra de un beso...
Dime quedo, en secreto, al oído, muy paso,
con esa voz que tiene suavidades de raso:
  si entrevieras dormida a aquél con quien tú sueñas,
tras las horas de baile rápidas y risueñas,
y sintieras sus labios anidarse en tu boca
y recorrer tu cuerpo, y en su lascivia loca
  besar todos sus pliegues de tibio aroma llenos
  y las rígidas puntas rosadas de tus senos;
si en los locos, ardientes y profundos abrazos
agonizar soñaras de placer en sus brazos,
  por aquél de quien eres todas las alegrías,
  ¡oh dulce niña pálida!, di, ¿te despertarías?

El alma de la rosa

Volvió del rico baile. Está dormida
en el mullido lecho,
y tal es el silencio de la estancia,
que no se escucha un eco.

Cerca de ella —en velador tallado
en cincelada copa—
está con los diamantes de la fiesta
una marchita rosa.

De repente sus hojas se conmueven,
y mientras todo calla,
entre el silencio de la oscura noche
se oye una voz que canta:

"Temblorosa, cubierta de rocío,
y perfumada y fresca,
tu mano me tomó para llevarme
a la brillante fiesta.

Y al regresar de allí sólo traías
mi marchito cadáver,
única huella de mi leve paso
por este triste valle.

¡Adiós, jardín querido! ¡Adiós, hermanas,
¡Murmullos de los vientos!
¡Adiós, tardes doradas! ¡Adiós, vida!
Por adorarte he muerto.

Sobre el tul perfumado del vestido,
cerca del níveo pecho,
donde van de los ojos de los hombres
a posarse los besos,

expiré, poco ha, sin que vertieran
tus ojos una lágrima.
¡Mas cuántos no querrán morir así,
sobre tu pecho, ingrata!

Poesía viva

Es de noche, cariñosa
lámpara vierte su lumbre
y baña en vaga luz rosa
la pared y la techumbre.

En el corredor sombrío
óyese el viento silbar,
pero no llega su frío
hasta el rincón del hogar,

do ella, amorosa y sencilla,
en una actitud risueña,
apoyada en la mejilla
la mano medita y sueña.

Y con profundo cariño
contempla la cuna leve
en donde descansa un niño
tan blanco como la nieve.

Mientras el esposo amante
lee con voz agitada,
a la luz tibia y brillante
de la lámpara rosada:

"En estos días risueños
de nuestros meses queridos,
se llena el alma de ensueños
como los bosques de nidos.

Vemos tras de la neblina,
como al través de un encaje;
el contorno se adivina
del verde oscuro follaje.

La sombra crepuscular
que crece en el horizonte
envuelve el prado y el mar
y las llanuras y el monte.

Mas la noche no me aterra,
si rompen su oscuro velo
sus pupilas en la tierra
y los astros en el cielo.

¡Oh! mira cómo destaca
la luna el bosque sombrío,
y, temblando, se retrata
en los cristales del río.

Su luz los espacios puebla
de visiones fugitivas,
y forja en la láctea niebla
ideales perspectivas..."

Pero de pronto el poeta
hace en su lectura pausa,
quiere buscar con inquieta
vista la emoción que causa,

y nota que la mujer
de ojos negros y pie breve
se ha dormido sin querer
junto a la cuna de nieve.

Imitación

(De Maurice de Guérin)

Pequeñas cavidades
hay en la cumbre de la inmensa roca,
a cuyos pies acompasadas baten
sobre la playa, las movibles olas.

Guardan allí las grietas estancadas
de la lluvia las gotas,
y a beberlas, a veces, se detienen
las errantes bandadas de palomas.

Yo suelo por las tardes
ir a la cima a sollozar a solas,
y mi llanto se mezcla con las aguas
entre las piedras toscas.

Sueltas bandadas, que al morir el día,
tendéis el vuelo entre la lumbre rósea
con que, al ponerse el sol en Occidente,
ilumina la atmósfera.

¡Jamás bebáis las aguas escondidas
en la gigante roca,
que mis lágrimas tienen la amargura
de las marinas ondas!

A un pesimista

Hay demasiada sombra en tus visiones,
algo tiene de plácido la vida;
no todo en la existencia es una herida
donde brote la sangre a borbotones.

La lucha tiene sombra; y las pasiones
agonizantes, la ternura huída,
todo lo amado que al pasar se olvida
es fuente de angustiosas decepciones.

Pero, ¿por qué dudar, si aún ofrecen,
en el remoto porvenir oscuro,
calmas hondas y vívidos cariños

la ternura profunda, el beso puro
y manos de mujer, que amantes mecen
las cunas sonrosadas de los niños?

Oración

En el aposento estrecho,
en la blanca pared fijo,
tiene muy cerca del lecho
donde duerme, un crucifijo
que, como a dulces abrazos
llamando al ánima vil,
tiende los rígidos brazos
sobre una cruz de marfil.
Y de espinas coronada
dobla la cabeza inerte,
de noble expresión, helada
por el beso de la muerte.
En ese sitio, amorosa
la oración de ritmo breve,
va de sus brazos de rosa
hacia los brazos de nieve.

... ? ...

¿Por qué de los cálidos besos,
de las dulces idolatradas
en noches jamás olvidadas,
nos matan los locos excesos?

¿Son sabios los místicos rezos
y las humildes madrugadas
en celdas tan sólo adornadas
con una cruz y cuatro huesos?

¡No, soñadores de infinito!
De la carne el supremo grito
hondas vibraciones encierra;

dejadla gozar de la vida
antes de caer, corrompida,
en las negruras de la tierra.

A tí

Tú no lo sabes, mas yo he soñado
entre mis sueños color de armiño,
horas de dicha con tus amores,
besos ardientes, quedos suspiros
cuando la tarde tiñe de oro
esos espacios que juntos vimos,
cuando mi alma su vuelo emprende
a las regiones de lo infinito.

A tí

De luto está vestida,
sembrada está de abrojos
la senda de mi vida,
sin luz y sin placer.
Apártame tus ojos,
no quiero tus miradas,
no quiero tus sonrisas,
memorias son cenizas,
y llamas apagadas
se vuelven a encender.

Sonetos negros

I

Tiene instantes de intensas amarguras
la sed de idolatrar que al hombre agita,
Del Supremo Señor la faz bendita
ya no ríe del cielo en las alturas.

¡Qué poco logras, Fe, cuando aseguras
término a su ansiedad, que es infinita
y otra vida después, do resucita
y halla, en mundo mejor, horas más puras!

Sin columna de luz, que en el desierto
guíe su paso a punto conocido,
continúa el crüel peregrinaje,

para encontrar en el futuro incierto
las soledades hondas del olvido
tras las fatigas del penoso viaje.

II

¿El pensamiento humano? No sonrías
si al llegar, las nociones verdaderas
a polvo imperceptible de Quimeras
reducen tu ilusión, con manos frías.

Deja las peligrosas fantasías
y busca en perfumadas primaveras
todo el supremo bienestar, que esperas
del Cielo que prometes o que ansías.

. . . .
. . . .

GOTAS
AMARGAS

Avant-propos

Prescriben los facultativos
cuando el estómago se estraga,
al paciente pobre dispéptico
Dieta sin grasas.

Le prohiben las cosas dulces,
le aconsejan la carne asada
y le hacen tomar como tónico
gotas amargas.

¡Pobre estómago literario
que lo trivial fatiga y cansa,
no sigas leyendo poemas
llenos de lágrimas!

Deja las comidas que llenan,
historias, leyendas y dramas
y todas las sensiblerías
semi-románticas.

Y para completar el régimen
que fortifica y que levanta,
ensaya una dosis de estas
gotas amargas.

El mal del siglo

EL PACIENTE:

Doctor, un desaliento de la vida
que en lo íntimo de mí se arraiga y nace,
el mal del siglo... el mismo mal de Werther,
de Rolla, de Manfredo y de Leopardi.
Un cansancio de todo, un absoluto
desprecio por lo humano... un incesante
renegar de lo vil de la existencia
digno de mi maestro Schopenhauer;
un malestar profundo que se aumenta
con todas las torturas del análisis...

EL MEDICO:

—Eso es cuestión de régimen: camine
de mañanita; duerma largo; báñese;
beba bien; coma bien; cuídese mucho:
¡Lo que usted tiene es hambre!...

La respuesta de la tierra

Era un poeta lírico, grandioso y sibilino
que le hablaba a la tierra una tarde de invierno,
frente a una posada y al volver de un camino:
—¡Oh madre, oh Tierra! —díjole, —en tu girar eterno
nuestra existencia efímera tal parece que ignoras.
Nosotros esperamos un cielo o un infierno,
sufrimos o gozamos, en nuestras breves horas,
e indiferente y muda tú, madre sin entrañas,
de acuerdo con los hombres no sufres y no lloras.
¿No sabes el secreto misterioso que entrañas?
¿Por qué las noches negras, las diáfanas auroras?
Las sombras vagarosas y tenues de unas cañas
que se reflejan lívidas en los estanques yertos,
¿no son como conciencias fantásticas y extrañas
que les copian sus vidas en espejos inciertos?
¿Qué somos? ¿A do vamos? ¿Por qué hasta aquí
[vinimos?
¿Conocen los secretos del más allá los muertos?
¿Por qué la vida inútil y triste recibimos?
¿Hay un oasis húmedo después de estos desiertos?
¿Por qué nacemos, madre, dime, por qué morimos?
¿Por qué? —Mi angustia sacia y a mi ansiedad con-
[testa.
Yo, sacerdote tuyo, arrodillado y trémulo,
en estas soledades aguardo la respuesta.

La Tierra, como siempre, displicente y callada,
al gran poeta lírico no le contestó nada.

Lentes ajenos

Al través de los libros amó siempre
mi amigo Juan de Dios,
y tengo presunciones de que nunca
supo lo que es amor.

Apenas le apuntaba el bozo, cuando
muy dado a Lamartine
hizo de Rafael, con una Julia
que se encontró en Choachí.

Tras de muy largo estudio obtuvo luego
título de Doctor;
la *Dame aux Camelias* de Dumas hijo
una noche leyó,

Y creyéndola cierta como un texto
de Dujardin-Beaumetz,
fué el Armando Duval de una asquerosa
Margarita Gautier.

Después estando en Tunja, como médico
del hospital mayor,
dió en soñar con amores que ofrecían
menos complicación.

De Gustavo Flaubert prestóle un tomo
Antonio José Ruiz,
y fué el Rodolfo Boulanger de una
madama Bovary.

Pasada aquella crisis formidable
con Ana se casó;
siguieron cuatro meses de ternuras
a lo Gustavo Droz.

Todo hubiera marchado a maravillas
en esa unión feliz,
sin la influencia fatal de una novela
que le dañó el magín.

Leyó de Emilio Zola un solo tomo
y se creyó el Muffat
de Aniceta Contreras que era entonces
una semi-Naná.

Y así pasó la vida entre los sueños
y llegó de ella al fin
dejando tres chicuelos y una esposa
que fué muy infeliz.

....

Al través de los libros amó siempre
mi amigo Juan de Dios,
y tengo presunciones de que nunca
supo lo que es amor.

Cápsulas

El pobre Juan de Dios, tras de los éxtasis
del amor de Aniceta, fué infeliz.
Pasó tres meses de amarguras graves,
y, tras lento sufrir,
se curó con copaiba y con las cápsulas
de Sándalo Midy.

Enamorado luego de la histérica Luisa,
rubia sentimental,
se enflaqueció, se fué poniendo tísico
y al año y medio o más
se curó con bromuro, y con las cápsulas
de éter de Clertán.

Luego, desencantado de la vida,
filósofo sutil,
a Leopardi leyó, y a Schopenhauer
y en un rato de *spleen*,
se curó para siempre con las cápsulas
de plomo de un fusil.

Madrigal

Tu tez rosada y pura, tus formas gráciles
de estatua de Tanagra, tu olor de lilas,
el carmín de tu boca, de labios tersos;
las miradas ardientes de tus pupilas,
el ritmo de tu paso, tu voz velada,
tus cabellos que suelen, si los despeina
tu mano blanca y fina toda hoyuelada,
cubrirte como un rico manto de reina;
tu voz, tus ademanes, tú... no te asombre:
todo eso está, y a gritos, pidiendo un hombre.

Enfermedades de la niñez

A una boca vendida,
a una infame boca,
cuando sintió el impulso que en la vida
a locuras supremas nos provoca,
dió el primer beso, hambriento de ternura
en los labios sin fuerza, sin frescura.
No fué como Romeo
al besar a Julieta;
el cuerpo que estrechó cuando el deseo
ardiente aguijoneó su carne inquieta,
fué el cuerpo vil de vieja cortesana,
Juana incansable de la tropa humana.
Y el éxtasis divino
que soñó con delicia
lo dejó melancólico y mohino
al terminar la lúbrica caricia.
Del amor no sintió la intensa magia
y consiguió... una buena blenorragia.

Psicoterapéutica

Si quieres vivir muchos años
y gozar de salud cabal,
ten desde niño desengaños,
practica el bien, espera el mal.
Desechando las convenciones
de nuestra vida artificial,
lleva por regla en tus acciones
esta norma: ¡lo natural!
De los filósofos etéreos
huye la enseñanza teatral
y aplícate buenos cauterios
en el chancro sentimental.

Futura

Es en el siglo veinticuatro,
en una plaza de Francfort,
por donde cruza el tren más rápido
de Liverpool para Cantón.

La multitud que se aglomera
de un pedestal alrededor,
forma un murmullo que semeja
el del mar en agitación.
Suena la música de Wagner
y el estampido del cañón,
y entre los hurras populares
sube a su puesto el orador.
Es el alcalde Karl Hamstaengel
quien preside la reunión,
y en el silencio que se agranda,
dice con monótona voz:
"¡Ciudadanos! ¡Compatriotas!
¡Salud! Honrad al fundador
de la más grande de las obras,
de nuestra santa Religión.
eterna gloria a su enseñanza,
eterna gloria al redentor,
que con su ejemplo y sus palabras
el idealismo desterró!
Salud al genio sobrehumano
cuyo evangelio derramó
de este planeta por los ámbitos
la postrera revelación.
¡Paz y salud a sus creyentes!

¿Cuál de nosotros lo invocó
sin sentir instantáneamente
mejorarse la digestión?
¿Cuál en sus heroicos sueños
de entusiasmo y de valor
al inspirarse en sus ejemplos
no vencerá la tentación?
Ha cuatro siglos que los hombres
lo proclaman único Dios
¡Su imagen ved, su noble imagen,
su imagen ved!... Un gran telón
se va corriendo poco a poco
del pedestal al derredor,
y la estatua de Sancho Panza
ventripotente y bonachón
perfila en contorno de bronce
sobre el cielo ya sin color...

Zospermos

El conocido sabio
Cornelius Van Kerrinken,
que disfrutó en Hamburgo
de una clientela enorme
y que dejó un in-folio
de setecientas páginas
sobre hígado y riñones,
abandonado luego
por todos sus amigos
murió en Leipzig maniático,
desprestigiado y pobre,
debido a sus estudios
de los últimos años
sobre espermatozoides.

Frente de un microscopio
que le costó un sentido,
obra maestra y única
de un óptico de Londres;
la vista recogida,
temblándole las manos,
ansioso, fijo, inmóvil
reconcentrado y torvo,
como un fantasma pálido
a media voz decía:
"¡Oh! mira cómo corren
y bullen y se mueven
y luchan y se agitan
los espermatozoides:

¡Mira! si no estuviera
perdido para siempre;
si huyendo por caminos
que todos no conocen
hubiera al fin logrado
tras múltiples esfuerzos
el convertirse en hombre,
corriéndole los años
hubiera sido un Werther,
y tras de mil angustias
y gestas y pasiones
se hubiera suicidado
con un Smith y Wesson
ese espermatozoide.

Aquél de más arriba
que vibra a dos milímetros
del Werther suprimido,
del vidrio junto al borde,
hubiera sido un héroe
de nuestras grandes guerras.
Alguna estatua en bronce
hubiera recordado,
cual vencedor intrépido
y conductor insigne
de tropas y cañones,
y general en jefe
de todos los ejércitos,
a ése espermatozoide.

Aquél hubiera sido
la Gretchen de algún Fausto;
ése de más arriba
un heredero noble
dueño a los veintiún años
de algún millón de thalers
y un título de conde;
aquél, un usurero;
el otro, el pequeñísimo,
algún poeta lírico;
y el otro, aquél enorme,
un profesor científico

que hubiera escrito un libro
sobre espermatozoides.
Afortunadamente
perdidos para siempre
os agitáis ahora
¡oh puntos que sois hombres!
entre los vidrios gruesos
traslúcidos y diáfanos
del microscopio enorme
afortunadamente,
zospermos, en la tierra
no creceréis poblándola
de dichas y de horrores;
dentro de diez minutos
todos estaréis muertos.
¡Hola! esparmatozoides.
Así el ilustre sabio
Cornelius Van Kerrinken,
que disfrutó en Hamburgo
de una clientela enorme
y que dejó un in-folio
de setecientas páginas
sobre hígado y riñones,
murió en Leipzig maniático
desprestigiado y pobre,
debido a sus estudios
de los últimos años
sobre espermatozoides.

Filosofías

De placeres carnales el abuso
de caricias y besos
ama con toda tu alma; goza, iluso,
agótate en excesos,

Y si evitas la sífilis, siguiendo
la sabia profilaxia,
al llegar los cuarenta, irás sintiendo
un principio de ataxia.

De la copa que guarda los olvidos
bebe el néctar que agota
perderás el magín y los sentidos
con la última gota.

Trabaja sin cesar, batalla, suda,
vende vida por oro:
conseguirás una dispepsia aguda
mucho antes que un tesoro.

Y tendrás ¡oh placer! de la pesada
digestión en el lance
ante la vista ansiosa y fatigada,
las cifras de un balance.

Al arte sacrifícate: ¡combina,
pule, esculpe, extrema!
¡Lucha, y en la labor que te asesina,
—lienzo, bronce o poema—

pon tu esencia, tus nervios, tu alma toda!
¡Terrible empresa vana!
pues que tu obra no estará a la moda
de pasado mañana.

No: sé creyente, fiel, toma otro giro
y la razón prosterna
a los pies del absurdo ¡compra un giro
contra la vida eterna!

Págalo con tus goces; la fe aviva;
ora, medita, impetra;
y al morir pensarás: ¿Y si allá arriba
no me cubren la letra?

Mas si acaso el orgullo se resiste
a tanta abdicación,
si la fe ciega te parece triste,
confía en la razón.

Desprecia los placeres y, severo,
a la filosofía,
loco por encontrar lo verdadero,
consagra noche y día.

Compara religiones y sistemas
de la Biblia a Stuart Mill,
desde los escolásticos problemas
hasta lo más sutil.

De Spencer y de Wundt, y consagrado
a sondear ese abismo
lograrás este hermoso resultado:
no creer ni en ti mismo.

No pienses en la paz desconocida.
¡Mira! al fin, lo mejor
en el tumulto inmenso de la vida
es la faz interior.

Deja el estudio y los placeres,
deja la estéril lucha vana

y, como Çakia-Muni lo aconseja,
húndete en el Nirvana.

Excita del vivir los desengaños
y en **tête-â-tête** contigo
como un yogui senil pasa los años
mirándote el ombligo.

De la vida del siglo ponte aparte;
del placer y el amigo,
escoge para ti la mejor parte
y métete contigo.

Y cuando llegues en postrera hora
a la última morada
sentirás una angustia matadora
de no haber hecho nada...

Idilio

Ella lo idolatraba, y él la adoraba.

—¿Se casaron al fin?

—No, señor: Ella se casó con otro.

—Y ¿murió de sufrir?

—No, señor: De un aborto.

—Y el pobre aquél infeliz

¿le puso a la vida fin?

—No, señor: Se casó seis meses antes

del matrimonio de ella, y es feliz.

Égalité

Juan Lanas, el mozo de esquina
es absolutamente igual
al emperador de la China:
los dos son un mismo animal.

Juan Lanas cubre su pelaje
con nuestra manta nacional;
el gran magnate lleva un traje
de seda verde excepcional.

Del uno cuidan cien dragones
de porcelana y de metal;
el otro cuenta sus jirones
triste y hambreado en un portal.

Pero si alguna mandarina
siguiendo el instinto sexual
al potentado se avecina
en el traje tradicional

que tenía nuestra madre Eva
en aquella tarde fatal
en que se comieron la breva
del árbol del bien y del mal,

y si al mismo Juan una Juana
se entrega de un modo brutal
y palpita la bestia humana
en un solo espasmo sexual,

Juan Lanas, el mozo de esquina,
es absolutamente igual
al emperador de la China:
los dos son un mismo animal.

NOTAS

(De B. Sanín Cano, en la edición de la Casa Louis Michaud, de París)

NOTA 1

Se conserva la introducción que quiso ponerles don Miguel de Unamuno a los versos de Silva en su primera edición. El señor de Unamuno estaba escasamente documentado en esos días para hablar de Silva y para hablar, sobre todo, de aquella etapa de la evolución porque iba pasando la poesía en América, y en que el autor del *Nocturno* dejó las huellas de su genio tan hondamente señaladas como las del que más influjo hubiera tenido en aquella suntuosa transformación. El señor de Unamuno es estudiadamente severo con aquellos impulsos de renovación; pero a Silva se aproxima con verdadera intención de abarcar la obra y de revelarles a las gentes el íntimo sentido de ella. El señor de Unamuno tenía especiales aptitudes para esta noble empresa. El mismo, sin saberlo, es un poeta modernista. Sus primeras armas en prosa y en verso, o lo primero de su pluma que en ambas disciplinas llegó a Bogotá en las páginas de la *Revista Nueva*, alimentaba, sin saciarlos, aquellos anhelos de renovación literaria característicos de la época. Con mejor acopio de datos y documentos, el señor de Unamuno habría llegado al fondo de esta maravillosa organización poética.

En las notas que siguen señalaremos algunos errores de hecho, provenientes de inadecuada información. En este punto debemos rectificar el dato relativo a la edad del poeta. Dice don Miguel: "Murió José A. Silva en Bogotá, su pueblo natal, despojándose por libre albedrío de la vida, el 24 de mayo de 1896, a los treinta y cinco años, cinco meses y veintisiete días de edad". La cuenta, aunque parece sacada con menuda atención, yerra justamente en cuatro años y once meses. Silva nació el 27 de noviembre de 1865.

NOTA 2

"Y este Silva, como aquel Querol, como todo poeta de raíz, tenía su infancia a flor de alma". La frase, con cierta novedad y hondura, resulta de difícil comprensión. No hay duda que Silva volvía con deleite los ojos a la niñez; pero es sabido que él no conoció por propia experiencia los goces, las amarguras y las vivas emociones de esa edad rosada. En *Infancia*, describe Silva la vida tumultuosa de los niños:

En alas de la brisa
del luminoso Agosto, blanca, inquieta,
a la región de las errantes nubes
hacer que se levante la cometa
en húmeda mañana;
con el vestido nuevo hecho jirones,
el nido sorprender de copetones;
escuchar de la abuela
las sencillas historias peregrinas;
perseguir las errantes golondrinas,
abandonar la escuela
y organizar horrísona batalla
en donde hacen las piedras de metralla
y el ajado pañuelo de bandera...

Todo esto es impresión literaria de los años posteriores. Silva no se agitó con estas hazañas. No creo que la... madre de su madre hubiera disipado muchas horas en renovar la tradición de los cuentos de hadas con el precoz nietecito. Esta señora era de genio muy inquieto y de poca concentración. Con las hadas tuvo trato Silva leyendo desde niño los cuentos de Grimm y de Andersen, libros por los cuales conservó una predilección convencida hasta sus últimos años. Creció en un medio donde las preocupaciones literarias eran anteriores y superiores a todos los aspectos del conflicto vital. Su padre escribía artículos de costumbres muy alabados en el cenáculo de que formaba parte. Los amigos de su padre eran poetas, eruditos, periodistas, oradores o artistas literarios de una actitud pasiva, pero literatos, casi todos ellos. El libro fué para Silva, desde los primeros años, el símbolo de la vida y el compendio de todas las humanas significaciones. Su niñez fue apacible, seguramente, pero nunca fue niño por juegos, los ensueños, las escapatorias de los primeros años. La siguiente anécdota descorre el velo de esa rosada juventud. Don Demetrio Paredes, hombre austero, esclavo de su fortuna y de sus obras, honrado como una clave telegráfica y extraño a las diversiones y a los vicios, llegó un día de visita a la casa de Silva, y antes de dar con los dueños, trabó conversación con el chicuelo. "Usted no parece un niño, le dijo. Usted se ha hecho un hombre antes de tiempo. Las cosas que usted hace no son propias de su edad. Suba usted a los tejados, trepe a los árboles, busque nidos de pájaros, tire piedras a las palomas, muévales querella a los perros y a los gatos. De esta manera será usted un niño. Lo que hoy parece, es una persona grande".

La seriedad del niño tomó el consejo en toda la magnitud de su significado. Pocas horas después le halló su madre en la parte alta de la casa empeñado en alzar una piedra de seis u ocho kilogramos para descargarla sobre unos gorriones que triscaban inocentemente en el patio de la casa, connaturalizados con la inocuidad del menor de sus habitantes. ¡Era lo que sabía Silva de los juegos de la niñez!

NOTA 3

La educación de Silva, la seriedad con que miró siempre la vida y la necesidad en que estuvo de entrar en los negocios a la muerte de su padre, en circunstancias desfavorables, le obligaron en su propio concepto a hacer de sus preocupaciones literarias una especie de vicio nefando, que quiso siempre tener oculto de los indiferentes. Durante su vida publicó pocas cosas. Su obra comenzó a aparecer indiscretamente en los diarios de Colombia, durante su ausencia de la capital colombiana, cuando fué a servir el cargo de Secretario de Legación en Caracas. Lo que apareció antes de su muerte no fué sino la menor parte de su obra poética, y no la más característica, seguramente. Pero sus poesías se difundieron rápidamente por los cenáculos literarios de Bogotá desde que fueron producidas. Tenía Silva una memoria transparente como el agua de manantial andino, que se golpea contra las rocas. Los versos que imaginaba y ponía en el papel, bajo el impulso de una inspiración tiránica le quedaban grabados en la mente en forma definitiva. Recitaba como un artista avezado, con una voz hermosa, con cadencias sabias, con un timbre fascinador, a que le prestaba encanto singular su apostura. Sin ser publicadas, muchas de esas poesías adquirieron carta de naturaleza en los salones donde había preocupaciones literarias. Llegaron a ser propiedad del público sin salir a la prensa, cuando amigos y admiradores las recibieron en la memoria, y por una especie de tradición anticipada, las distribuyeron a los cuatro vientos. *Vejeces*, copiada por él en pergamino, iluminada como una bella página de libro de horas, adornaba la biblioteca de un generoso cultor de las letras, que nunca le ha cedido al público el tesoro de sus conocimientos y buen gusto. Las *Gotas Amargas*, en ediciones manuscritas, llenas de errores de copistas, iban de mano en mano y se posaban con frecuencia en las de aquellos que buscaban allí la nota lúbrica más bien que los caudales de pensamiento y de belleza que encierran. El *Nocturno* que empieza: "Una noche, una noche toda llena", apareció por vez primera en un semanario ilustrado de provincia. La capital ya había sabido de esa poesía arrobadora. La sensación del gran público fué de estupor. Los menos inteligentes la tomaron de memoria para reírse a solas, juzgándola obra de un mistificador. No le hicieron justicia sino tarde y a regañadientes, cuando la prensa del Continente se apoderó de ella con asombrado amor. Ad-

miradores e incapaces la tuvieron por pasmosa innovación, y la señalaron a la consideración de las edades como una nueva forma de la métrica castellana. Silva, para quien la prosodia y la métrica castellanas no tuvieron secretos, sonreía amablemente delante de esos ambiguos comentarios. "¡Si supieran —me decía— de dónde he sacado la idea de usar este metro!" Nada menos que de aquella fábula de Iriarte, cuyo principio dice:

A una mona
muy taimada
dijo un día
cierta urraca.

A los intonsos les pareció metro nuevo, porque las cuatro sílabas de cada verso, en vez de estar distribuídas en renglones cortos, se añadían a las siguientes hasta exceder el ancho de la columna en las hojas periódicas. A los capaces de contar sílabas y de aquilatar el ritmo, les sorprendió el arte exquisito y la intolerancia refinada con que estaban distribuídos los acentos. Iriarte, que era un magno versificador, y de quien Silva extrajo más de un buen consejo en esta materia (Véase *Un Poema*), no conserva en su fábula los acentos con la misma virtuosidad que el poeta del *Nocturno*. Todavía leo en gentes discretas que había allí una forma métrica innovada. No había más que un perfeccionamiento. Había un pulso firme guiado por una conciencia poética incorruptible. La pureza del ritmo en este *Nocturno* es tan absoluta, que en ocasiones no me sorprende de que haya producido sensaciones de novedad. La métrica latina y la griega tenían pies de dos, de tres y de cuatro sílabas, distribuídas en aquellas formas, cuyos nombres insonoros y pedantes es desapacible repetir. Las lenguas modernas, las latinas especialmente, hechas para pulmones de asmáticos, se han contentado con los pies de dos y tres sílabas en sus varias combinaciones, no siempre seguidas con rigor por los poetas, aun los más escrupulosos. Pero los pies de cuatro sílabas han desaparecido. En la fábula de Iriarte cada verso está dividido en dos pies de a dos sílabas, lo mismo que en Silva. Pero en el *Nocturno* hay una feliz tendencia a hacer desaparecer en cada cuatro sílabas el acento de la primera, segunda y cuarta, y a afirmarlo en la tercera, lo que en realidad le da al metro una apariencia de novedad, porque no parece que se tratara de dos troqueos sino de un verdadero pie griego de cuatro sílabas, cosa que en rigurosa métrica romance ya no existe.

NOTA 4

La edición que le dió al público en 1908 un editor de Barcelona contiene alteraciones voluntarias del texto y erratas notables. Entre las primeras, es de anotar en el *Nocturno* "Poeta, di paso", *rendida tú a mis súplicas* (banalidad insoportable), en vez

de "desnuda tú en mis brazos" como imaginó el poeta. Es bueno hacer la historia de algunos de estos errores. Como dejo dicho, a la muerte de Silva sus poesías estaban inéditas. Uno de sus amigos y admiradores, don Roberto Suárez, depositario de los manuscritos, preparó para el *Repertorio Colombiano* de Bogotá una noticia literaria, copiosamente aderezada de citas, para satisfacer la morbosa curiosidad del público en esos días de expectativa. El señor Suárez, hombre discreto, que no le ofrecía al público una edición definitiva, sino un estudio ameno, se creyó obligado por lo reciente de la muerte del poeta a modificar en sus citas lo que a él le parecían crudezas de Silva. Esta lección de algunos poemas es la que se conserva en el público y la que le dió al comercio suramericano de obras literarias el librero barcelonés antes mencionado.

Otra deplorable mácula tiene la edición de 1908. Quiso adornarla el editor, y la desfiguró toscamente con dos grabados: uno para acompañar al *Nocturno* y otro al cual había de servirle de comentario el *Día de difuntos*. El primero de estos dos infaustos grabados ha dado nacimiento a una leyenda acogida por el público sin escrúpulo alguno. Ha tomado tanto cuerpo la especie, que acaba de aparecer en un bello artículo del señor Blanco Fombona, publicado en la *Revista de América*. Ese grabado puso dos figuras humanas en actitud de besarse. En la una reconoció el público el cuerpo y la cara de Silva. En la otra no puede negarse que hubo la intención de sugerir a su hermana. De allí ha nacido la especie de que estos seres se quisieron con un afecto que excedía los límites del cariño fraternal. Es una mera leyenda, procedente de una limitación necesaria en la mayoría de los lectores aficionados a colecciones de poesías líricas. Este curioso género de lectores no ha podido todavía llegar a disociar el amor de sus manifestaciones sexuales. Y, puesto que en el *Nocturno* se trataba de un vivo afecto sentimental, era necesario que ese afecto estuviera acompañado de la rigurosa complicación sexual. Fuera de esta incapacidad de disociar ideas tan diferentes como el amor y el instinto, no hay en toda la leyenda nada verdadero.

La incapacidad de disociar ideas tales como el instinto desnudo y el sentimiento proviene además de la imperfección orgánica del lenguaje humano. En uno de sus aforismos observa Nietsche que con la palabra dolor se designan cosas entre sí tan distintas como el aire y el agua. En su *Crime do Padre Amaro*, un observador tan concienzudo como Eça de Queiroz, cae víctima de esta flaqueza cuando pone en boca de un médico aquella sentencia áspera con que localiza el sentimiento de un pobre enamorado.

El origen del *Nocturno* es sencillamente otro. Va a referirlo un espíritu desligado de toda clase de consideraciones, que asistió, por su buena fortuna, al nacimiento de esa poesía. En 1894, Silva no estaba todavía repuesto del dolor que le habían causa-

do la muerte de su padre y la más reciente de su hermana. Su dolor se complicaba en ese momento con penosas dificultades comerciales. Don Ricardo Silva había dejado al morir una deuda de decenas de miles, respaldada tan sólo por su gran voluntad y por su buen crédito. El hijo creyó que era necesario, por respeto a la memoria de su padre, tomar sobre sí la deuda, darles garantías a los acreedores, y continuar los negocios de don Ricardo hasta restablecer el buen nombre de la casa. Estaba en el rigor de la lucha cuando murió su hermana. Este suceso lastimó gravemente la estructura sentimental de Silva. Al dolor se agregaron en ese momento las circunstancias de una crisis económica que sacudió fortunas bien cimentadas y deshizo como polvo las combinaciones artificiales del crédito.

En estos días azarosos Silva vivía en el campo. Paseaba solo, de noche, por un camino que en vida de su hermana solía frecuentar con ella. Era una vereda alta, tajada en un barranco. Arriba se veía la colina enhiesta. Abajo, y a lo lejos, se extendía la sabana uniforme vestida de trigos secos, "consonancia de una desolación incomparable". Cuando la luna llena salía por los cerros en las primeras horas de la noche, proyectaba como espectros sobre la llanura solitaria las sombras de los que pasaban por el camino, entre la luz plenilunar. Silva había recorrido esa vereda con su hermana frecuentemente y se había entretenido con ésta en contemplar sus sombras deformadas y evanescentes sobre el silencio inexpresivo de la sabana. Recorriendo ese camino, después de muerta su hermana, a solas o en compañía de un amigo predispuesto por su natural a la tristeza y al silencio, perseguían a Silva los recuerdos de Elvira. Ese dolor irrefrenable es el que han venido a fijar en líneas inmortales las exquisitas cadencias del *Nocturno*. La desnuda emoción del abandono de los hombres une sus acordes a la amargura del recuerdo. Tal es la historia de esa poesía. Sobre ella ha edificado la gente indiferente una novela de D'Annunzio.

NOTA 5 (Las *Gotas Amargas*)

De estas poesías quiso José Asunción Silva hacer un cuerpo aparte. No consintió que vieran la luz pública. Rehusó siempre considerar el proyecto de sacarlas en libro, como se lo pidieron muchos amigos durante su vida. Las miraba con cierto desdén altivo. Correspondieron a una época acerba de su vida, en que el mundo le enseñaba el vacío de sus corazones. Bartrina, por una parte, el enorme Heine, Richepin, con su cínica cultura normaliana, por otra, se habían ligado para hacerle ver a Silva con colores aún más negros el espectáculo de miserias en que vino a ser, contra sus inclinaciones, actor principalísimo. De allí nacieron muchas de sus *Gotas Amargas*. Se han perdido algunas. Conservo en la memoria líneas sueltas de una que empezaba:

Cuando los hombres se disfrazan
con insignias de dignidad,

y contenía en su fondo la crítica más acerba a las apariencias sociales.

Es oportuno observar la predilección de Silva por el eneasílabo. No conozco autor castellano que haya encontrado en este metro, aparentemente rudo, los recursos de sonoridad y adaptación al tema que se observan en "*Egalité*", en algunos pasos del *Día de difuntos* y en *Futura.*

Algunas de las *Gotas Amargas* están reconstruídas. En la segunda y tercera estrofas de "*Egalité*" se había perdido una línea en aquélla y dos en ésta. Otros pequeños vacíos han sido colmados siguiendo los recuerdos de sus amigos porque, como he dicho, no quedó manuscrito del poeta para *Gotas Amargas.*

INNOVACIONES

Buscando novedades en Silva han dado con el encasílabo algunos admiradores. Este metro ha sido poco frecuentado por los poetas castellanos. Dividido en tres pies, de a tres sílabas cada uno con el acento en la segunda, como los ha usado abundante y hermosamente Giovanni Pascoli en italiano, resulta en español demasiado melódico. Cuando no tiene distribuídos los acentos en esta forma, asume caracteres de aspereza e insonoridad que lo hacen insoportable, no estando desempeñado por un artista del ritmo. Silva le arrancó a esta medida sonoridades, que no parecía poseer en castellano. La adaptó graciosamente a los temas que en ella quiso desarrollar. Como en el caso de la medida de cuatro sílabas, causó en jueces premurosos la impresión de que habían topado con un metro nuevo. Sin embargo, allí no había novedad en las formas métricas.

Acaso la había en las formas literarias. Existía seguramente en el fondo. Una sensibilidad nueva y una visión personal de la vida pugnaron por hallar su expresión adecuada en esos versos, escritos con sangre. En algunas ocasiones el éxito fué completo. Hay composiciones, o parte de ellas, en este volumen dignas de la mejor acogida en el concurso de la belleza de expresión. Otra novedad era, sin duda, en lengua española, la exquisita adaptación de las formas al tema. En ocasiones el concepto está vestido por las rimas suntuosas y por el ritmo, como cubre las formas humanas una leve tela haciendo resaltar las líneas. En el *Nocturno* el ritmo es una túnica húmeda, cuyos pliegues delatan los inefables perfiles del concepto. Todavía causa, aun en los iniciados, esta perfecta concordancia de la forma y el fondo una impresión de novedad. En 1892 o en 1894, cuando estas composiciones circulaban manuscritas entre los amantes de la poesía, la sensación de novedad era fascinadora para unos y chocante para los demás. En el alejandrino,

ritmos sonoros, ritmos potentes, ritmos graves,

de *Un poema*, hallaban los críticos estupendos de esa adorable edad una innovación detestable. Acaso fuera innovación en castellano. Víctor Hugo había cortado así, hacía mucho tiempo, el alejandrino en una lengua más rígida que la nuestra, y en 1876, purgaba Richepin, entre otros delitos, en Santa Pelagia, el de haber descoyuntado el alejandrino en esta forma despiadada. Ya esto no resulta novedad, si bien no ha perdido su encanto:

Todo el cansancio, toda la fiebre, toda el hambre.

se puede leer en *Los Camellos*, de Guillermo Valencia.

LA MUERTE

Sobre el fin impensado de Silva corren las más extrañas leyendas. Una de las más difundidas explica esta absurda desaparición poniendo por delante el horror a la locura. Según esta leyenda, Silva, convencido de que su espíritu estaba para anegarse en los infinitos senos de la enajenación mental, resolvió ponerles fin a sus días. La explicación busca su apoyo en páginas de una novela inédita, en la cual, un personaje analiza las flaquezas de su espíritu, pormenoriza las influencias que le llevaron a dudar y a desesperar de todo, y expresa el horror que le inspira el probable advenimiento de la locura. La versión es plausible. Sin embargo, el psocólogo a quien le debemos el lanzamiento de esta hipótesis dió por sentado que esas páginas habían sido escritas pocos días antes de la muerte de Silva. Había razón para creerlo. Silva había estado escribiendo febrilmente varias semanas antes de su muerte para poner en forma definitiva su novela *De sobremesa*. El manuscrito, casi terminado, consta de dos partes. La primera, que contiene rasgos suntuosos de un talento completo, encierra la sustancia de una serie de novelas cortas escritas antes de 1894, y que desaparecieron en el naufragio del *Amérique*, en 1895. La otra parte, la final, está premurosamente ejecutada. Parece obra de otro autor. La descripción de unos amores abruptos en París es inferior a la fortaleza artística de Silva. El fragmento sobre la locura y el suicidio incrustado en la novela, con otros bocetos de data anterior, fue escrito en 1892, al recibirse en Bogotá la noticia de que Maupassant se había vuelto loco. Esas reflexiones no le fueron sugeridas a Silva por el temor de perder el juicio, sino por el hecho de haberlo perdido Maupassant.

Es, además, oportuno observar que Silva fué el modelo del equilibrio mental. La capital de Colombia es uno de los ambientes más propicios a la locura. Todas las circunstancias de la vida cuotidiana conspiran a hacer caer al individuo en las asechanzas de la idea fija. Tengo, para el uso del público, esta anécdota de Silva. Refería él que en París había conocido a una joven checa extravagante, hermosa, "llena de talento" y

muy amiga de coleccionar datos sobre aberraciones étnicas. La dueña de la casa donde conoció a esta joven la hizo saber de dónde venía Silva, y a poco andar, el poeta había sido sometido a un interrogatorio minucioso y tiránico. La checa iba sabiendo que Bogotá es una ciudad andina, colocada a 2.700 metros sobre el mar, a quince días (era en 1886) de distancia de la costa y a cuarenta días de París o de Londres. "El ambiente es frío —decía Silva— y seco. El aire, muy delgado. El cielo, de una pureza y transparencia desconcertantes. A veinte, a treinta kilómetros de distancia, el perfil de las montañas se destaca con brutalidad y nitidez, como en las sombras chinescas. Debajo de esa luz el color se vuelve una cosa interina. Los tonos suaves se alteran en breve, los tonos vivos se cambian por los medios tonos bajo ese influjo poderoso. Ni el negro y el blanco resisten a la luz. El negro toma inmediatamente apariencias de verde; el blanco se desfigura bajo los motivos del gris. Todo el mundo, continuaba Silva, conoce a todo el mundo. Las preocupaciones principales son la religión, las flaquezas del prójimo y la llegada del correo de Europa. En el mes, el asunto más importante es la llegada del paquete. En el año, los sucesos cardinales son la Semana Santa y la fiesta del Corpus. Los nervios en ese aire seco, rarificado, de una misma temperatura durante el año, están en tensión constante. Para hacerse usted agradable en una sociedad en que todo el mundo conoce a todo el mundo, es necesario que se documente sobre las menudas preocupaciones del prójimo. Los achaques de los viejos, las indisposiciones de los jóvenes, las cuentas no pagadas, las enfermedades de los niños, todo esto hay que saberlo con detalles para tomar puesto importante en la sociedad". "¿No leen en esa ciudad?", preguntó la checa. "Y mucho —replicó Silva—. Hay allí matemáticos y físicos insignes, mencionados con respeto por los sabios europeos. Los eruditos de Bogotá tienen fama imponente en América. Las ideas y las modas de Europa tienen allá uso corriente a los seis meses de haber aparecido en París". "¿Qué piensan los unos de los otros? —observó la interlocutora—, ¿cambian sus ideas con liberalidad?" "Cada uno de nosotros —dijo Silva— cree estar en posesión de la verdad. Hablamos en voz alta, con cierta precipitación, golpeando los adjetivos y gesticulando copiosamente. La contradicción nos mortifica. Hemos querido hacer el mundo a nuestra imagen y semejanza, y cuando sorprendemos entre él y nosotros pequeñas diferencias, reaccionamos violentamente". "*Mais c'est très intéressant* —dijo la checa—. *Est-ce qu'il y a beaucoup d'aliénés dans votre pays?* Silva olvidó decirle a su graciosa inquisidora que una de las maneras de destruír a un hombre en Bogotá es distribuir mañosamente la especie de que está loco. "No mates ese perro", le dijo un cuáquero al infeliz que iba en persecución del animal. "Es que me ha mordido". "No lo mates, ponle un mal nombre". El mordido gritó: "Perro loco", y a pocos instantes ya uno de los transeúntes había matado

al perro. El medio se vengó de la superioridad del poeta propagando que estaba loco. La extraña noción se ha proyectado sobre la posteridad del poeta. No ha habido, sin embargo, caso tan hermoso de absoluta salud mental en aquella altiplanicie.

La otra versión dice que Silva meditó fríamente, durante algunas semanas, sobre la necesidad de ponerle fin a una vida odiosa. Don Miguel de Unamuno expresa así su convicción a este respecto: "Murió José Asunción Silva en Bogotá, su pueblo natal, despojándose por libre albedrío de la vida, el 24 de mayo de 1896". Frecuentemente abordaba Silva el tema del suicidio y el de la muerte. De los suicidas decía, citando a Barrès, que "se matan por falta de imaginación". Y sobre el libre albedrío, que determina estos desenlaces, usaba esta comparación: "El hombre muere de suicidio como suele morir de tifus. Ambas son enfermedades infecciosas. La estadística no deja duda sobre la semejanza de ellas. Las cifras de la una y de la otra se prolongan en direcciones paralelas. ¿Por qué no habrán hecho un cementerio aparte para los que mueren de tifus?"

Viene después la explicación romántica. Sobre la mesa de noche de Silva apareció el *Triunfo de la Muerte*, de D'Annunzio, cuando los amigos entraron a su cuarto por la mañana a reconocer el cadáver.

Galeotto fu il libro e chi lo scrise.

Al momento circuló por la villa la especie de que Gabriel D'Annunzio era el inmediato responsable de aquella desgracia. Esta explicación es menos arbitraria, más humana, que la del libre albedrío. Sin embargo, los que se acercaron primero a su lecho de muerte observaron de prisa. A más del libro de D'Annunzio había allí *Trois stations de psychothérapie*, de Maurice Barrès, y un número de *Cosmópolis*, la revista trilingüe que se publicaba en Londres en aquellos años. El libro de Barrès contiene un estudio sobre Leonardo de Vinci. El número de *Cosmópolis* tenía un artículo sobre la ciencia del Vinci. En *El triunfo de la Muerte* buscaba el poeta datos sobre el hombre del Renacimiento, en las páginas que D'Annunzio le dedica al *superhombre* de Nietzsche. Silva estaba preparándose para escribir sobre el Vinci. Sea que tuviera el ánimo de insertar en forma de desarrollo sus ideas sobre el Renacimiento en la novela que estaba escribiendo, sea que pensase recrear el personaje en un estudio aparte, la verdad es que al pedirme el libro de Barrès y el número de *Cosmópolis*, quince días antes de su muerte, agregó que estaba documentándose para escribir sobre el divino Leonardo. Además de esto, basta haber tenido pasajero contacto con el espíritu de Silva para comprender que era superior a este género de influencias. Los libros le rozaban la piel sin rubificarla siquiera. Se le quedaban en la memoria, pero no le afectaban la estructura mental. Someter su vida a la enseñanza de un filósofo, aceptar humildemente la fascinación de un

mero apóstol, como Tolstoi, eran actitudes conformes con la clara visión de la vida que siempre tuvo Silva. Adoptar las soluciones definitivas, de acuerdo con el argumento de una novela, es una inferioridad. Importa buscar otras razones en presencia de tamaña desgracia y de tamaño temperamento.

* * *

La tragedia de su vida se cuenta en dos palabras. En su cuna recibió el beso de todas las hadas y la bendición del genio. Creció en el ápice de la ventura, en la mejor sociedad bogotana, donde su padre era ejemplo para los malos y modelo para los excelentes. No sintió la vida mientras fué niño. Al ponerse en contacto con ella divisó en vastas perspectivas la humillación y el desastre. Probó a vencer el mal con todas sus fuerzas, y el medio donde se agitaba le cerró todos los caminos. Era hermoso, genial, hombre de mundo, bondadoso por temperamento, caritativo, afable, dulce, incapaz de dañar a nadie, necesariamente inhábil para bajar al circo donde las fieras no saben apreciar estas cualidades. Cuando sintió en su frente los estigmas del genio, que se abrían en sangre, se pasó la mano con indiferencia e imaginó que era una simple neuralgia. La vida le llamaba al comercio de las ideas, y él tuvo que decidirse por el comercio simple en un almacén de novedades. El comercio simple en un almacén de novedades señalaba también el camino de la tragedia.

Hubiera Silva llegado a Bogotá desde lejana provincia en los días de su niñez a buscarse un nombre atesorando conocimientos en las escuelas famosas de aquella época, y es probable que su vida hubiera tomado otros rumbos y que su genio hubiese florecido en toda la pompa de que era capaz. Las ventajas de su nacimiento y de su posición le cerraron en un día tenebroso todos los caminos de salvación.

Tal es la tragedia de su vida social. Existe también la tragedia de su vida espiritual. Silva recibió apenas el bautismo de la ciencia. Los colegios por donde paseó su serena adolescencia apenas suministraban ocasión de aprender nada. El día en que sintió las mordeduras del genio sobre la frente, tendió la vista hacia atrás para averiguar lo que había aprendido en la escuela y descubrir, como todos nosotros, que no sabía nada. Otros habíamos hecho ese descubrimiento y habíamos emprendido una doble tarea. Estábamos desaprendiendo las falsas e incompletas nociones del colegio, y mientras lucrábamos el pan de cada día, tratábamos de adquirir ideas menos falsas y menos incompletas que las primeras. En esto encontrábamos una diversión y la disfrazábamos de fin noble, a falta de otras disciplinas caballerescas. La seriedad con que Silva miró siempre la vida le hizo considerar con gesto trágico esta ocurrencia de todos los días. Se precipitó a adquirir conocimientos con un

ardor religioso. Mas como descubría que para leer a Spencer, verbigracia, era necesario saber mecánica, historia natural, química, etnografía, ciencias exactas, su desesperación no tenía límites. ¿Cómo sería posible adquirir todos estos conocimientos en un corto espacio de tiempo? Lo que para nosotros era una orgía de adquisiciones científicas, para él se convertía en una especie de tormento. Tenía los negocios urgentes, las exigencias sociales, la familia, la vida. Con todo, su poder de asimilación era desconcertante. Antes de que Nietzsche hubiera sido traducido en francés o en español, leyó algunos aforismos saltados del tomo titulado *Allende el bien y el mal.* Sobre estos fragmentos construyó la figura de Zaratustra con claridad y hermosura. Una vez quiso saber lo que los filósofos de cierta escuela inglesa designaban con el nombre de hedonismo. Un amigo le dió un artículo de Grant Allen sobre el asunto. Con esta vaga indicación disertaba graciosa y adecuadamente, no sólo en tratándose del epicureísmo, sino también cuando importaba desentrañar el perfil intelectual de Grant Allen. Cuando daba en sus estudios, sin embargo, con una dificultad resultante de no haber adquirido en la escuela ciertas nociones, sus inquietudes cerebrales asumían el aspecto trágico. Su inteligencia, limítrofe del genio, tenía rasgos de suma sencillez. La ignorancia, que es pura y candorosa, tomaba para él los caracteres de la concupiscencia y de la simulación. Estas son sus palabras: "Un cultivo intelectual emprendido sin método y con locas pretensiones al universalismo, un cultivo intelectual que ha venido a parar en la falta de toda fe, en la burla de toda valla humana, en una ardiente curiosidad del mal, en el deseo de hacer todas las experiencias posibles de la vida, completó la obra de las otras influencias....."

Pretendió gozar de la vida con igualdad y plenitud, difundir su conciencia por todos los resquicios del universo, hacer suyas a un mismo tiempo la visión apolínea y la dionisíaca. Logró solamente, en el medio adverso donde hubo de agitarse, convertir su organismo en la más delicada y exquisita máquina de sufrir.

DE SOBREMESA

Recogida por la pantalla de gasa y encajes, la claridad tibia de la lámpara caía en círculo sobre el terciopelo carmesí de la carpeta, y al iluminar de lleno tres tazas de China, doradas en el fondo por un resto de café espeso, y un frasco de cristal tallado, lleno de licor transparente entre el cual brillaban partículas de oro, dejaba ahogado en una penumbra de sombría púrpura, producida por el tono de la alfombra, los tapices y las colgaduras, el resto de la estancia silenciosa.

En el fondo de ella, atenuada por diminutas pantallas de rojiza gasa, luchaba con la semioscuridad circunvecina, la luz de las bujías del piano, en cuyo teclado abierto oponía su blancura brillante el marfil al negro mate del ébano.

Sobre lo rojo de la pared, cubierta con opaco tapiz de lana, brillaban las cinceladuras de los puños y el acero terso de las hojas de dos espadas cruzadas en panoplia sobre una rodela, y destacándose del fondo oscuro del lienzo, limitado por el oro de un marco florentino, sonreía con expresión bonachona, la cabeza de un burgomaestre flamenco, copiada de Rembrandt.

El humo de dos cigarrillos, cuyas puntas de fuego ardían en la penumbra, ondeaba en sutiles espirales azulosas en el círculo de luz de la lámpara y el olor enervante y dulce del tabaco opiado de Oriente, se fundía con el del cuero de Rusia en que estaba forrado el mobiliario.

Una mano de hombre se avanzó sobre el terciopelo de la carpeta, frotó una cerilla y encendió las seis bujías puestas en pesado candelabro de bronce cercano

a la lámpara. Con el aumento de luz fue visible el grupo que guardaba silencio: el fino perfil árabe de José Fernández, realzado por la palidez mate de la tez y la negrura rizosa de los cabellos y de la barba; la contextura hercúlea y la fisonomía plácida de Juan Rovira, tan atrayente por el contraste que en ella forman los ojazos de expresión infantil y las canas del espeso bigote, sobre lo moreno del cutis atezado por el sol; la cara enjuta y grave de Oscar Sáenz, que con la cabeza hundida en los cojines del diván turco y el cuerpo tendido sobre él, se retorcía la puntiaguda barbilla rubia y parecía perdido en una meditación interminable.

—¡Bonita sobremesa! Hace media hora que estamos callados como tres muertos. Esta medialuz que te gusta a tí, Fernández, ayuda al silencio y es un narcótico, prorrumpió Juan Rovira, escogiendo un cigarro en la caja de habanos abierta sobre la mesa, al pie del frasco de aguardiente de Dantzing... Bonita sobremesa para una comilona rociada con ese borgoña. ¡Si ya me sentía con principios de congestión! Y comenzó a pasearse a grandes pasos por el cuarto, con la mano derecha metida en el bolsillo del chaleco, y arrancándole al puro las primeras bocanadas de humo.

—¿Qué quieres? Esto lo llaman los poetas el silencio de la intimidad; también es que Oscar nos ha contagiado; le comieron la lengua los ratones del hospital... No has atravesado tres palabras desde que entraste. Tienes sueño, dijo dirigiéndose a Sáenz, que se incorporó al oírlo.

—¿Yo, sueño?... nó; estoy un poco cansado. Pero suponte Juan, siguió, clavando en Rovira los ojos pequeños y penetrantes, que por un hábito profesional observan siempre la fisonomía del interlocutor como buscando en ella el síntoma o la expresión de una oculta dolencia; suponte, paso la semana entera en las salas frías del hospital y en las alcobas donde sufren tántos enfermos incurables; veo allí todas las angustias, todas las miserias de la debilidad y del dolor humano en sus formas más tristes y más repugnantes; respiro olores nauseabundos de desaseo, de descompo-

sición y de muerte; no visito a nadie y los sábados entro aquí a encontrar el comedor iluminado *a giorno* por treinta bujías diáfanas y perfumado por la profusión de flores raras que cubren la mesa y desbordan, multicolores, húmedas y frescas, de los jarrones de cristal de Murano; el brillo mate de la vieja vajilla de plata marcada con las armas de los Fernández de Sotomayor; las frágiles porcelanas decoradas a mano por artistas insignes; los cubiertos que parecen joyas; los manjares delicados, el rubio jerez añejo, el johanissberg seco, los burdeos y los borgoñas que han dormido treinta años en el fondo de la bodega; los sorbetes helados a la rusa, el tokay con sabores de miel, todos los refinamientos de esas comidas de los sábados, y luégo, en el ambiente suntuoso de este cuarto, el café aromático como una esencia, los puros riquísimos y los cigarrillos egipcios que perfuman el aire... Júnta a la impresión de todos esos detalles materiales, la que me causa a mí, acostumbrado a ver moribundos, el exceso de vigor físico y la superabundancia de vida de este hombrón, dijo señalando a Fernández, que se sonrió con una expresión de triunfo, júnta eso con mis quehaceres habituales y con el ambiente mezquino y prosaico en que vivo y comprenderás mi silencio cuando estoy aquí. Por eso me callo, y por otras cosas también...

—¿Cuáles son esas cosas?, inquirió Fernández.

—Son tus aventuras amorosas, que todos te envidiamos en secreto, insinuó Rovira con aire paternal, y que por el lado antihigiénico preocupan a este don Pedro Recio Tirteafuera.

—Nó, lo demás es que he comprendido la inutilidad de suplicarte para que vuelvas al trabajo literario y te consagres a una obra digna de tus fuerzas y que cada vez que estoy aquí, prefiero no hablar para no repetirte que es un crimen disponer de los elementos de que dispones, y dejar que pasen los días, las semanas, los años enteros sin escribir una línea! ¿Dormiste sobre tus laureles, satisfecho con haber publicado dos tomos de poesías, uno cuando niño y otro hace ya siete años?

—¿Te parece poco haber escrito un tomo de poesías como los "Primeros Versos" y como los "Poemas del más allá"?

—Yo no sé de esas cosas, pero me parece que valen la pena los versos de Fernández, agregó Rovira con aire de fastidio.

—Para cualquiera otro me parecería mucho, para Fernández nada... Recuerde usted cuánto hace que los escribió... Todo lo que has hecho, continuó volviéndose al poeta, todo lo más perfecto de tus poemas es nada, es inferior a lo que tenemos derecho a esperar de tí, los que te conocemos íntimamente, a lo que tu sabes muy bien que puedes hacer. Y sin embargo, hace dos años que no produces una línea... Díme, ¿piensas pasar tu vida entera como has pasado los últimos meses, disipando tus fuerzas en diez direcciones opuestas; exponiéndote a los azares de la guerra por defender una causa en que no crees, como lo hiciste en julio al combatir a las órdenes de Monteverde; promoviendo reuniones políticas para excitar al pueblo de que te ríes; cultivando flores raras en el invernáculo; seduciendo histéricas vestidas por Worth; estudiando árabe y emprendiendo excursiones peligrosas a las regiones más desconocidas y malsanas de nuestro territorio para continuar tus estudios de prehistoria y de antropología? Déjame echarte un sermón ya que me he callado tánto tiempo. En tu frenesí por ampliar el campo de las experiencias de la vida, en tu afán por desarrollar simultáneamente las facultades múltiples con que te ha dotado la naturaleza, vas perdiendo de vista el lugar a donde te diriges. El aspecto de tu escritorio ayer por la mañana daría a pensar en un principio de incoherencia, a cualquiera que te conociera menos de lo que te conozco. Había sobre tu mesa de trabajo un vaso de antigua mayólica lleno de orquídeas monstruosas; un ejemplar de Tíbulo manoseado por seis generaciones, y que guardaba entre sus páginas amarillentas la traducción que has estado haciendo; el último libro de no sé qué poeta inglés; tu despacho de General, enviado por el Ministerio de Guerra; unas

muestras de mineral de las minas de Río Moro, cuyo análisis te preocupaba; un pañuelo de batista perfumado que sin duda le habías arrebatado la noche anterior en el baile de Santamaría al más aristocrático de tus *flirts;* tu libro de cheques contra el Banco AngloAmericano, y presidía esa junta heteróclita el ídolo quichua que sacaste del fondo de un adoratorio, en tu última excursión, y una estatueta griega de mármol blanco.

Tú, sentado enfrente del escritorio, azotado ya por la ducha fría y excitado por tres tazas de té, comenzabas el día. Ya habías escrito una estrofa musical y perversa destinada probablemente a una de tus víctimas; según me dijiste ya habías girado tres cheques para atender los pagos de la semana; llamado al teléfono para darle órdenes al arquitecto de Villa Helena; comenzado en el laboratorio un ensayo del mineral de Río Moro; ya habías leído diez páginas de una monografía sobre la raza azteca, y mientras ensillaban al más fogoso de los caballos, te entretenías en estudiar el plano de una batalla. ¡Dios mío! si hay un hombre capaz de coordinar todo eso, ese hombre, aplicado a una sola cosa, será una enormidad! Pero no, eso está fuera de lo humano... Te dispersarás inútilmente. No sólo te dispersarás, sino que esos diez caminos que quieres seguir al tiempo, se te juntarán, si los sigues, en uno solo.

—¿Que lleva al Asilo de Locos?, preguntó Fernández, sonriéndose con una sonrisa de desdén... No lo creas... Yo creí eso en un tiempo. Hoy no lo creo.

—Bien, suponte que no sea así, continuó Sáenz imperturbable. Da por sentado que tu organización de hierro resista las pruebas a que la sometes, y díme, ¿tú sí crees de buena fe que aunque vivas cien años alcanzarás a satisfacer los millones de curiosidades que levantas dentro de tí a cada instante, para lanzarlas por el mundo como una jauría de perros hambrientos, a caza de impresiones nuevas?... ¿Y para seguir en esas locuras echas a un lado lo mejor de tí mismo, tu vocación íntima, tu alma de poeta?... ¿Cuántos versos has escrito en este año?

—Versos... ni uno sólo... pensé escribir un poema que talvez habría sido superior a los otros; no lo comencé, probablemente no lo comenzaré nunca... no volveré a escribir un solo verso... Yo no soy poeta...

Una exclamación de los dos amigos le impidió continuar la frase...

—Nó, no soy poeta, dijo con aire de convicción profunda... Eso es ridículo. Poeta yo! Llamarme a mí con el mismo nombre con que los hombres han llamado a Esquilo, a Homero, al Dante, a Shakespeare, a Shelley... Qué profanación y qué error! Lo que me hizo escribir mis versos fue que la lectura de los grandes poetas me produjo emociones tan profundas como son todas las mías; que esas emociones subsistieron por largo tiempo en mi espíritu y se impregnaron de mi sensibilidad y se convirtieron en estrofas. Uno no hace versos, los versos se hacen dentro de uno y salen. El que menos ilusiones puede formarse respecto del valor artístico de mi obra soy yo mismo que conozco el secreto de su origen... ¿Quieres saberlo? Viví unos meses con la imaginación en la Grecia de Pericles, sentí la belleza noble y sana del arte heleno con todo el entusiasmo de los veinte años y bajo esas impresiones escribí los "Poemas Paganos"; de un lluvioso otoño pasado en el campo leyendo a Leopardi y a Antero de Quental, salió la serie de sonetos que llamé después "Las Almas Muertas"; en los "Días Diáfanos" cualquier lector inteligente adivina la influencia de los místicos españoles del siglo XVI, y mi obra maestra, los tales "Poemas de la Carne", que forman parte de los "Cantos del más allá", que me han valido la admiración de los críticos de tres al cuarto, y cuatro o seis imitadores grotescos, qué otra cosa son sino una tentativa mediocre para decir en nuestro idioma las sensaciones enfermizas y los sentimientos complicados que en formas perfectas expresaron en los suyos Baudelaire y Rosseti, Verlaine y Swinburne?... Nó, Dios mío, yo no soy poeta... Soñaba antes y sueño todavía a veces en adueñarme de la forma, en forjar estrofas que sugieran mil cosas oscuras que siento bullir dentro de mi mismo y que quizás valdrían la pena de decirlas, pero no puedo consagrarme a eso...

—Al oírte comprendo por qué dice Máximo Pérez que el crítico en tí mata al poeta... que tus facultades analíticas son superiores a tus fuerzas creadoras, dijo Sáenz.

—Puede ser, soy quien menos puede decirlo, continuó Fernández... Poeta, puede ser, ese tiquete fue el que me tocó en la clasificación. Para el público hay que ser algo. El vulgo les pone nombres a las cosas para poderlas decir y pega tiquetes a los individuos para poderlos clasificar. Después el hombre cambia de alma pero le queda el rótulo. Publiqué un tomo de malos versos a los veinte años y se vendió mucho; otro de versos regulares a los veintiocho y no se vendió nada. Me llamaron *Poeta* desde el primero, después del segundo no he vuelto a escribir ni una línea y he hecho nueve oficios diferentes, y a pesar de eso llevo todavía el tiquete pegado, como un envase que al estrenarlo en la farmacia contuvo *mirra,* y que más tarde, lleno por dentro de cantáridas, de linaza o de opio ostenta por fuera el nombre de la balsámica goma. Poeta! Pero no, oye, no son mis facultades analíticas que Pérez exagera, la razón íntima de la esterilidad que me echas en cara; tu sabes muy bien cual es: es que como me fascina y me atrae la poesía, así me atrae y me fascina todo, irresistiblemente: todas las artes, todas las ciencias, la política, la especulación, el lujo, los placeres, el misticismo, el amor, la guerra, todas las formas de la vida, la misma vida material, las mismas sensaciones que por una exigencia de mis sentidos, necesito de día en día más intensas y más delicadas... ¿Qué quieres, con todas esas ambiciones puede uno ponerse a cincelar sonetos? En esas condiciones no manda uno en sus nervios...

—Y mucho menos cuando usa como tu un disfraz de perfecta corrección mundana, se aisla como vives aislado entre los tesoros de arte y las comodidades fastuosas de una casa como ésta y sólo trata con una docena de chiflados como somos tus amigos, excepción hecha de Rovira, los más a propósito para aislarte de la vida real...

¿La vida real?... Pero ¿qué es la vida real, díme, la vida burguesa sin emociones y sin curiosidades?... Cierto que sólo existen para mí diez amigos íntimos que me entienden y a quienes entiendo y algunos muertos en cuya intimidad vivo... Las demás son amistades epidérmicas, por decirlo así; en cuanto a mi vida de hoy, tú sabes bien que, aunque distinta en la forma de la que he llevado en otras épocas, su organización obedece en el fondo a lo que ha constituído siempre mi aspiración más secreta, mi pasión más honda: el deseo de sentir la vida, de saber la vida, de poseerla, no como se posee a una mujer de quien nos hacen dueños unos instantes de desfallecimiento suyo y de audacia nuestra, sino como a una mujer adorada, que convencida de nuestro amor se nos confía y nos entrega sus más deliciosos secretos. ¿Tú crees que yo me acostumbro a vivir?... Nó, cada día tiene para mí un sabor más extraño y me sorprende más el milagro eterno que es el Universo. La vida. ¿Quién sabe lo que es? Las religiones nó, puesto que la consideran como un paso para otras regiones; la ciencia nó, porque apenas investiga las leyes que la rigen sin descubrir su causa ni su objeto. Talvez el arte que la copia... talvez el amor que la crea.

¿Tú crees que la mayor parte de los que se mueren han vivido? Pues no lo creas; míra, la mayor parte de los hombres, los unos luchando a cada minuto por satisfacer sus necesidades diarias, los otros encerrados en una profesión, en una especialidad, en una creencia, como en una prisión que tuviera una sola ventana abierta siempre sobre un mismo horizonte, la mayor parte de los hombres se mueren sin haberla vivido, sin llevarse de ella más que una impresión confusa de cansancio!... Ah! vivir la vida... eso es lo que quiero, sentir todo lo que se puede sentir, saber todo lo que se puede saber, poder todo lo que se puede... Los meses pasados en la pesquería de perlas, sin ver más que la arena de las playas y el cielo y las olas verdosas, respirando a pleno pulmón el ambiente yodado del mar; las temporadas de orgías y de tumulto mundano en París; los meses de retiro en el

viejo convento español, entre cuyos paredones grises sólo resuenan los rezos monótonos de los frailes y las graves músicas del canto llano; la permanencia agitada en el escritorio de Conills, con mi fortuna comprometida en el engranaje vertiginoso de los negocios yankees, y la cabeza llena de cotizaciones y de cálculos, en pleno *hardwork;* las suaves residencias en Italia, en que secuestrado del mundo y olvidado de mí mismo, viví encerrado en iglesias y museos o soñando por horas enteras en amorosa contemplación ante las obras de mis artistas predilectos como el Sodoma y el Vinci, todo eso son cinco caminos emprendidos con loco entusiasmo, recorridos con frenesí, y abandonados por temor de que me sorprendiera la muerte en alguno de ellos antes de transitar por otros, por estos otros nuevos que trato de recorrer ahora y por los cuales dices tú que voy gastando inútilmente mis fuerzas... Ah! vivir la vida! emborracharse de ella, mezclar todas sus palpitaciones con las palpitaciones de nuestro corazón antes de que él se convierta en ceniza helada; sentirla en todas sus formas, en la gritería del *meeting* donde el alma confusa del populacho se agita y se desborda, en el perfume acre de la flor extraña que se abre, fantásticamente abigarrada, entre la atmósfera tibia del invernáculo; en el sonido gutural de las palabras que hechas canción acompañan hace siglos la música de las guzlas árabes; en la convulsión divina que enfría las bocas de las mujeres al agonizar de voluptuosidad; en la fiebre que emana del suelo de la selva donde se ocultan los últimos restos de la tribu salvaje... Díme, Sáenz, ¿son todas esas experiencias opuestas y las visiones encontradas del Universo que me procuran, todo eso es lo que quieres que deje para ponerme a escribir redondillas y a cincelar sonetos?

—Nó, contestó el otro sin desconcertarse. Yo no te he dicho nunca que no pienses sino que no abuses. Alegas tú que lo que yo llamo abuso es para ti lo estrictamente necesario y te ríes de mis sermones. Es claro que si el fin de todos tus esfuerzos me pareciera a tu altura, te aplaudiría, pero tu lo que quieres es gozar y eso es lo que persigues en tus estudios, en tus

empresas, en tus amores, en tus odios. No son tus complicaciones intelectuales las que no te dejan escribir, ni tampoco son tus grandes facultades críticas que requerirían que produjeras obras maestras para quedar satisfechas, nó, nó es eso; son las exigencias de tus sentidos exacerbados y la urgencia de satisfacerlas que te domina. Míra, si en mis manos estuviera te quitaría cosa a cosa todo lo que te impide escribir y hacer glorioso tu nombre. ¿Quieres saber qué es lo que no te deja escribir? El lujo enervante, el *confort* refinado de esta casa con sus enormes jardines llenos de flores y poblados de estatuas, su parque centenario, su invernáculo donde crecen, como en la atmósfera envenenada de los bosques nativos, las más singulares especies de la flora tropical ¿Sabes qué es? No son tánto las tapicerías que se destiñen en el vestíbulo, ni los salones suntuosos, ni los bronces, los mármoles y los cuadros de la galería, ni el gabinete del extremo oriente con sus sederías chillonas y sus chirimbolos extravagantes, ni las colecciones de armas y de porcelanas, ni mucho menos tu biblioteca, ni las aguafuertes y dibujos que te encierras a ver por semanas enteras. Nó, es lo otro. Lo que estimula el cuerpo, las armas, los ejercicios violentos, tus cacerías salvajes con los Merizaldes y los Monteverdes; tus negocios complicados; el salón de hidroterapia, la alcoba y el tocador dignos de una cortesana. Son los vicios nuevos que dices que estás inventando, esas joyas en cuya contemplación te pasas las horas fascinado por su brillo, como se fascinaría una histérica; el té despachado directamente de Cantón, el café escogido grano por grano que te manda Rovira; el tabaco de Oriente y los cigarros de Vuelta Abajo, el kummel ruso y el krishabaar, sueco, todos los detalles de la vida elegante que llevas, y todas esas gollerías que han reemplazado en tí al poeta por un gozador que a fuerza de gozar corre al agotamiento... ¡Hombre; cuando estando sano como una manzana y fuerte como un carretero has dado en tomar tónicos de los que se les dan a los paralíticos y eso sólo para sentirte más lleno de vida de lo que estás! Míra, si en mis manos estuviera te quitaría todos los refinamientos y las suntuosidades de que te rodeas, te debilitaría

un poco para tranquilizarte, te pondría a vivir en un pueblecillo, en un ambiente pobre y tranquilo donde conversaras con gente del campo y no vieras más cuadros que las imágenes de la iglesia, ni consiguieras más libros que el Año Cristiano, prestado por el cura. Si en mis manos estuviera te salvaría de tí mismo. A los seis meses de vivir en ese ambiente serías otro hombre y te pondrías a escribir algún poema de los que debes escribir, de los que es tu deber escribir.

—¿Conque yo tengo deber de escribir poemas? preguntó Fernández riéndose... ¡Pues estoy divertido! y enseriándose súbitamente: Feliz tú que sabes cuáles son los deberes de cada cual y cumples los que crees tuyos como los cumples. Deber! Crimen! Virtud! Vicio!... Palabras, como dice Hamlet... Yo estoy en la situación en que nos suponía el zapatero aquel que cuando se emborrachaba nos detenía a la salida del colegio, recuerdas?

—Ah! sí, el zapatero Landínez, contestó Juan Rovira como si se dirigiera a él, antier me lo encontré más borracho que nunca y me detuvo con su eterno sonsonete: "Dadme una peseta caballero. Vos no sabéis la posición que ocupáis en la sociedad; vos no sabéis qué cosa es el mál ni qué cosa es el bién". Bueno, José, y tú qué tienes que ver con ese perdulario?, dijo interpelando a Fernández.

—Tú no entiendes esas cosas, le respondió éste, es una broma que tengo con Sáenz. Conque, díme preguntó volviéndose al médico, ¿tú sí crees que mi deber es escribir poemas? Pues mira, esa calavera, agregó mostrando con la mano nerviosa y fina un cráneo cuyas cuencas vacías donde se aglomeraba la sombra parecían mirarlo desde el pedestal de la Venus de Milo, donde estaba colocado, esa calavera me dice todas las noches que mi deber es vivir con todas mis fuerzas, con toda mi vida!...

Y sin embargo los versos me tientan y quisiera escribir, para qué ocultártelo? En estos últimos días del año sueño siempre en escribir un poema pero no encuentro la forma... Esta mañana volviendo a ca-

ballo de Villa Helena me pareció oír dentro de mí mismo estrofas que estaban hechas y que aleteaban buscando salida. Los versos se hacen dentro de uno, uno no los hace, los escribe apenas... ¿tú no sabes eso? Rovira...

—Nó, qué sé yo de esas cosas! contestó el interpelado. Los tuyos me gustan y son buenos de seguro, porque un hombre de gusto que tiene caballos como la pareja de moros de tu victoria y el árabe en que montas, y una casa como esta y tánto cuadro y tántas estatuas y cigarros de esta calidad, dijo mostrando la larga ceniza del puro casi negro que se estaba fumando, pues es clarísimo que no puede hacer malos versos!

—¿Por qué no escribes un poema? José, insistió Sáenz.

—Porque no lo entenderían talvez, como no entendieron los "Cantos del más allá", dijo el poeta con dejadez. ¿Ya no recuerdas el artículo de Andrés Ramírez en que me llamó asqueroso pornógrafo y dijo que mis versos eran una mezcla de agua bendita y de cantáridas? Pues esa suerte correría el poema que escribiera. Es que yo no quiero *decir* sino sugerir y para que la sugestión se produzca es preciso que el lector sea un artista. En imaginaciones desprovistas de facultades de ese orden ¿qué efecto producirá la obra de arte? Ninguno. La mitad de ella está en el verso, en la estatua, en el cuadro, la otra en el cerebro del que oye, ve o sueña. Golpea con los dedos esa mesa, es claro que solo sonarán unos golpes, pásalos por las teclas de marfil y producirás una sinfonía: Y el público es casi siempre mesa y no un piano que vibre como éste, concluyó sentándose al Steinway y tocando las primeras notas del prólogo del Mephisto.

—Fernández, dijo Rovira suspendiendo su interminable paseo para acercarse a la mesa y sacudir la ceniza del puro que fumaba, en un platillo de cobre repujado. Oye, Fernández: no te preocupes con los sermones de este médico, que quiere ser para tí un don Pedro Recio Tirteafuera, ni con escribir unos ver-

sos más o menos, para que tus admiradores te proclamen genio al día siguiente del entierro! Más vale vivir tres días en Nare, como decía el minero, que tres siglos en el corazón de la posteridad... Nada, hijo, diviértete, cuídate, busca más caballos árabes y más armas si eso te suena, compra más anticuallas y más chirimbolos, métete hasta las narices en la política, déjate querer por todas las mujeres que se antojen de tí y házte querer de todas las que se te antojen, no vuelvas a escribir un solo verso si no se te da la gana... Para todo eso te doy permiso a cambio de que me satisfagas esta noche un antojo que tengo desde hace mucho tiempo... Quiero oirte leer unas páginas que según me dijiste una vez, tienen relación con el nombre de tu quinta, con un diseño de tres hojas y una mariposa que llevan impreso en oro, en la pasta blanca, varios volúmenes de tu biblioteca, y con aquel cuadro de un pintor inglés... ¿cómo dices tú? decadente? nó... simbolista? nó, prerrafaelita? Eso es, prerrafaelita, que tienes en la galería y que no logro entender por más que lo miro cada vez que paso por ahí... ¿Sabes de qué te hablo?...

—Sí, sé de qué me hablas, contestó Fernández levantándose al oír ruidos de voces y de pasos en el cuarto vecino...

El portier pesado de tela roja de Oriente bordado de oro que cierra la entrada de la derecha, se abrió dándoles paso a Luis Cordovez y a Máximo Pérez.

—Buenas noches, te traigo a este hombre para que lo distraigas, dijo Cordovez, tendiéndole la mano a Fernández; Juan, Oscar, saludando familiarmente a los amigos con quienes hablaba Pérez, y vengo yo a desinfectarme de todas las vulgaridades oídas en estas dos horas... Dáme una copa de jerez del más seco, y siéntate tú aquí, añadió mostrando un sillón cercano al suyo, necesito oir buenos versos para desinfectarme el alma... ¡Si tú supieras de donde vengo!...

—Pues no me parece imposible adivinarlo; de una comida en que has estado cerca de una rubia... el vestido lo cuenta... Irreprochable!... añadió Fernández

fijándose en la gardenia fresca que llevaba Cordovez en el ojal del frac y en las gruesas perlas que le abotonaban la pechera.

—Ya lo ves, te equivocaste! Los poetas andan siempre soñando cosas deliciosas. Nada hombre, de una comida dada por Ramón Rey a Daniel Avellaneda, en que se habló de política al comenzar y de religión y de mujeres al concluír. Cuando te digo que necesito que me leas versos de Núñez de Arce para desinfectarme. Nó, no son versos añadió dirigiéndole a Fernández una mirada en que se adivinaba su amor casi fraternal y su entusiasmo fanático por el poeta... ¿Sabes?... no son versos de Núñez de Arce... es prosa tuya lo que quiero... vengo a pedirte de *soñar* como dices tú... hace tres días que no le pido de *soñar* a nadie por miedo de que me sirvan mal y que estoy pensando a cada momento en que llegue esta noche para suplicarte me leas unas notas tomadas en un viaje por Suiza, que nunca me has mostrado... Nos las vas a leer dentro de un rato, ¿cierto?... Si tú supieras que he pasado hoy un mal día pensando en tí, con la idea fija de que estabas enfermo... Pero estás bien, ¿verdad?...

—Nunca estoy bien en los últimos días del año, contestó Fernández como distraído por algo que lo preocupara; nunca estoy bien en los últimos días de diciembre.

La frescura y la animación de Luis Cordovez, cuyas facciones delicadas y naciente barba castaña recordaban el perfil del Cristo de Scheffer, sin que los rizos oscuros que le caían sobre la frente estrecha, ni el frac que le moldeaba el busto alcanzaran a disminuír el parecido, formaban extraño contraste con la atonía meditabunda del semblante pálido y lo apagado de los ojos grises de Máximo Pérez, cuya flacura se adivinaba, mal disimulada por el vestido de cheviot claro que traía puesto, en las líneas del cuerpo tendido sobre el diván vecino, en una postura de enfermizo cansancio.

—¿Tú no sigues bien, eh?... ¿aumentan los dolores?... le preguntó Sáenz clavándole los ojos inquisitivos...

—Siguen los dolores, atroces, a pesar de los bromuros y de la morfina... Esta noche me sentía tan mal que me retiraba ya del Club cuando encontré a Cordovez y me hizo el bien de traerme... No saben tus colegas qué es lo que tengo... Fernández, díme, ¿tampoco pudieron hacer diagnóstico preciso de una enfermedad que sufriste en París, de una enfermedad nerviosa de que me ha hablado, Marinoni...? Díme, tú la describiste en algunas páginas de tu diario?... Si nos las leyeras esta noche... Creo que sólo la lectura de algo inédito y que me interesara mucho alcanzaría a disipar un poco mis ideas negras.

—Yo le había instado antes a José para que nos leyera algo relacionado con el nombre de la quinta, con Villa Helena, dijo Rovira malhumorado y como temeroso de no lograr su empeño; ahora tú y Cordovez vienen cada cual con su idea, y va a resultar que José no nos lee nada al fin. Fernández, qué dices?

—Tú querrías leer la última novela de Pereda, nó, Cordovez? dijo el escritor distraído, recuérdame darte el tomo.

No; te había suplicado que nos leyeras unas notas escritas en Suiza, pero resulta que Rovira desea conocer unas páginas que según dice tienen relación con Villa Helena; Pérez otras que dizque describen una enfermedad que sufriste en París y el doctor Sáenz no opina, está callado como un mudo desde que entramos... Hábla Sáenz!

—Fernández no me oye nunca cuando le hablo. Hace cuatro años le vengo diciendo que escriba y no me oye. José, ¿no tienes tú, un cuento o cosa así, que pasa en París, una noche de año nuevo? insinuó el médico... ¿Por qué no nos lo lees?

—Todo eso es Ella... dijo el escritor, como perdido en un ensueño; esta mañana las rosas blancas en la verja de hierro de Villa Helena; a medio día el revoloteo de la mariposilla blanca que se entró por la ventana del escritorio... Ahora cuatro deseos encontrados que se juntan para que la nombre... Se pasó la mano por la frente y se quedó callado luégo sin que

durante diez minutos en que pareció olvidarse de todo y sumirse en honda meditación, ninguno de los amigos se atreviera a distraerlo.

—Fernández, ¿no nos vas a leer nada? preguntó Rovira impaciente, deteniéndose cerca del sillón de aquél... ¿Tienes dolor de cabeza?... Eso ha sido el trabajo de hoy... ¿Tú para qué trabajas?... ¿nos lees algo al fin?...

José Fernández, después de buscar en uno de los rincones oscuros del cuarto, donde sólo se adivinaba entre la penumbra rojiza la blancura de un ramo de lirios y el contorno de un vaso de bronce y de apagar las luces del candelabro, se sentó cerca de la mesa, y poniendo sobre el terciopelo de la carpeta un libro cerrado, se quedó mirándolo por unos momentos.

Era un grueso volumen con esquineras y cerradura de oro opaco. Sobre el fondo de azul esmalte, incrustado en el marroquí negro de la pasta, había tres hojas verdes sobre las cuales revoloteaba una mariposilla con las alas forjadas de diminutos diamantes.

Acomodándose Fernández en el sillón, abrió el libro y después de hojearlo por largo rato leyó así a la luz de la lámpara.

París, 3 de junio de 189..

La lectura de dos libros que son como una perfecta antítesis de comprensión intuitiva y de incomprensión sistemática del Arte y de la vida, me ha absorbido en estos días: forman el primero mil páginas de pedantescas elucubraciones seudo-científicas, que intituló **Degeneración** un doctor alemán, Max Nordau, y el segundo, los dos volúmenes del diario, del alma escrita, de María Bashkirtseff, la dulcísima rusa muerta en París, de genio y de tisis, a los veinticuatro años, en un hotel de la calle de Prony.

Como un esquimal miope por un museo de mármoles griegos, lleno de Apolos gloriosos y de Venus inmortalmente bellas, Nordau se pasea por entre las obras maestras que ha producido el espíritu humano

en los últimos cincuenta años. Lleva sobre los ojos gruesos lentes de vidrio negro y en la mano una caja llena de tiquetes con los nombres de todas las manías clasificadas y enumeradas por los alienistas modernos. Detiénese al pie de la obra maestra, compara las líneas de ésta con las de su propio ideal de belleza, la encuentra deforme, escoge un nombre qué dar a la supuesta enfermedad del artista que la produjo y pega el tiquete clasificativo sobre el mármol augusto y albo. Vistos al través de sus anteojos negros, juzgados de acuerdo con su canon estético, es Rosetti un idiota, Swinburne un degenerado superior, Verlaine, un medroso degenerado, de cráneo asimétrico y cara mongoloide, vagabundo, impulsivo y dipsómano; Tolstoy, un degenerado místico e histérico; Baudelaire, un maniático obsceno; Wagner, el más degenerado de los degenerados, grafónomo, blasfemo y erotómano. ¡Dichoso clasificador de manías que no has sentido la vida y no has encontrado en tu vocabulario técnico la fórmula en qué encerrar las obras maestras de las edades muertas, óye: ¿eran neurópatas consumados los hombres del Renacimiento, cuyas obras, telas y mármoles y bronces, donde el oro y la sombra de los años acumulan misterio sobre misterio, turban a los sensitivos de hoy con el enigma cautivador de sus líneas y de sus medias tintas? Míra los Cristos dolientes y sombríos, más heridas que carne y más alma que cuerpo, que languidecen entre las sombras de los lienzos del Sodoma; interroga la sonrisa ambigua de las figuras del Vinci; respira el hedor que se desprende de las telas de Valdéz Leal; contempla la crueldad refinada y bárbara de las crucifixiones del Españoleto; vuélve tus manos rudas hacia el fondo de los siglos y distribuye tiquetes de clasificación patológica a esos que sintieron y expresaron lo que sienten los hombres de hoy! Oh, grotesco doctor alemán, zoilo de los Homeros que han cantado los dolores y las alegrías de la Psiquis eterna, en este fin de siglo angustioso, tu oscuro nombre está salvado del olvido!...

Tus rudas manos tudescas no alcanzaron a coger en su vuelo la mariposa de luz que fue el alma de la

Bashkirtseff, ni a profanar analizándola, una sola de las páginas del diario. "María Bashkirtseff, escribiste, una degenerada muerta joven, tocada de locura moral, de un principio del delirio de las grandezas y de la persecución y de exaltación erótica morbosa". (**Dégénérescence**, volumen II, página 121). Y escrita la frase en que acumulaste cuatro entidades patológicas para definir una de las almas más vibrantes y más ardientes del tiempo presente, flotó sobre tus labios gruesos deliciosa sonrisa de satisfacción beata y estúpida!

Desde el fondo de la sencilla tumba que guarda tus cenizas en el Cementerio de Passy y a donde irán los intelectuales de mañana a cubrir de flores el mármol que conserva tu nombre, desde el fondo del tiempo donde llegarás agrandada por la leyenda, perdóna, oh muerta dulcísima! al maniático seudo sabio que te inmortalizó juntándote con Wagner y con Ibsen, en la expresión de su desprecio profundo!

Quiere Mauricio Barrés, en las sutiles páginas que intitula "La leyenda de una Cosmopolita", y en que estudia a la Bashkirtseff, darnos de ella, ya que no un retrato definitivo, tres impresiones instantáneas de tres actitudes suyas y nos la presenta adolescente, en las sabanas heladas de Rusia, dejando desarrollarse en sí el vigor espiritual y sensual que animara su vida; en plena juventud, dándole por fondo del retrato los ramajes oscuros, al través de los cuales vibra la música de una orquesta, al caer de la tarde, en un lugar de aguas de Bohemia y, tocada ya por la mano fría de la tisis que le abrillanta los ojos con artificial brillo y le colora las mejillas pálidas con la agitación de la sangre empobrecida, bajo el sol de Niza, sonriente y con el corpiño florecido por diminuto ramo de mimosas y de anémonas. Ninguno de los negativos del ideólogo me satisface. Cierro los ojos y me la forjo así, de acuerdo con las páginas del Diario: Es alta noche... La familia, cansada de las fatigas triviales del día, duerme tranquilamente. Ella, en el cuarto silencioso donde la rodean sus libros predilectos, Spinoza, Fichte, los más sutiles de los poetas, los más acres de los

novelistas modernos, acodada sobre el escritorio, cayéndole sobre la masa de cabellos castaños la luz tibia de la lámpara, la cabeza apoyada en la mano pálida, vela y recapitula el día. Se ha levantado a la madrugada, y al correr las persianas del balcón, para procurarse una noche artificial y favorable al estudio, el paso de un grupo de obreros por la calle, llena de la bruma de la madrugada y azotada por la lluvia, la ha hecho enternecerse al pensar en la suerte de esos miserables. Tras de varias horas de lectura de Balzac, en que ha vivido en comunión con aquel genio enorme, el proyecto del cuadro con que sueña, del cuadro que ha de inmortalizarla, la ha hecho ir a Sèvres, donde la espera, el modelo, y allí en el luminoso paisaje de primavera, las manos temblándole de artística fiebre, los ojos bien abiertos para verlo todo, los nervios tendidos para realizar el milagro de trasladar al lienzo la frescura de los renuevos, la tibieza del sol que ilumina el campo, la carne sonrosada del modelo, sobre la cual flotan las diáfanas sombras de las ramas de un durazno en flor; el verde húmedo de la yerba tierna, el morado de las violetas y el amarillo de los renúnculos que esmaltan el prado, el azul del cielo pálido en el horizonte, ha trabajado, olvidada de sí misma, en un frenesí, en una locura de arte, hora tras hora, el día entero. Por la tarde rendida, desencantada de la pintura hasta el fondo del alma, convencida de que serán vanos todos sus esfuerzos para alcanzar la meta soñada, hubo un instante en que tuvo que contenerse para no rasgar el lienzo en que trabajó con todas sus fuerzas. Un detalle de elegancia le hace olvidar la momentánea angustia. Doucet, el costurero, la espera para ensayarle un vestido de crespón de seda rosado, que tiene por todo adorno una guirnalda de rosas de Bengala, y que han combinado ambos para que, al lucirlo ella en el próximo baile, la concurrencia, al verla atravesar el salón moderno por entre la corrección de los fracs negros y de las blancas pecheras, tenga la ilusión de contemplar sonriente y animada por la vida, la más hermosa de las pinturas de Greuze. Y el vestido la ha entusiasmado! Por una hora se olvida de la artista que es, del filósofo que funciona dentro de ella y que analiza la

vida a cada minuto y a quien preocupan los problemas eternos... Nó, ella no es eso, siente que ha nacido para concentrar en sí todas las gracias y los refinamientos de una civilización, que su papel verdadero, el único a la medida de sus facultades, es el de una Madame Récamier, que su teatro será un salón donde se junten las inteligencias de excepción y de donde irradie la doble luz de las supremas elegancias mundanas y de las más altas especulaciones intelectuales... Los hombres más ilustres del momento serán los huéspedes de ese centro; allí sonreirá suavemente Renán, moviendo la gran cabeza bonachona, con ademán episcopal; Taine vendrá a veces y se dejará oír, un poco absorto por instantes en su incesante pensar, animado otras, preguntando en frases cortas, netas, precisas como fórmulas; Zola, ventrudo y pálido, contará el plan de su novela futura; Daudet paseará por sobre las obras de arte que destacan sus cartones sobre las viejas tapicerías desteñidas, la mirada curiosa de sus ojos de miope y apoyará en el brocatel de los sillares la enmarañada melena de piferaro; los pintores, Bastien Lepage, el preferido, chiquitín, enérgico, chatico, con su rubia barba de adolescente; Carrolus Durán, con sus aires de espadachín y de tenorio; el Maestro Tony Robert Fleury, el de la dulce fisonomía árabe y los ojos dormidos; los poetas Coppée, Sully Prudhome, Theuriet, todos ellos serán recibidos allí como en una casa del arte y se sentirán ajonjeados y mimados como por una hermana. Ella tendrá en las manos el cetro, será la Vittoria Colonna de mañana, rodeada por esa corte de pensadores y de artistas...

¡Oh sueños vanos desechos como bombas de jabón que nacen, se coloran y revientan en el aire!... Al salir de casa de Doucet, la idea de hablar con el médico, que le dice la verdad respecto del mal que la está devorando, se le impone. ¡Se ha sentido tan enferma en los últimos días, han sido tan agudos los dolores que la han atormentado, tan intensa la fiebre que le ha quemado las venas; tan profundo el decaimiento que la ha postrado por horas enteras!... En el silencio grave del salón de consultas el esculapio la ausculta lenta-

mente, golpea, con blandos golpecitos de las yemas de los dedos las espaldas gráciles, aplica atento el oído sobre la piel tersa como el raso, del busto delicado, y tras del minucioso examen prescribe cáusticos que queman el seno, aplicaciones de yodo que manchan y desfiguran, drogas odiosas, un viaje al Mediodía que equivale a abandonarlo todo, arte, sociedad, placeres y para justificar las prescripciones rígidas y con su frialdad de hombre de ciencia, acostumbrado al dolor ajeno, suelta las frases brutales. Está tísica... el pulmón derecho destrozado por los tubérculos, el izquierdo invadido ya, esa sordera que la atormenta desde hace meses irá aumentando; la tos que la sacude y la lastima, los insomnios atroces que la agotan, todo eso va a crecer, a tomar fuerza, y a dilatarse como las llamaradas de un incendio, a acabar con ella...

¡Que está tísica! Sí, lo siente, lo sabe. Hubo un momento en que al salir de la casa del sabio se abandonó al desaliento y se sintió cerca de la muerte, pero hace dos horas ha olvidado su mal... Por la gran ventana abierta del taller, cercano al cuartico donde está ahora, se veía el cielo nocturno, de un azul profundo y transparente; la luz de la luna se filtraba por allí e inundaba la penumbra de su sortilegio pacificador. Sentada ella en el piano, al vibrar bajo sus dedos nerviosos el teclado de marfil, se extendía en el aire dormido la música de Beethoven, y en la semioscuridad, evocada por las notas dolientes del nocturno y por una lectura de Hamlet, flotaba, pálido y rubio, arrastrado por la melodía como por el agua pérfida del río homicida, el cadáver de Ofelia, Ofelia pálida y rubia, coronada de flores... el cadáver pálido y rubio coronado de flores, llevado por la corriente mansa...

Verdad que hacía dos horas la magia de la música la hizo olvidarse de todo, de sí misma y de la tisis, pero ahora, desvanecido el encanto, sola, sentada frente al escritorio, acodada sobre éste, la luz tibia de la lámpara, cayéndole sobre la masa de cabellos castaños, la cabeza apoyada en la mano delicada, ahora al recapitular el día, la lectura de Balzac, la furia de trabajo artístico en Sèvres, el ensayo del vestido, el sueño de

grandeza mundana, los momentos pasados en el piano, todo se borra ante la realidad cruel de la enfermedad que avanza en el gran silencio religioso de la media noche; la siniestra profecía del hombre de ciencia llena sola, oscura y siniestra como un horizonte nublado, el campo de su visión interior... Morir, Dios mío, morir así tísica a los veintitrés años, al comenzar a vivir, sin haber conocido el amor, única cosa que hace digna a la vida de vivirla, morir sin haber realizado la obra soñada, que salvará el nombre del olvido; morir dejando el mundo, sin haber satisfecho los millones de curiosidades, de deseos, de ambiciones que siente dentro de sí, cuando el conocimiento de seis lenguas vivas, de dos lenguas muertas, de ocho literaturas, de la historia del mundo, de todas las filosofías, del arte en todas sus formas, de la ciencia, de las voluptuosidades de la civilización, de todos los lujos del espíritu y del cuerpo, cuando los viajes por toda Europa y la asimilación del alma de seis pueblos, sólo han servido para desear la vida con ardor infinito y concebir planes cuya realización requeriría diez vidas de hombre! Morir así, sintiéndose el embrión de sí mismo, morir cuando se adora la vida, deshacerse, perderse en la sombra! Imposible!...

La idea de la lucha contra el mal la domina ahora... hay que luchar... un año destinado a vencerlo será suficiente. En plena salud más tarde ganará el tiempo perdido; tules diáfanos y blancuras de mimosas y de camelias velarán sobre lo túrgido del seno las manchas de los cáusticos y del yodo, y el cuerpo entero ostentará la coloración suave de la sangre vivificada por el aire tibio y salino del Mediterráneo. Hay que luchar, hay que vivir! Hay que pintar las Santas Mujeres, guardando el sepulcro. La Magdalena sentada, de perfil, el codo apoyado en la rodilla derecha y la barba en la mano, con el ojo átono, como si no viera nada, pegada a la piedra que cierra el sepulcro y con el brazo izquierdo caído en una postura de infinito cansancio. En la actitud de María, de pie, tapándose la cara con la mano, y con los hombros levantados por un sollozo, destacando la silueta oscura sobre el cielo plomi-

zo del crepúsculo, debe adivinarse una explosión de lágrimas, de desesperación, de dejo, de agotamiento definitivo. A lo lejos, entre la semioscuridad de la hora trágica que esfuma los contornos de las cosas, se adivinarán las formas de los que acaban de enterrar al Cristo y sobre el lienzo flotará la atmósfera sombría de un dolor infinito. Hay que pintar; hay que pintar a Margarita, después del encuentro con Fausto, con el seno agitado y los ojos brillantes y las mejillas encendidas por el fuego de amor que le hacen correr por las venas las palabras del gallardo caballero. El cuadro de Sèvres no la satisface; hay que pintar otro en pleno aire como los de Bastien y encerrar en él un paisaje de primavera, donde por sobre una orgía de tonos luminosos, de pálidos rosados, de verdes tiernos, se oigan cantos de pájaros y murmullos cristalinos de agua y se respiren campesinos olores de savia y de nidos; la calle, ese canal de piedra, por donde pasa el río humano, hay que estudiarla, verla bien vista, sentirla, para trasladar a otros lienzos sus aspectos risueños o sombríos, los efectos de niebla y de sol; entre las líneas geométricas de las fachadas, el piso húmedo por la lluvia reciente, los follajes pobres de los árboles que crecen en la atmósfera pesada de la ciudad, y sobre el banco del boulevard exterior, quietas y en posturas de descanso para sorprender en ellas, no el gesto momentáneo de la acción sino el ritmo misterioso y la expresión de la vida, hay que pintar dos chicuelas flacuchas, ajadas por la pobreza y el vicio ancestral y un bohemio grasiento y lamentable con la cara encendida y los ojos encarnados por el uso de venenosos alcoholes, que sigue, melancólicamente, con la mirada turbia y vaga, el humo de la pipa que se está fumando; pero nó, ese cuadro por perfecto que sea no será el desiderátum, porque está viciado de *canallería moderna,* como dice Saint Marceaux, hay que hacer algo grande y noble... Concluídos esos, será Homero quien da el tema, y se lavará los ojos de toda la vulgaridad de la vida diaria, forjando en un lienzo enorme a Alcinoos y a la Reina, sentados en el trono, en una galería de altas columnas de mármol rosado, rodeados por la Corte, mientras que Nausícaa, apoyada en una de las pilastras, oye a Ulises

contarle al Rey sus aventuras interminables y Demodocuos, cuyo canto ha interrumpido el viajero, malhumorado como un poeta a quien no oyen, apoya en las rodillas la lira y vuelve la cabeza para mirar hacia afuera... Hay que pintar eso pero pintarlo de veras, en plena pasta, con una factura potente, rica, sólida, donde nadie reconozca una manecita de mujer; hay que pintarlo vívido, caliente, amplio de tal modo que el que vea el cuadro sienta lo que sintió ella al manejar los pinceles y las brochas. Hay tánto que hacer para llegar allá! Todos esos cuadros requieren estudios previos, composiciones complicadas, preparación de detalles y querría estarlos haciendo ya, haberlos hecho, no perder un minuto... Hay tánto que hacer y la vida es tan corta... Los proyectos de escultura la fascinan porque la escultura es honrada y no engaña al ojo con los colores, ni admite farsas ni tapujos... Modelará todo lo que sueña: moribunda de amor y de tristeza, caída sobre las arenas de la playa al ver huír en el horizonte la vela del barco que lleva a Teseo, una Ariadna con el pecho lleno de sollozos; luégo un bajo relieve colosal con seis figuras sorprendidas en actitudes llenas de gracia, y las esculturas serán tales que Saint Marceaux mismo se entusiasme, y las pinturas tendrán tal arte que el jurado imbécil no podrá menos de darle la primera medalla, en un salón próximo! Ah! la medalla, cómo la ha perseguido, cómo la ve en sus sueños; la medalla la hará comprender que hizo bien en consagrarse a la pintura, que no se ha equivocado, que es alguien, que puede amar, pensar, vivir como viven todos, tranquila, sin atormentarse con tántas ambiciones. Cuando se la den podrá vivir como todo el mundo, y entonces sus fuerzas, dirigidas en otro sentido la llevarán lejos, muy lejos, se abandonará a la delicia de sentir, la dominará una pasión profunda por un hombre superior que la entienda, irá a respirar por temporadas el aire perfumado y tibio de Niza, de San Remo, de Sorrento, volverá a España, a Toledo, a Burgos a Córdoba, a Sevilla, a Granada, a embelesarse con las policromías de las arquitecturas árabes, con los follajes frescos de los laureles rosas y de los castaños gigantes, con lo azul del cielo; a Venecia, donde sube hacia el

firmamento, por entre ruinosos palacios de mármol, una fiebre sutil de los canales verdosos, a ver la melancólica fiesta que son las pinturas de Tiépolo; a Milán, donde sonríen las creaciones del Vinci y a Roma, sobre todo, a Roma, la ciudad madre, la metrópoli, el único lugar del mundo que le ha llenado el corazón, porque al ponerse el sol tras de las cúpulas de la Basílica, centro de la cristiandad, alumbra las huellas del arte de hace veinticinco siglos, la complicación de la vida moderna más fastuosa y más amplia y sugiere a las almas pensativas la fórmula de lo que será la sensibilidad de mañana.

Ah! Dios mío, y Rusia, Rusia, la madre, la patria, la tierra del nihilismo, y de los zares, con su semi-civilización tan diferente de la civilización latina, sus costumbres peculiares, su pueblo supersticioso y medio salvaje, su aristocracia gozadora; su arte propio y su singular literatura; Rusia la reclama: irá a Petersburgo, donde la recibirá la Corte, a Moscou, a Kieff, la ciudad santa, llena de catedrales y conventos; volverá a respirar en los campos solariegos el aire que en la niñez le infundió la fiebre que la anima, y esos múltiples viajes, esas experiencias casi opuestas de la vida los alternará con las temporadas de París, en el salón aquel lleno de hombres de genio; con días distribuídos entre las fiestas mundanas, donde seducirá a todos su elegancia, y la lectura de filósofos y la audición de las músicas de Haendel y de Beethoven y la continuación de sus estudios, de otros estudios nuevos con que sueña, sociología, política, lenguas orientales, historia y literatura de pueblos que no conoce bien y cuya alma se asimilará para agrandar su visión del universo. Vivirá así y todo eso lo hará con todos sus nervios, con toda su alma, con todo su sér, arrancándole a cada sensación, a cada idea, un máximum de vibraciones profundas!

Ahora un desfallecimiento interior la embarga; ha sentido una picada ahí, en el punto que el médico le mostró como foco de la enfermedad que la devora y el punzante dolor vuelve a traerla a la realidad... Ah! sí, la tos, el sudor, el insomnio, los cáusticos, las untu-

ras de yodo, el viaje al Mediodía, el aniquilamiento... la muerte... el fin, todo eso está cerca. ¿Y Dios, en dónde está si la deja morir así, en plena vida, sintiendo esa exuberancia de fuerzas, esos entusiasmos locos por verlo todo, por sentirlo todo, por comprender el Universo, su obra?... ¿Dios, en dónde está si la deja morir así, después de haber sido buena, después de no haber hablado nunca mal de nadie, ni proferido una queja por las amarguras que le han tocado en suerte, de haber derramado a su alrededor el oro para enjugar lágrimas, después de regalar su esmeralda favorita para distraer a alguien que no la quiere, de un sufrimiento de un instante?... ¿Después de haber llorado por los dolores ajenos, de haber llevado su piedad hasta querer a los animales humildes? Si existe, si es la bondad suprema, por qué la mata así, a los veintitrés años antes de vivir y cuando quiere vivir?... ¿Dónde está el buen Dios, el Padre Eterno de las criaturas?... Ah! no existe. Spinoza, se lo ha enseñado, las lecturas científicas, le han mostrado el universo como una eterna reunión de átomos, regida, desde los millones de soles que arden en el fondo del infinito hasta el centro misterioso de la conciencia humana, por leyes oscuras e inconmovibles, que no revelan una voluntad suprema tendiente al bién... sí, un torbellino de átomos en que las formas surgen, se acentúan, se llenan, se deshacen para volver a la tierra y renacer en otras formas que morirán a su vez arrastradas por la eterna corriente... Nó. Eso no puede ser. Ella no es atea, ella quiere creer, ella cree. La Biblia contiene las palabras que calman y confortan; los versos del Salmo XCI, "Te cubrirá con sus alas poderosas; en seguridad estarás bajo su abrigo", le cantan en la memoria; el Salvador, con la cabeza aureolada y los brazos abiertos camina ahora por sobre las agitadas olas negras del océano de sus pensamientos y dice las palabras suaves que le derraman en el alma una divina paz inefable: "Bien aventurados los que tengan hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos..." Y desfalleciente ella de mística emoción, mentalmente se prosterna a los pies del Divino Maestro...

Súbita asociación de ideas fórjase en su cerebro y esa dulce imagen huye disipada por el recuerdo de las obras de Renán y de Strauss, en que éstos, con su análisis de concienzudos exégetas, muestran al Cristo al través de los textos interpretados con rígido criterio, no como al Hombre Dios, encarnado para purgar los pecados del mundo, sino como la más alta expresión de la bondad humana. Los libros de crítica y de historia religiosa que ha leído allí mismo en el silencio de ese gabinetico de estudio donde está sentada ahora, ahuyentan al divino fantasma del consolador de los hombres... No hay a quien invocar en los momentos de desesperante angustia. ..y la muerte viene, la muerte está cerca. Un sudor frío le moja las sienes, el cansancio la dobla, y en la claridad fría y difusa del amanecer que se filtra por los cristales y va atenuando, atenuando la luz tibia de la lámpara que alumbró la velada pensativa, siente un escalofrío que la obliga a levantarse, a absorber dos cucharadas de jarabe de opio para conciliar el sueño por una hora y a amontonar sobre el catre de bronce dorado, los blandos edredones forrados en suave seda, para devolverle calor a su cuerpecito endeble, minado por la tisis, que dormirá ahora, en el tibio nido por breve espacio, y para siempre, dentro de unos meses, en el fondo de la tumba, bajo el césped húmedo del cementerio!...

Mañana estará levantada desde temprano, se sonreirá al contemplar en el espejo su tez aterciopelada y rósea como un durazno maduro, los grandes ojos castaños que se sonríen al mirar; la espesa cabellera que le cae sobre los hombros de graciosa curva, y ebria de vida, y hambrienta de sentir comenzará el día, lleno de las mismas fiebres, de los mismos sueños, de los mismos esfuerzos y de los mismos desalientos de la víspera.

Es así como la he visto al leer el Diario. Esa es la *composición del lugar,* que para proceder de acuerdo con los métodos exaltantes de Loyola, el sutil psicólogo, he hecho para sentir todo el encanto de aquella a quien Mauricio Barrés propone que veneremos bajo la advocación adorable de Nuestra Señora del Perpetuo Deseo... Jamás figura alguna de virgen, soñada por un

poeta, Ofelia, Julieta, Virginia, Graziella, Evangelina, María, me ha parecido más ideal ni más tocante que la de la maravillosa criatura que nos dejó su alma escrita en los dos volúmenes que están abiertos ahora, sobre mi mesa de trabajo y sobre cuyas páginas cae, al través de las cortinas de gasa japonesa que velan los vidrios del balcón, la diáfana luz de esta fresca mañana de verano parisiense...

Junio 20

Si es cierto que el artista expresa en su obra sueños que en cerebros menos poderosos, confusos, existen latentes; y que por eso, sólo por eso, porque las líneas del bronce, los colores del cuadro, la música del poema, las notas de la partición, realzan, pintan, expresan, cantan, lo que habríamos dicho si hubiéramos sido capaces de decirlo, el amor que a la Bashkirtseff profesamos algunos de hoy, tiene como causa verdadera e íntima que ese Diario, en que escribió su vida, es un espejo fiel de nuestras conciencias y de nuestra sensibilidad exacerbada. ¿Por qué has de simpatizar tú con la muerta adorable a quien Barrés venera y a quien amamos unos cuantos, oh! grotesco doctor Max Nordau, si tu fe en la ciencia miope ha suprimido en tí el sentido del misterio; si tu espíritu sin curiosidades no se apasiona por las formas más opuestas de la vida; si tus rudimentarios sentidos no requieren los refinamientos supremos de las sensaciones raras y penetrantes?... ¿Qué hay de extraño en cambio en que un hombre a quien las veinticuatro horas del día y de la noche no le alcanzan para sentir la vida, porque querría sentirlo y saberlo todo, y que, situado en el centro de la civilización europea, sueña con un París más grande, más hermoso, más rico, más perverso, más sabio, más sensual y más místico, se entusiasme con aquélla que llevó en sí una actividad violenta y una sensibilidad rayana en el desequilibrio?...

Hay frases del Diario de la rusa que traducen tan sinceramente mis emociones, mis ambiciones y mis sueños, mi vida entera, que no habría podido jamás encontrar yo mismo fórmulas más netas para anotar mis impresiones.

Escribe después de una lectura de Kant.

"No sé por dónde comenzar, ni a quién ni cómo preguntárselo, y me quedo así, estúpida, maravillada, sin saber para dónde coger y viendo por todos lados tesoros de interés; historias de pueblos, lenguas, ciencias, toda la tierra, todo lo que no conozco; yo que querría verlo, conocerlo y aprenderlo todo junto".

Escribe seis meses antes de morir:

"Me parece que nadie adora todo como yo; lo adoro todo: las artes, la música, los libros, la sociedad, los vestidos, el lujo, el ruido, el silencio, la tristeza, la melancolía, la risa, el amor, el frío, el calor; todas las estaciones, todos los estados atmosféricos; las sabanas heladas de Rusia y los montes de los alrededores de Nápoles; la nieve en invierno, las lluvias de otoño, la alegría y las locuras de la primavera, los tranquilos días del verano y sus noches consteladas, todo eso lo admiro y lo adoro. Todo toma a mis ojos interesantes y sublimes aspectos, querría verlo, tenerlo, abrazarlo, besarlo todo, y confundida con todo, morir, no importa cuándo, dentro de dos o dentro de treinta años, morir en un éxtasis para sentir el último misterio, el fin de todo o ese principio de una vida nueva. Para ser feliz necesito TODO, el resto no me basta!..."

¡Feliz tú, muerta ideal que llevaste del Universo una visión intelectual y artística y a quien el amor por la belleza y el pudor femenino impidieron que el entusiasmo por la vida y las curiosidades insaciables se complicaran con sensuales fiebres de goce, con la mórbida curiosidad del mal y del pecado, con la villanía de los cálculos y de las combinaciones que harán venir a las manos y acumularán en el fondo de los cofres el oro, esa alma de la vida moderna! Feliz tú que encerraste en los límites de un cuadro la obra de arte soñada y diste en un libro la esencia de tu alma, si se te compara con el fanático tuyo que a los veintiseis años, al escribir estas líneas, siente dentro de sí, bullir y hervir millares de contradictorios impulsos encaminados a un solo fin, el mismo tuyo: poseerlo TODO; feliz tú admirable Nuestra Señora del Perpetuo Deseo!

Después de haber creído por algún tiempo que el universo tenía por objeto producir de cuando en cuando, un poeta que lo cantara en impecables estrofas, y a los pocos meses de haber publicado un tomo de poesías "Los primeros versos", que me procuró ridículos triunfos de vanidad literaria y dos aventuras amorosas que infatuaron mis veinte años, la intimidad profunda que trabé con Serrano y su alta superioridad intelectual y su pasión por la filosofía, cambiaron el rumbo de mi vida. Fue un año inolvidable, aquel en que, desprendido de toda preocupación material, libre de toda idea de goce, de todo compromiso mundano, los días y las noches huyeron, divididos entre los largos paseos matinales por la avenida de pinos de la Universidad, la lectura de los filósofos de todas las edades, al mediodía, en la biblioteca silenciosa donde sólo se oía el voltear de las páginas, tornadas por las manos de los estudiantes, y las noches pasadas en el aposento silencioso del más noble de los amigos, disertando con él sobre los más apasionantes problemas que pueden solicitar al espíritu humano! ¡Tranquilidad de los nervios apaciguados por el régimen calmante y por el aislamiento, conversaciones en que los nombres de Platón, de Epicuro, de Empédocles, de Santo Tomás, de Spinoza, de Kant y de Fitche, mezclados a los de los pensadores de hoy Wündt, Spencer, Madsley, Renán, Taine, irradiaban como estrellas fijas sobre la majestad negra del cielo nocturno; vértigo de la inteligencia que, desprendida del cuerpo inquiere las leyes del ser; noble vida de pensador, en que la única figura de mujer que pasaba por mi imaginación como depurada de sensualidad por las altas especulaciones intelectuales, era la de la abuela, con sus largas guedejas de plata cayéndole sobre las sienes y su perfil semejante al de la Santa Ana del Vinci, cuán lejos estáis del vértigo y del frenesí gozador de mi vida de hoy! La muerte repentina de Serrano, la llegada de mi mayor edad, la necesidad de administrar una fortuna cuantiosa y situada en valores fácilmente aumentables, dieron fin a aquel período casi monástico de vida. Devuelto al torbellino del mundo, dueño de un caudal enorme para la vida de mi tierra natal, bulléndome en las venas los

instintos, animado por la rabia de acción de los Andrades; suelto, libre, sin padre, sin madre ni hermanos, recibido y cortejado dondequiera, lleno de aspiraciones encontradas y violentas, poseído de una pasión loca por el lujo en todas sus formas, fui el Alcibíades ridículo de aquella sociedad que me abrió paso como a un conquistador. ¡Años de locura y de acción en que comenzaron a elaborarse dentro de mí los planes que hoy me dominan, en que la comprimida sensualidad reventó como brote vigoroso bajo el sol de primavera, en que las pasiones intelectuales comenzaron a crecer y con ellas la curiosidad infinita del mal; soplo de la suerte que me hizo conservar la fortuna heredada sin que el fabuloso derroche alcanzara a disminuírla, ambiciones que haciéndome encontrar estrecho el campo y vulgares las aventuras femeninas y mezquinos los negocios, me forzásteis a dejar la tierra, donde era quizás el momento de visar a la altura, y venir a convertirme en el *rastaquoere* ridículo, en el *snob* grotesco que en algunos momentos me siento! ¡Vanidad que te solazas al leer el suelto en que el *Gil Blas* anuncia que el *richissime Américain don Joseph Fernández y Andrade* compró tal cuadrito de Raffaeli, y te hinchas como un pavo real que abre la verdeléctrica cola constelada de ojos, cuando al rodar la victoria de la Orloff, al paso rítmico de la pareja de moros por la Avenida de las Acacias, entre la bruma vaga que envuelve el Bosque a las seis de la tarde, algún gomoso zute, murmura fascinado por la elegancia de los caballos o la excentricidad del vestido de la *impure* y le dice al compañero: —...*Tiens, regarde, ma vieille! Epatante la maitresse du poete!*... debes estar satisfecha, Vanidad!...

Sí, esa es la vida, cazar con los nobles, más brutos y más lerdos que los campesinos de mi tierra, galopando vestido con un casacón rojo, tras del alazán del Duque chocho y obtuso; vestirse con otro casacón blanco, con un chaleco de seda bordado de colores y con medias y zapatos femeninos para hacer piruetas de maromeros y grotescos dengues al poner el cotillón en casa de *Madame la Princesse* Tres Estrellas; acompañar a la novicia recién casada que quie-

re ponerse al corriente, a casa de costureras y modistas, para dirigirle la hechura de los vestidos que no podría escoger sola; perder una hora conversando con el camisero para sugerirle la idea de una pechera de batista plegada y rizada y cinco minutos escogiendo la flor rara que debe adornar la solapa del frac; sí, vanidad, satisfácete, esa es la vida y son esas las ocupaciones del hombre que pasó su vigésimo año leyendo a Platón y a Spinoza!

Es ridículo. Escribo e involuntariamente cedo a mis exageraciones. Esa no es toda mi vida. Junto a ese mundano fatuo está el otro yo, el adorador del arte y de la ciencia que ha juntado ya ochenta lienzos y cuatrocientos cartones y aguas-fuertes, de los primeros pintores antiguos y modernos, milagrosas medallas, inapreciables bronces, mármoles, porcelanas y tapices, ediciones inverosímiles de sus autores predilectos, tiradas en papeles especiales y empastadas en maravillosos cueros de Oriente; el adorador de la ciencia que se ha pasado dos meses enteros yendo diariamente a los laboratorios de psicofísica; el maniático de filosofía que sigue las conferencias de La Sorbona y de la Escuela de Altos Estudios, y cerca de ese *yo* intelectual funciona el otro, el *yo* sensual que especula con éxito en la Bolsa, el gastrónomo de las cenas fastuosas, dueño de una musculatura de atleta, de los caballos fogosos y violentos, de Lelia Orloff, de las pedrerías dignas de un Rajah o de una Emperatriz, de los mobiliarios en que los tapiceros han agotado su arte, de los vinos de treinta años que infunden vigor nuevo y calientan la sangre; y por encima de todo eso está un analista que ve claro en sí mismo y que lleva sus contradictorios impulsos múltiples, armado de una voluntad de hierro, como llevaban los cocheros dóricos los cuatro caballos de la cuadriga en las carreras de las Olimpiadas!

Y estás satisfecho, Pangloss; me pregunta ahora la voz interior que habla en las horas de análisis íntimo... Nó, jamás, esa vida que a tántos les parecería increíble por su intensidad no sirve sino para excitar mis deseos de vivir... Mas! todo! grita el Monstruo que llevo por dentro... No eres nadie, no eres un san-

to, no eres un bandido, no eres un creador, un artista que fije sus sueños con los colores, con el bronce, con las palabras o con los sonidos; no eres un sabio, no eres un hombre siquiera, eres un muñeco borracho de sangre y de fuerza que se sienta a escribir necedades... Ese obrero que pasa por la calle con su blusa azul lavada por la mujercita cariñosa y que tiene las manos ásperas por el trabajo duro, vale más que tú porque quiere a alguien, y el anarquista que guillotinaron antier porque lanzó una bomba que reventó un edificio, vale más que tú porque realizó una idea que se había encarnado en él! Eres un miserable que gasta diez minutos en pulirse las uñas como una cortesana y un inútil hinchado de orgullo monstruoso!... Oh! un plan a qué consagrar la vida, bueno o malo, no importa, sublime o infame, pero un plan que no sean los que tengo hoy, ni la casa de comercio en Nueva York para especular en grande y doblar mi fortuna, ni el viaje alrededor del Mundo para almacenar sensaciones e ideas, ni la vida en el archipiélago para pescar perlas que me den más oro; nó, un plan que no se refiera a mí mismo, que me saque de mí, que me lleve como un huracán, sin sentirme vivir!...

Bâle, 23 de junio

De la tarde de ayer sólo me quedan dos sensaciones, el puño de la camisa empapado en sangre y la orla negra de la carta; de la noche el ruido del tren al cruzar la sombra... A estas horas debe haber muerto y la policía estará buscándome. Me hice inscribir en el registro del hotel con el nombre de Juan Simónides, griego, agente viajero, para despistarla... ¡Del estado en que estoy a la locura no hay más que un paso! Marinoni debe telegrafiarme hoy mismo y del hotel mandarán el telegrama a Whyl... donde voy a esconderme en una hostería a dos kilómetros del pueblecito!

Whyl, 29 de junio

Frente de la hoja de papel en que escribo está el telegrama de Marinoni desplegado. Lo he leído veinte veces y he necesitado dos horas de reflexión para des-

pertarme de la sangrienta pesadilla. "Puede volver, dice, la policía ignora todo. Ella ayer, perfectamente, en el Bosque, con un vestido nuevo. Comió en buena compañía en la Cascada. Felicitaciones sinceras". ¿Dónde fue la herida entonces, si no dejó huella?... Siento todavía el calor de la sangre en la mano y ahí en la maleta de viaje está la camisa con el puño empapado en sangre.

Al día siguiente.

La escena brutal, la idea del asesinato, la huída, la angustia, me habían impedido leer, entendiéndola, la carta de Emilia. Sólo comprendía que había muerto la viejecita, lo único que me quedaba de familia verdadera sobre la tierra y sentía como un peso que me oprimiera el pecho, como un nudo en la garganta y como una negrura en el alma, pero los detalles de la muerte los ignoraba, como si no los hubiera leído. Quiero copiar la carta aquí para encontrarla más tarde, dentro de unos años al releer este diario maldito, y revivir las horas singulares de estos días en que esa impresión noble se mezcló con la angustia de un crimen. Dicen así los renglones trazados en el papel de gruesa orla negra por la mano débil de Emilia:

"Mi carta del primero te decía que tu abuelita estaba extremadamente débil y que había tenido varios vértigos en los últimos días. La situación se agravó desde la noche del 2. El doctor Alvarez a quien mandé llamar a pesar de que ella se opuso, la obligó a guardar la cama desde ese día y me hizo saber que era inútil todo esfuerzo para salvarla por ser lo que estábamos viendo el fin de la enfermedad, tal como lo había previsto desde hacía años. Se limitó a prescribir quietud completa y una poción narcótica. Sin insinuación de nadie mandó llamar ella al Arzobispo, quien era su confesor como recuerdas, y después de confesar recibió la comunión con su fervor acostumbrado. En los días que precedieron a la muerte no recibió a nadie, con excepción del Prelado, y me habló continuamente de tí, con más amor que nunca y de la muerte que esperaba con tranquilidad absoluta. El ocho por la noche

comenzó un delirio extraño, sin fiebre, precursor del fin, en que divagó continuamente alternando sus oraciones preferidas con extrañas frases referentes a tí. "Señor, sálvalo, sálvalo del crimen que lo empuja, sálvalo de la locura que lo arrastra, sálvalo del infierno que lo reclama. Por tu agonía en el huerto, y por tu corona de espinas, por tus sudores de sangre y por la hiel de la esponja, sálvalo del crimen, sálvalo de la locura, sálvalo del infierno!..." decía agitándose sobre las almohadas... Lo vas a salvar: míralo bueno, míralo santo. Benditos sean la señal de la cruz hecha por la mano de la virgen, y el ramo de rosas que caen en su noche como signo de salvación! Está salvado! Míralo bueno, míralo santo! Benditos sean". Una expresión de beatitud suave reemplazó en la cara fina la angustia de antes y adormecida, la respiración estertorosa, devolvió a Dios el alma. Perdóname si te doy estos dolorosos detalles de la agonía. Te conozco y sé que te harán sufrir pero que quieres saberlos.

Murió como una santa, como había vivido. A la estancia mortuoria sólo entramos don Francisco Cordovez, el doctor Alvarez, el Arzobispo y yo. El Prelado estuvo largo tiempo arrodillado cerca del féretro. Para mí la velada mortuoria fue una impresión mística superior a todas las que he sentido en mi vida. Estaba segura de que aquel cadáver era el de una santa de la raza de las Mónicas, y que su alma había recibido ya el premio de la existencia sin mancha. La expresión del cadáver, de la cabeza fina con las facciones como depuradas por la muerte, enmarcada por la blancura de las canas que parecían de nieve a la luz de los cirios, era de una serenidad infinita. Desde el fondo de los cuadros de Vásquez que adornan la alcoba, los santos sus amigos parecían contemplarla, sacando la cabeza del lienzo y saliéndose de entre el oro desteñido de los antiguos marcos españoles. Esa noche pasada al lado de la santa muerta me dará valor para sufrir todos los males de la vida con la esperanza de morir así.

El cadáver ocupa la bóveda central en el monumento de la familia, cerca a tu padre. La casa está ce-

rrada y en su alcoba, a tu vuelta, si algún día vuelves, encontrarás todavía el olor de los cirios mortuorios, pues la llave no saldrá de mis manos mientras viva.

Tu pena es la mía. Te acompaño con todo mi corazón y a Dios y a la Santa que hoy vela por tí en el cielo les pido por tu felicidad con todo el fervor de mi cariño por tí. Emilia..."

Mi felicidad... Dios mío! Qué fácil que las líneas anteriores las leyera en una prisión, detenido por haber asesinado a una de las hetaíras de más renombre de la Babilonia moderna... Ah! la impresión que me ha causado la lectura de esa carta el mismo día en que debí cometer un crimen, en que lo cometí casi! La santa muerta, allá en la alcoba tendida de antiguo damasco oscuro y yo el mismo día en que supe su muerte, huyendo como un asesino, después de haber querido matar a una mujer indefensa!

La vi por primera vez, oyendo la música sobrehumana de las Walkirias, en un palco de la Opera. Había llegado de Viena la víspera. El fondo carmesí de la pared del palco realzaba la pureza de su perfil de Diana Cazadora como un estuche de raso rojo el oriente de una perla sin tacha; entre los cabellos de un rubio pálido, en los lóbulos de las orejas diminutas, alrededor de las muñecas redondas y finas y sobre el corpiño bajo de gasa verde pálida que dejaba medio desnudo el seno, brillaban, ardían las diáfanas esmeraldas de mi tierra, las luminosas esmeraldas de Muzo.

La expresión soñadora de la cabeza rubia, la palidez dorada de la tez, el color del aéreo vestido, el brillo de aquellas joyas de reina, la hacían semejar más que una mujer de carne y hueso una aparición irreal, ondina habitadora de las profundidades de un lago o Willy salida del fondo negro y misterioso de las florestas. La cabalgata de las Walkirias poblaba el aire, la sobrehumana música llenaba la sala con sus sobrehumanas vibraciones y ella, como subyugada por la insistencia de mis ojos que la devoraban desde el palco, volvió a mirarme. La primera mirada, lenta y pe-

netrante como un beso columbino, me hizo correr un escalofrío de voluptuosidad por las espaldas... Tres días después era mía.

Esa delicada criatura ataviada e idealizada por proveedores artistas fue el ídolo de estos seis últimos meses. Oh! las primeras noches de delicia sensual en el amplio lecho profundo, dorado y ornamentado como un altar; la palidez ambarina, las líneas perfectas, el olor a magnolia, el vello de oro sedoso de aquel cuerpo de veinte años, extendido en voluptuosas posturas sobre las sábanas de raso negro! Oh! las caricias lentas, sabias e insinuantes de aquellas manos delgadas y nerviosas; la lascivia de aquellos labios que modulaban los besos como una cantatriz de genio modula las notas de una frase musical; oh! el refinamiento de sensualidad, la furia de goce, la gravedad casi religiosa de todos los minutos consagrados al amor, como si en vez de tener de él la miserable noción moderna que lo relega al dominio de lo inmundo lo sintiera ella grave y noble y como una función augusta. Así debieron de amar las sacerdotisas de la Afrodita que creían en su Diosa y consideraban sagrado el Acto.

A los quince días de la primera noche sabía ya qué extraña mistificación era aquella criatura y la comprendía menos que antes, a pesar de eso. Se llamaba María Legendre, el otro era el nombre de guerra. El padre y la madre vivían en una callejuela de Batignolles, él, zapatero de viejo, brutal y alcoholizado; ella, una pobre mujer, delgaducha, pálida, de aire enfermizo, a quien sacudía el marido cada vez que bebía más de lo necesario. Criaban dos hijas más, insignificantes. Por qué misterio ésta había ido a dar cuatro años antes de que yo la encontrara a manos de un ex-presidente de república sud americana, que arrojado de su tierra por una de esas revoluciones que constituyen nuestro *sport* predilecto, llegó a París desbordante de oro y de color local, en busca de seguridad y de placeres y la colmó de regalos en un año?... El Duque ruso que de paso por París vivió más tiempo en la alcoba de ella que en otros lugares y la llevó luégo a Petersburgo, de donde volvió rebautizada con apellido de

princesa y dueña de las esmeraldas fabulosas y del collar de diamantes, fue quien le educó los sentidos y despertó en ella ese sensualismo sibarítico, que me sedujo desde el primer momento como una fascinación? o su educador fue más bien el perverso poeta italiano de quien se enamoró locamente y a quien colmó de regalos, sin que el vate famélico y complaciente protestara contra aquel papel equívoco de favorito pagado?... No lo sé, ni me importa saberlo, ni lo sabré nunca. La encontré instalada en un departamento pequeño, cuyos balcones miraban sobre el parque Monceau, amueblado con un refinamiento de gusto inverosímil en una mujer aun nacida sobre las gradas de un trono.

La salita con las paredes tendidas de una sedería japonesa, amarilla como una naranja madura, y con bordados de oro y de plata hechos a mano, amueblada sobriamente con muebles que habrían satisfecho las exquisiteces del esteta más exigente; la alcoba tapizada de antiguos brocateles de iglesia, desteñidos por el tiempo; con su mobiliario auténtico del siglo XVI y el cuarto de baño, donde lucía una tina de cristal opalescente como los vidrios de Venecia, junto a las mesas de tocador, todas de cristal y de nikel, sobre la decoración pompeyana de las paredes y del piso, sugerían la idea de que algún poeta que se hubiera consagrado a las artes decorativas; un Walter Crane o un William Morris, por ejemplo, hubiera dirigido la instalación, detalle por detalle.

Al visitarla la primera vez comprendí claramente que ninguna noción estética había determinado la escogencia de todo eso; que lo tenía porque le había gustado como a otras les gustan la felpa rosada, las terracotas de a seis francos, las oleografías y las flores de trapo, y cuando por exigencia suya comí en su departamento, lo suculento de las viandas, lo inédito de las salsas y lo añejo de los vinos me hizo ver que poseía aquellos primores de la industria artística, solamente porque necesitaba como cosa corriente y a cualquier precio sensaciones profundas y finas. Pero de dónde diablos había sacado aquella aristocracia de los ner-

vios, más rara quizás que las de la sangre y la inteligencia, ella la hija de un zapatero mugriento?... Enigma insoluble... El té que bebía en frágiles tazas chinas, dignas de una vitrina de museo, era té de caravana comprado a precio absurdo y sostenía ingenuamente que era el menos malo que había encontrado en París; tomaba el único café libre de toda sofisticación que he bebido en Europa; vivía quejándose de la mesa y al proponerle que fuéramos a comer en algunos de los restaurantes afamados, hacía una mueca de asco, como si en todos ellos juntos no se pudiera encontrar un beefsteack devorable; cultivaba con pasión la manía de los encajes antiguos y los amontonaba sin usarlos en el enorme armario de maderas olorosas, perfumado por Guerlain con aromáticas yerbas, en donde amontonadas en pilas simétricas y enormes, deslumbraban el ojo las blancas batistas de sus ropas íntimas, y lo acariciaban los pálidos matices de las camisas de dormir, frágiles como telarañas, de las enaguas bordadas como pañuelos de baile y de los calzones de seda olorosos a iris de Florencia y franjiponia.

En su boca de fresa la frase aquella de la princesita al oír los aullidos del pueblo pidiendo pan: Si no tienen pan, por qué no comen bizcochos?... parecería natural; el lujo es su elemento como el agua el de los peces, pero un lujo como inconsciente e ingénito...

—Tú estudias... cierto?... me preguntaba una tarde, tendidos ambos en el diván turco del saloncito de la izquierda... Para qué, díme?... añadió ingenuamente... Para saber... le contesté sorprendido... Y qué sacas con saber, añadió besándome, la vida no es para saber, es para gozar. Góza, gozar es mejor que pensar, añadió con acento de convicción íntima.

Y parece que yo hubiera aceptado su filosofía, a juzgar por mis últimos meses, en que no he abierto un libro y he abandonado el griego y el ruso y los estudios de gramática comparada y los planes de mis poemas, y los negocios, para vivir preocupado sólo de placeres, de *sport,* de fiestas, de esgrima, en una incesante cacería de sensaciones... Me estaba ahogando

por falta de aire intelectual, acostumbrado al silencio que forma también parte de la naturaleza de Lelia, porque en días enteros de estar juntos no atravesaba una palabra, hundiéndome lentamente en una atonía intelectual increíble... Oh! la Circe que cambia los hombres en cerdos!... En los minutos de lucidez me sentía agonizar entre la materia como el Emperador arrojado a las letrinas por el pueblo romano!

La primera vez que encontré a la de Roberto en casa de Lelia, la monstruosa sospecha se me clavó en la imaginación. Alta, huesosa, delgada, los ojos ardientes, el seno sin relieve, calzada y vestida con estilo masculino y con algo hombruno en toda ella, en el bozo que le sombrea el labio delgado, en los ademanes bruscos, en la voz de modulaciones graves, la italiana me fue odiosa sólo al verla... Quién es? Por qué la tratas? le pregunté a la Orloff... Porque me gusta, contestó y se encerró en el silencio de siempre. Una tarde, al entrar, las lámparas no estaban encendidas y el salón se adormecía en la oscuridad del crepúsculo. Oí en uno de los rincones oscuros un cuchicheo, y antes de encender una cerilla pasó rozándome un bulto y salió a la antecámara. Lelia al ver luz se incorporó en el diván donde estaba recostada... Quién salió de aquí? pregunté nervioso, Angela de Roberto, no es cierto?... Sí... contestó con su tranquilidad inalterable... Y por qué la recibes, si sabes que me es odiosa, dije sin poderme contener... Porque me gusta; contestó, volviendo a encerrarse en su silencio enigmático y la noche que siguió a esa tarde fue una de las más deliciosas noches de mi vida...

El 22 por la tarde me fui a verla, a pedirle una taza de té y a llevarle una miniatura encantadora, montada por Bassot, en un círculo de diminutas perlas rosadas. Me abrió la camarera, y al verme hizo una mueca extraña, de burla, de alegría, de miedo, un gesto extravagante que me lo sugirió todo. Al hacer saltar la puerta de la alcoba que se deshizo al primer empujón brutal, y cedió rompiéndose, un doble grito de terror me sonó en los oídos y antes de que ninguna de las dos pudiera desenlazarse, había alzado con un

impulso de loco duplicado por la ira, el grupo infame, lo había tirado al suelo, sobre la piel de oso negro que está al pie del lecho, y lo golpeaba furiosamente con todas mis fuerzas, arrancando gritos y blasfemias, con las manos violentas, con los tacones de las botas, como quien aplasta una culebra. No sé cómo saqué de la vaina de cuero el puñalito toledano damasquinado y cincelado como una joya que llevo siempre conmigo y lo enterré dos veces en la carne blanda; sentí la mano empapada en sangre tibia, envainé el arma, bajé en dos saltos la escalera oyendo los gritos y me metí en un fiacre dándole al cochero las señas del escritorio de Miranda.

De ahí, después de pedirle una suma al cajero y de recoger mi correspondencia llegada una hora antes, fui a mi hotel para que Francisco arreglara un saco de viaje, salí en otro coche pedido por el conserje y llegué a la estación a tomar el tren, el primero que saliera, para cualquier parte... Tomé el que me trajo a Bâle, donde dormí, y desde el día siguiente estoy aquí, donde, con una angustia suprema he esperado el telegrama de Marinoni, que tengo abierto frente a la página que escribo... En fin no he matado a nadie, fue un rasguño, ayer estaba comiendo en el Restaurante de la Cascada, y respiro!...

Ahora analizo fríamente. Por qué cometí esa brutalidad digna de un carretero e intenté un asesinato de que me salvó el tamaño del puñal que es más bien una joya que una arma, yo el libertino curioso de los pecados raros que ha tratado de ver en la vida real, con voluptuoso dilettantismo, las más extrañas prácticas, inventadas por la depravación humana, yo el poeta de las decadencias que ha cantado a Safo la lesbiana y los amores de Adriano y Antinoo en estrofas cinceladas como piedras preciosas? Celos? Sería grotesco... Odio por lo anormal?... Nó, puesto que lo anormal me fascina como una prueba de rebeldía del hombre contra el instinto... Entonces?... Fue un movimiento irrazonado, un impulso ciego, inconsciente, como el que una tarde del otoño pasado me hizo insultar sin motivo al diplomático alemán que me habían

presentado diez días antes, dando ocasión para un duelo estúpido en la frontera belga y para que Marinoni me creyera loco.

Whyl, 5 de julio

Encontré un nido donde esconderme a pensar, una casucha de madera tosca, habitada por una pareja de viejos campesinos. Es un sitio inaccesible donde no llegan turistas, una garganta salvaje de monte, llena del ruido de un torrente que se vuelve niebla al rodar entre enormes pedregones negros y sombreado por pinos y castaños altísimos. He escrito a París pidiendo que me manden a Interlaken una multitud de cosas que me hacen falta, y voy mañana a treparme a mi picacho sin llevar más libros que unos estudios de prehistoria americana, escritos por un alemán y unos tratados de botánica. Siento una emoción rara al pensar en mi escondite.

10 de julio

El viejo y la vieja dueños de la casa no han estado nunca en ninguna ciudad, ni saben leer ni escribir; me miran como un animal raro, y sólo me dirigen la palabra para decirme buenos días y buenas noches. No pudiendo comer su comida me alimento con la leche de unas vacas que tienen en una explanada vecina. Mi cuarto, el cuarto de don José Fernández, *le richissime américain,* tiene por mobiliario una cama en que no se acostaría por ninguna suma el último de mis criados parisienses, una mesa tosca en que escribo y un enorme platón de madera, que por la mañana me llenan de agua helada, cogida en el torrente para bañarme. Todo eso, por fortuna, más aseado que lo de los mejores hoteles del mundo, probablemente. Las sábanas gruesas de la cama huelen a campo y los muebles relucen como acabados de barnizar. En estos cinco días no se me ha pasado por la cabeza una imagen voluptuosa, no he sentido ningún deseo y me he emborrachado de aire y de ideas.

A la madrugada me levanto y tras del baño helado y la leche que tiene todavía la tibieza de la ubre, trepo

por entre la bruma gris penetrada de luz, donde los accidentes de la montaña se ven apenas como sombras azulosas, hasta una colina que domina el paisaje. Es un mar de vapores blancos que se va iluminando, iluminando, hasta que los rayos del sol lo deshacen y muestran el paisaje envuelto en brumas suaves, que flotan como jirones de un velo de novia, sobre el azul de las montañas lejanas, sobre las verduras de los valles y en último término sobre la blancura de plata de un nevado, allá en el horizonte... Luégo se va precisando todo, el cielo se azula, se deshace la niebla, los tonos se acentúan, se hacen más intensas las verduras, se ve lo negro o lo rojizo de tal cual roca desnuda. Sólo se oyen los cantos de los pájaros y el ruido sordo y ahogado del torrente que muge en su cauce de piedras. El aire tiene un olor vegetal y es ralo, ligero... Tendido en la altura, sobre la manta que me acompaña en todos mis viajes, me dejo invadir por la sensación penetrante y profunda de frescura que se desprende de todo aquello. Miro a mi alrededor y en primer término, cerca de la verdura amarillenta y aérea de un grupo de sauces, diviso el viejo molino cuya gran rueda, al girar contra lo negro del paredón enmohecido por la humedad, convierte el chorro de agua que la mueve, en hilos y gotas de cristal transparente e impalpable vapor, mientras que las golondrinas que anidan en los aleros y los huecos del edificio vetusto, entrecruzan sobre él los amplios semicírculos y encontrados zigzags de su incesante y nervioso revoloteo. Pasa a los pies del molino el camino de cabras que trepa a la cima y en rápida curva se oculta tras de los primeros contrafuertes de la montaña que son a esa hora, vistos desde donde estoy, una masa de negruzca neblina argentada, rizada por los verdes matorrales que se destacan sobre el segundo contrafuerte cuya confusa masa de detalles esfuma la niebla velándolos. Allá a lo lejos, la oscuridad azulosa de los montes del fondo, con sus perfiles de puntiagudos picachos y denteladas rocas que se cortan oscuras en un ángulo de anfractuosas sinuosidades sobre el diáfano azul pálido del cielo y la blancura deslumbrante de las nubes matinales.

Vuelvo los ojos hacia abajo y veo el valle con lo verdoso de su alfombra vegetal, sobre la cual flota un poco de niebla, manchado aquí y allá con las masas oscuras de los matorrales y de los grupos de árboles, cruzado por las líneas delgadas y amarillentas de los caminos, por los hilos negros de la ferrovía y por el plateado zig-zag del torrente que lo atraviesa; y en un recodo de la hondonada, al pie de la montaña diviso los techos, la cúpula de la iglesia y el cementerio del pueblecito, medio oculto por la oscuridad verdosa del follaje, y al frente, en el horizonte donde la niebla interpuesta vuelve a borrar los detalles, las ondulaciones de los perfiles y la confusa masa azulosa de otra cordillera, que abriéndose en irregular brecha, muestra en el fondo la cegadora blancura inmaculada de un ventisquero.

La naturaleza, pero la naturaleza contemplada así, sin que una voz humana interrumpa el diálogo que con el alma pensativa que la escucha entabla ella, con las voces de sus aguas, de sus follajes, de sus vientos, con la eterna poesía de las luces y de las sombras! Cuando aislado así de todo vínculo humano, la oigo y la siento, me pierdo en ella como en una *nirvana* divina. Una noche en medio del Atlántico, sentado en la popa del buque donde dormían ya los pasajeros, tranquilo, sin preocupación personal ninguna, me abandoné como lo he hecho estas mañanas a su misterioso sortilegio y a la fascinadora orgía que es para mí contemplarla. No había luna. El buque era una masa negra que huía en la sombra. El mar calmado y el cielo de un azul sombrío y purísimo se confundían en el horizonte; las constelaciones y los planetas resplandecían en el fondo del azul infinito; el hervidero de soles de la vía láctea era un camino de luz pálida en la inmensidad negra y abajo la estela que dejaba el barco era otra vía láctea, donde entre la fosforescencia verde-azulosa ardía sutil polvo de diamantes. En la primera hora de quietud pensativa volvieron a mi mente escenas del pasado, fantasmas de los años muertos, recuerdos de lecturas remotas; luégo lo particular cedió a lo universal; algunas ideas generales, como una teoría de musas que llevaran en las manos las fórmulas del universo, des-

filaron por el campo de mi visión interior. Luégo, cuatro entidades grandiosas, el Amor, el Arte, la Muerte, la Ciencia, surgieron en mi imaginación, poblaron solas las sombras del paisaje, visiones inmensas suspendidas entre dos infinitos del agua y del cielo; luégo aquellas últimas expresiones de lo humano se fundieron en la inmensidad negra y olvidado de mí mismo, de la vida, de la muerte, el espectáculo sublime entró en mi sér por decirlo así y me dispersé en la bóveda constelada, en el océano tranquilo, como fundido en ellos en un éxtasis panteísta de adoración sublime. Instantes inolvidables cuya descripción se resiste a todo esfuerzo de la palabra! La luz de la madrugada que destiñó el brillo de las estrellas y le devolvió al mar su glauca coloración mareante, me hizo volver a las realidades de la vida.

Ya que no éxtasis de esos, producidos por la grandiosidad de la escena, sí he sentido por momentos bajar sobre mi espíritu una suprema paz en las horas pasadas en el picacho a donde subo. El plan que reclamaba el fin único a qué consagrar la vida me ha aparecido, claro y preciso como una fórmula matemática. Para realizarlo necesito un esfuerzo de cada minuto por años enteros, una voluntad de hierro que no ceda un instante. Más o menos será éste. Tengo que aumentar al doble o al triple de lo que vale hoy mi fortuna para comenzar. Si la comisión de ingenieros, mandada de Londres por Morrel & Blundel, da un dictamen favorable, sobre las minas de oro que tengo casi negociadas con ellos y que en la mortuoria de mi padre se avaluaron en una suma insignificante, las minas me darán al vendérselas varios millones de francos. Deben los ingleses cablegrafiar a París, de un momento a otro y los Mirandas me avisarán por telégrafo a Ginebra, donde iré a pasar el mes de agosto. Hecha esa operación trasladaré a Nueva York todo mi capital y fundaré con Carrillo la casa para llevar a cabo los negocios que tiene él pensados. Tras de Carrillo están los Astor, los millonarios que no han dado un paso en falso desde que comenzaron a negociar y en manos de él mi oro trabajará por mí, mientras me consagro en alma y cuerpo a recorrer los Estados Unidos, a estu-

diar el engranaje de la civilización norteamericana, a indagar los *porqués* del desarrollo fabuloso de aquella tierra de la energía y a ver qué puede aprovecharse, como lección, para ensayarlo luégo, en mi experiencia. Desde Nueva York iré por temporadas a Panamá a dirigir en persona las pesquerías de perlas, que darán al explotar los bancos desconocidos hasta hoy, maravillas como las que produjeron cuando Pedrarias Dávila remitió a los Reyes de España la que remata la corona real. Todo el oro que esas explotaciones produzcan y lo que hoy poseo estará listo para el momento en que regrese a mi tierra, no a la capital sino a los Estados, a las Provincias que recorreré una por una, indagando sus necesidades, estudiando los cultivos adecuados al suelo, las vías de comunicación posibles, las riquezas naturales, la índole de los habitantes, todo esto acompañado de un cuerpo de ingenieros y de sabios que serán para mis compatriotas, ingleses que viajan en busca de orquídeas. Pasaré unos meses entre las tribus salvajes, desconocidas para todos allí y que me aparecen como un elemento aprovechable para la civilización por su vigor violento las unas, por su indolencia dejativa las otras. Luégo me instalaré en la capital e intrigaré con todas mis fuerzas y a empujones entraré en la política para lograr un puestecillo cualquiera, de esos que se consiguen en nuestras tierras sudamericanas por la amistad con el presidente. En dos años de consagración y de incesante estudio habré ideado un plan de finanzas racional, que es la base de todo gobierno y conoceré a fondo la administración en todos sus detalles. El país es rico, formidablemente rico y tiene recursos inexplotados, es cuestión de habilidad, de simple cálculo, de ciencia pura, resolver los problemas actuales. En un ministerio, logrado con mis dineros y mis influencias puestas en juego, podré mostrar algo de lo que se puede hacer cuando hay voluntad. De ahí a organizar un centro donde se recluten los civilizados de todos los partidos para formar un partido nuevo, distante de todo fanatismo político o religioso, un partido de civilizados que crean en la ciencia y pongan su esfuerzo al servicio de la gran idea, hay un paso. De ahí a la presidencia de la república previa la nece-

saria propaganda, hecha por diez periódicos que denuncien abusos anteriores, previas promesas de contratos, de puestos brillantes, de grandes mejoras materiales, otro... Eso por las buenas. Si la situación no permite esos platonismos, como desde ahora lo presumo, hay que recurrir a los resortes supremos para excitar al pueblo a la guerra, a los medios que nos procura el gobierno con su falso liberalismo para provocar una poderosa reacción conservadora, aprovechar la libertad de imprenta ilimitada que otorga la Constitución actual, para denunciar los robos y los abusos del gobierno general y de los Estados, a la influencia del clero perseguido para levantar las masas fanáticas, al orgullo de la vieja aristocracia conservadora lastimada por la oclocracia de los últimos años, al egoísmo de los ricos, a la necesidad que siente ya el país de un orden de cosas estables; proceder a la americana del sur y tras de una guerra en que sucumban unos cuantos miles de indios infelices, hay que asaltar el poder, espada en mano y fundar una tiranía, en los primeros años apoyada en un ejército formidable y en la carencia de límites del poder y que se transformará en poco tiempo en una dictadura con su nueva constitución suficientemente elástica para que permita prevenir las revueltas de forma republicana por supuesto, que son los nombres lo que les importa a los pueblos, con sus periodistas de la oposición presos cada quince días, sus destierros de los jefes contrarios, sus confiscaciones de los bienes enemigos y sus sesiones tempestuosas de las Cámaras disueltas a bayonetazos, todo el juego.

Este camino que me parece el más práctico, puesto que es el más brutal, requiere para tomarlo, otros estudios que haré con placer, cediendo a la atracción que sobre mi espíritu han ejercido siempre los triunfos de la fuerza. Con qué placer os estudiaré monstruosas máquinas de guerra, cuyo acero donde estalla la mezcla explosiva, derrama la lluvia de proyectiles en el campo enemigo y siembra la muerte en las filas destrozadas; granadas de fulminantes picratos y que al estallar reducías los piafantes caballos y los cuerpos de los jinetes a informes despojos sangrientos; cómo inquiriré los secretos de vuestra estrategia, las

sutilezas de vuestra táctica, sombras de monstruos a quienes la humanidad degradada venera, legendarios Molochs, Alejandros, Césares, Aníbales, Bonapartes, al pie de cuyos altares enrojece el suelo la hecatombe humana y humea como un incienso el humo de las batallas!

Oh! qué delicia la de escribir, después de instalar un gobierno de fuerza, grande y buen amigo, al acreditar los respectivos plenipotenciarios que pedirán su reconocimiento ante todos los presidentes de todas las republiquitas a la americana del centro o del sur donde las cosas se hacen así y de pensar que en virtud de un plan elaborado con la frialdad con que se resuelve la incógnita de una ecuación, llegó uno al puesto que ambiciona con el fin de modificar un pueblo y elevarlo y verificar en él una vasta experiencia de sociología experimental. Ningún esfuerzo me parecerá excesivo para coronar la altura que representa sólo la posibilidad de comenzar a obrar ampliamente.

En esa lejanía están los años decisivos, en que todo habrá de ser energía y acción. Equilibrados los presupuestos por medio de sabias medidas económicas: disminución de los derechos aduaneros, que a la larga, facilitando enormes introducciones duplicará la renta; supresión de los inútiles empleos, reorganización de los impuestos sobre bases científicas, economías de todo género; a los pocos años el país es rico y para resolver sus actuales problemas económicos, basta un esfuerzo de orden; llegará el día en que el actual déficit de los balances, sea un superávit que se transforme en carreteras, en ferrocarriles indispensables para el desarrollo de la industria, en puentes que crucen los ríos torrentosos, en todos los medios de comunicación de que carecemos hoy, y cuya falta sujeta a la patria, como una cadena de hierro y la condena a inacción lamentable.

Esos serán los años de aprovechar los estudios previos, verificados por los sabios y los ingenieros que la recorrieron años antes pagados con mi oro. En aquellos climas que van desde el calor de Madagascar, en los hondos valles equinoxiales, hasta el frío de Siberia,

en los luminosos páramos donde blanquea la nieve perpetua, surgirán, incitados por mis agentes y estimulados por las primas de explotación, todos los cultivos que enriquecen, desde el banano cantado por Bello en su oda divina hasta los líquenes que cubren las glaciales rocas polares; todas las crías de animales útiles desde los avestruces que pueblan las ardientes llanuras de Africa, hasta los rengíferos del polo. Innumerables rebaños pastarán en las fecundas dehesas, doblaránse bajo el peso de los racimos cárdenos, las ramas de los cafetos; en perspectivas regulares donde el ojo se pierde en el crepúsculo verde producido por la sombra del guamo protector, ágil trepará la vainilla por los troncos disformes de los cauchos, colgando de sus frágiles bejucos sus aromáticas urnas y en las serranías abruptas el platino y el oro, la plata y el iridio, brillarán ante los ojos del minero, tras de la excavación fatigosa y el complicado laboreo del mineral nativo.

Dudoso de mis propias aptitudes, por grandes que sean los estudios que haya hecho para ese entonces, llamaré economistas de fama europea y consultaré los más grandes estadistas del mundo para proceder acorde con ellos al arbitrar las medidas que coronarán la obra.

Ideadas y planteadas éstas se hará conocer la tierra nueva y desbordante de riqueza en los mercados europeos gracias a agentes fiscales que los recorran y a los esfuerzos de una diplomacia sagaz, ampliamente renteada y escogida entre la flor y nata de los talentos nacionales. Los bonos depreciados antes serán una inversión tan segura como los consolidados ingleses y colosales empréstitos lanzados por los Hutk y los Rothschild y suscritos en condiciones favorables, permitirán completar los resultados perseguidos en la constante labor. La inmigración atraída por el precio mínimo a que se harán las adjudicaciones de baldíos en los territorios hoy desiertos, afluirá como un río de hombres, como un Amazonas cuyas ondas fueran cabezas humanas y mezcladas con las razas indígenas, con los antiguos dueños del suelo que hoy vegetan sumidos en oscu-

ridad miserable, con las tribus salvajes, cuya fiereza y gallardía nativas serán potente elemento de vitalidad, poblará hasta los últimos rincones desiertos, labrará el campo, explotará las minas, traerá industrias nuevas, todas las industrias humanas. Para atraer esa inmigración civilizada, colosales *steamers* de compañías subvencionadas por el gobierno con sumas que permitan reducir a un mínimum, suprimir casi el costo del pasaje, cruzarán el Atlántico e irán a recoger a los tripulantes, ansiosos de nueva vida, en los puertos de la vieja Europa, de donde el hambre los arroja, en los del Japón y China, países desbordantes de población hambreada y en las amplias radas de la península índica de donde el nativo pobre, el paria desheredado, el bengalí de dulzura casi femenina, emigrarán ansiosos de una patria nueva, para no sentir en las espaldas el látigo inglés que los flagela!

Monstruosas fábricas donde aquellos infelices encuentren trabajo y pan nublarán en ese entonces con el humo denso de sus chimeneas el azul profundo de los cielos que cobijan nuestros paisajes tropicales; vibrará en los llanos el grito metálico de las locomotoras que cruzan los rieles comunicando las ciudades y los pueblecillos nacidos donde quince años antes fueron las estaciones de madera tosca y donde, a la hora en que escribo, entre lo enmarañado de la selva virgen extienden sus ramas seculares las colosales ceibas, entrelazadas de lianas que trepan por ellas como serpientes, y sombrean el suelo pantanoso, nido de reptiles y de fiebres; como una red aérea los hilos del telégrafo y del teléfono agitados por la idea se extenderán por el aire; cortarán la dormida corriente de las grandes arterias de los caudalosos y lentos ríos navegables, a cuya orilla crecerán los cacaotales frondosos, blancos y rápidos vapores que anulen las distancias y lleven al mar los cargamentos de frutos y convertidos estos en oro en los mercados del mundo, volverán a la tierra que los produjo a multiplicar, en progresión geométrica, sus fuerzas gigantescas.

Luz! Más luz!... Las últimas palabras del poeta sublime de Fausto serán el lema del pueblo que así

emprende el camino del progreso. La instrucción pública atendida con especial empeño y propagada por todos los medios posibles —desde el Kindergarten donde los chicuelos aprenden a deletrear entre las rosas, hasta las grandes universidades en que los sabios de ochenta años, encanecidos sobre los instrumentos de observación, se entregan a las más audaces especulaciones que solicitan el pensamiento humano—, levantará al pueblo a una altura intelectual y moral superior a la de los más avanzados de Europa. Libre el país de los pavorosos problemas que minan las viejas sociedades europeas y estallan en ellas en alaridos nihilistas y reventar de bombas, mirará tranquilo hacia el futuro.

La capital trasformada a golpes de pica y de millones —como trasformó el Barón Haussman a París— recibirá al extranjero adornada con todas las flores de sus jardines y las verduras de sus parques, le ofrecerá en amplios hoteles refinamientos de confort que le permitan forjarse la ilusión de no haber abandonado el risueño *home* y ostentará ante él —en la perspectiva de anchas avenidas y verdeantes plazoletas— las estatuas de sus grandes hombres, el orgullo de sus palacios de mármol, la grandeza melancólica de los viejos edificios de la época colonial, el esplendor de teatros, circos y deslumbrantes vitrinas de almacenes; bibliotecas y librerías que junten en sus estantes los libros europeos y americanos ofrecerán nobles placeres a su inteligencia y como flor de esos progresos materiales podrá contemplar el desarrollo de un arte, de una ciencia, de una novela que tengan sabor netamente nacional y de una poesía que cante las viejas leyendas aborígenes, la gloriosa epopeya de las guerras de emancipación, las bellezas naturales y el porvenir glorioso de la tierra regenerada.

Establecer una dictadura conservadora como la de García Moreno en el Ecuador o la de Cabrera en Guatemala y pensar que bajo ese régimen sombrío con oscuridades de mazmorra y negruras de inquisición, se verifique el milagro de la trasformación con que sueño, parece absurdo a primera vista. No lo es si se medita.

Está cansado el país de peroratas demagógicas y falsas libertades escritas en la carta constitucional y violadas todos los días en la práctica y ansía una fórmula política más clara, prefiere ya el grito de un dictador de quien sabe que procederá de acuerdo con sus amenazas, a las platónicas promesas de respeto por la ley burladas al día siguiente. El éxito de la enorme empresa depende de la habilidad con que, al normalizarse la situación, después del triunfo, se inicien las modificaciones que lentamente cambiarán la situación del partido vencido y le permitirán volver a la escena política aleccionado por la ruda lección de la derrota y por los primeros años de régimen estrecho en que sus conductores comprendan lo inútil de la lucha a mano armada. Soñarán entonces en transacciones que les permitan escalar puestos secundarios o vociferarán contra los abusos cometidos, pero sus discursos no encontrarán eco porque el pueblo sentirá ya las ventajas del nuevo régimen. El desarrollo industrial absorberá parte de las fuerzas que antes producían hondas perturbaciones al agitarse en la política y las concesiones, paulatinamente otorgadas, irán atrayéndole al gobierno la opinión de la juventud, desengañada de los viejos ideales y el apoyo de los capitalistas de todos los bandos, que desean seguridad y bienestar. A cada progreso realizado en el orden material, a cada derecho respetado, corresponderán las filas opuestas con un movimiento que las acerque y permita nuevas concesiones y a la larga, serenados los ánimos y desaparecidos de la escena los antiguos caudillos llenos de ideas exageradas, cuya presencia en ella, impedía devolver la elasticidad necesaria al juego del organismo social, una oposición moderada, apenas viable, porque no tendrá abusos qué denunciar ni reclamos qué alzar a lo alto como banderas de guerra, establecerá un equilibrio casi perfecto entre las exigencias de los más avanzados y la prudencia previsiva de los más retrógrados.

Lento aprendizaje de la civilización por un pueblo niño, que al traducirte en mi cerebro en una imagen plástica y casi grotesca por la reducción, me haces pensar en los gateos del chiquitín que balbucea sílabas informes; en las andaderas que le impiden caer al en-

sayar los primeros pasos, en los pinitos que hace entre una silla y una mesa, en el cuarto que atraviesa, apoyándose en los muebles, en las caminadas de a diez metros que sorprenden a la mamá sonriente, hasta que el músculo endurecido por el ejercicio y el vigor de los nervios le permiten caminar colgado de la mano de la nodriza!... Las piernecitas que apenas lo sostienen, tendrán más tarde tendones y músculos y osatura formidable con que oprima los ijares del caballo fogoso en que cruce la llanura y las manos pequeñas llenas de sonrosados hoyuelos, cuyos dedillos sostenían con dificultad el juguete preferido, alzarán la azada para labrar el suelo de la patria y la espada para defenderlo!...

Veo mentalmente la trasformación del país en los personajes que me acompañarán en cada época y en cada escena de la tarea, desde la entrada a la capital, a sangre y fuego, entre el estallido de las bombas y las descargas de la fusilería del ejército vencedor, mandado por lo más selecto de la aristocracia conservadora, mis primos los Monteverdes, atléticos, brutales y fascinadores, improvisados generales en los campos de batalla, debido a sus audacias de salvajes; los viejos jefes encanecidos en el servicio, el general Castro y los dos Valderramas, por ejemplo, hasta el día en que éstos vejetes venerables y estorbosos para mi plan duerman tranquilos en la tumba junto con los jefes civiles del partido vencido, que sesentones y tiritando de miedo presenciaron el triunfo cruento el día en que se implantó la dictadura. Los que eran en ese entonces mozuelos insulsos, convertidos los unos en ventrudos ministros de Estado y los otros en flacos periodistas de la oposición, se darán cuenta, en esa época distante a donde llega mi imaginación, de que los problemas que a sus padres les parecieron insolubles, se resolvieron casi de por sí al fundar un gobierno estable y darles ocupación a los vagos, al cultivar la tierra y al tender rieles que facilitaran el desarrollo del país.

En ese entonces, desprendido del poder que quedará en manos seguras, retirado en una casa de campo rodeada de jardines y de bosques de palmas, desde

donde se divise en lontananza el azul del mar y no lejos la cúpula de alguna capilla sombreada por oscuros follajes, saciado ya de lo humano y contemplando desde lejos mi obra, releeré a los filósofos y a los poetas favoritos, escribiré singulares estrofas envueltas en brumas de misticismo y pobladas de visiones apocalípticas que contrastando de extraña manera con los versos llenos de lujuria y de fuego que forjé a los veinte años, harán soñar abundantemente a los poetas venideros. En ellos pondré, como en un vaso sagrado, el supremo elíxir que las múltiples experiencias de los hombres y de la vida, hayan depositado en el fondo de mi alma ardiente y tenebrosa.

Llevaré allí la existencia desencantada y dulcísima de un don Pedro II desposeído del trono, que lee a Renán en las tardes de meditación. Depurado mi ser de todo sentimiento humano e inaccesible a toda emoción que no venga de alguna verdad, desconocida de los hombres y entrevista por mí, en el apaciguamiento de la vejez y con la serenidad que dan los sueños realizados, al morir, nada más, sobre mi cadáver todavía tibio, comenzará a formarse la leyenda que me haga aparecer como un monstruoso problema de psicológica complicación ante las generaciones del futuro.

Mientras no haya realizado siquiera la primera parte de ese plan no dormiré tranquilo. Que es grande... Más grande era el de Bolívar al jurar la libertad de un continente en la falda del Montepincio, el de Bonaparte cuando encerrado a los veinte años en el cuartico de Dôle, pobre militarcillo desconocido, soñaba en cambiar la faz de Europa y en repartir tronos a sus hermanos como quien reparte un puñado de monedas.

—Yo estaba loco cuando escribí esto, nó Sáenz, exclamó Fernández, interrumpiendo la lectura, dirigiéndose al médico y sonriéndole amistosamente...

—Es la única vez que has estado en tu juicio, contestó Sáenz con frialdad.

—Me habían ocurrido todas las cosas posibles e imposibles respecto de tí, menos ésta, que alguna vez

se te hubieran ocurrido semejantes barrabasadas! Tú, presidente de la república, qué degradación para tí, soltó Rovira con acento indignado. Tú de presidente de la república...

—Díme, las ventas de las minas, los negocios en Nueva York y las pesquerías de perlas te dieron los resultados que esperabas? José, preguntó Luis Cordovez con aire meditabundo.

—Superiores a lo que esperaba, respondió el poeta...

—Y entonces qué te detuvo, dí, qué te detuvo para hacer eso que habrías podido hacer y que era grande, enorme? preguntó Cordovez con su entusiasmo de siempre.

—Los pasteles trufados de hígado de ganso, el champaña seco, los tintos tibios, las mujeres ojiverdes, las japonerías y la chifladura literaria, contestó Oscar Sáenz con displicencia, desde su sillón perdido en la sombra.

—Eres más psicólogo que fisiólogo, respondió Fernández.

—Y tu eres un chiflado porque habiendo concebido eso hace ocho años, nos lo estás leyendo aquí ahora, en vez de haberlo realizado de parte a parte...

El té servido por Francisco el criado viejo que acompañó al poeta desde que lo vio nacer, interrumpió la lectura por unos instantes.

—Tres tazas de té has bebido, tres tazas! le gritó Sáenz a Fernández, sin poderse contener al verla llenar por tercera vez la frágil tacita de porcelana y agitar el aromático licor con la cucharilla. Fernández, sigue! dijeron en coro Cordovez, Sáenz y Pérez, mientras que Juan Rovira se levantaba para despedirse diciendo...

—Soy una bestia... Nadie te quiere como yo. Me encanto al oír a los inteligentes recitar tus versos y llamarte gran poeta: de repente se me antoja oírte leer algo como esta noche; pongo toda la atención que

Dios me dio, y, mi palabra de honor que me quedo a oscuras de la mayor parte de lo que oigo... Qué tiene que ver todo eso que nos has leído, con el nombre de la quinta, con el cuadro de la galería ni con la marca de los libros empastados en cuero blanco!... Soy una bestia... Mañana te mandaré las parásitas que llegaron hoy del cafetal.

Las odontoglosum?... preguntó Fernández, usando el nombre técnico de la planta por hábito adquirido al hablar de botánica con el inglés que cuida el invernáculo.

—No entiendo eso, las que querían, mandaron un mundo... Mañana las tendrás... Y después de apretar las manos de los amigos, en la suya grande, dura y tostada, salió refunfuñando entre dientes: decididamente no entiendo nada de eso, soy una bestia!...

—José, sigue! dijo Cordovez con impaciencia al ver caer la portiere roja sobre las espaldas del gigante.

Y Fernández leyó así a la luz de la lámpara.

Interlaken, 25 de julio.

Borracho de ideas y cansado de pensar salí de mi escondite hace ocho días a gastar las fuerzas que la quietud, los baños helados y el ejercicio habían acumulado en mí, y desde esa mañana hasta esta noche ha sido una orgía de movimiento incesante, de paisajes recorridos, de escaladas vertiginosas de montañas y de incansables caminadas por valles frescos llenos de verdura nueva. Neveras, ventisqueros, altas cimas donde el pulmón se llena de aire purísimo, los ojos de claridades imprevistas, el cerebro de grandiosas ideas; donde la sangre se vivifica y se enriquece mejor que con la higiene más cuidadosa, observada en una ciudad! Nunca experimentada sensación de vigor ardiente y de fuerza muscular inagotable qué gastar en nuevos ejercicios, me ha hecho sentir todo el vigor que encierra mi cuerpo a pesar del que he derrochado en los últimos meses, y en todos los momentos he meditado en los pormenores de mi plan. Ni un deseo, ni

una imagen sensual me han perseguido; las tentaciones enfermizas se respiran con el olor de cocina y de perfumería, de polvos de arroz y de mujer que flotan en el aire, cargado de efluvios de lascivia y de gérmenes de enfermedades mentales, de la Babilonia moderna.

Naturaleza, bendita seas!... Tus espectáculos vistos en soledad completa, sin oír una voz humana que turbe nuestra meditación, son como un bromuro eficaz y calmante para las almas insomnes!

Antier estaba en un ventisquero, todo blanco, claro, diáfano el suelo, las lejanías llenas de niebla, donde reverberaba el sol matinal, el cielo luminoso. Los guías se habían quedado atrás. Destapé el frasco plano, lleno de chartreuse verde que llevaba en la cintura y sorbí un trago largo que me quemó el paladar con el sabor de las plantas aromáticas diluídas en el alcohol sutil, y me hizo correr calor por todo el cuerpo helado por el ambiente glacial. Pensé en la Orloff, en las sábanas de raso negro sobre las cuales extiende las curvas del cuerpo ambarino perfumado de magnolia; en la tina de cristal rosado llena de agua tibia que se opaliza con los vinagres aromáticos preparados por Lublin, y al sentirme libre del sortilegio carnal, en que viví envuelto por seis meses, solté una carcajada, una carcajada vibrante y poderosa que resonó como un disparo en el silencio blanco del ventisquero; una carcajada de salvaje, después de que ha roto en mil pedazos el fetiche que lo asustaba. Adiós! sensualidades de bizantino! a vivir vida de hombre!

Interlaken, 26 de julio.

El conjunto cosmopolita de estas mesas redondas de los grandes hoteles y los contrastes disparatados de todas ellas! El *menu* francés parece un exotismo dada la composición heterogénea de la del Hotel Victoria, donde vivo... Oh!, personajes que me divertís al observaros y dais a mi imaginación fantaseadora ocasión de forjarme vuestra vida mientras engullo los manjares; grueso agente viajero alemán, oloroso a cerveza, que

cuentas tus groseras aventuras de taberna y de burdel, entremezclándolas de carcajadas sonoras; gomoso parisiense, corbateado de rosa, de los zapatos y los bigotes puntiagudos y de la inteligencia roma, que estropeas lamentablemente los términos de *sport* ingleses al adaptarlos a tus pronunciaciones guturales; español cuyo perfil regular y cerdoso bigote negro van precedidos de inevitable pitillo infecto y que a todas horas sigues con ojos de lujuria a la criada suiza coloradota y fresca; brasileros amarillosos y enclenques, que exhibís inverosímiles diamantes pajizos montados en los botones de la camisa, y tiritáis de frío como *oistitís* del trópico en las noches invernales de Londres; aventurero ruso de la rizada barba castaña que sientes la nostalgia de la ruleta y las carpetas verdes de Montecarlo; viejas inglesas, secas unas veces como sarmientos, desbordantes otras como informes paquetes de carne linfática, que recorréis la Europa entera, con el Baedeker en una mano y la biblia en la otra, pronunciando el mismo *beautiful, beautiful charming, quite charming,* ante los *fiords* glaciales de Noruega, los nevados y las lagos azules de la Suiza heróica, los ardientes sitios de Castilla la vieja, llenos de nobles fiebres y los paisajes sonrosados del litoral del Mediterráneo; viejas que atravesáis los países que os atraen bebiendo el mismo té tibio, devorando los mismos asados sanguinolentos y escribiendo en vuestra clara cursiva las mismas cartas de diez hojas, con las espaldas vueltas a paisajes adorables; canonesa alemana de los catorce cuarteles en el escudo, que paseas por sobre la asistencia la insípida mirada incomprensiva de tus ojuelos grises y melancólicos; pareja de renteros franceses a quienes alguna agencia de viajes traslada de lugar en lugar para que admiréis sin comprenderlos, los sitios y los edificios designados por la guía Johanne a vuestros entusiasmos de inofensivo turismo; honorable Mr. Woodding, que haciendo propaganda por cuenta de la secta trinitaria, con un ejemplar de los evangelios debajo del brazo, azotas con los faldones de tu larga levita negra, las madreselvas florecidas por la primavera y paseas tu prole —las cuatro chiquitinas rubias que parecen salidas de un álbum de Kate Greenway— por

todos los caminos planos de cerca a todos los hoteles donde cuesta la asistencia diez francos por día; enorme conde valaco o rumano de la melena rizada a la caracalla y de los ojos bovinos y apagados; príncipe italiano, cuyo palacio secular, donde habitaron tus antepasados gloriosos, vendieron los acreedores cansados de cobrarte; oh! muestras de la calidad corriente de la especie humana, fabricadas de prisa por el Gran Hacedor, sin hinchazones de músculos y sin afinamientos de nervios, lectores de Ohnet, adoradores de Gaboriau y de Montepin que consideráis como lo supremo del arte los cuadros en que sonríen las venus de pomada rosada pintadas por Bouguereau, que os pasmáis oyendo las musiquillas italianas de hace treinta años y las idiotas pornografías de los cafés-conciertos y a quienes dejan fríos las dulces ingenuidades, de los pintores prerrafaelitas, las sutilezas del arte japonés, las grandiosas sinfonías de Wagner, los dolorosos personajes que atraviesan la sombra gris de las novelas de Dostoievsky, las extraterrestres creaciones de Poe; admiradores de lo mediocre y de lo fácil a quienes Max Nordau presentaría como prototipos del perfecto equilibrio, todos vosotros engullís la misma sopa de fideos cosmopolita, los mismos asados sospechosos, rociados con el mismo Medoc químico, absorbéis la misma compota de negras ciruelas pasas con que los amables propietarios de los hoteles suizos nutren vuestras hermosas personas en las temporadas de veraneo! Leves os sean esos manjares indigestos y conviértanse en sangre de vuestra sangre y en hueso de vuestros huesos y ayude a peptonizarlos y a facilitar vuestras difíciles digestiones la acción de gracias que articulan los labios enjutos y la bendición que esparcen en el aire los dedos flacos del abate Pazavillini, sentado a la cabecera de la mesa, en que lucen ahora el queso de Camembert de coloración cadavérica, el roquefort delicuescente y la decocción de chicoria amarga con que creyendo que absorbéis el café aromático, el licor de Voltaire y de Balzac, finalizáis vuestros pantagruélicos almuerzos!

Interlaken, 5 de agosto, por la noche.

Nini Rousset, la divetta de un teatro bufo del Boulevard, Nini Rousset, la que vestida con una guir-

nalda de hojas de parra, enloqueció una sala de prostitutas y de vividores, exhibiendo desnudas las curvas de estatua y las frescuras túrgidas de su cuerpo de Venus, en una revista del año pasado, Nini Rousset a quien mandé ramos de gardenias y un par de diamantes sin lograr más que una mueca de burla y una frase grosera el día en que quise hacerla mía. Nini Rousset por quien habría dado un mes de vida antes de tropezar con la Orloff, acaba de salir de mi cuarto, dejándome en él su olor de Chypre y en los nervios la vibración de una violenta sacudida de placer. Llegó hace una hora, con seis baúles llenos de sombreros y de vestidos y tres perros falderos y al encontrar mi nombre en el registro del hotel, después de instalada en su cuarto, se vino al mío y entrándose en puntas de pies se me acercó por detrás y me cerró con las manecitas blandas y suaves los ojos que leían en ese momento una página de la ética de Spinoza... Adivina quién es, adivina quién es, *rastaquoere* poeta, especie de animal, adivina quién es, gritaba besándome y mordiéndome la nuca con la boca olorosa a menta! Como un sátiro borracho de sexo, la levanté del suelo con los brazos al desprenderme de su abrazo lascivo, y la provocación comenzada con su chanza infantil, acabó, unos minutos después, en un doble maullido salvaje de voluptuosidad, sobre el diván de la alcoba.

Antipatizo con ella con todas mis fuerzas. Es una encarnación auténtica de toda la canallería y de todo el vicio parisiense. El *Gil Blas* contó una vez, en un suelto, el antojo que tuvo al ver en una feria a un jayán que medio desnudo levantaba pesos de a diez arrobas, y la seducción del hércules hecha por ella al terminarse el espectáculo y la llevada de este entre su coche, y el encierro con él durante dos días y dos noches en la alcoba por donde han pasado todos los que han tenido modo de disponer de unos cuantos billetes de a mil francos para pagarse ese capricho por una noche. Es una Mesalina comprable; grosera como una verdulera y hermosa como una venus griega... Se ha ido ahora a arreglar el modo de pasar la noche en mi departamento sin que la vean los criados y a mandar helar unas botellas de champaña. La orgía

será digna de mis cincuenta días de abstinencia y de estudios estúpidos...

Ginebra, 9 de agosto.

Acabo de levantarme, después de pasar cuarenta y ocho horas bajo la influencia letárgica del opio, del opio divino, omnipotente, justo y sutil, como lo llama Quincey, que pagó con la vida su amor por la droga funesta, bajo cuya influencia se embrutecen diariamente millones de hombres en el Extremo Oriente. Ha sido un absurdo pero no podía hacer otra cosa después de la escena horrible. Quería huír de la vida por unas horas, no sentirla.

Cuando rendidos ambos de lujuria y de cansancio, borrachos de champaña helado, la Rousset comenzaba a adormecerse con la hermosa cabeza sobre los almohadones blandos, una furia inverosímil, una ira de Sansón mutilado por Dálila, me crispó de pies a cabeza, al pensar, con toda la excitación del alcohol en el cuerpo, en los insultos groseros que nos habíamos prodigado en la hora anterior, entremezclándolos de caricias depravadas y en mis planes de vida racional y abstinente, deshechos por la noche de orgía. Un impulso loco surgió en las profundidades de mi sér, irrazonado y rápido como una descarga eléctrica y como un tigre que se abalanza sobre la presa cerqué con las manos crispadas, sujetándola como con dos garras de fierro, la garganta blanca y redonda de la divetta. Ahogarla ahí, como un animal dañino contra las almohadas de plumas! Dio un grito horrible al despertarse, asfixiándose, me clavó los ojos, con las pupilas dilatadas, como una expresión de terror sobrehumano, y al adivinar mi intención asesina, mientras que seguía estrechándola con las manos, gritó con voz ronca, loco! loco! está loco! y sacudiéndose con la agilidad de un venado perseguido por la jauría, huyó medio desnuda a encerrarse en su cuarto, llorando de miedo.

No me habría atrevido a verle la cara al día siguiente. A la madrugada llamé al criado que había venido de París con mi equipaje, le di órdenes para venirme a buscar aquí, y al llegar unas horas más tar-

de al hotel me acosté y tomé una violenta dosis de opio. Bajo su influencia estuve cuarenta y ocho horas. Al asomarme al espejo ayer para vestirme me he quedado aterrado de mi semblante. Es el de un bandido que no hubiera comido en diez días; represento cuarenta años; los ojos apagados y hundidos en las ojeras violáceas, la piel apergaminada y marchita. Tengo la voz trémula y vacilante el paso. Las visiones que me produjo el opio fueron aterradoras, pero no creí nunca que los estragos de la noche de orgía y de la droga venenosa, me dejaran en la postración en que me siento...

El delirio de la abuelita moribunda, la locura a lo lejos! Dios mío! Dios mío! Dios de mi infancia, si existes, sálvame!... Dónde están la señal de cruz y el ramo de rosas blancas que caerán en mi noche como símbolo de salvación?...

Ginebra, 11 de agosto.

Por dónde empiezo? No sé. Es tan delicado, tan dulce, tan extraño, tan aterrador lo que siento que temo al querer decir la impresión con palabras, destrozar su frescura, como se destrozaría el esmalte de luz de una mariposa de Muzo, al quererla fijar con un clavo de hierro. Fue ayer tarde en un comedorcito reservado que tiene vista sobre el jardín del hotel y por cuyos balcones abiertos venía con la brisa del lago, el olor moribundo de las madreselvas que lo enmarcan. Comía solo, deseoso de evitar las promiscuidades y el ruido de la mesa común, y leía las Soledades, de Sully Prudhomme, a la luz de las bujías del candelabro. Un criado, entreabrió la puerta, encendió las de otro, puesto en la mesita vecina, colocó sobre ella un *menu* del día y volviendo a la puerta entreabierta, doblado en dos pronunció un *pus pouvez entre Mosié, pus pouvez, entre Mademuasell...* con su más puro acento alemán. Entraron ella delante, él atrás, correspondieron la venia que les hice levantándome y desembarazada ella del abrigo de viaje y del sombrero que le daba cierto parecido, por su forma extraña, con el retrato de una princesita hecho por Van Dyck, que está en el Museo de La Haya, se sentaron a comer.

Lentamente, mientras examinaba yo la extraña figura del hombre, se quitó ella los guantes de Suecia y se frotó las manos, dos manecitas largas y pálidas de dedos afilados como las de Ana de Austria en el retrato de Rubens, con que se echó para atrás los bucles de la suelta cabellera castaña, rizosa y sedeña que donde la luz la hería de frente tenía visos de oro. La voz argentina y fresca sonó entonces discutiendo los platos de la comida... Para tí vino del Rhin y queso, no papá, decía, para mi leche y fresas... El hombre, que podría tener cincuenta años, pero con la cabeza y la barba blancas de canas como un anciano, la miraba con dulzura paternal, que hacía más extraño contraste con la expresión dolorosa de las líneas de su fisonomía fina de noble o de artista, admirablemente modelada y cuya distinción aumentaban los cabellos crespos y la fina barba blanca cortada en punta y el verde desteñido de sus ojos apasionados. Vas a comer sola, le dijo, estoy ansioso por leer los detalles, y colocó sobre la mesa, doblado a lo largo un periódico impreso en caracteres alemanes... Lee, contestóle ella, acercando el candelabro para que la luz cayera sobre la hoja.

Una simpatía irresistible me había ligado a ellos, en esos segundos, en que, olvidados de mi presencia, los examinaba con mi curiosidad insaciable. Sin duda habían querido huír de la vulgaridad de los comensales de la *table d'hote,* al refugiarse en el comedor reservado. Para que aquellas canas blanquearan sus sienes, para que las hondas arrugas de sufrimiento surcaran así su frente amarillenta de pensador, para que aquella indeleble expresión dolorosa le marcara así las facciones, debía él haber sufrido horriblemente, porque el vigor de su naturaleza se adivinaba en las líneas del cuerpo, moldeado por un vestido gris, de refinada elegancia y el perfil enérgico daba a pensar en un militar acostumbrado al mando y retirado del servicio. El otro perfil, el de ella, ingenuo y puro como el de una virgen de Fra Angélico, de una insuperable gracia de líneas y de expresión, se destacaba sobre el fondo sombrío del papel del comedor, iluminado de lleno por la luz del candelabro. Completaban su belleza los cabellos, que se le venían y le caían sobre la frente estre-

cha en abundosos rizos, las débiles curvas del cuerpecito de quince años, con el busto largo y esbelto, vestido de seda roja, las manos blanquísimas y finas. Al bajar los párpados, un poco pesados, la sombra de las pestañas crespas le caía sobre las mejillas pálidas, de una palidez sana y fresca como la de las hojas de una rosa blanca pero de una palidez exangüe, profunda, sobrenatural casi, y por la curva armoniosa de los labios rosados flotaba una sonrisa supremamente comprensiva. No le había visto los ojos y fascinado como estaba por la gracia de su figura ideal, por la impresión de frescura y de aristocracia que emanaba de toda ella, como emana el aroma de una flor que se abre, soñaba en vérselos. De repente sacudió la cabeza hacia atrás, y agitando los sedosos bucles de la cabellera castaña, la volvió en la dirección de mi asiento y los clavó en mí mirándome fijamente, con expresión severa. Eran unos grandes ojos azules, penetrantes, demasiado penetrantes, cuyas miradas se posaron en mí como las de un médico en el cuerpo de un leproso, corroído por las úlceras, y buscaron las mías como para penetrar, con despreciativa y helada insistencia hasta el fondo de mi sér, para leer en lo más íntimo de mi alma. Por primera vez en mi vida bajé los ojos ante una mirada de mujer. Me parecía que, en los segundos que sostuve la suya había leído en mí, como en un libro abierto la orgía de la víspera, la borrachera de opio, y penetrando más lejos, la puñalada a la Orloff, las crápulas de París, todas las debilidades, todas las miserias, todas las vergüenzas de mi vida. Incliné la cabeza avergonzado como un chiquillo de escuela sorprendido en falta, buscando una estrofa del libro. Sentía que sus miradas se habían posado en él, que ya sabía que era un libro de poesías, de aquellas poesías de Sully Prudhomme dulces y penetrantes como femeniles quejidos... Con la mirada que le dirigí habría querido pedirle perdón por haberla contemplado con mis ojos que han visto la maldad humana y se han delectado en su espectáculo, porque la luz de pureza, de santidad que irradió en los suyos a la primera mirada que cruzamos, me había sugerido no sé qué extraña impresión de místico respeto irresistible... Al mirarla de nuevo me encontré

con sus pupilas fijas en mí, y habría bajado las mías si no hubiera visto en el azul de las suyas, en la curva de los labios finos, en toda la dulce fisonomía una expresión, de lástima infinita, de suprema ternura compasiva, más suave que ninguna caricia de hermana. Aquella mirada derramó en mi espíritu la paz que baja sobre un corazón de cristiano después de confesar sus faltas y de recibir la absolución; una paz profunda y humilde, llena de agradecimiento por la piedad divina que leía en sus ojos.

—Si erré antes, fue porque no sabía que existieras sobre la tierra, criatura de pureza y de luz. Tóquenme otra vez tus miradas y mi alma será salva, decía en el fondo de mi conciencia entenebrecida una voz que vibraba como un canto de esperanza.

—Descienda la paz sobre tí, pero no te alejes de mi camino, pobre alma oscura y enferma, yo seré tu conductora hacia la luz, tu Diotima y tu Beatriz, decían las pupilas azules.

Un coro de esperanzas resonó dentro de mí como una música mística en la semioscuridad de una iglesia abandonada. Realmente, la delicia que experimentaba al mirarla, con su misteriosa palidez mortal, sus cabellos de oro sombrío y sus radiosas pupilas azules clavadas, tenía algo del encanto con que me fascinan ciertas músicas, ciertas frases de Bach y de Beethoven, al vibrar en mis oídos.

Una expresión no ya de piedad misericordiosa sino de inefable ternura, iluminó su semblante pálido, leve sonrisa que se dirigió hacia mí como un rayo de luz, arqueó la ingenua curva de sus labios y la fisonomía se humanizó sin perder su nobleza majestuosa y un ensueño de ternura divina se dilató dentro de mí, como la luz de la aurora entre la oscuridad de una madrugada tétrica disipando las sombras, llenándome el alma de claridades tibias, de temblores de savia, de frescuras de agua cristalina y de cantos de pájaros, que suben hacia el sol, vencedor de la noche.

Los recuerdos de mis liviandades pasadas desaparecieron ahuyentados por la luz, la fuente de aguas

vivas brotó del peñasco árido, y las imágenes de un idilio se desarrollaron y vivieron en el fondo de mi espíritu. Sería en el fondo del bosque, donde la sombra de las ramas cae sobre la alfombra de hojas secas y rojizas y sobre el césped blando. Vestida de blanco, sentada en musgosa roca, yo arrodillado a sus pies, con la frente febril apoyada en sus rodillas, acariciarían mi cabeza sus largas manos pálidas, y la caricia derramaría en mí, no la fiebre voluptuosa del amor humano, sino la calma luminosa del amor divino. Con la voz ahogada le diría que la había buscado por largos años, que mis labios, quemados por los cálidos borgoñas y los champañas ardientes de las orgías de la tierra, tenían sed de su amor infantil y puro, como del agua de una fuente oculta donde se copian los helechos y se refleja el cielo. Las estrofas dulcísimas de Fray Luis de León, subían de mi boca hacia ella como un cántico

Alma divina, en velo
De femeniles formas encerrada,
Cuando viniste al suelo
Robaste de pasada
La celestial, riquísima morada.

Volví a buscar las pupilas azules y sus miradas de misteriosa ternura me decían que consentía en mis sueños y una expresión de soberano amor esplendía de la pálida faz, vuelta hacia mí. Ante mi imaginación sobreexcitada y que había perdido la noción de la realidad, el oro de los cabellos sueltos, heridos por la luz de las bujías, revistió el brillo de una aureola que irradiaba sobre el fondo oscuro del comedor.

Al levantar los ojos verdosos del periódico que leía, el padre, dirigióle la palabra en italiano y rompió la fascinación. En las frases que en el mismo idioma le contestó ella, percibí los nombres de la Malloggia, de Silvaplana y de San Moritz entre las dulces sílabas cantantes de la lengua de Leopardi, que tomaban en su boca sonoridades de música.

—Sírvanos usted el café en el departamento, dijo al criado el hombre de la barba blanca, levantándose y

pasándole el abrigo y ayudándole a fijar, con infinitas delicadezas como de madre, sobre los rizos castaños de la indómita cabellera la singular toca negra que atrajo mis miradas cuando entraron.

Salieron del comedor, él adelante, ella atrás, y al volver la cabeza para que fuera mía otra mirada larga, pensativa y profunda de los grandes ojos azules, el brillo de éstos, la palidez exangüe y como luminosa del semblante y la esbeltez del cuerpo largo y delgado, le dieron a mis ojos, al verla, así, sobre el fondo negro que enmarcaba la puerta, el aspecto de una aparición.

Unos minutos después, al levantarme de la mesa, el brillo de un objeto caído al pie del asiento donde se había sentado, me hizo acercarme y recogerlo. Era un camafeo sobre cuyo fondo gris lo blanco del relieve forjaba una rama con tres hojas, y revoloteando sobre ellas, una mariposa con las alas abiertas. La piedra estaba montada en oro mate, en forma de broche y la joya, de una perfección insuperable de trabajo se le había caído seguramente al quitarse el abrigo.

La guardé para entregársela al día siguiente y encontrar en la ocasión dada por la casualidad, un principio de relaciones, y salí a buscar en el registro de la portería los nombres de los singulares viajeros. Habían llegado hacía tres horas y había dicho él que pasarían dos días en el hotel al tomar el departamento marcado con el número 9, una gran sala con dos alcobas laterales, situado en el segundo piso y con vista sobre el jardín. Venían de Niza, no habían anotado el lugar a donde se dirigían y estaban inscritos con los nombres de Conde Roberto de Scilly y Helena de Scilly Dancourt.

Una idea extraña me cruzó por la mente. Aquel nombre, Helena, no evocaba en mí ninguna figura de mujer que se fundiera con él, ninguna de las que han atravesado mi vida, dejándome la melancolía de un fin de amor tras de los fugitivos entusiasmos, se llamaba así, soñé en la princesa Helena del idilio de Tenysson y mentalmente la llamé Helena, como a una amiga de la infancia.

Una mano enguantada de cabritilla oscura se apoyó en mi hombro sacándome de mis sueños. Era la de Enrique Lorenzana uno de mis amigos de la adolescencia, que vive en Londres y que, de paso por Ginebra, en los días anteriores, había venido a verme sin lograrlo porque mi criado, mientras estuve bajo la influencia del opio, no dejó entrar a nadie al departamento, dando como excusa, por orden mía, una enfermedad grave.

—Hombre, me dijo estrechándome la mano entre las suyas, he venido a verte tres veces y no lo he conseguido... Ha sido grave el mal?... Estás horriblemente desfigurado y pálido y tienes un aire de crápula, que a no conocerte me haría pensar horrores de tí... agregó familiarmente y después de conversar conmigo media hora en el cuarto de fumar, donde dos yankees atléticos y sanguíneos infectaban el aire con el humo de sus cigarrillos de Virginia y se envenenaban sistemáticamente con whisky, oloroso a petróleo, me obligó a vestirme y a acompañarlo a una conferencia de historia que daba esa noche una notabilidad local. Puso en su empeño para llevarme, la dulzura grave de un hermano que quiere arrancar a otro de dolorosas ideas por medio de una distracción impuesta casi. Indudablemente con su perspicacia de fisonomista *nato*, me leyó en la cara los estragos del opio.

Al volver a pie al hotel, con una medianoche espléndida, constelada de estrellas, entre cuyo cielo brillaba la luna en su último cuarto, como una joya de plata sobre un estuche de raso negro, los follajes de los árboles, que se mecían al soplo del viento, las aguas del lago, con sus transparencias profundas donde temblaban reflejos de astros, eran un cuadro digno del sentimiento nuevo que llenaba todo mi sér y me hacía volver a los puros y lejanos días de mi adolescencia. La mirada de las pupilas azules, radiosas en la fisonomía mortalmente pálida que enmarcaban los rizosos cabellos castaños iluminaba mi espíritu. Soñando en ella salvé la puerta de hierro de la verja del hotel y, temiendo el insomnio seguro en mi lecho, comencé a pasearme por el jardín. La vegetación oscura manchada de

blanco aquí y allí por las flores abiertas olía, como un frasco de esencia rara, brillaban arriba las estrellas y, en la quietud de la medianoche se oía el silencio. De repente al levantar la cabeza para ver el cielo a través de los árboles que extendían contra él las masas negras de sus ramazones, vi iluminado en la fachada, uno de los balcones del segundo piso, con los cristales abiertos, y las cortinas blancas caídas. Una larga sombra de mujer, como envuelta en un manto que le cayera de la cabeza sobre los hombros, se destacaba confusa sobre la blancura de niebla del transparente. Era Ella; era esa la alcoba de la izquierda del departamento número 9. Seguramente el padre dormía ya, en la de la derecha donde no había luz.

Movido por un impulso irresistible arranqué unas cuantas flores de los matorrales, calculé el peso necesario para que el ramo llegara a su destino, fijé en él mi tarjeta y volví a bajar al jardín. La luz alumbraba todavía los transparentes blancos caídos hasta el suelo, y agitados suavemente por la brisa nocturna. La sombra había desaparecido. Con el corazón saltándoseme del pecho, como un ladrón que teme ser descubierto, me escondía en la sombra de un matorral, y de pie sobre el banco de piedra, tiré el ramo, que cruzó por el aire y fue a caer adentro, en el cuarto, por entre la abertura de las cortinas.

Estas se levantaron un momento después y me dejaron ver en el fondo oscuro del aposento la luz de la lámpara que ardía cobijada por amplia pantalla de gasa. Volviéndole las espaldas, caminó de frente la silueta negra y larga, como la de una virgen de Fra Angélico, llegó al balcón y con la cabeza alzada hacia el cielo, levantó la mano derecha a la altura de los ojos, trazando con ella lentamente una cruz en la sombra, mientras que la izquierda arrojaba con fuerza algo que atravesó el espacio, y vino a caer a mis pies —blanco como una paloma— sobre el suelo sombrío. Era un gran ramo de flores, que regó pálidos pétalos en el espacio oscuro al cruzarlo y rebotó al tocar la tierra... En el ruido de su caída me pareció oír las palabras del delirio de la abuelita agonizante, "Señor, sálvalo de la

locura que lo arrastra, sálvalo del infierno que lo reclama"... Hondo estremecimiento de religioso temor me sacudió la carne, corrió por mis espaldas un escalofrío sutil y como si me hubiera tocado la muerte, caí desfallecido sobre el banco de piedra. Al volver en mí y recordar la escena busqué las flores cuya blancura se veía en la sombra, para convencerme de que no había soñado. Era un ramo de pálidas rosas té que levanté para besarlo. Volví los ojos a la fachada del hotel que estaba ya oscura y muerta, y por cuyos balcones cerrados no filtraba un sólo rayo de luz.

Cuando desperté esta mañana, después de un dormir enfermizo, conseguido con dos gramos de cloral y lleno de las imágenes del día, de los ojos azules, de la faz pálida, de la cabellera castaña, del incesante revoloteo de una mariposilla blanca sobre tres hojas verdes y del ramo de rosas, el sol rayaba de oro las persianas de mis balcones. Eran las diez y media. Busqué con los ojos las flores, creyendo que la escena nocturna formaba parte de la pesadilla del cloral. Ahí estaban en el jarrón de Bohemia donde las había puesto al acostarme. Medio marchitas ya pendían algunas sobre la mesa y dos de ellas cubrían el camafeo montado en oro verdoso.

Tras del baño y la minuciosa toilette con que quise hacer desaparecer las huellas del opio y del cloral, bajé al comedor a tomar el té matinal. Me sentía triste y con el corazón oprimido por un peso extraño. El criado que me sirvió la víspera trajo el desayuno y con él un telegrama de Miranda y Compañía llegado en las primeras horas de la mañana. Venciendo cierta repugnancia lo mandé a preguntarle al conserje del hotel si el señor Scilly y la señorita habían salido. Cuando volvió, tomado ya el té y leído el telegrama, lo esperaba con ansiedad.

—El señor y la señorita se fueron esta mañana, a primera hora, llevando sus equipajes en un coche particular que vino a buscarlos. El conserje le oyó decir a él *a la estación,* pero no oyó el nombre de la estación... El señor toma más té? preguntó mirando la taza vacía...

Dónde buscarla cuando termine en Londres el negocio con Morrel y Blundel; dónde buscarla, porque necesito verla como necesito respirar, volverla a ver, bañar mi alma en la luz de sus ojos azules, besar sus manos largas y blancas, arrodillado a sus pies? Por qué la bendición y el ramo de rosas que coinciden de tan singular manera con las frases del delirio de la viejecita agonizante?... Conque el misterio puede adquirir así forma material, mezclarse a nuestra vida, codearnos a la luz del sol?... El ramo de rosas está ya encerrado en una caja de cristal que me permitirá llevarlo en el viaje, y la caja se ha perfumado con el tenue olor de las flores moribundas.

Miranda & Compañía me avisan haber recibido carta de Morrel, diciéndoles que aceptan el precio que fijé a las minas, en virtud del informe de la comisión de ingenieros que volvió ya y cuyo dictamen esperábamos para cerrar el negocio.

Estaré en Londres el 15, como lo exigen, para firmar las escrituras, y me iré de aquí hoy mismo para soñar con ella mientras viajo.

Dónde estará?... En la Engadina, seguramente... Le oí nombrar a la Malloggia, a Silvaplana y a Saint Moritz... Terminado mi asunto con los banqueros ingleses la iré a buscar allá, y si no la encuentro la buscaré en toda Europa, en todo el mundo porque necesito verla para vivir.

Londres, 11 de octubre.

Dos meses de vida en la ciudad monstruo, no visitada en mi última permanencia en Europa y de la cual guardaba la confusa impresión recibida, hace once años; dos meses que se han deslizado rápidos entre las innumerables diligencias que requirió la venta de las minas, y la ansiedad con que esperé inútilmente respuesta a mis telegramas dirigidos a todos los grandes hoteles de Europa; y a las cartas en que solicité en vano de algunas agencias de informes datos acerca del paradero de Scilly y de su hija.

Su hija... me sonrío al pensar que he escrito esa palabra... No la llamo así cuando al nombrarla mentalmente, la evoco con toda la suave gracia de sus contornos apenas núbiles de largos lineamientos envueltos en la seda roja del corpiño, con su mortal palidez exangüe, enmarcada por el oro oscuro de la destrenzada cabellera y alumbrada por la luminosa sonrisa de las pupilas azules; la llamo Helena, como si la intimidad en que he vivido con su imagen, la hubiera acercado a mí, y la nombro con la ternura que vibraría en mi voz agitada si oprimiera en las mías, impolutas de todo contacto femenino desde la noche en que recogí el ramo de rosas blancas hasta el instante en que escribo estas líneas, sus largas manos alabastrinas que al hacer en el aire la mística señal de la cruz arrojaron las pálidas flores entre la sombra nocturna.

Helena! Helena!... A veces, en la quietud de la media noche, silenciosa en este rincón del Londres millonario, sentado frente a mi escritorio sobre el cual está abierto un tomo de poesías Shelley o Rossetti que ahora me embargan con sus etéreas delicadezas y la música casi italiana de sus estrofas, alzo los ojos del libro y contemplo a la luz de la lámpara el camafeo montado en oro que no pude devolverle.

Digo entonces su nombre en alta voz como una fórmula evocatoria que hubiera de hacerla surgir y aparecérseme, allá en el fondo sombrío de la estancia donde caen en pliegues opulentos y pesados las cortinas de terciopelo verde, e irse acercando, acercando, sin tocar la alfombra hasta detenerse en el círculo de luz de la lámpara y mirarme con sus ojos dominadores.

Por qué *sin tocar la alfombra,* pregunta al analista que llevo dentro de mí mismo y que percibe y discrimina hasta las sombras de mis ideas?... Por qué *sin tocar la alfombra?* Ría al oír esta frase el Mefistófeles que todos llevamos dentro del alma, agite las luengas plumas del rojo birrete, crispe diabólica mueca su irónica fisonomía, iluminada por un reflejo de infierno y lance al aire su carcajada de burla; *sin tocar la alfombra* porque al pensar en ella la veo, incontaminada por la atmósfera de la tierra, insexual y

radiosa como los querubines de Milton. Las frases que vienen a mis labios para cantarla entonces, no son los inarmónicos períodos de mi prosa incolora, sino estos versos de *La Vita Nuova,* en que el Dante habla de Beatriz:

Cuando mi Dama camina por alguna parte, Amor extiende sobre los corazones corrompidos una capa de hielo que rompe y destruye todos los malos pensamientos.

"El que se exponga a verla o se ennoblece o muere; cuando alguno digno de mirarla la encuentra, experimenta todo el poder de sus virtudes y si ella le honra con su saludo dulcísimo le vuelve tan modesto, tan honrado y tan bueno, que llega hasta perder el recuerdo de los que lo ofendieron.

"Y Dios ha concedido una gracia particular a mi Dama: la persona que le dirige la palabra no puede tener mal fin".

Esta noche, hace dos meses, de la noche de Interlaken; a estas horas ya estaba dormido, bajo la influencia del cloral. Es curiosa la historia de los sesenta días que han pasado desde la hora del encuentro.

Se fueron los primeros diez en formalizar la venta de las minas de Mal Paso, y al terminar el siguiente ya el Banco de Inglaterra me tenía abonadas en cuenta las cien mil libras recibidas como precio, de Morrel y Blundel, sin que esa noche, excitado por la idea de aquel dinero ganado casi sin esfuerzo, me sugirieran la imaginación ni los sentidos una sola idea de placeres qué buscar ni de emociones ardientes qué obtener con ese oro que podía trasformarse en sensuales locuras. Retirado en mi casita cuyos balcones tienen vista sobre Hyde Park, y donde los tapiceros instalaron rápidamente los mobiliarios y obras de arte que me rodeaban en París, he dividido mi tiempo entre un trabajo que estoy haciendo en el Foreign Office, las visitas a los invernáculos de más fama y una serie de estudios nuevos emprendidos aquí, en la quietud de mi escritorio, con dos profesores de renombre.

Mis derroches de la temporada no alcanzan a mil libras; setecientas, pagadas por un cuadro de Sir Edward Burne Jones y las doscientas y pico de una cuenta del librero, cubierta ayer. No he puesto los pies en un salón a pesar de que los Lorenzana, Roberto Blundell y Camilo Mendoza, nuestro gran estadista, que vive en Richmond, me han visitado con insistencia. No he pisado un restaurante ni un teatro, y mis paseos a pie se han dirigido de preferencia hacia los barrios silenciosos de la burguesía acomodada, donde las amplias calles, veladas por las nieblas de otoño extienden, a la hora del crepúsculo, la monotonía de sus mansiones tranquilas, separadas de la vía pública por las verduras de los jardinillos que anteceden sus fachadas.

Por ellas cuántas veces he andado a esa hora —paseante ingenuo y un poco desprendido de sí mismo para sorprender el alma británica en sus sencillas manifestaciones exteriores— y me he detenido cuando por la ventana de guillotina de algún balcón entreabierto adivino, al través de los vidrios la luz de la lámpara que alumbra la velada familiar, de una lámpara cuya luz cae sobre la amplia mesa de oscura carpeta cerca de la cual se sentarán la vieja de antiparras, papalina y peluquín, cantada por Pombo, el grueso inglesote colorado y flemático, que lee el Tit-Bits y contempla carcajeándose las caricaturas de Punch, y las dos misses rubias y frescas de ojos verdosos, con el visitante vestido del inevitable smoking, para tomar el eterno té tibio, desvirtuado por la leche abundante; la infusión insípida en que la vieja y pudibunda Albion ha convertido el nervioso licor que en la tierra nativa, apuran los mandarines vestidos de seda rosada y las risueñas *mousmés* de oblícuos ojos, en diminutas tazas de frágil porcelana delgada como una cáscara de huevo, que lucen ramos de crisantemos, doradas medias lunas, hieráticas grullas e inverosímiles pagodas.

Otras veces para buscar el contraste, envuelto en oscuro *ulster* que oculta el vestido, recorro el horror de los barrios pobres, llenos de seres degradados y oscuros, poblados de mendigos y donde la bruma otoñal ahoga la escasa luz rojiza de los faroles de petróleo,

para entrever, tras de las grasientas vidrieras de algún tienducho lleno de restos de cosas que fueron, la cara afilada y hambrienta de algún judío que parece salido de un *ghetto* de la Edad Media y en el fondo de las tabernas hediondas a venenoso brandy y a cervezas nauseabundas, siniestros perfiles de rufianes, arrugadas facies de viejas proxenetas y caras marchitas de chicuelas desvergonzadas, corroídas ya por el vicio, y que tienen todavía aire de inocencia no destruída por la incesante venta de sus pobres caricias inhábiles.

Flota sobre mi espíritu el melancólico recogimiento del otoño, de sus follajes quemados y enrojecidos por el frío, de los nubarrones cobrizos y violáceos de sus crepúsculos, del olor a nidos abandonados y a cloroformo de las hojas que se desprenden de las ramas, y revolotean en el aire húmedo, bajo los rayos enfermizos del sol de octubre, que apenas las calientan, para caer al suelo y esperar allí, podridas y negras, la soledad del invierno helado y las frescas sinfonías de la primavera!

Por la noche me envuelve una pereza del cuerpo que me hace sonreír si al entrar al cuarto de vestirme veo el negro frac, los brodequines de charol, la resplandeciente camisa, los calcetines de seda, los pañuelos de batista, los guantes blancos y las gardenias para el ojal, puestas en vasitos de electroplata, que Francisco, mi viejo criado, prepara cuidadosamente, sin consultarme y extiende sobre un diván bajo, frente al enorme espejo claro, enmarcado de bronce, en previsión de una salida mundana. Me sonrío y visto amplio vestido de franela; friolento hago encender la chimenea cuyo suave calor neutraliza la temperatura que anuncia un invierno rigurosísimo, y con las piernas envueltas en la eterna manta sevillana compañera de mis viajes y aspirando el humo opiado y aromático de un cigarrillo de Oriente, me siento cerca al fuego para contemplar los derrumbes de negros castillos que forjan los troncos carbonizados, el rojo de las cavernas de fuego, donde arden los tizones y los incendios azules de las lengüetas de llama. Horas de infinito recogimiento en que medito en el plan que ha de inmortalizar mi memoria,

lecturas de Shakespeare y de Milton, en el silencio de las madrugadas insomnes, cuán lejos estáis del brutalismo gozador de mis noches parisienses en que, tras de una cena de langosta a la americana y champaña *extra-dry,* la alcoba de la Orloff oía mis gritos de salvaje voluptuosidad y su cuerpo delicado se lastimaba estrujado por mis manos gozadoras!...

Enrique Lorenzana, el socio de Botwell, con quien estuve en Ginebra, vino aquí anoche y me dijo al entrar y verme: eres otro hombre del que vi en Suiza; estás rosado y fresco como una miss y se te ríen los ojos!... Ya lo creo que soy otro hombre... ¡Si no llevara en el fondo del alma la incurable nostalgia de las pupilas azules, si supiera cómo encontrarla, cuán feliz sería al sentirme regenerado por ella!

Londres, 10 de noviembre.

Pasé una noche atroz y no comprendo la causa. Un día regular, la mitad gastada en el Ministerio de Relaciones Exteriores tomando copias fotográficas de la correspondencia del Ministro que acreditó mi país en Inglaterra para pedir el reconocimiento de su independencia, la tarde en una fábrica de fusiles —que con furia me he entregado a los estudios militares que requiere el cumplimiento de mi plan— y la noche aquí viendo una serie de aguasfuertes y de acuarelas que me ofrecen en venta; total: ninguna emoción fuerte. Comida sencilla, con un poco de burdeos viejo y pálido. Y entonces por qué la horrible pesadilla que me ha hecho gritar y agitarme, la pesadilla angustiosa sin más imagen que la atravesara sino una caída mía entre la oscuridad negra de un abismo y, arriba, arriba, las tres hojas de la rama del camafeo y el revoloteo de la mariposa blanca sobre un cielo azul cruzado de nubes blancas?...

Por qué la depresión de hoy en que me siento sin ánimo de trabajar ni de vivir, y pienso en Helena como un chiquillo perdido entre la noche de un bosque, pensaría en las caricias de la madre?... Es una obsesión enfermiza casi; al dormirme la veo vestida con el cor-

piño de seda roja que llevaba en Ginebra, llamarme con la mano pálida; al abrir los ojos, lo primero en que pienso es en ella y al hacer un esfuerzo para recordar las impresiones del sueño, me parece que entre la oscuridad de éste ha pasado, vestida de blanco, con un vestido cuya falda cae sobre los pies desnudos, en una orla de dibujo bizantino, de oro bordado sobre la tela opaca, y llevando en los pliegues níveos del manto que la envuelve, un manojo de lirios blancos... Ciertas sílabas resuenan dentro de mí cuando interiormente percibo su imagen "Manibus date lilia plenis"... dice una voz en el fondo de mi alma y se confunde en mi imaginación su figura que parece salida de un cuadro de Fra Angélico y las graves y musicales palabras del exámetro latino.

Todo eso es delicioso pero es una obsesión enfermiza y yo sé el remedio. Digo el remedio porque el placer comprado me repugna como una droga nauseabunda y no está en Londres ninguna de las dos amigas inglesas que me darían una noche de caricias, ni aquella aristocrática Lady Vivian encontrada en Berlín hace un año, tan fresca y tan dulce y tan loca y tan ardiente; ni la otra, Fanny Green, la profesional a quien tuve tres semanas en Roma, hace cuatro años, estúpida como una campesina ignorante y sentimental como una heroína de Richardson, pero insuperablemente hermosa.

No están en Londres. Comprendo cuál es la causa de mi extraño estado nervioso en que las imágenes internas se convierten casi en alucinaciones y quiero suprimirlo. Me provoca por momentos salir a Regent Street a las 11 de la noche, buscar alguna de aquellas Jenny, como la del poema de Rossetti.

Oh, merry, lazy, languid Jenny
Fond of a kiss and fond of a guinea;

hacer de ella mi presa, traerla a mi casa donde al ver el mobiliario y las vajillas y los cuadros, todo el lujo de la instalación, abriría tamaños ojos y sin explicarse mi capricho por su cuerpecito débil, tenerla unas sema-

nas en que las pobres voluptuosidades que me procurara se mezclaran para mí de una impresión de piedad por ella y de obra de caridad hecha al evitarle sus interminables paseos por Piccadilly y las brutalidades de sus compradores nocturnos, y calmada con el abuso la fiebre que me corre por las venas, despacharla regalándole alguna suma que fuera la que gasto en una joya de que me antojo y con que pudiera vivir tranquila hasta la vejez, en alguna casita risueña de los suburbios, casada con el novio que la adoraba antes de caer y acordándose de mí como de un semidiós con quien se encontró una noche...

No puedo. Una presencia femenil en la casa donde está el broche del camafeo de Helena y donde tánto he pensado en ella, sería imposible. Al día siguiente habría arrojado a la calle, colmándola de insultos a la pobrecilla chicuela, sintiendo por ella horrible odio y asco profundo.

Londres, 13 de noviembre.

Fue Roberto Blundell, quien lo arregló todo. Es judío por la madre y con la perspectiva del negocio proyectado, habría hecho más por tenerme contento, si yo lo hubiera exigido. Ibamos juntos el día que la encontré por primera vez y me quedé maravillado con su belleza que le valió hasta hace dos años la protección de un miembro de la familia real. Parece que Blundell y ella son viejos amigos y me supongo que algo llegará a su cartera de cuero de caimán y esquineras de oro, de la fuerte suma que le entregué previamente con la condición de que todo se haría de acuerdo con mis deseos.

Al penetrar en la alcoba la sangre me encendía las mejillas y me zumbaba en los oídos y vi a la sombra de las cortinas verdemar de azulosos cambiantes el oro del amplio catre y las blancuras de espuma y de nieve de donde emergía el busto, con el seno desnudo casi, mal oculto por la abierta camisa de batista, todo alumbrado por la luz de una lamparilla eléctrica que fingía milagrosa flor de luz sonrosada entre las

hojas de bronce que la sostenían a la cabecera del lecho. Vén, me gritó sonriendo y mostrando entre los rosados labios el esmalte de la dentadura maravillosa; vén, y tendió los brazos, esparciendo en el ambiente el olor de una mata de rosas que sacude el aire tibio de la primavera.

Sí! Vé, me gritaban los glóbulos de la sangre, encendida por el deseo; los nervios tendidos por la continencia de tres meses, los músculos vigorizados por la castidad, vé, sacia tu sed en ese puro vaso de nácar que quiere sentir tus labios, bésalos, sáciate, hártate, agoníza de voluptuosidad en sus brazos en un espasmo de interminables vibraciones!...

Separándolos de los de ella, volví los ojos hacia el fondo oscuro de la alcoba, donde la sombra se aglomeraba resistente a la luz eléctrica por el color sombrío de los tapices y di un grito... Acababa de ver unidas, en lo alto del muro, como en una medalla antigua, el perfil fino y las canas de la abuelita y sobre él, el perfil sobrenaturalmente pálido de Helena, en una alucinación de un segundo.

Por qué gritas?... preguntó, sin que desapareciera de sus labios frescos la sonrisa deliciosa de voluptuosidad que los arqueaba... Por qué gritas? lo que está caído ahí sobre la alfombra es un ramo de flores que recibí hoy de Niza, recógelo, tráemelo y bésame, agregó reclinando los rizos rubios de la hermosa cabeza sobre el olán de los almohadones.

Recogí el ramo, que no había visto antes y con él en la mano me acerqué al lecho, donde el torneado brazo, blando, blanco y fragante circundó mi cuello.

Eres hermoso!, dijo clavándome los ojos negros de acariciadora mirada y atrayéndome hacia ella. Eres hermoso, pero por qué miras esas flores con ojos de loco? son unas flores que me trajeron de Niza y las había olvidado ahí... Míra la mariposita blanca que se vino entre la caja! gritó mirando el insecto que emprendió vuelo por el aire de la alcoba perfumada y tibia.

Pretexté un vértigo y me despedí besándole las manos con que me detenía y trayendo en las mías el olor de las rosas té que formaban el ramo, y en los ojos el aleteo de la mariposilla blanca, que volaba ahí en ese momento y en mis sueños hace cuatro noches, cuando en pesadilla de indecible horror, rodaba yo al fondo del abismo vertiginoso.

Helena venía de Niza la tarde en que la encontré en Ginebra... Las frescas rosas del té del ramo que he tenido en mis manos esta noche, están atadas con la misma cinta de extrañas labores en forma de cruz que sujeta las del otro ramo que ya no es más que un cementerio de flores negras y marchitas entre la caja de cristal que las guarda. Al inclinarme para respirar el olor de las flores frescas, en la alcoba donde soñé dejar mi enfermedad gastando la savia acumulada en tres meses, alzó de ellas el vuelo la mariposa blanca de mi sueño, la mariposa del camafeo, porque las dos son una sola... Doy por sentado que fue una alucinación febril, haber visto juntas las dos cabezas de los seres cuyas palabras y miradas me envuelven hoy en una trama de sombras, pero... ¿por qué estas casualidades que toman para mí la forma de un interrogante abierto sobre el misterio?... por qué la cinta con la misma labor extraña de cruces entrelazadas; por qué estas flores nacidas en el mismo sitio que las otras probablemente, llegan, en el momento preciso, al lugar donde iba yo a envilecerme con un placer comprado, para no pensar en Ella?...

Temí la locura al salir de las orgías brutales de la carne y ahora el noble amor por la enigmática criatura que me parecía traer en las manos un hilo de luz, conductor que habría de guiarme por entre las negruras de la vida, ese amor delicioso y fresco que me ha rejuvenecido el alma, es causa de supremas angustias porque mi razón se agota inquiriendo los porqués del misterio que lo envuelve.

Si lograra verla, cambiar estos sueños que me enloquecen por la serenidad que esparcirían en mi alma las primeras frases cambiadas con Ella!...

Londres, 17 de noviembre.

Mi profesor de griego que viene diariamente, me había hablado varias veces de su amigo Sir John Rivington, el gran médico que ha consagrado sus últimos años a la psicología experimental y a la psicofísica y cuyas obras, "Correlación de las epilepsias larvadas con la concepción pesimista de la vida", "Causas naturales de apariencias sobrenaturales" y sobre todo "La higiene moral" y "La evolución de la idea de lo Divino", lo colocan a la altura de los grandes pensadores contemporáneos, de Spencer y de Darwin, por ejemplo. Conocía yo los libros de Rivington de tiempo atrás y los leía y releía con grande entusiasmo, porque la observación directa y precisa de los hechos, la lógica perfecta de los raciocinios, sólidos como una cadena de hierro y las escasas pero segurísimas deducciones generales que de ellos desprende, hacen de esa lectura jugoso y fortificante alimento para mi espíritu vacilante y curioso de los problemas de la vida interior. Esas obras estarán en pie cuando muchas de las vastas teorías de otros filósofos que gozan hoy de más fama que él, vayan desmoronándose a los golpes de pica de posteriores investigaciones.

Conseguí para Rivington dos cartas de introducción, releí sus libros antes de ir a la consulta, por creerlo útil para mi plan y por especialísimo favor logré una conferencia nocturna en que conversamos largamente por horas enteras, solos en su amplio gabinete, lleno de curiosos instrumentos de observación y de obras técnicas referentes a su especialidad, y en su sala donde he tenido una emoción inolvidable.

La primera impresión que produce mi médico con la frescura casi infantil de sus mejillas sonrosadas y llenas que contrastan con la barba rizosa y gris y la singular vitalidad que revelan sus miradas y los ágiles movimientos del cuerpo recio y membrudo no debilitado por los sesenta y cinco años que lleva gallardamente, es la de una perfecta salud corporal y mental. Benévola sonrisa de inteligencia ilumina aquella fisonomía grave y desde el primer momento experimenté cerca de él la impresión de confianza que inspira un hombre envejecido en el estudio de las miserias humanas.

—Doctor, le dije sentándome en el sillón que me ofrecía, tiene usted enfrente a un enfermo curioso que en perfecta salud corporal, viene a buscar en usted los auxilios que la ciencia puede ofrecerle para mejorar su espíritu. El catolicismo les da a sus fanáticos, directores espirituales a quienes se entregan. Yo, falto de toda creencia religiosa, vengo a solicitar de un sacerdote de la ciencia, cuyos méritos conozco, que sea mi director espiritual y corporal. Acepta usted el cargo?

—Lo acepto, contestó con gravedad sonriente, exigiendo de antemano —como los ministros del noble culto que usted nombra— contrición por los pecados contra la higiene que usted haya cometido y el firme propósito de la enmienda... Cuénteme usted sus pecados...

Con la ingenuidad de un adolescente que abre su alma al sacerdote que ha de absolverlo, le referí mi vida, sin atenuar nada, ni mis ímpetus idealistas, ni mis desmedidas ambiciones de saber, de gloria, de riquezas y de placeres, ni las crapulosas orgías, los mujeriles desfallecimientos y las miserables inacciones que me postran por temporadas. Le conté los últimos seis meses con mayor sinceridad quizás que la que he empleado en estas notas escritas para mí mismo.

Oía sin quitarme los ojos que bajaba yo al suelo por momentos, sin mover una mano, sin que su impasible fisonomía griega tradujera la más mínima emoción.

—Cuénte usted ahora los antecedentes de su familia, descríbamela, pínteme usted su país, la ciudad donde usted se formó, dígame usted cuanto crea que pueda ilustrarme.

Lo hice sencillamente y hablé por largo tiempo sin que dejara de prestarme atención por un segundo, ni me quitara de encima los ojos.

—Ahora tenga usted la bondad de exponerme la organización actual de su vida, sus planes para el futuro, todo lo que se refiere al presente.

Hablé contándole mi existencia casi monástica desde mi encuentro con Helena, los planes que abrigo respecto de mi país, le referí el incidente que tuvo lugar en la alcoba de Constanza Landseer, mis estudios de griego y árabe, los infructuosos ensayos hechos para encontrar a la que es hoy toda la vida de mi alma... hasta que esta pregunta hecha con la ingenuidad de niño que tienen los sabios cuando se trata de cuestiones de sentimiento, me desconcertó porque no supe qué responderle.

—Usted tiene intenciones de casarse con esa hermosa joven si la encuentra, y de fundar una familia?...

Al no darle yo respuesta porque me quedé confuso y como avergonzado por aquella pregunta, se levantó para traer y colocar sobre la mesa varios aparaticos, a cuyo examen me sometió sucesivamente, haciéndome permanecer de pie, sentarme, recostarme, contar, vendándome los ojos para picarme con alfileres o levantar pesas sujetas a las piernas; estrechar un globo de caucho, ceñirme a la muñeca un mecanismo de reloj terminado con una pluma que trazaba sobre una cinta larga línea ondulante y rítmica; levantar diversas masas de hierro, buscar la incógnita de una ecuación y traducir por escrito un texto de Aristófanes del original griego, mientras que él contaba los minutos inclinado sobre el cronómetro como tomándole el pulso a mi inteligencia.

—Hay aquí un error, dijo examinando la hoja de papel que le tendía, estos adjetivos se refieren a la acción que denota el verbo y no al sujeto de la frase...

Y entonces comenzó otro examen de todo mi cuerpo, casi desnudo sobre un diván de marroquí negro, examen durante el cual analizaba yo el extraño efecto que me habían producido sus palabras: ¿Usted tiene intenciones de casarse con esa hermosa joven, si la encuentra, y de fundar una familia?

Dios mío, yo, marido de Helena! Helena mi mujer! la intimidad del trato diario, los detalles de la vida conyugal, aquella visión deformada por la maternidad... Todos los sueños del universo habían pasado

por mi imaginación menos ese que me sugerían las frases del especialista.

—Sería usted un modelo fisiológico, dijo, cuando después del examen, volvimos a sentarnos cerca del pesado escritorio de nogal, si fuera un poco más amplia su cavidad torácica y si no existiera cierta desproporción entre su desarrollo muscular y su fuerza nerviosa; —es raro que su organismo haya soportado los excesos a que usted lo ha sometido.

Tiene usted que comenzar, continuó con una voz pausada, baja y suavísima, por regularizar todas, absolutamente todas sus funciones, sin detenerse a pensar que hay funciones nobles y bajas en el sér humano. A pesar de que manifiesta usted entusiasmo por la ciencia que no admite hoy separación alguna entre los fenómenos de la vida y los considera todos, desde la respiración y la nutrición, hasta las más altas ideaciones y los sentimientos más nobles como manifestaciones de una misma causa, los unos comprensibles por caer bajo el dominio de nuestros actuales métodos de observación y de análisis y los otros incomprensibles todavía por lo rudimentario de los aparatos que apenas comenzamos a emplear para observarlos, a pesar de que afirma usted que no tiene creencias religiosas, es usted un espiritualista convencido, un místico casi, tal vez contra su gusto. Sus frases lo han revelado. Puede usted tener deseos de *no creer* pero las influencias atávicas que subsisten en usted lo obligan a *creer* y usted procede de acuerdo con ellas en lo que se refiere a la clasificación de sus actos; haga un esfuerzo, triunfe usted de sí mismo, regularice su vida, déle usted en ella el mismo campo a las necesidades físicas que a las morales, que llama usted, a los placeres de los sentidos que a los estudios, cuide el estómago y cuide el cerebro y yo le garantizo la curación.

—Regularice usted su vida y déle una dirección precisa y sencilla, continuó después de otro largo silencio, en que me pareció leer cierta simpatía en la fría mirada de sus ojos. Lo primero que debe hacer es distraerse, forzándose a alternar sus estudios con diversiones, nobles si usted las prefiere así; frecuente

los teatros y los conciertos; tendría mucho gusto en llevarlo a casa de uno de mis mejores amigos donde se toca excelente música de los viejos maestros alemanes y donde encontraría usted buena compañía. Devuélvale a las necesidades sexuales su papel de necesidades por más que le repugne y no mezcle usted sus sensaciones de ese orden con sentimentalismos ni con emociones estéticas que lo exalten; esto mientras encuentre usted a la joven a quien ama y se case usted con ella para normalizar en la vida marital los impulsos de su instinto.

—No le incomode a usted que le hable de su amor en esos términos, dijo al ver el gesto que hice involuntariamente al oír la frase, ese ideal tiene usted que convertirlo en su esposa, usted necesita antes que todo, como un niño asustado por la apariencia de un objeto que no ha visto bien y cuyo miedo se desvanece al tocarlo, encontrar a esa señorita, tratarla, ver si su carácter y sus ideas coinciden con los de usted y, si es así, casarse con ella para que desaparezca el fantasma que usted se ha forjado. Es un fantasma. Lo vio usted estando bajo la influencia del opio y de una profunda debilidad causada por la orgía de la víspera, la impresión que le causaron a usted sus miradas en el comedor y el capricho que tuvo ella de tirarle un ramo de rosas, han determinado en usted una autosugestión, que ha ido prolongándose gracias al violento cambio de régimen a que ha sometido usted su organismo y al aislamiento en que se ha encerrado. No ha habido impresiones externas que la combatan, y sigue desarrollándose, y como coincide con una frase que lo había impresionado a usted, por haberla dicho una persona de su familia al morir, ha ido revistiendo apariencias sobrenaturales...

Se calló, inclinando la cabeza pensativa y la levantó al cabo de unos momentos de silencio, sonriéndose.

—Tenga usted la bondad de repetirme la descripción de la figura de la señorita cuando usted la ve vestida de blanco y con los lirios en la mano y le parece recordar una frase latina.

Lo hice con la paciencia con que un enfermo le cuenta por segunda vez al vulgar esculapio un síntoma de la dolencia física que lo aqueja.

—Se siente usted nervioso esta noche? me preguntó sonriendo aún con una franca sonrisa que le arqueó los labios y me reveló la animalidad potente de su organismo.

—Nó, doctor, estoy en perfecta calma, la conversación con usted me ha tranquilizado como una dosis do bromuro, le respondí, sonriendo a mi vez.

—Quiere usted ver su visión pintada en un lienzo, por un pintor que murió hace años? me dijo, sin dejar de sonreír, excitado por la perplejidad que revelaba mi semblante al oír la extraña propuesta.

—Como usted guste, contesté sin saber a derechas qué decía y lleno de una curiosidad infantil que se mezclaba con cierta angustia extraña.

—Perdone usted, voy a dar orden de que enciendan luz en mi salón donde está la pintura. Qué extraña casualidad, agregó hablando consigo mismo y levantándose para apretar un timbre eléctrico a cuya llamada obedeció el criado vestido de frac que se presentó unos instantes después en el cuarto.

—Las señoras están en la sala? le preguntó.

—Nó, señor; acaban de retirarse a sus alcobas.

Están encendidas las lámparas en la sala?...

—Sí, señor, contestó el sirviente.

—Ponga usted una, donde alumbre bien el cuadro que está en la pared de la derecha, y sírvanos usted el té allá, ordenó y volviéndose a mí, familiarmente, como si la perspectiva de un trifunfo hubiera roto el hielo que nos separaba, me golpeó el hombro como a un amigo viejo y me dijo:

—Un capricho de mi mujer me hizo comprar hace diez años, haciendo un esfuerzo por cierto, porque la estrechez de mi presupuesto de entonces no me permitía fantasías de esas, la tela que voy a mostrarle. Usted

estuvo en Londres cuando era niño? me preguntó con animación súbita...

—Sí, doctor; le respondí, vine con mi padre y pasé aquí un mes de que conservo recuerdos muy confusos.

—Dónde vivían ustedes?...

—En un hotel cerca del Regent Street que no he encontrado ahora, contesté impaciente y enervado por el interminable interrogatorio.

Y la exhibición del lienzo tuvo lugar ahí cerca en la galería donde lo compré, dijo hablando consigo mismo. Venga usted a verlo, añadió levantándose para mostrarme el camino, y alzando el portier que separaba el gabinete de un cuarto oscuro que atravesamos para entrar al salón donde ardían cuatro lámparas.

—Se parece? preguntó desde el sillón donde se había acomodado para ver el efecto que me estaba produciendo la contemplación de la pintura, al cabo de largo rato en que yo, como hipnotizado por aquella realidad de mi visión no podía separar los ojos de la figura de Helena, que vestida con el fantástico traje y el manto blanco de mis sueños, y llevando en las manos los lirios pálidos, pisaba una orla negra que estaba al pie de la pintura, y sobre la cual se leía en caracteres dorados como las coronas de un cuadro bizantino, la frase "Manibus date lilia plenis".

—Se parece? repitió Rivington... Venga usted a sentarse aquí desde donde la verá bien y tomará el té conmigo, hablando de ella.

—Es ella, doctor, es ella, le dije sentado ya en el sitio que me designaba, y volviendo los ojos hacia la divina aparición que me sonreía, enmarcada de oro sobre la pared oscura. Es ella doctor, pero cómo se explica este misterio que rodea todo lo que a ella se refiere; que me hace encontrar aquí ese lienzo que es su retrato; la noche en que vengo a hablarle a usted de ella, cómo me hizo encontrar el ramo de rosas y la mariposilla blanca la noche en que fui a buscar otra mujer para olvidarla por unas horas? cómo se explica usted todo eso?, agregué sin poderme contener.

—Vuelve usted a ver el fantasma y a soñar con lo sobrenatural, contestó con gravedad casi severa. Aplíquese usted a encontrar causas y no a soñar. Me ha descrito usted a la señorita como una figura semejante a las de las vírgenes de Fra Angélico y este cuadro es obra de uno de los miembros de la cofradía prerrafaelita, el grupo de pintores ingleses que se propusieron imitar a los primitivos italianos hasta en sus amaneramientos menos artísticos. Es claro que la señorita no sirvió de modelo porque según me dice usted cuando más podrá tener quince años y hace veinte que fue pintado el cuadro; pero, dígame: ¿qué tiene de extraño que el modelo fuera una tía o la madre de la que usted encontró en Ginebra y que las dos se parecieran mucho? Ahora, por qué se juntaban en su imaginación cierto verso latino y la figura que usted veía?... Porque un recuerdo de esta pintura y de la leyenda que tiene al pie vistas por usted hace muchos años, resucitó en su memoria, gracias a la analogía que hay entre la fisonomía de su amada y la que representa este dibujo... La memoria es como una cámara oscura que recibe innumerables fotografías. Quedan muchas guardadas en la sombra; una circunstancia las retira de allí, recibe la placa un rayo de sol que la imprime sobre la hoja de papel blanco, y héme aquí que usted se pregunta quién hizo el retrato, sin recordar el momento en que el negativo recibió el rayo de luz que lo trazó en las sales de plata. Vamos, todavía está usted viendo el fantasma? Deseche usted esas ideas místicas que son un resto del catolicismo de sus antepasados, prefiera usted la acción al sueño inútil, busque usted desde mañana a la joven, cásese con ella y será usted muy feliz. No es cierto que será usted muy feliz? preguntó con interés.

Muy feliz doctor, contesté sirviéndome el té, traído por el criado.

—No tome usted más que una taza, debe medirse usted en el uso de los excitantes. Una taza de té por la noche, nada más, y una pequeña de café, a la comida. Disminuya usted el vino, pero no brusca, sino gradualmente, reemplácelo por cerveza, suprima poco a

poco los licores y los condimentos, haga comidas abundantes pero sin refinamiento alguno; cambie los ejercicios fuertes como la equitación y la esgrima, que son excitantes musculares, por decirlo así, y haga largas caminadas a pie por el campo. Quisiera que convencido usted de que es preciso huír toda excitación de cualquier naturaleza que sea, fuera abandonando paulatinamente sus hábitos de lujo excesivo y sus preocupaciones de arte para dirigir su inteligencia y sus esfuerzos en el sentido de alguna vasta especulación industrial, una ferrería, una fábrica, que le permitiera hacer continuas combinaciones para ensancharla y lo entretuviera con los detalles de su administración. Vea usted, en lugar de pensar en ir a civilizar un país rebelde al progreso por la debilidad de la raza que lo puebla y por la influencia de su clima, donde la carencia de estaciones no favorece el desarrollo de la planta humana, asóciese usted con alguna gran casa inglesa a cuya industria sea aplicable el arte, con unos fabricantes de muebles o de porcelanas, de vidrieras o de telas lujosas para tapizar y consagre usted su talento a hacer por ese medio objetivo la educación estética de los consumidores. Con una sola idea de arte aplicada a la industria se ennoblece ésta como se perfuman hectolitros de alcohol con una gota de esencia de rosas. Ese sería un hermoso plan. Oiga usted otro. Vuelva usted a su país y aplique usted su fortuna a una gran explotación agrícola que lo hará inmensamente rico y lo divertirá con todas las experiencias de aclimatación de razas, animales y plantas exóticas que puedan desarrollarse en esos climas. También le será provechosa si le permite vivir en el campo. Aquí en Londres dirigiendo su manufactura, allá en América desarrollando sus empresas podrá usted vivir tranquilo educando su familia y haciendo feliz a la señorita que se encontró en Ginebra. Pero de preferencia abandone su sueño de regreso a la patria y establézcase aquí. ¿Francamente, no cree usted más cómodo y más práctico vivir dirigiendo una fábrica en Inglaterra que ir a hacer ese papel de Próspero de Shakespeare con que usted sueña, en un país de calibanes?

—Además, esa es la vida que le conviene, continuó después de meditar un poco... Deseche esos sueños políticos que son irrealizables. Usted no tiene el hábito de ejecutar planes y esa es una educación, un *entrainement,* dijo usando la palabra francesa; hay que comenzar ideando y llevando a cabo cosas pequeñas, prácticas, fáciles, para lograr al cabo de muchos años enormidades de esas con que usted sueña. Me hace usted la impresión de un niño que se siente robusto y al ver a un gimnasta de profesión jugar con pesas de a doscientos kilogramos cree que puede hacerlo sin maliciar que las fuerzas de sus músculos apenas le permitirán recoger la pelota de caucho, con que juega.

—Abandone usted esos sueños, continuó, abandone los sueños de gloria, de arte, de amores sublimes, de grandes placeres, la ciencia universal, todos los sueños. El sueño es el enemigo de la acción. Piense usted, conciba un plan pequeño, realícelo pronto y pase a otro. La delicia de vivir, que usted experimenta hoy, cortada por bruscas depresiones que lo postran, es al mismo tiempo la causa de sus ambiciones desmedidas, y el peligro futuro para usted; la causa, porque es ella la que le hace desear continuamente impresiones nuevas en la esperanza de que son gratas, el peligro porque revela una sensibilidad exagerada, una especie de hiperestesia que lo imposibilita para resistir el dolor, el día en que éste llame a su puerta. ¿Conoce usted el dolor?, preguntó pensativo...

He sufrido, doctor, menos quizá que la mayor parte de los hombres y puesto que es convenido que todo detalle de mi vida interior lo conocerá usted, debo decirle que en los momentos de sufrimiento se produce en mí un placer superior al dolor mismo, el de *sentir ese dolor,* el de conocer las impresiones nuevas que me procura.

—Ese es el síntoma que completa el cuadro, continuó; hay en usted por el momento tal embriaguez de vida que me hace recordar la frase de Goethe: "La juventud es una embriaguez de sangre". Todo le aparece a usted hermoso, risueño, grandioso, todo lo atrae, todo reclama su atención. El día en que su sistema,

cansado por los abusos, se debilite, los nervios trasmitirán de preferencia las sensaciones desagradables o dolorosas, mortal apatía lo dominará a usted inhibiéndole para la acción, su estómago gastado y sin fuerzas digerirá mal, trabajará escasamente su cerebro y entonces será usted el reverso de la medalla, su misantropía, su odio por todo, su desencanto no tendrán límites. Todo joven gozador es el proyecto de un anciano melancólico, los botones de rosa se convierten en rosas marchitas; sólo lo duro guarda la forma que desafía el tiempo. Si usted lo piensa bien verá que el ascetismo, que es la última palabra de las religiones, es el secreto de la paz interior: endureciendo al hombre por las privaciones voluntarias a que lo somete, lo insensibiliza para el sufrimiento.

Esa quimera que se ha forjado usted de dominarlo todo, de gozar con los sentidos y siendo al tiempo mundano, artista, sabio, guerrero y conductor de hombres, es el supremo absurdo. Mientras usted no se encierre en una especialidad y olvide el resto, se sentirá usted mal. Me argüirá usted que han existido hombres que lo han realizado casi, que el Vinci poseyó todas las ciencias y las artes de su tiempo y que quizás no hubo región alguna de los conocimientos humanos por donde Goethe no paseara su inteligencia poderosa. Me permitiré observarle que la ciencia en el tiempo en que vivió Leonardo era un embrión apenas, y que el hombre de Weimar vivió setenta y tantos años estudiando metódicamente. El simple acto de pensar agota; vea usted a mi querido amigo Heriberto Spencer que se ha ceñido siempre a las prescripciones de la higiene más absoluta y está pagando ya con su falta de fuerzas sus colosales estudios; recuerde usted a muchos literatos franceses contemporáneos, neurópatas o imposibilitados para la producción en plena juventud y comprenderá usted que el abuso de trabajo mental es el peor de los abusos.

Honradamente es mi deber decirle a usted que la herencia y la vida que usted ha llevado me hacen temer por su porvenir en caso de que usted no cambie de régimen. Hay en usted un doble atavismo, caso curio-

so, de impulsivos inconscientes casi, y de cerebrales unificados. Si usted logra equilibrar esas tendencias que luchan entre ellas y consigue que sus facultades mentales dirijan sus instintos, está usted salvado, si continúa su vida con esas alternativas de ascetismo y de crápula, con esos estudios sin orden, con esos planes imposibles, irá a dar el día en que menos lo espere, al tropezar con una circunstancia imprevista, a la imbecilidad o a la locura.

Creo inútil decirle que los excitantes y los narcóticos que usted ha usado han hecho la mitad de la obra al producir su estado de hoy. Es usted un predispuesto y son los predispuestos los que dan a la morfina, al opio, al éter, amplia cosecha de víctimas. Busquela usted desde mañana, dijo mirando el cuadro al cual había yo dirigido los ojos, y al encontrarla cásese con ella y funde un hogar, donde dentro de veinte años vea usted a sus hijos sucederle en los negocios y tenga la satisfacción de recordar los extravíos de su juventud, como recuerda úno un peligro cuando ya está salvado de él. Ese amor puede ser su salvación...

—Y has resistido ocho años de la misma vida de entonces y hoy, cuando te hablo yo como te hablaba Rivington, hoy cuando todavía es tiempo, te ríes de mí y no me haces caso, dijo gravemente Oscar Sáenz desde su asiento, perdido en la semioscuridad carmesí de la estancia lujosa.

—Hoy es diferente, respondió Fernández con cierta superioridad, he distribuído mis fuerzas entre el placer, el estudio, y la acción, los planes políticos de entonces los he convertido en un *sport* que me divierte, y no tengo violentas impresiones sentimentales porque desprecio a fondo a las mujeres y nunca tengo al tiempo menos de dos aventuras amorosas para que las impresiones de una y otra se contrarresten y...

—Y para que las heroínas hagan contraste, insinuó Luis Cordovez, la una rubia y lánguida, lectora de Heine y la otra morena y ardiente, lectora de la Pardo Bazán; una sentimental como una colegiala y la otra sensual desde las puntas de las uñas hasta la médula de los huesos...

Una sonrisa de vanidad iluminó la fisonomía fatigada del poeta...

—Continúa, José, me ha mejorado tu lectura, dijo Máximo Pérez, desde el diván vecino donde estaba recostado.

Londres, 20 de noviembre.

Ese amor puede ser su salvación! fue la última frase del fisiólogo materialista...! Sálvalo Señor del infierno que lo reclama! Bendita sean la señal de cruz hecha por la mano de la virgen y el ramo de rosas que caen en su noche como signo de salvación. Está salvado, míralo bueno, míralo santo! fueron las frases de la abuelita en el misterioso delirio que tomó forma en una realidad casi divina. El raciocinio de la ciencia, la intuición de la santidad, el grito de sentimiento, todas las voces de la vida se funden en un coro sublime para llamarle, ¡oh, misteriosa criatura de los rizosos cabellos castaños que son de oro donde la luz los toca; de las subyugadoras pupilas azules y de las pálidas mejillas tersas como las hojas de las camelias blancas y de las largas manos alabastrinas que al trazar entre la oscuridad el signo de la redención arrojaron el ramo de rosas que cayó entre la negrura del jardín, como tus miradas cayeron en las sombras de mi alma! ¡Oh, tú inmaculada, tú, purísima, todo te llama, vén a salvar el alma manchada y débil que siente flotar sobre ella las alas negras de la locura y que te invoca hoy desde el borde del abismo!

Reconcentrado en mí como un piloto que en hora de supremo peligro junta sus fuerzas agotadas para consultar la brújula y alejarse de la tempestad, las palabras de Rivington me han hecho pensar por horas enteras. He hecho al analizarme, una plancha de *anatomía moral* como dice Bourget en el prefacio de su maravilloso *André Cornélis* y me he aterrado al verla. Héla aquí:

Hijo único del matrimonio de amor de dos seres de opuestos orígenes, dentro de mi alma luchan y bregan los instintos encontrados de dos razas, como los

dos gemelos bíblicos en el vientre materno. Por el lado de los Fernández vienen la frialdad pensativa, el hábito del orden, la visión de la vida como desde una altura inaccesible a las tempestades de las pasiones; por el de los Andrades, los deseos intensos, el amor por la acción, el violento vigor físico, la tendencia a dominar los hombres, el sensualismo gozador. Hasta qué punto el recuerdo de mi padre, de su figura delicada, de su cuerpo endeble, de su recogimiento silencioso, de su pasión por las ciencias exactas, aclara con extraña luz la apariencia de ciertos momentos de mi vida psíquica? La abuelita, la pobre santa, muerta sin que yo le cerrara los ojos, aprendió de aquella familia de ascetas, el desprecio insexual por las debilidades de la carne. "Es una criatura infame, que no tiene perdón ni de Dios ni de los hombres", decía al oír nombrar a una pobre adúltera y un fulgor de indignación le iluminaba los ojos apagados y un temblor de ira le hacía temblar los enjutos labios. La prescindencia de todo lujo, la modestia casi monástica que reinaban en la casa paterna, donde las vajillas de plata dormían guardadas en los viejos escaparates de nogal y los criados desatendían sus quehaceres para ir a la iglesia. Al hundir los ojos en las lejanías del tiempo, surgen ante mí las figuras de la familia: por el lado paterno la de doña Inés Fernández de Sotomayor, la virgen de 22 años que, en vísperas de contraer matrimonio, rompió su compromiso para consagrarse a Dios y entrar al convento de las monjas de Santa Inés, con el nombre de Sor María de la Cruz, a fines del siglo XVIII, la del tercer abuelo que se educó en Salamanca, fue capitán de los reales ejércitos y desempeñó en mi tierra odiosos puestos dados por la Inquisición y más lejos, dominándolas todas, la del hermano del primer antepasado que se trasladó a América para acompañarlo, aquel Alvaro Fernández de Sotomayor y Vergara el arzobispo, sabio, comentador de Tertuliano, que a los setenta años devuelto a España murió virgen y en olor de santidad. Delicadas miniaturas encuadradas de diminutos diamantes, antiguos lienzos españoles donde se destacan figuras descarnadas y animadas de intensa vida espiritual; apolillados cronicones amari-

llentos, reales cédulas, pergaminos manuscritos por insignes artistas, en que los caracteres góticos de la leyenda alternan con los colores de complicados blasones heráldicos, cuentan las glorias de aquella raza de intelectuales de débiles músculos, delicados nervios y empobrecida sangre cuyos glóbulos desteñidos corren por los ramales azulosos de mis venas. La piedad católica que la animó subsiste en mí transformada en un misticismo ateo, como revive en ciertos degenerados, convertido en mórbidas duplicidades de conciencia, el mal sagrado de los átavos epilépticos.

Ah! sí, pero en los hoyuelos de las mejillas de mi madre reían frescuras de flor, su leche tenía el sabor que tiene la de las campesinas vigorosas; el abuelo materno era un jayán potente y rudo que a los setenta años tenía dos queridas y descuajaba a hachazos los troncos de las selvas enmarañadas y allá en las llanuras de mi tierra cuentan todavía la tenebrosa leyenda de estupros, incendios y asesinatos de los cuatro Andrades, los salvajes compañeros de Páez en la campaña de los Llanos, que recorrieron victoriosos, sembrando el terror en las huestes españolas, al rudo galope de sus potros, con la lanza tendida por el brazo férreo, con la locura en el alma, la sangre quemada por el alcohol y la blasfemia en la boca gruesa solicitadora de besos!...

Esos instintos comprimidos y encontrados subsisten en mí, determinan mis impulsos sin que puedan contenerlos las falsas adquisiciones de la educación y del raciocinio; domíname religiosa impresión que me hace doblar las rodillas, si penetro en la semioscuridad de un templo a la hora del crepúsculo y el día en que sentí la mano empapada en la sangre tibia de la Orloff, no pude contener un grito de gozo.

Para que la antinomia de esos encontrados impulsos se hubiera trasformado en permanente equilibrio, habría sido preciso que un plan verdaderamente científico de educación los hubiera aprovechado utilizándolos. Las circunstancias decidieron que pasara mis primeros años bajo las más contradictorias influencias. Perdí a mi madre siendo niño; cuando a la muerte

de mi padre, al cumplir diez y siete años, salí del colegio de jesuítas donde mi adolescencia se deslizó bajo el yugo de severa disciplina, el estado de mi salud quebrantada por la mala higiene del internado y mi parentesco con los Monteverdes, sobrinos carnales de mi madre y dueños de las propiedades de campo vecinas a las nuéstras, me llevaron a vivir, en pleno contacto con la naturaleza, brutal vida de campesino, en las haciendas, donde bajo la doble influencia de la juventud y del régimen mis músculos se vigorizaron y se enriqueció mi sangre. En aquella temporada de vida singular las cacerías de venados, y los violentos ejercicios atléticos, se alternaban con las orgías vertiginosas en que Humberto Monteverde, borracho y con la rizosa cabeza recostada sobre algún seno desnudo, me gritaba a voz en cuello mientras su padre, don Teodoro, paseaba por sobre la concurrencia la mirada átona de sus ojos enturbiados por el alcohol: "Oye, José, tú y yo no hemos nacido para vivir en sociedad, somos salvajes, somos Andrades, somos los nietos de los llaneros". Extraña temporada aquella en que la lectura de los más grandes poetas y el hervor sentimental y sensual de la juventud y la dejadez del cuerpo tras de las noches crapulosas, me hicieron escribir mis "Primeros versos"; más extraña si se compara con el año siguiente en que la intimidad con Serrano el noble amigo que consagró su vida a trascendentales especulaciones resucitó en mí al meditabundo filósofo que heredó de sus abuelos el intenso amor por la vida moral. Extrañas influencias que dieron como resultado que al entrar por primera vez a los veintiún años, corbateado de blanco y con el busto moldeado por un frac de Poole al salón donde hice mi primera conquista aristocrática, cuatro almas: la de un artista enamorado de lo griego, y que sentía con acritud la vulgaridad de la vida moderna; la de un filósofo descreído de todo por el abuso de estudio; la de un gozador cansado de los placeres vulgares, que iba a perseguir sensaciones más profundas y más finas, y la de un analista que las discriminaba para sentirlas con más ardor, animaron mi corazón, que latía bajo la resplandeciente pechera, coquetamente abotonada con una perla negra.

Así, proteica y múltiple, ubícua y cambiante, resistente al influjo de los ambientes, vigorosa por los ejercicios atléticos, por el uso de suculentos manjares y licores añejos, enervada por sensuales delicias, mi personalidad se fue desarrollando y alternaron dentro de mí épocas de salvajez gozadora y ardiente y largos días de meditativo desprendimiento de las realidades tangibles y de ascética continencia.

Un cultivo intelectual emprendido sin método y con locas pretensiones al universalismo, un cultivo intelectual que ha venido a parar en la falta de toda fé, en la burla de toda valla humana, en una ardiente curiosidad del mal, en el deseo de hacer todas las experiencias posibles de la vida, completó la obra de las otras influencias y vino a abrirme el oscuro camino que me ha traído a esta región oscura, donde hoy me muevo sin ver más en el horizonte que el abismo negro de la desesperación y en la altura, allá arriba, en la altura inaccesible, su imagen, de la cual, como de una estrella en noche de tempestad, cae un rayo, un solo rayo de luz.

Terror?... Terror de qué?... De todo por instantes... De la oscuridad del aposento donde paso la noche insomne viendo desfilar un cortejo de visiones siniestras; terror de la multitud que se mueve ávida en busca de placer y de oro; terror de los paisajes alegres y claros que sonreían a las almas buenas; terror del arte que fija en posturas eternas los aspectos de la vida, como por un tenebroso sortilegio; terror de la noche oscura en que el infinito nos mira con sus millones de ojos de luz; terror de sentirme vivir, de pensar que puedo morirme, y en esas horas de terror, frases estúpidas que me suenan dentro del cerebro cansado, "y si hubiera Dios?... Los pobres hombres están solos sobre la tierra", y que me hace correr un escalofrío por las vértebras.

Nó, no es terror de eso, es terror de la locura. Desde hace años el cloral, el cloroformo, el éter, la morfina, el *haschich,* alternados con excitantes que le devolvían al sistema nervioso el tono perdido por el uso de las siniestras drogas, dieron en mí cuenta de

aquella virginidad cerebral más preciosa que la otra de que habla Lasegue. Después, la crápula del cuerpo obstinado en experimentar sensaciones nuevas, la crápula del alma empeñada en descubrir nuevos horizontes, después todos los vicios y todas las virtudes, ensayados por conocerlos y sentir su influencia, me han traído al estado de hoy, en que, unos días, al besar una boca fresca, al respirar el perfume de una flor, al ver los cambiantes de una piedra preciosa, al recorrer con los ojos una obra de arte, al oír la música de una estrofa, gozo con tan violenta intensidad, vibro con vibraciones tan profundas de placer, que me parece absorber en cada sensación, toda la vida, todo lo mejor de la vida, y pienso que jamás hombre alguno ha gozado así; y en que otros, cansado de todo, despreciando, odiando todo, sintiendo por mí mismo y por la existencia un odio sin nombre, que nadie ha experimentado, me siento incapaz del más mínimo esfuerzo, permanezco por horas enteras, hebetado, estúpido, inerte, con la cabeza en las manos y llamando a la muerte ya que la energía no me alcanza para acercarme a la sien la boca de acero que podría curarme del horrible, del tenebroso mal de vivir...

La locura! Dios mío, la locura! A veces, ¿por qué no decirlo, si hablo para mí mismo?... cuántas veces la he visto pasar, vestida de brillantes harapos, castañeteándole los dientes, agitando los cascabeles del irrisorio cetro, y hacerme misteriosa mueca con que me convida hacia lo desconocido! En una alucinación que la otra noche me dominó por unos minutos las joyas que brillaban sobre el terciopelo negro del enorme estuche, se trocaron a la luz de la lámpara que las alumbraba en los mágicos arreos de su vestido de reina; otra noche en una pesadilla que me apretó con sus garras negras y de la cual desperté bañado en sudor frío, una cabeza horrible, la mitad mujer de veinte años, sonrosada y fresca pero coronada de espinas que le hacían sangrar la frente tersa, la otra mitad, calavera seca con las cuencas de los ojos vacías y negras, y una corona de rosas ciñéndole los huesos del cráneo, todo ello destacado sobre una aureola de luz pálida, una cabeza horrible me hablaba con la boca, mitad labios de

rosada carne, mitad huesos pálidos, y me decía, "Soy tuya, eres mío, soy la locura!"

Loco!... El loco, en el cuartucho oscuro del manicomio, oloroso a orines de ratón, envuelto en la camisa de fuerza!... el loco con el cabello cortado al rape, recibiendo en las flacas espaldas huesosas el chorro helado de la ducha, bajo el ojo imperturbable del hombre de ciencia que anota sus gestos violentos y sus entrecortadas blasfemias para convertirlos en una precisa y razonada monografía...

Loco?... y por qué no? Así murió Baudelaire, el más grande para los verdaderos letrados, de los poetas de los últimos cincuenta años, así murió Maupassant, sintiendo crecer alrededor de su espíritu la noche y reclamando sus ideas... Por qué no has de morir así, pobre degenerado, que abusaste de todo, que soñaste con dominar el arte, con poseer la ciencia, toda la ciencia, y con agotar todas las copas en que brinda la vida las embriagueces supremas!

Pero nó! dulce visión angélica que en mis sueños llevas las manos llenas de lirios blancos y que presente ante mí trazaste con ellas el signo de la redención y arrojaste en mi noche las pálidas flores, el alma que tú favoreciste con tus miradas santificadoras, no irá a desagregarse así.

Cuando en tí pienso, Beatriz que me harás ascender desde el fondo de mi infierno hasta las alturas de tu gloria, los versos de Alighieri, suenan dentro de mi alma como un cántico de esperanza y de consoladora certidumbre:

"Cuando mi Dama camina por alguna parte, Amor extiende sobre los corazones corrompidos una capa de hielo que rompe y destruye los malos pensamientos.

"El que se exponga a verla o se ennoblece o muere. Cuando alguno digno de mirarla la encuentra, experimenta todo el poder de sus virtudes y si ella lo honra con su saludo lo vuelve tan modesto, tan honra-

do y tan bueno que llega hasta perder el recuerdo de los que lo ofendieron.

Y Dios ha concedido una gracia particular a mi Dama; la persona que le dirija la palabra no puede tener mal fin".

Oh! ven, surge, aparécete, Helena! Lo que queda de bueno en mi alma te reclama para vivir.

Estoy harto de la lujuria y quiero el amor; estoy cansado de la carne y quiero el espíritu. Hubo en mi alma muladares inmundos que limpió la fuente de aguas vivas abierta en ella por la mirada insostenible de tus ojos azules. Para recibirte, lo que es hoy seca maleza florecerá de flores perfumadas y los sueños buenos de mi adolescencia resucitarán todos cuando tus pies pequeñuelos huellen la tenebrosa puerta de mi espíritu, y te acompañarán como una procesión de ángeles; donde quedan charcos de envenenadas emanaciones, habrá dormidos lagos, apenas rizados por las alas de los cisnes blancos. Si sobre mi cuerpo crispado de voluptuosidad se pasearon manos buscadoras y lascivas, si pedí el olvido a todas las embriagueces de todas las orgías, si rodé como un borracho por la escalera vertiginosa del vicio, fue porque no te había visto todavía. Ten piedad de mí. Para alcanzar tu santidad, porque te siento santa y me apareces ceñida con una aureola de misticismo y casi sagrada, para alcanzar tu santidad, he procurado ser bueno. No hay una mancha en mi vida después de que tus ojos cruzaron sus miradas con las mías. Pero para ser bueno necesito de tí, necesito verte. Ven, surge, aparécete, sálvame, ven a librarme de la locura que avanza en mi cielo como una nube negra preñada de tempestades, ven a salvar lo que queda en mí de los santos de mi raza, del sabio arzobispo y de la dulcísima monja, que en tierra para tí desconocida, duermen, su último sueño, a la sombra de las arcadas góticas, en los viejos sepulcros de piedra!

Londres, 5 de diciembre.

El hilo de luz que me hará encontrarla, está en el misterioso parecido del cuadro de Rivington con ella,

pensé hace dos semanas y por un fenómeno que es frecuente en mí y que me hace tomar siempre el camino más largo y perderme en él cuando trato de investigar algo que me interesa, en vez de irme derecho al viejo, o de preguntarle el nombre del pintor de la misteriosa tela y de continuar inquiriendo hasta dar con la verdad, me entregué, con loco entusiasmo al estudio de los orígenes y del desarrollo de la escuela prerrafaelita, de las vidas y de las obras de sus jefes y de las causas que determinaron la aparición de ella en el mundo del arte.

He salido de mi tarea con unas cuantas percepciones nuevas de la belleza y guarda mi espíritu algo como el perfume y el alma del ideal que animaba a los nobles artistas que ilustraron la cofradía; como un suave olor rancio de incienso, producido por la ingenua piedad suavísima de los pintores precentistas, y como un deslumbramiento causado por el colorido de ciertas telas inmortales. En resumen, jamás me había sentido más ridículo en el interior; quise saber de Helena, y he sabido detalles de la vida del Beato Angélico de Fiesole, leído cartas de Rossetti y de Holman Hunt; *canzones* de Guido Cavalcanti y de Guido Guinicelli, versos de William Morris y de Swimburne, visto cuadros de Rossetti y de Sir Edward Burne Jones. En resumen, todo se complica dentro de mí, y toma visos literarios, una curiosidad se agrega a otra, los atractivos de la obra de arte me hacen olvidar los más graves intereses de la vida, y sin la llamada brutal a la realidad, dada por el doctor Rivington antier, habría pasado quién sabe cuánto tiempo sin buscarla, soñando en Ella, con la imaginación dando vueltas alrededor de su radiosa imagen, y los ojos persiguiendo en poemas y cuadros, frases y lineamientos que me hicieran recordarla.

No soy práctico. Rivington me lo ha dicho en tono despreciativo y yo que lo sé mejor que él me sonrío al pensar en el desprecio que revelaba su voz al decírmelo. No soy práctico, ya lo creo, y los hombres prácticos me inspiran la extraña impresión de miedo que produce lo ininteligible. *Percibir bien la realidad* y

obrar en consonancia es ser *práctico.* Para mí lo que se llama *percibir la realidad* quiere decir *no percibir toda la realidad,* ver apenas una parte de ella, la despreciable, la nula, la que no me importa. La realidad?... Llaman *la realidad* todo lo mediocre, todo lo trivial, todo lo insignificante, todo lo despreciable; un hombre práctico es el que poniendo una inteligencia escasa al servicio de pasiones mediocres, se constituye una renta vitalicia de impresiones que no valen la pena de sentirlas. De esa concepción del individuo arranca la organización actual de la sociedad, que el más ilustre de sus detractores llama "una sociedad anónima para la producción de la vida de emociones limitadas", y esa concepción de la vida sirve de base a la estética de Max Nordau que clasifica las verdaderas obras de arte como productos patológicos y a la asquerosa utopía socialista que en los falansterios con que sueña para el futuro, repartirá por igual pitanza y vestidos a los genios y a los idiotas.

La realidad! La vida real! Los hombres prácticos!... Horror!... Ser práctico es aplicarse a una empresa mezquina y ridícula, a una empresa de aquellas que vosotros despreciasteis, oh! celosos, oh! creadores, oh! padres de lo que llamamos el alma humana, que impedisteis con vuestras sublimes locuras que nuestros ojos iluminados por un resto de la luz que irradió de vuestros espíritus, no sean los ojos átonos de los rumiantes! Tu no fuiste práctico, sublime guerrero, poeta que soñaste y realizaste la independencia de cinco naciones semisalvajes, para venir a morir, bajo techo ajeno, sintiendo dentro de tí la suprema melancolía del desengaño, a la orilla del mar que baña tus natales costas; ni tú tampoco pobre genovés soñador que le diste un mundo a la Corona de España, para morir entre cadenas; ni tú, manco inmortal, que pasaste miserias sin cuento; ni tú, florentino sublime que con el alma llena de las ardientes visiones de tu Divina Comedia, mendigaste el pan del desterrado, ni tú, Tasso, ni tú Petrarca, ni tú, pobre Rembrandt, ni tú, enorme Balzac, perseguido por los ruines acreedores, ni vosotros, todos, oh! poetas, oh! genios, oh! faros! oh! padres del espíritu humano que atravesasteis la

vida, amando, odiando, cantando, soñando, mendigando mientras que los otros se enriquecían, gozaban y morían satisfechos y tranquilos!

Divago al escribir. Cada uno de esos hombres al olvidar las miserables materialidades de la vida lo hacía para realizar algún plan grande que inmortalizara su memoria. Yo pierdo inútilmente mi tiempo entretenido como un niño en futilidades más o menos hermosas, sin buscar la única, que devolverá la paz a mi espíritu conturbado.

Cuando puse los pies en el salón de consulta de Rivington, todas las impresiones de las últimas dos semanas refluían a mi memoria y olvidado de los detalles de la vida real, se movía mi espíritu en un ambiente de etéreas delicadezas y sobrenaturales y deliciosos sentimientos producido por la contemplación incesante de los cuadros y la lectura de los versos de Rossetti. Ese ambiente de ardiente y melancólico misticismo poblado de ensueños referentes a Helena y perfumado de ella, como el aire de suntuoso retrete femenino del aroma de las flores que agonizan aromándolo, me había envuelto por largas horas, como una niebla espiritual, impidiéndome el contacto con el mundo exterior. Disipóse como por encantamiento al sentarme en uno de los sillones de la consulta y recorrer con los ojos la concurrencia que esperaba, haciendo antesala, el turno obligado para solicitar los auxilios del hombre de ciencia. Frente a mí un viejazo apoplético y obeso, envuelto en pesado abrigo de pieles, con el cogote rojo como jamón y rugoso como un cuero de caimán, los ojos cubiertos por dobles anteojos negros, y los enormes pies deformados por la gota, calzados con gruesos botarrones, roncaba a pierna suelta. Se había dormido esperando el turno. En un ángulo de la sala una mujer de anguloso perfil, canosa y con cara de hambre miraba con sus ojuelos grises cargados de odio, a una pobre chiquilla de doce a trece años de ralos cabellos de un rubio sucio, desteñida tez salpicada de pecas, y descolorida boca entreabierta que dejaba ver los dientes picados y las encías desteñidas. En otro sillón estaba sentado un hombrecillo enclenque, de color

de aceituna que guardaba una quietud absoluta, inquietante, inverosímil, y por entre aquellos cuatro individuos, de miserable y dolorosa apariencia, se paseaba a grandes pasos por el salón un fantástico personaje, desmesuradamente largo y flaco, de aspecto caricatural, que se retorcía con furia los pelos de larguísimo bigotillo encerado y cuyos gestos sacudidos seguían con indulgente solicitud los ojos de un hombre de treinta años, vestido con refinada elegancia, pero en cuya delicada y hermosa fisonomía, de una palidez extraña, se leían los signos de definitivo e irremediable agotamiento.

La chiquilla del pelo rubio se sacudió toda, dio un gritico agudo de pájaro herido y agitó sus miembros débiles un estremezón nervioso; despertóse con un ronquido bronco el personaje de las pieles y se frotó con la enorme mano rojiza y rellena como un guante de esgrima la faz apoplética, no hizo un movimiento el individuo verde aceituna, que parecía una estatua de cera, y visiblemente humillado, al sentirse en aquella asamblea de incurables, el enfermo elegante que un momento antes paseaba por todo el cuarto la mirada de sus ojos cansados, los volvió a un anillo de rubíes que le adornaba el dedo meñique de la mano izquierda.

Excitado por la vista de aquellos infelices, surgió en el fondo de mí el orgullo de la vida, de la juventud y del vigor y con involuntario movimiento me apreté con la derecha, crispada casi, el biceps del brazo izquierdo, que sobresalía elástico y fuerte, formando como una masa de hierro, bajo la gruesa cheviotte del vestido de invierno; la sangre se me subió a las mejillas y con brusco movimiento me levanté para salir... Nó, yo no estaba enfermo, yo no era un incurable, un harapo humano como aquellos desgraciados. Enfermo, yo? De qué? de un exceso de vida, de un exceso de ideas, de un exceso de fuerza y como si hubiera visto la muerte al ver aquellos restos de persona que iban a buscar modo de aliviar sus días miserables, deseé en ese minuto todos los placeres de la vida, todos los sabores, los perfumes, los colores, las líneas, las músicas, los contactos deliciosos; me provocó apurarlo todo

ahí, en ese minuto, antes de que mi cuerpo se deformara y se convirtiera en una miseria como las que estaba viendo...

Tan profunda fue la impresión que no caí en la cuenta de la salida de la persona cuya consulta había terminado, ni vi, en el primer momento a Rivington, que por la puerta entreabierta del gabinete me miraba de pies a cabeza, con ojos de inquietud.

—Doctor, dije saludándolo olvidado de que había enfermos que debían precederme.

—Siga usted, dijo con cierta brusquedad, haciéndome entrar al cuarto.

Ahí siguió una escena grotesca en que sin poderme dominar y llorando como una mujer, abrazado a aquel jayán, casi desconocido para mí, le conté la atroz impresión que me había producido su horrible clientela, y le supliqué que me asegurara que no estaba enfermo, que no me volvería loco, y en que con frases estúpidamente sentimentales le supliqué que me permitiera enviar un pintor a su casa para obtener una copia del cuadro. Suave como una madre que maneja a un muchacho enfermo, consentido y antojadizo, el especialista se denegó a mi deseo y con su gravedad acostumbrada, me hizo ver todo lo que había de anormal y de enfermizo en mi estado de espíritu de esos momentos.

—Yo había creído menos grave su caso. Es preciso que usted aproveche las fuerzas que le quedan para buscar la curación inmediatamente; vaya usted desde mañana a buscar a esa señorita, diviértase, distráigase, no sueñe más; el sueño es un veneno para usted. Juegue, emborráchese más bien. Eso sería más higiénico en su estado de hoy. No pierda usted un minuto, vaya a buscarla. Usted la encontrará y si quiere la hará su esposa. Está usted joven, posee una hermosa fortuna, tiene usted todos los elementos para ser feliz; no pierda su tiempo en inútiles desvaríos... Sea feliz...

Le he remunerado al viejo esa extraña consulta, terminada con esa fantástica receta, con largueza de

príncipe. Creía que me devolvería el cheque, pero nó, lo guardó y lo empleará bien de seguro. Tanto mejor.

Dentro de diez días estaré en París, reinstalado en mi hotel, y consagrado a buscarla. Pienso con horror en volver a la ciudad donde mi vida se deslizó por tánto tiempo en medio de asquerosas delicias. Tú hueles a fábrica y a humo, mi Londres fuliginoso y negro, la trabazón aérea de telegráficas redes cruza tu cielo opaco; tiene tu ferrocarril subterráneo aspecto de pesadilla grotesca; el pueblo que te habita ignora la sonrisa; tú París, acaricias al viajero con la amplitud de tus elegantes avenidas, con la gracia latina de tus moradores, con la belleza armoniosa de tus edificios, pero en el aire que en tí se respira se confunden olores de mujer y de polvos de arroz, de guiso y de peluquería! Eres una cortesana. Te amo despreciándote como se adora a ciertas mujeres que nos seducen con el sortilegio de su belleza sensual y sé bien que los pies de Helena no huellan tu suelo, oh pérfida y voluptuosa Babilonia!

De la temporada de Londres me llevo una deliciosa impresión de recogimiento y de vida interior exacerbada hasta lo indecible. Dos idiomas que eran para mí letra muerta, el griego y el ruso; dos ramos de la actividad humana que me eran extraños, todas las artes de la guerra y la agronomía con todos sus progresos realizados en la última mitad de este siglo me son completamente familiares. Amplia cosecha de impresiones de arte, lecturas de los originales de los trágicos griegos que conocía antes en malas traducciones, de los poetas anteriores a Shakespeare, de toda la pléyade moderna, desde el sensual y vibrante Swinburne hasta la mística Cristina Rossetti; inefables ensueños provocados por los cuadros de Holman Hunt, Whistler y de Burne Jones; todo eso me has dado, ciudad monstruo que me apareces casi ideal porque mientras he vivido en tu seno he vivido con su recuerdo!

Al comenzar los tapiceros a desarmar la casa me he quedado sorprendido del número de objetos de arte y de lujo que insensiblemente he comprado en estos seis meses y los he remirado uno por uno, con cariño,

porque en lo futuro me recordarán una época de mi vida más noble que los últimos años. Tu irás a adornar el vestíbulo del hotel en París, enorme vaso etrusco que ostentas en tus bajo relieves hermosa procesión de sátiros y de ninfas, y por sobre las cabezas de carnero que forman tus asas, las orquídeas del trópico, enredarán sus tallos florecidos de níveas mariposas vegetales, salpicadas de violado y de púrpura; os cruzaréis en guerrera panoplia sobre la partesana, cincelada como una joya, vosotras, espadas árabes de polícromas empuñaduras, con las tersas hojas de complicados gavilanes y retorcidas contraguardas que templaron en las aguas del Tajo los maestros toledanos del siglo XVI y las árabes moharras y peligrosas franciscas con las finas dagas damasquinadas de oro; contra lo desteñido de vuestros matices moribundos, antiguos brocateles pesados, sonreirán los dos cuadros de Gainsborough y de Reynolds que compré en la venta del mes anterior; vosotros ejemplares de Shelley, de Burne, de Keats, de Tennyson y de Rossetti, que lleváis sobre el marroquí blanco de las primorosas pastas, grabadas las tres hojas y la mariposa del camafeo, iréis a esperar sobre el velador veneciano de malaquita que recorran vuestras páginas sus ojos, sorprendidos de encontrar allí el diseño de su joya perdida, y tú, rubí único, rubí de Burmah, pagado a Bentzen en una fortuna, rubí que ardes como una ascua y brillas como un rayo de luz, tu irás a irradiar, como una cristalización sangre, sosteniendo el anillo nupcial, y empalideciendo más la sobrenatural blancura de sus dedos afilados, en su pálida mano de reina!

París, 26 de diciembre.

Desde el momento en que pisé esta ciudad me ha invadido un malestar indescriptible. No es una impresión moral, porque serenado mi espíritu por la idea de buscar a Helena y confortado por la esperanza de encontrarla, me siento mejor; no es una enfermedad porque ningún síntoma externo la traduce, ni lo acompaña dolor alguno, y mi cuerpo rebosa de vida. Tengo como una plétora de fuerza disponible que no encuentro cómo gastar. El día de antier lo pasé todo en vio-

lentos ejercicios físicos, equitación, ciclismo, box, florete, que en vez de fatigarme, le dieron a mis músculos una sensación de fuerza precisa, que por absurda que sea la imagen, se me ocurre comparar con la que tendría una máquina bien construída, si tomara conciencia de la solidez de sus engranajes de acero y de la potencia del motor que los hace funcionar. Estás hecho un Hércules, me decía antier el viejo Miranda, golpeándome el hombro, y brillándole los ojos de envidia, en los momentos que pasé en su escritorio.

Hecho un Hércules y parece que ese exceso de vigor es la causa del extraño estado en que me encuentro. Ayer no pude resistir más y me fui a un médico, a quien sin entrar en detalles de otro orden, le referí mis achaques. Fue el profesor Charvet, el sabio que ha resumido en los seis volúmenes de sus admirables Lecciones sobre el sistema nervioso, lo que sabe la ciencia de hoy a ese respecto y que me conoce y me mira con extrema benevolencia desde que oí sus lecciones en la facultad y presencié sus curiosas experiencias de hipnotismo en la Salpetriere.

—Ha realizado usted el consejo de Spencer, me dijo, "seamos buenos animales", es usted un hermoso animal, agregó sonriéndose. Espero que no se tratará de una enfermedad grave. A qué le debo el placer de su consulta?...

—A una abominable impresión de ansiedad y de angustia bajo la cual estoy viviendo desde mi llegada a París; de angustia sin motivo y por consiguiente más odiosa, de ansiedad que no se refiere a nada, y a la cual preferiría el dolor más intenso... Le ha sucedido a usted, doctor, correr, ya en retardo, a una cita urgente, contar los minutos, los segundos, abrir el reloj, no ver la hora, volverlo a abrir, ver que el instantáneo se mueve, rectificar si el cronómetro funciona, aplicándole el oído, creer que se ha parado, buscar la hora en los relojes de la calle, sentir que el tren o el coche no caminan y no descansar de la horrible impresión que le hace correr sudor frío por las sienes y le aprieta el epigastrio, sino después de estar en el lugar convenido?... Prolongue usted eso por seis días,

exacérbelo, hágalo más insoportable quitándole la causa y tendrá usted idea de lo que siento.

Me interrogó hábil y discretamente hasta hacerme confesar los cinco meses de abstinencia sexual a que me ha condenado la imposibilidad de tolerar cualquier contacto femenino desde la tarde del bendito encuentro en Ginebra.

—Acabáramos, prorrumpió con una sonrisa de alegría que le alumbró toda la cara afeitada y le hizo al sacudir la cabeza, brillar los cabellos blancos y lisos que, echados para atrás le caen en espesa melena sobre el cuello del largo levitón negro. Acabáramos, y ese capricho? un voto de castidad hecho por usted, a sus años y con esa facha?... preguntó con amable expresión.

—No es un capricho; obedece a motivos que serían largos de explicar, dije, para ahorrar comentarios. ¿Con que cree usted que es esa la causa?

—Ya lo creo, amigo mío, respondió con suavidad acariciadora, ya lo creo, que es esa la causa. ¡Con esa fisiología de atleta que tiene usted y con sus veintiséis años! Supóngase usted una batería poderosa acumulando electricidad; una caldera produciendo vapor, electricidad y vapor que no se emplean! Estos primeros meses han debido de ser terriblemente incómodos y experimento admiración por la fuerza de voluntad que le ha permitido a usted pasarlos así. Sobran las drogas, amigo mío, usted sabe el remedio, aplíqueselo... en dosis pequeñas al principio, agregó sonriendo siempre.

—Si no me da usted otro, contesté empleando un tono análogo al que usaba él, no me curaré pronto, esté usted seguro.

—Ah! con que insiste usted en su régimen?... preguntó con expresión de marcada curiosidad... Es admirable... Vamos, pues gaste usted fuerza en todo sentido como lo ha hecho usted en estos días y complete la obra del ejercicio violento con largos baños calientes y altas dosis de bromuro. Bromuro por agua

ordinaria, agregó entregándome la fórmula y..., cuidado con que se despierte de repente la bestia que ha logrado usted domesticar y haga alguna andanada, eh?... me dijo al apretarme la mano en la puerta de la consulta.

Inútil todo. He permanecido horas enteras en la enorme tina de mármol blanco, aletargado por la influencia de la temperatura ardiente del agua; tengo en el paladar el sabor salino de la droga sedante y en las narices el olor de la esencia de toronjil que el profesor agregó a la sal. Inútil todo. La angustia me oprime, me agota, me embrutece; me hace sudar frío; me imposibilita para pensar. En las últimas cuarenta y ocho horas no he podido pegar los ojos y el cerebro fatigado por el insomnio, funciona débilmente. No pienso casi, y me muero de ansiedad. ¿De qué?... De nada... Esta mañana hice ensillar el más fogoso de mis caballos, un árabe, fino y nervioso como un artista, que se excita y piafa al verme, y huyendo de la exhibición del Bosque y de los trotecitos de ordenanza, galopé furiosamente tendido al través sobre el fogoso animal que se sorbía los vientos del paisaje invernal, devastado por el frío... Me parecía que aquella carrera furibunda tenía algún objeto que no alcanzaría, y la angustia crecía, crecía, y en el ruido de las herraduras, al golpear la carretera desierta y blanca de nieve, me parecía oír una voz que me gritaba: "Apúra, apúra, vas a llegar tarde; más aprisa, apúra, apúra!" Y bajo esa impresión llegué cuatro horas después al hotel, bañado en sudor, rendido y temblando de miedo como si allí me esperara una mala noticia... Hay cartas?, le pregunté al portero que me tendió dos. Como si fueran algo inesperado y gravísimo abrí las cubiertas con sobresalto; eran una nota de Morrel y Blundel, dándome aviso de cien libras pagadas a mi sastre en Londres y una esquela de Alberto Miranda avisándome que me habían conseguido al fin unas aguafuertes tras de las cuales andaba hace meses!...

Desde hace seis horas tirito, calado de frío, hasta las médulas de los huesos, tendido en el diván de mi despacho sobre el cual ha acumulado Francisco, mantas y pieles que no me calientan, como no me ca-

lienta el claro fuego que arde en la chimenea. Me hielo y me muero de angustia. Para distraerla escribo estas líneas, y al releerlas y encontrarlas inteligibles experimento una sorpresa extraña. Es tan grande la debilidad mental que experimento que no podría agregarles cien más. El cerebro se rebela a pensar. Espesa bruma envuelve mi horizonte intelectual; mortal decaimiento me postra, y si por mí fuera no haría un movimiento para no gastar las escasas fuerzas que me quedan. Es como si por una herida invisible se me estuvieran yendo al tiempo la sangre y el alma. Así debió de agonizar Séneca con las venas abiertas, entre el agua tibia de la tina de mármol. En mi espíritu, donde las imágenes pierden su relieve y se confunden, flotan dos versos de un soneto de Rossetti, de aquel soneto en que una visión le habla al poeta entre la bruma nocturna:

Look at my face, my name is might have been.
I am also called, no more, farewell.

¡Oh, mírame la faz... ¡Oye mi nombre!
Me llamo Lo que pudo ser! Me llamo...
Es tarde... me llamo... Adiós!

Y no puedo levantarme y me muero de angustia y de debilidad... La Muerte!... No me impresiona pensar en ella; estoy seguro de que no es ni más horrible ni más misteriosa que la Vida!

17 de enero.

Estoy mejor ya, acostado todavía, y mientras llega el profesor Charvet, que vendrá a las tres de la tarde, me entretengo en describir, poseído de mi eterna manía de convertir mis impresiones en obra literaria, los síntomas de la extraña dolencia.

Las últimas líneas trazadas aquí tienen fecha del 26. Pasé ese día y los dos siguientes en el mismo estado de malestar indescriptible que experimentaba al escribir entonces. La impresión de angustia se hizo tan intolerable que, a pesar de mis esfuerzos para dominarme, se traducía en involuntario quejido como el que me habría arrancado una neuralgia y la postración se acentuó de tal modo, que los esfuerzos para

levantarme y vestirme fueron inútiles. Francisco, aterrado con mi enfermedad y sin orden mía, corrió al escritorio de los Mirandas y a la oficina de Marinoni. Unas horas después, al oír voces, abrí los ojos, que había mantenido cerrados, y al través de la bruma que llenaba el cuarto vi seis caras que se inclinaban sobre la mía; distinguí los bigotazos blancos de don Mariano Miranda, la carita árabe de Vicente, su hijo, la cabezota rubia de Marinoni y la corbata lila de uno de los médicos, un personaje rosado y oloroso a Chypre, que me auscultaba frenéticamente, dándome golpecitos con los dedos llenos de anillos.

Hice un esfuerzo para incorporarme, y la cabeza, como desarticulada por la debilidad, se me fue para atrás sobre los almohadones en que me habían acomodado. La presencia de aquella gente me devolvió un poco de energía, irritándome con las caras de pésame que me mostraban. Logré enderezarme, saludarlos, y le contesté con displicencia al médico de la corbata lila, de las patillas rubias y del pelo rizado, que me preguntaba qué sentía.

—Debilidad y sueño, señor... Debilidad y sueño. Me quejaba porque me dolía un poco la cabeza.

—Creo que estamos en presencia, querido colega, dijo el afeminado personaje, volviéndose a su compañero, un individuo rechoncho y carirredondo, de barbilla castaña y pelada cabeza, que me miraba con expresión entre irónica y despreciativa, de fenómenos neurasténicos atribuíbles al estado de profunda debilidad en que se encuentra el paciente. Hay ciertos puntos relativos al diagnóstico y al tratamiento en que la ilustrada opinión de usted contribuiría a aclarar mis ideas, querido colega.

—Si quieren ustedes hablar a solas pasen al salón, sugirió don Mariano Miranda, mostrándoles el camino. Dicen que no es grave. Eso fue todo lo que saqué en limpio; lo demás no se lo entiendo: astenia, neurastenia, anemia, epidemia, syringomelia, camelia, neurosis, corilóporo... qué sé yo, refunfuñó entre dientes, mascando el inevitable cigarro cuya ceniza negruzca caía sobre el tapiz de Aubusson, que cubría

el suelo y cuyo humo nauseabundo me revolvió el alma.

—Tú lo que tienes es que vagabundeas mucho, continuó acomodándose en una silla y mareándome con el olor del tabaco. Haces bien, muchacho; tienes dinero, estás joven y fuerte; pero no abuses, no abuses.

—Oye las noticias de la tierra, comenzó Vicente, con su vivacidad de mico y el insoportable entusiasmo que pone en contar todo lo que se refiere a los demás. ¿Tú no has recibido las cartas de hoy?... Claro que nó. En el escritorio las abrimos hace media hora. Las Reyes que, como tú sabes, le cuentan a Víctor todo cuanto sucede allá, le dan una partida de noticias a cual más inesperadas; la primera, el matrimonio del calaverón de tu primo Heriberto Monteverde, del tronera de Heriberto; adivína con quién?... Con Inés Serrano. ¿No te sorprende?... Casarse Monteverde, todo fuego, con la Serrano, tan fría y tan boba y de posición social inferior a la de él, porque en fin, sea lo que sea, los Monteverdes son los Monteverdes. Parece que irán a pasarse la luna de miel en el Buen Retiro, la hacienda de don Teodoro. Aburrido aquello, eh? Díme, aquí entre los dos: ¿no crees tú que sea puro cálculo de Monteverde ese matrimonio?... Las Reyes le dicen a Víctor que está mal de fortuna y que le debe mucho a Spínola. Tal vez sea cierto. Quién sabe, eh?... A mi papá le parece muy probable; a Alberto también, agregó con aire de malicia... Nosotros recibimos las órdenes para el *trousseau* de la novia; la madre encarga un broche de diamantes, que será de lo mejor que se ha mandado para allá en los últimos años... y uno de los hermanos un libro de misa... Ridículo para regalo de matrimonio, no te parece, un libro de misa?... Ah! pero qué te cuento yo de noticias de allá cuando aquí en la colonia hay una cosa nueva que te interesará muchísimo... Llegó al fin Eduardo Montt, oyes?, y sé de buena tinta que no trajo más que cuatro mil francos; y si lo vieras!... Se ha mandado hacer camisas en casa de Doucet, ropa donde Eppler; comió el domingo en el Café de París, con una cocota famosa, y ayer andaba en el Bosque

en coche de *remise*... ¡Todo eso con cuatro mil francos! Es increíble, ah? ¿Será que juega, no es cierto?.. ¿Qué dices tú de eso?... ¿Será que juega?... A mi papá le parece probable.

—A ese habrá que hacerle suscripción para que se vuelva a la tierra, como al Muñoz aquel de las letras protestadas, dijo filosóficamente don Teodoro, mascando su eterno cigarro. El que dizque tampoco va muy bien de negocios es el paisano aquel casado con la chilena, que compró títulos de Conde y farolea tánto con su intimidad con los Orleans y con los Duques de la Tremaouille...

—Es que no todos tienen las rentas de don José Fernández, le interrumpió Vicente, creyendo decirme una amabilidad; las renticas que permiten darse la gran vida sin llegar a pedir pesetas... Y a propósito de renta, qué barbaridad de precios los de las aguafuertes que te mandaron hoy al escritorio... y lo que has de ver es que le parecieron abominables a Alberto, que entiende de pintura. ¡Es que tú tienes unos gustos tan extravagantes!

Los médicos entraron; el buchón de la cara irónica con el ceño fruncido, el de la corbata lila y las doradas patillas más caricontento y más orondo que nunca.

—Mi amable y bondadoso colega ha tenido la bondad de honrarme autorizándome para decirle a usted la opinión que hemos formado respecto de la novedad que usted experimenta. Son graves los desórdenes del sistema nervioso... comenzó ahuecando la voz y emprendiéndola con una disertación interminable en que enumeró todas las neurosis tiqueteadas y clasificadas en los últimos veinte años y las conocidas desde el principio de los tiempos. Me habló del vértigo mental y de la epilepsia, de la catalepsia y de la letargía, de la corea y de las parálisis agitantes, de las ataxias y de los tétanos, de las neuralgias, de las neuritis y de los tics dolorosos, de las neurosis traumáticas y de las neurastenias, y con especial complacencia de las enfermedades recién inventadas, del *railway frain* y del

railway spine, de todos los miedos mórbidos, el miedo de los espacios abiertos y de los espacios cerrados, de la mugre y de los animales, del miedo de los muertos, de las enfermedades y de los astros. A todas aquellas miserias les daba los nombres técnicos, kenofobia, claustrofobia, misofobia, zoofobia, necrofobia, pasofobia, astrofobia, que parecían llenarle la boca y dejársela sabiendo a miel al pronunciarlas... El otro individuo, el buchón de la barbilla castaña, continuaba callado, sonriéndose, y tenía cara de divertirse hasta lo infinito con aquella charla exhibicionista de su *querido colega.*

—¿Y cuál de esas enfermedades creen ustedes que tengo yo?... pregunté divertido ya por el personaje...

—Sería aventurado un diagnóstico en estos momentos en que la indecisión de los síntomas y las escasas nociones que poseemos sobre la etiología del mal, impiden la precisión requerida, dijo con gravedad sacerdotal... Los síntomas harían creer en una somnosis o en una narcolepsia; pero nada podemos precisar antes de que se regularicen las funciones del tubo digestivo. *Ingeniis largiter ventris...*

—Hay que purgarlo, soltó el esculapio de la cabeza calva, disparando aquella frase como un pistoletazo, y como si se tratara de un caballo.

Los versos de la zarzuela española me cantaron en la memoria y trajeron involuntaria sonrisa a mis labios.

Juzgando por los síntomas
que tiene el animal,
bien puede estar hidrófobo,
bien puede no lo estar.
Y afirma el grande Hipócrates
que el perro en caso tal
suele ladrar muchísimo
o suele no ladrar.

Hubo una discusión entre las dos notabilidades respecto del que escribiría la fórmula, y al fin el hombre de la barbilla castaña trazó en el papel signos que equivalían a una dosis de sal de Inglaterra, calculada para purgar a un toro Durham.

—Se tomará usted esto mañana temprano, y una dosis igual pasado mañana, y otra todas las mañanas durante seis días, me dijo con brusquedad. Al séptimo, estará usted bueno, le doy mi palabra de honor.

—Celebro que no sea nada... Usa pero no abuses, dijo don Mariano levantándose... ¿Qué sabio, eh?, insinuó mostrándome el personaje de la corbata lila... Es el médico de Vicentico.

—Y de ella, me murmuró al oído éste al despedirse... me lo recomendó ella.

Ella es una actriz de los bufos, que se está comiendo la fortuna de los Mirandas, servida en forma de diamantes y de coches por mi bien informado amigo, que nació *repórter,* como otros nacen ciegos.

—Recuérdame contarte otra noticia que trajo el correo, dijo con aire picaresco sacudiéndome la mano al despedirse...

Salieron. ¿A qué habían venido aquellos buenos amigos?... El uno a fumarse un nauseabundo cigarro, arrellenado en una poltrona más cómoda que las de su despacho; el otro, a traerme su cosecha de vulgaridades; los dos médicos, a cobrar su charla el uno, su estúpida receta el otro.

—Deliciosos sus paisanos!, dijo Marinoni, saliendo del rincón donde se había metido desde que entró. Deliciosos! ¿Pero qué es lo que tienes? Estás desfigurado, agregó al ver mi palidez, mis ojeras profundas y el temblor de mis manos débiles. ¿Qué te pasa?... Tú estás muy mal. Es necesario que venga Charvet; voy a traerlo; no me gusta tu aspecto, agregó después de que le hube contado el martirio de los últimos días.

A media noche, después de un sueño que más bien me había quitado que devuelto las fuerzas, un sueño de niño que se muere de debilidad, desperté, presa de mortal sobresalto, sudando frío y dando un grito de angustia.

—¿Qué es esto, amigo mío?, me dijo Charvet, que, sentado al lado del diván, espiaba mi sueño, acomo-

dando los almohadones que me sostenían la cabeza... ¿Qué es esto? Haga usted un esfuerzo y cuénteme qué le ha pasado.

—Que me estoy muriendo, doctor..., le dije estrechándole la mano...; que me estoy muriendo sin causa, muriéndome de angustia y de falta de fuerzas.

—¿Usted cometió alguna locura después de ir a mi consulta, no es cierto?... He llegado a imaginarme, mientras lo veía dormido, que ha tenido usted una hemorragia abundante... Déjeme usted examinarlo, dijo acercando la luz. Incorpórese usted un poco para oír el corazón; así, eso es... Bien: ahora, recuéstese usted... póngase ahí el termómetro, no se inquiete usted; crea que haré cuanto esté a mi alcance para mejorarlo. Usted me interesa de veras... Su familia no vive ahora en París, cierto?...

—No tengo familia, doctor; vivo solo con mis criados.

—Pero tiene usted muchos, muchísimos amigos que lo quieren, dijo como para consolarme. Esta noche al entrar he encontrado gente en el vestíbulo y en el salón... ¿Con que vive usted solo, completamente solo?... volvió a preguntar... Un grado menos de la temperatura normal, dijo mirando el termómetro; el pulso de un niño moribundo; esa palidez, esa postración, y el día en que usted estuvo en mi consulta, me quedé asombrado de su vigor... El corazón está débil como el de un viejo de setenta años... Vamos, tenga usted confianza en mí; confiéseme usted qué es lo que le ha pasado... ¿Fue muy abundante la hemorragia?...

Cuando le conté que había seguido estrictamente sus prescripciones y cuál había sido mi vida desde que no nos veíamos, se levantó del asiento y comenzó a pasearse por el cuarto a pasos contados y lentos, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—No puedo soportar por más tiempo lo que siento, le dije incorporándome. Deme usted algo que me haga dormir o me vuelvo loco. Píqueme usted con morfina,

hágame beber cloral, hágame dormir a todo trance, aunque me cueste la vida.

—Yo no puedo hacer eso, señor; mi deber me lo prohibe, contestó deteniéndose, con aire a la vez ceremonioso y desagradado. Además, el sueño artificial no le impediría sentir lo que siente. Yo, respecto de usted, no sé más que dos cosas: primera, que si le diera a usted la más pequeña dosis de narcótico, lo envenenaría, porque está usted en un estado de debilidad extrema increíble; segunda, que tengo que levantarle las fuerzas, porque el corazón funciona muy lentamente, y su organismo entero presenta fenómenos graves e inexplicables de depresión y de agotamiento, que no entiendo.

—¿Esto es mortal, doctor? Dígamelo usted francamente, de una vez, le dije con voz trémula.

—Mi pobre amigo, comenzó, sentándose otra vez cerca del diván: está usted hablando con un ignorante. Usted ha seguido mis cursos, ha visto mis experiencias; según entiendo, ha leído mis libros, sabe que gozo de alguna fama en el mundo científico... No se extrañe de lo que voy a decirle. Oiga usted... yo no sé lo que usted tiene. Si fuera un charlatán, le diría un nombre rotundamente; inventaría una entidad patológica a qué referir los fenómenos que estoy observando, y lo llenaría de drogas... Lo más que puedo hacer en obsequio suyo es llamar a alguno de mis colegas para que me acompañe a estudiar su caso... Puede ser que él vea más claro que yo. ¿Quiere usted que lo hagamos?...

Me denegué abiertamente, y pareció agradecérmelo. A la mañana siguiente volvió y me obligó a beber dos copas de cogñac, que me quemaron la garganta y me trastornaron un poco. El viejo espiaba con interés los efectos del licor. Me puso una inyección de éter y me hizo tomar unos gránulos de cafeína. Me prometió que haría preparar inmediatamente un medicamento para que comenzara a tomarlo de hora en hora, y quedó en que volvería antes de la tarde.

—Ofrézcame usted que, por grande que sea el malestar que sienta, no se moverá usted de esta cama ni tomará usted nada que no sea su poción.

Se lo ofrecí, y de hora en hora apuré el contenido de la oscura botella. Era un licor rojizo, perfumado, meloso y amargo en que se fundían diez sabores extraños. A la quinta cucharada, como quemado por un fuego interior, sentía correr la sangre por las venas, y estremecimientos de vida vibrándome a lo largo de la columna vertebral. Me provocó levantarme. Tomaba la sexta, cuando entró Charvet con Marinoni.

—¿Ya resucitó usted?, me preguntó el viejo, tendiéndome la mano.

Comencé a hablarle en voz alta, vibrante y llena, y le di las gracias por sus cuidados. Me sentía moribundo y estoy lleno de vida, doctor, le dije; me ha devuelto usted mis fuerzas perdidas en unas horas; ahora va usted a quitarme esta maldita impresión de ansiedad que me desespera, no es cierto?...

—Eso desaparecerá en tres o cuatro días, si todo sigue bien. ¿Tendrá usted valor suficiente para pasarlos sin recurrir a los narcóticos?... Si usted lo tiene, me atreveré a pronosticarle una mejoría rápida. Sin embargo, no debo ocultarle un temor que tengo desde ayer; es fácil que de un momento a otro le comience a usted una neuralgia violenta que prolongará su enfermedad por varias semanas. Puede usted levantarse mañana, si no siente dolor alguno, y pasar unas horas en el escritorio. Cuidado con el frío...

El treinta y uno por la tarde me aseguró que me encontraba bien y que en algunos días más podría salir a la calle. Sintiéndome con fuerzas de sobra y desesperado con aquel encierro, en que mis nervios excitados no habían tolerado más compañía que la del suave Marinoni, a quien el recargo de ocupaciones le impedía estar a mi lado, convencí a Francisco, rendido por las noches de vigilia, de que se acostara y preparé mi salida nocturna. Desde el mediodía era ya intolerable lo que estaba sintiendo. El malestar que me hizo ir la primera vez a casa de Charvet, la ansiedad loca del

galope en el camino de Sévres, la horrible angustia de los días pasados, eran un juego de niños junto al martirio de aquella tarde... La perspectiva de la noche insomne del año nuevo, aquel lento sonar de las horas en el viejo reloj del vestíbulo, aquella melancolía sin nombre que me había invadido el alma desde por la mañana, me hacían inaceptable la idea de la reclusión. Quería oír el ruido de la multitud, perderme por unos minutos en el tumulto humano, olvidarme de mí mismo.

Sonó, cerrándose tras de mí, la puerta del hotel. Una ráfaga helada me azotó la cara y me hizo correr un escalofrío por las vértebras. La ansiedad tomó la forma concreta de una idea de movimiento, y tuve que contenerme, para no realizar el deseo que surgió en las profundidades de mi sér, de correr como un loco, frenéticamente, hasta caer falto de aliento contra la sábana helada que extendía el invierno sobre el piso de la calle silenciosa.

Eran las doce menos veinte minutos cuando salí al boulevard y me confundí con el río humano que por él circulaba. El aspecto de las barracas de año nuevo, negras sobre la blancura de la nieve, de las ventanas de los restaurantes, rojizas por la luz que se filtraba por los despulidos vidrios y las transparentes cortinillas, los esqueletos descarnados de los árboles, que alzaban las desmedradas ramas hacia el cielo plomizo y bajo, la misma animación de la multitud, ruidosa y alegre, aumentaron la horrible impresión que me dominaba. Caminé durante un cuarto de hora con paso bastante firme y... Me detuve un instante cerca de un pico de gas, cuya llama ardía en la oscuridad nocturna como una mariposa de fuego... ¿Cartas transparentes?, me dijo un muchacho, que guardó el obsceno paquete al volverlo a mirar.

La luz de las ventanas de una tienda de bronces me atrajo, y caminando despacio, porque sentía que las fuerzas me abandonaban, fui a pararme al pie de una de ellas.

Una mujer pálida y flaca, con cara de hambre, las mejillas y la boca teñidas de carmín, me hizo es-

tremecer de pies a cabeza al tocarme la manga del pesado abrigo de pieles que me envolvía, y sonó siniestramente en mis oídos el *pssit, pssit,* que le dirigió a un inglés obeso y sanguíneo, forrado en cheviotte gris, que se había detenido a mi lado y que se fue tras ella. Al volver la cabeza, los faroles de vidrio rojo de un fiacre que cruzó por la bocacalle vecina, distrajeron mi atención por unos segundos. Me fijé luégo en la ventana, y en el momento mismo en que vi el gran reloj de mármol negro con su muestra de alabastro y volante montado por fuera, colgando de la mano de una figura de bronce, sostenido por un hilo de metal dorado, comprendí a qué se refería la angustia horrible que había venido sintiendo en los días y las noches anteriores: ah!, indudablemente era el terror irrazonado, siniestro y lúgubre del año que iba a comenzar! Faltaban cinco minutos para las doce. El puntero de oro avanzaba sobre la muestra de alabastro. El volante iba y venía: tic tac, tic tac, tic tac; un hilo luminoso sobre el fondo sombrío: tic tac, tic tac, tic tac. Los dos espejos laterales de la ventana, al copiarse, reflejaban con un tinte verdoso de cadáver descompuesto mi fisonomía horriblemente desfigurada y pálida, el perfil adelgazado por el sufrimiento de los días anteriores y la maraña de la descuidada barba. Me pareció que estaba preso entre dos muros de vidrio y que jamás podría salir de allí. El volante iba y venía: tic tac, tic tac, tic tac, y cada oscilación marcaba un grado más de angustia, de terror y de desesperación en mi alma. Rígido el cuerpo, crispados los nervios, exacerbados los sentidos, el murmullo del río humano que corría a mis espaldas se cambió para mis oídos alucinados en un sollozo infinito que iba a perderse en aquellos nubarrones plomizos y grises que encapotaban el cielo. Tic tac, tic tac, tic tac. El volante iba y venía sobre el fondo oscuro de la ventana. A cada segundo que pasaba lo sobrenatural se acercaba más y más para aparecérseme en el fondo del abismo de sombra que se abriría tras de la muestra de alabastro al sonar la hora del año nuevo. La hora se acercaba. Tic tac, tic tac... Quise huír para no ver aquello, y las piernas no obedecieron al impulso de la voluntad. Un frío mortal me subió

desde los pies hasta la nuca. En la pesadilla sin nombre en que se deshacía mi sér, vi avanzarse hasta mí el reloj de mármol negro, como un sér viviente, y aterrado caminé para atrás cuatro pasos. Los doce golpes sonaron en mis oídos lentamente, gravemente, cubriendo todos los rumores de la calle con un ruido ensordecedor, metálico y fino de campanas de oro. Confundidos los punteros en uno solo para marcar la hora trágica del horror supremo, el volante se detuvo, inmóvil, como obedeciendo a un mandato de lo invisible. Espesa niebla flotó ante mis ojos, una neuralgia violenta me atravesó la cabeza de sien a sien, como un rayo de dolor, y caí desplomado sobre el hielo.

Cuando volví en mí estaba en mi cuarto, vestido, con la camisa abierta, acostado en el lecho. Marinoni estaba allí cerca, y Francisco rezaba, arrodillado, las oraciones de los agonizantes. Sobre la mesa cercana a mi lecho ardía un cirio al pie de un Cristo. La luz tétrica de la madrugada se filtraba por los calados de los balcones. Una neuralgia horrible me apretaba la cabeza como en un círculo de fierro; pero la impresión de angustia había desaparecido.

—Marinoni!, grité, me he salvado; acércate.

—Por milagro estás vivo. Eres un loco. Si supieras la noche que nos has hecho pasar. ¿Cómo es eso de que estás bueno?...

—Estoy bueno. Tengo un dolor horrible que me va a matar tal vez, pero no siento la ansiedad de los días pasados. Dije eso y caí en una especie de letargia profunda.

De los primeros diez días de fiebre conservo confusas impresiones. Mis ojos no acostumbrados a la penumbra gris de la alcoba, percibían oscuramente lo blanco y lo negro del vestido de una hermana de caridad sentada a la cabecera del lecho, y el contorno de la nívea corneta que, contra la oscuridad de la pared se le antojaba a mi pobre cerebro una garza con las alas abiertas, y por asociación de ideas evocaba el recuerdo de los pantanos de Santa Bárbara.

Al desaparecer la fiebre sentí una debilidad extrema. Ahora estoy en plena convalecencia, siento que la vida me vuelve con cada copa de los añejos vinos españoles que apuro, con cada bocado de los que devoro con apetito pantagruélico, y Charvet está encantado de ver la rapidez con que voy adquiriendo fuerzas.

Parece que el viejo me hubiera cogido cariño. Es sensual hasta las puntas de las uñas; tiene la pasión de la obra de arte, un gusto exquisito, y según dice, posee la más hermosa colección de tapices persas que existe en París. Cuando viene a verme se acomoda en un sillón cerca del fuego, bebe a traguitos un jerez desteñido de cuarenta años, saboreándolo, viéndole el color al levantar a la altura de los ojos la frágil copa de Salviati, en que se le sirve y oliéndolo con delicia. A veces, como para excusarse de apurar la tercera, dice "excelente", pegándose a la boca los dedos recogidos de la mano, abriéndolos luégo y extendiendo el brazo para levantarlo, con un movimiento blando que parece esparcir en el aire el perfume del añejo licor.

—Qué falta hace entre los tesoros de arte que ha amontonado usted en su vivienda una mujer, no una querida, que sería incapaz de entender nada de esto, sino una mujer muy joven y de gran raza, que gozara con cada detalle suntuoso y animara con su frescura las magnificencias sombrías de estos aposentos, donde usted debe echar de menos, a veces, una delicada presencia femenina... Cásese usted, amigo mío... El matrimonio es una hermosa invención de los hombres, la única capaz de canalizar el instinto sexual.

—¿Se sonríe porque le hablo así?... Ha de saber usted que la medicina no ha sido para mí más que una necesidad, un modo de ganar el pan. Yo tengo nervios de artista, no de hombre de ciencia; por eso me entiendo bien con usted. Aquí entre nosotros le confieso que una de las amarguras de mi vida es que mi nombre va a quedar pegado para toda la eternidad al de una asquerosa alteración de los cordones nerviosos de la medula. Esa idea me revuelve el alma. Un botánico desnicha, en alguna montaña del trópico, una hermosa planta de olorosas flores; un astrónomo observa

un cometa, y la humanidad en lo futuro no puede separar su recuerdo de la imagen de los pétalos frescos, o de los luminosos rayos que caen de lo alto... uno de nosotros, doblado sobre el cadáver sanguinolento, hurgándolo con el bisturí, ve una fea manchita que le parece anómala, somete el tejido al microscopio, gasta sus pobres ojos observándolo, escribe una monografía en que inventa lo que le falta saber, y por premio de sus esfuerzos consigue esto: que un charlatán, al desahuciar a un infeliz cuyo mal ignora, lo acabe de aterrar diciéndole: tiene usted un principio de mal de Brigth... no puedo hacer nada por su salud; estos síntomas denuncian la neuropatía cerebro-cardíaca de Krishaber; la ciencia es impotente; convénzase usted de que lo devora la enfermedad de Charvet... ¿Le parece a usted muy entretenido eso de que le den el nombre de úno a una cosa innoble?, concluyó, con las manos metidas en el fondo de los bolsillos y sacudiendo la cabeza con expresión de asco... Goce usted suavemente de la vida, cásese usted, amigo mío, sea usted feliz...

10 de marzo.

El regalo de Rivington, una copia suntuosamente enmarcada y hecha por mano de maestro del cuadro que adorna su sala, llegó hace cuatro días a mi hotel. Fue en el salón donde abrí la caja, retirando yo mismo los tornillos, levantando las tablas, rompiendo los papeles que lo envolvían, hasta contemplar la ideal imagen de la Idolatrada. Imposible permitir que una mano servil hubiera ejecutado aquella tarea. La pintura es un perfecto espécimen de los procedimientos de la cofradía prerrafaelita; casi nulo el movimiento de la figura noble, colocada de tres cuartos y mirando de frente; maravillosos por el dibujo y por el color los piesecitos desnudos que asoman bajo el oro de la complicada orla bizantina que borda la túnica blanca y las manos afiladas y largas, que desligadas de la muñeca al modo de las figuras del Parmagiano, se juntan para sostener el manojo de lirios, y los brazos envueltos hasta el codo en los albos pliegues del largo manto y desnudos luégo. El modelado de la cabeza, el brillo

ligeramente excesivo de los colores, agrupados por toques, todo el conjunto de la composición se resiente del amaneramiento puesto en boga por los imitadores de los quatrocentistas. Está detallado aquello con la minuciosidad extrema, con todo el *acabado* que satisfaría al Ruskin más exigente; distingue quien lo mira uno a uno los rayos que forman la aureola que circuye los rizos castaños de la cabeza, los hilos de oro de la orla bordada, las ramazones de los duraznos en flor, pétalos rosados de éstas, las hojas de las rosas amarillas, sobre la verdura de los matorrales, y en los retoños y yerbas del suelo podría un botánico reconocer una a una las plantas copiadas allí por el artista. Al pie de la pintura, sobre la orla negra, brilla en dorados caracteres latinos la frase:

MANIBUS DATE LILIA PLENIS

¿Quién era el pintor, ese J. F. Siddal, cuyo nombre está al pie de la tela, que con tan extremado amor puso la mística expresión de unción soberana y casi extática en el lienzo que puebla ahora mi casa y mi vida de dulcísimos ensueños?... Ni lo mencionan los críticos que han escrito sobre la Pre-Raphaelite Brotherhood, ni figura su nombre en ninguna galería, ni catálogo de museo.

¿Qué me importa el ideal de arte que le dictaba su técnica minuciosa, si ante mis ojos sonríes, con la suave gracia de los largos lineamientos de tu cuerpo delicado, con la misteriosa irradiación de tus pupilas azules que alumbran la sobrenatural palidez del semblante, enmarcado por los sedosos rizos castaños de la destrenzada cabellera, oh! imagen que llenas mi vida y mi alma?...

Hé aquí lo que he encontrado para que, en el cuarto vecino al escritorio, donde amplia cortina de antiguo tejido y desteñidos matices deja caer sus pliegues a los lados del balcón enmarcándolo, esté junto lo mejor de mí mismo. Sobre las paredes tendidas de oscuro cuero de Córdoba sólo atraen las miradas dos telas: la copia enviada por el doctor Revington y el retrato

de la abuela, con su perfil de Santa Ana y las canas blancas destacándose sobre un fondo oscuro que pintó para mí James Mac'Neil Whistler el extraño artista que, al decir de un crítico, sabe con extralúcida intuición desprender en sus obras, bañadas de misterio, lo suprasensible de lo real.

Al pie del retrato de Helena, pesada mesa de bronce cincelado sostiene las jardineras llenas de flores que pedí a Cannes por telégrafo. Sube hasta sus pies el aroma de las rosas rojas, de las rosas amarillentas y de las rosas blancas, de los ramos de violetas de Parma que languidecen en altas copas de cristal opalescente, de los montones de claveles blancos, áureos, sonrosados, purpúreos, confundidos con la suave emanación de las mimosas y de los lirios. Aquella oposición de vívidos tonos que cantan, tentaría la paleta de un colorista.

Sobre el verde de los veladores de malaquita contrasta el blanco de las pastas, ornamentadas con las tres hojas y la mariposa, de los tomos de versos que compré en Londres e hice encuadernar a mi antojo. Un solo sillón, donde bajo la mirada apaciguadora de los ojos azules, voy a leer a Shelley a Longfellow, y el pesado cofre de hierro donde guardo las joyas, su camafeo, y el ramo de rosas de Ginebra, forman el mobiliario del cuarto.

Ese ambiente de espiritualidad es el que requieres, amor de alma, para que vivas con intensa vida, y el único que me parece respirable hoy, en que mi ternura aspira a tí con todas sus fuerzas como débil planta que vuelve sus hojas hacia el sol!

10 de abril.

Charvet, fastidiado de esperarme en el despacho, mientras me vestía, estaba acomodado en el sillón, la cabezota contra el espaldar de éste, los quevedos de oro montados en la nariz, y los poemas de Keats en la mano, cuando entré al saloncito.

—Los poetas ateos, de jóvenes, no creen en Dios, pero creen en los ángeles y en la Virgen Santísima,

dijo levantándose al verme. Hasta ahora éste es el sitio donde he respirado atmósfera más espesa de misticismo... desde que paseo mi persona por este pícaro mundo. Si el pobre Scilly Dancourt entrara a este cuarto, se arrodillaría al ver el retrato colocado en este ambiente de capilla... Se pone usted malo... ¿Qué le pasa a usted?, añadió con cara de sorpresa... ¿He cometido una indiscreción al entrar aquí?... Perdóneme usted; vi la puerta entreabierta y no resistí la tentación de hacerlo; vamos a su escritorio.

Sentado cerca de éste, Charvet, instado por mí, con no sé qué frases locas, para que me explicara qué quería decir con lo que me había hecho temblar de sorpresa al oírlo, me dijo más o menos lo siguiente:

—Hizo doce años, a fines de enero, estaba en Provenza huyéndole al frío del invierno, cuando recibí un telegrama de un hotelero de Niza, ofreciéndome gruesa suma por ir a pasar algunos días allí y prestarle mis servicios a un enfermo grave. Era tan halagüeña la oferta que no vacilé en ponerme en camino, para presenciar a mi llegada una de las escenas más angustiosas que he visto en la práctica de mi profesión, tanto más cuanto que mi ciencia nada podía hacer para evitarla. Ahora, al ver ese cuadro del cual poseo una fotografía regalada entonces por Scilly Dancourt, creo ver a la pobrecilla con la admirable belleza de sus veintitrés años, y recuerdo como si fueran cosa de ayer los horribles sufrimientos del pobre hombre cuando, arrodillado al pie del lecho, bebiéndole el aliento envenenado y besándola, volvía los ojos hacia mí, como pidiéndome que la defendiera contra la muerte. Doctor: sálvela usted y le serviré de rodillas toda mi vida; soy rico; disponga usted de mi fortuna, pero sálvela!, me decía suplicante; y yo comprendía el paroxismo de dolor que lo crispaba al ver la figura ideal y la mirada de ternura sobrehumana con que lo envolvían los ojos azules de la tísica!

—La enfermedad había sido un resfriado, cogido la noche en que salieron de París; pero la frágil constitución de la enferma y quién sabe qué herencia de tuberculosis, hicieron estallar una tisis galopante, ante

la cual fueron inútiles mis esfuerzos. Decirle a usted qué especie de dolor, de locura fue la del marido al convencerse de que estaba muerta, sería tarea imposible.

—Fuera de esta criatura, me decía, mostrándome días después una chiquitina de cuatro años que parecía comprender el horror de lo que había pasado y lo miraba con los mismos ojos azules de la madre y tenía aspecto delicado como el de una flor enferma, no tengo a nadie en el mundo. Me voy a Africa, me voy al Extremo Oriente, a recorrer toda la América, a viajar por años enteros para no morirme aquí de melancolía. Pobre hombre! Me causó tal impresión verlo en ese estado, que recuerdo hasta sus últimas frases:

—Doctor: no se extrañe usted al verme sufrir así, al ver mi desesperación; usted no sabe que era una santa, usted no sabe que todas las de su raza han sido adoradas así, frenéticamente. ¿No ha oído usted contar la historia de Rossetti, el poeta pintor que casó con María Isabel Leonor Siddal, que era de la misma familia de mi mujer, hace veintitantos años?... y que jamás pintó en sus cuadros ni cantó en sus versos a otra que a *ella*, y que muerta *ella* depositó en el ataúd el manuscrito de sus poemas para que durmiera junto de la que los había inspirado?... Rossetti estuvo, al morir María Isabel, casi loco; y si años más tarde el cloroformo y la tristeza dieron cuenta de su vida, fue porque no hizo lo que voy a hacer yo, a pedirle a los viajes y al estudio de las religiones la fuerza necesaria para no dejar a esta chicuela sola en el mundo!, decía mostrándome a la niña.

—¿Y la fotografía, doctor?...

—Ah, sí! Ese cuadro que tiene usted es un retrato de la mujer de Scilly Dancourt, hecho por un hermano que abandonó la pintura después, para irse a la India, según me dijo entonces aquél... Y oiga usted... El amanerado imitador de los prerrafaelitas no hizo más que dañar el modelo al sujetarlo a las invenciones de su escuela, porque la muerta era más hermosa todavía; tenía una cabellera castaña de

visos dorados, ese color *auburn* que dicen los ingleses, y unos ojos azules como no he visto otros después! Pobre hombre; no lo he vuelto a ver nunca.

—¿Ni a saber de él, doctor?..., le pregunté con mal disimulada impaciencia.

—Ni una palabra. Creo que la única persona a quien le escribe en París es al General des Zardes. Sirvió a sus órdenes como Capitán en la guerra con Prusia en 1870, y éste lo tiene en grande estima por su valor... ¿Y cómo vamos de salud?, inquirió, volviendo a sus carneros.

Charvet me autorizó desde ese día para volver a mi vida de antes de la enfermedad:

—Está usted hoy más fuerte que la tarde en que vino a mi consulta por primera vez. Goce usted suavemente de la vida... Sea usted feliz, me dijo golpeándome el hombro al salir.

¡Gozar de la vida sin ella! Gozaré de la vida cuando me arrodille a sus pies. ¡Bendito seas rayo de luz que has caído en la noche de mi alma y que me permitirás encontrarla!

20 de marzo.

—Cuanto le puedo contar es cuanto le he contado; diríjase usted al profesor Mortha, a quien Scilly Dancourt le escribe con frecuencia sobre sus chifladuras de orientalismo y de historia religiosa, dijo, con su voz ruda y levantándose de la silla, en el salón del Círculo, el viejo General des Zardes. Diríjase usted a Mortha... Ahora resulta usted preocupado también de esoterismo y de religiones. Creía que la vida de cuartel que ha llevado lo había preservado de esas vagabunderías. Y es usted joven para ser General, agregó con irónica expresión, torciéndose el viejo mostacho canudo.

Yo no soy General, le contesté, riéndome, al oír aquella salida.

—Pues es extraño... Todos los paisanos de usted que yo he conocido en el Círculo, son generales, gruñó, despidiéndose.

Poco más había adelantado con la conversación que tuve con él y que acabó con aquella frase evocatoria de las charreteras de fácil adquisición en nuestras repúblicas latino-americanas. Contóme en ella la campaña hecha por ambos, él como Coronel, Scilly Dancourt como Capitán en la quinta división del ejército mandado por el General de Tailly, las marchas y contramarchas, las indecisiones y los desaciertos de la funesta campaña; me pintó al pobre Emperador átono y decaído, sumido en la incertidumbre y en el silencio; puso por las cumbres a Trochu que, al decir suyo, habría salvado a Francia si hubiera realizado sus planes; llamó imbéciles a Rouher, a Montauban y a Chevreau; insultó a Bazaine, glorificó a Mac-Mahon; me describió a gritos y con voces técnicas las batallas de Saint-Privat, de Wissenbourg y de Froeschwiller, y el aire de mortal tristeza y de embrutecimiento de Napoleón al ver entrar sucesivamente a la Prefectura de Sedán a Ducrot, a Douay luégo, a Lebrun después; el diálogo brutal entre Ducrot y Wimpfen y la salida de éste a parlamentar con el enemigo.

—Scilly Dancourt, me dijo energizándose, no vio el fin de la batalla, ni figura su nombre en el registro de las vergonzosas capitulaciones, ni se llevó de Sedán en los ojos el horror de ver a nuestros noventa mil soldados que, inutilizados por los días que pasaron en el campo de la miseria, con los pies metidos entre el barro, empapados por la lluvia, temblando de hambre y de sed, de frío y de vergüenza y sintiendo la trágica sacudida del desmoronamiento del imperio, esperaban a los batallones de reclutas alemanes que habían de llevarlos prisioneros a Prusia. Nó, Scilly Dancourt no vio nada de esto. Después de animar a los nuéstros con su coraje de león, de excitarnos con el grito, con el ademán y con el ejemplo, y de recibir tres heridas, al ver perdida la batalla, desapareció, nadie sabe cómo. Revuelta el alma por las desgracias de Francia, pasó a Inglaterra, donde contrajo matri-

monio unos años después con la hija de un actor o de un músico de fama, y cuando murió ésta, se ausentó de Europa... Ya le digo a usted, el único que sabe de él es Mortha, a quién le escribe sobre esas chifladuras de religiones y de orientalismos.

El corazón se me saltaba del pecho al entrar la última vez al entresuelo de techo bajo y ruin aspecto situado en una callejuela del Barrio Latino, donde el autor de "Las Religiones de Oriente" recibe los escasos visitantes que van a distraerlo de sus preocupaciones habituales, la interpretación de seculares textos sagrados, de los viejos himnos litúrgicos y de los cultos primitivos de la humanidad. Voy a hablarle de Scilly Dancourt y va él a decirme dónde encontraré a Helena!, pensaba dentro de mí, sentado ya en un canapé de la pobre y aseada salita que precede el cuarto de estudio, y contemplando una escultura asiria, un cuerpo de león alado con cabeza humana de luenga y rizada barba, coronada por la tiara sacerdotal, que, frente a frente del Budha ventrudo, que sonríe sobre la pobre y negruzca chimenea, forma el único adorno de la estancia.

Mortha es un viejecito adorable, con una cara larguísima cuya amarillenta y apergaminada piel cruzan hondas arrugas verticales, y una cabellera de seda blanca toda despeinada, de la cual le caen pelos sueltos y largos por sobre la frente enorme y los ojos vivísimos y negros. Cuando se ríe hay algo de infantil en la alegría, que le anima la cara, y canas, arrugas y ojos, todo se ríe. Sus libros y la necesidad de obtener indicaciones sobre una inscripción lapidaria fueron la disculpa con que me le presenté hace ya varios días. Me habló en la primera entrevista de unos pergaminos egipcios que estaban para la venta en Londres; hícelos comprar allí por Morrel y Blundel, se los envié y estamos al partir de un confite; me cree un egiptólogo consumado.

Al entrar al cuarto, lleno de papeles, de piedras, de restos de estatuas y de inscripciones, estaba escribiendo algo con su letrica finísima, y un rayo de sol que se colaba por la ventana le hacía brillar como plata las canas blanquísimas.

—¿Escribía usted, querido maestro?... preguntéle.

—Sí, anotaba la traducción hecha por mi cofrade Máspero, del himno descubierto por Grebaut cerca de las necrópolis del Zaouyet-el-Anyan. Oiga usted qué sublimidad:

Tú te levantas, benéfico Ammon Ra Harmakouti —Tú te despiertas, verídico Señor de los dos horizontes, ardes, resplandeces, subes y culminas— Los hombres y los dioses se arrodillan ante esa que es tu forma —¡Oh Señor de las formas!

Una hora entera en que lo hice hablar y no hablé para que no descubriera mi superchería, y al cabo de la cual lo traje por enredados caminos al asunto en que tengo puesta toda mi alma.

—¡Ah, sí! Scilly Dancourt, me dijo: pero Scilly Dancourt no es un especialista, es un hombre que quiere saber todo lo referente a todas las religiones. Los ritos egipcios del Antiguo Imperio los conoce bastante. Hace seis años recibí su última carta, datada en Abydos, donde estaba estudiando los bajorelieves del templo. Tenía buenos datos para ser dados por un aficionado, pero su fuerte son las religiones de la India. Es uno de los pocos europeos que ha logrado entrar al fondo de los santuarios de Benarés y cultivar relaciones íntimas con los sacerdotes budistas de las pagodas del Sur; pero no vaya usted a creerlo un hombre de ciencia, y sobre todo, un hombre desinteresado en sus estudios. Lo que él persigue es la esencia misma de las religiones, lo sobrenatural, con que nada tenemos qué ver los que procedemos de buena fe. No hay religión que no haya estudiado, haciendo para ello enormes viajes e inauditos gastos, visitando los santuarios y recorriendo los lugares en que nació. A estos últimos charlatanismos de la fuerza psíquica y de las telepatías, de las sugestiones a largas distancias y de las apariciones luminosas, los conoce como Crookes, y creo que se ríe de ellos. Estuvo en el Congreso de Religiones de Chicago, en 1893, sin tomar parte en él, y estoy seguro de que les habría podido enseñar algo de la suya a cada uno

de los asistentes. Nosotros nos escribíamos hasta hace seis años, y de repente dejó de contestarme. Supe después por mi colega Chennevieres que lo encontró en Roma, que estaba allí con un hijo suyo. Parece que ese joven ha hecho los mismos estudios que el padre, y que fue quien lo indujo a abandonarlos, para entregarse al culto católico con raro fervor. Me ha referido Chennevieres que vivían cerca al Vaticano, que el Papa los recibía frecuentemente y que comulgaban todos los días en la misa dicha por Su Santidad. Yo he seguido escribiéndole a Scilly de acuerdo con la promesa que le hice de comunicarle los resultados obtenidos en mis estudios de las antiguas religiones de Egipto, pero no me ha vuelto a contestar.

—¿Y le escribe usted a Roma sabiendo que él viaja continuamente?..., le pregunté.

—Nó, son sus banqueros quienes corren con dirigirle las cartas; yo las envío a la oficina de Lazard, Casseres y Compañía. Poco más deben de interesarle mis pacientes investigaciones a nuestro amigo, que lo que buscaba en sus viajes no era la ciencia de los orígenes y del desarrollo de las religiones, sino un culto qué practicar, y por fin vino a dar al catolicismo, para lo cual sobraban todas las vueltas que dio. Cuando yo le digo a usted que Scilly Dancourt no ha sido nunca un sabio y que sus investigaciones no eran desinteresadas!

Al fin di con el hilo de luz que busco, con la pista que sigo para encontrarte, oh! camino que me llevarás hacia ella, pensé sorprendido de la feliz casualidad que me hizo poner en manos de Lazard, Casseres y Compañía, las sumas que había mantenido en casa de Miranda hasta el año antepasado. ¡Bendita seas tú, Actriz de los Bufos, ídolo de mi amigo el instintivo repórter don Vicente, que con tu apetito de diamantes y el dominio que ejerces sobre él y el temor que sentí de que fuera a caer mi oro en tus rosadas manecitas, junto con los patacones de don Mariano, hiciste surgir en mi cerebro la idea de trasladar mis fondos a casa de los judíos!, pensaba subiendo la escalera monumental del escritorio de éstos. Un banquero judío sirve

para todo... hasta para decirle a uno dónde está la visión con que sueña. ¡Oh, Israel! murmuré dentro de mí mismo al empujar la puerta del escritorio.

Nathaniel Casseres, doblado en dos, las narices de águila, los ojos verdosos, el collar de barba rubia, todo él *encantado* de verme, me estrechó la mano con afectuoso ademán y me juró que su familia había estado consternada con mi enfermedad. Vivió el tipo cuatro años en Buenos Aires y habla español, un español aprendido en Franckfort, que destroza los oídos.

—¿A qué *depemos* el *fonor* de *per* al señor Fernández en esta su casa?... ¿Tiene compras que hacer u *ortenes* que *tar*?...

Y al explicarle que deseaba saber el lugar donde estaba su cliente y que le suplicaba me informara de él:

—¡Ah, sí! *Puen* cliente, *puen* hombre, *puena* persona el señor *Chilly*... *Puen* cliente *puen* hombre, *puena* persona, pero no puedo informarlo a usted *te* lo que *tesea*... y más o menos me explicó esto. Los únicos negocios que la casa de Lazard, Casseres y Compañía tiene con el Conde, consisten en recibir de una compañía de seguros sobre la vida gruesa suma que le paga ésta, a la cual entregó su capital para recibir renta viajera. Al oírlo me corrió un estremecimiento de frío por las espaldas. Y si llegara a morir, ¿qué sería de la suerte de Helena, abandonada, sola, sin fortuna, sin amigos?...

—Otra operación hacemos por su cuenta, continuó el obsequioso Nathaniel, es pagar instalamentos de un seguro de vida de una hija suya, para que ésta lo reciba al cumplir veinte años; un seguro fuerte, que le devolverá a la señorita Scilly Dancourt el capital que su padre entregó a la compañía, hábil operación, pero que sobre todo satisface los gustos de nuestro cliente, que no quiere ocuparse de negocios, ni de dinero, y que gira a nuestro cargo por cualquier suma que se le ofrezca, desde cualquier punto de Europa, Asia, América, Africa u Oceanía, donde toman sus cheques nuestros banqueros, porque la casa tiene agentes en todo el mundo, agregó, complacido. Para él no llega aquí más

correspondencia que la de un sabio su amigo. Hace tres años recibimos del señor Scilly telegrama de Roma, dando orden de no enviarle esas cartas, y la casa, cumpliendo las suyas, las guarda aquí. El no escribe nunca.

—¿Y dónde está fechado el último cheque del señor de Scilly?, pregunté.

—He dado a usted todos esos datos en estricta reserva, y así le daré el otro. Permítame usted hablo con el tenedor de libros para informarlo.

—De Alejandría y es por una suma fuerte. Probablemente seguiría para Oriente... El año pasado, por esta época, recibimos un cheque de Benares... *Puen* cliente, *puen* amigo, *puena* persona el señor de *Chilly Tancourt!*

Y haciendo reverencias y ofreciéndome que la casa estaría a mis órdenes siempre, me acompañó hasta la puerta, por donde salí desesperado.

¡Dios mío, un mes perdido así, cultivando imbéciles, oyendo referir la batalla de Sedán y leer los himnos a Ammón Ra Harmakouti, y sabiendo por los judíos cómo está colocada la fortuna del padre, todo esto sin encontrar el camino que me lleve hacia Ella! Hoy me sé la historia de los Scilly como tal vez no la sabrá el Conde, que no tiene cara de darle importancia a esas vanidades. Cuanto libro he encontrado que pueda darme luz sobre los antepasados de Helena, lo he leído con una paciencia de benedictino. Tengo la cabeza llena de nombres y de hechos que van desde el año de cuarenta y ocho, en que un Scilly, amigo íntimo de Lamartine, figuró en la política, hasta el mil trescientos veintisiete, en que otro partió para la primera Cruzada. Sé sus armas y sus blasones, su escudo de combate y su grito de guerra, Dios mío! ¿Y qué me importa todo eso si pierdo la esperanza de encontrarla y si me desespera perder esa esperanza? ¡Helena, amor mío, Helena, amor mío de mi alma, vén, súrge, aparécete ante mis ojos cansados de buscarte y húnde en ellos las penetrantes miradas de tus pupilas azules, para que veas hasta mi alma y que en ella sólo te reflejas tú, como en las aguas de un lago dormido, el cielo constelado de astros!

12 de abril.

Sólo una ventaja retiré de las entrevistas con el General des Zardes, con Mortha y con el obsequioso judío, que mi amor por Helena, de quien conozco ya la familia, la historia del padre y la inversión de la fortuna de éste, se haya dulcificado, sin disminuírse, pero humanizándose, por decirlo así. Sólo el amor comprende, Idolatrada, de quien por intuitiva adivinación sé hasta los más recónditos secretos de bondad y de nobleza; sólo el amor comprende! Para el General des Zardes no existes, sólo vive en su imaginación la imagen de tu padre, tal como lo vio en los días de la funesta campaña; para el profesor Mortha eres un mozo ocupado en estudios de historia religiosa, el judío sólo sabe de tí el oro que recibirás al cumplir los veinte años! Sólo el amor comprende! Charvet, a quien la práctica de su profesión no le ha endurecido el alma, como a tántos de sus queridos colegas, sabe la agonía del sér que te dio la vida, recuerda el horrible dolor de tu padre cuando el trágico suceso, y entrevió en tus ojos de niña el fulgor que tienen hoy, el fulgor terrible de santidad y de dulzura que alumbró mi alma en la noche de Ginebra. Sólo yo, que quiero buscar en ti la luz que me alumbre y el áncora que me salve, sé de ti todo cuanto saben ellos juntos y te adivino tal como eres... Sólo el amor comprende!

Hoy hay dos lugares en la tierra donde no se posan pies humanos. Envuelve sagrado silencio la atmósfera que en ellos se respira; son la estancia donde murió la santa de los cabellos de plata cuyo perfil sonríe a seis pasos de este sitio, en el cuadro de Whistler, y el cuarto, tomado en alquiler por diez años al hotelero suizo y cuya llave está en la caja de hierro cerca del camafeo; el cuarto por cuyo balcón me arrojó ella el ramo de rosas en la noche inolvidable.

13 de abril.

Decía ayer que mi amor se dulcificaba, humanizándose... ¡Ah, sí!... Sólo mi espíritu la reclamaba hace unos días, y ahora todo mi sér la reclama!...

Antes de encontrarla no sabía lo que era el amor y había besado solo, con la imaginación mis ideales de poeta, con mis labios de carne las bocas lascivas y entreabiertas de mis fáciles idolatradas. Ahora mi espíritu y mis labios sueñan con ella, y si en ella pienso vibra todo mi sér, como las cuerdas de un instrumento sonoro bajo el arco inspirado del artista que les comunica su alma.

Puesto que revestida de misterio y de más allá, entraste en mi vida, virgen inmaculada y dulcísima, nuestro amor será un éxtasis. Ennoblecidos por tí, los detalles de la existencia diaria se transfigurarán, y cada paso andado por los caminos de la tierra será un paso hacia lo alto. Por ti abandonaré los planes destinados a hacer pasar mi nombre a los tiempos venideros. ¡Qué más gloria que vivir arrodillado a tus pies sintiendo la caricia de tus manos y bebiendo en tus labios la esencia misma de la vida!

Oye: en la tierra que me vio nacer hay un río caudaloso que se precipita en raudo salto desde las alturas de la altiplanicie fría hasta el fondo del cálido valle donde el sol calienta los follajes y dora los frutos de una flora para ti desconocida. Las cataratas del Niágara, profanadas por los ferrocarriles y por la canallería humana que va a divertirse en los hoteles que las rodean, son un lugar grotesco cerca de la majestad de templo del agreste sitio, donde cae en sábana de espumas, atronando los ecos de las montañas seculares, el raudal poderoso. Cortada a pico sobre el abismo, donde la niebla se irisa y resplandecen las aguas a la salida del sol, álzase ingente y rígida roca de basalto. Aquella roca es el lindero de una de mis posesiones.

Sobre ella construiré para ti un palacio que revista por fuera el aspecto de renegrido castillo feudal, con sus fosos, sus puentes levadizos y sus elevados torreones envueltos en verdeoscura yedra y grisosos musgos y que en el interior guarde los tesoros de arte que poseo y que animarás tú con tu presencia. Viviremos, cuando la vida de Europa te canse y quieras pedir impresiones nuevas a los grandiosos horizontes de las llanuras y a las cordilleras de mi patria, en aquel nido

de águilas que por dentro será un nido de palomas blancas, lleno de susurros y de caricias. Habrá mañanas de sol en que nos verán pasar cabalgando en una pareja de caballos árabes, por los caminos que se extienden en la sabana, y los rudos campesinos se arrodillarán al verte, creyendo que eres un ángel, cuando claves en sus cuerpos deformados por las rústicas faenas, la resplandeciente mirada de tus pupilas azules; habrá noches en que en el aire perfumado del cuarto, donde humea el té rubio en las tazas de China y alumbra el suntuoso mobiliario la luz de las lámparas, atenuada por pantallas de encaje, vibren las frases sublimes de una sonata de Beethoven, arrancada por tus pálidas manos al teclado sonoro y en que, desfalleciente de emoción contenida, te levantes del piano para contemplar desde el balcón de piedra la catarata iluminada por la luna. Apoyarás entonces la cabeza en mi hombro, me envolverán los rizos castaños de la destrenzada cabellera, volverás hacia los míos tus radiosos ojos azules, y la palidez sobrenatural de tu semblante, la mortal palidez exangüe de tus mejillas y de tu frente se sonrosará bajo los besos de mis labios!

Helena! Helena! Me corre fuego por las venas y mi alma se olvida de la tierra cuando pienso en esas horas que llegarán si logro encontrarte y unir tu vida con la mía!...

14 de abril

Ayer saltó otro edificio destrozado por una bomba explosiva, y la concurrencia mundana aplaudió en un teatro del boulevard hasta lastimarse las manos, *La Casa de Muñecas,* de Ibsen, una comedia al modo nuevo, en que la heroína, Nora, una mujercilla común y corriente, con una alma de eso que se usa, abandona marido, hijos y relaciones para ir a cumplir los deberes que tiene consigo misma, con un *yo* que no conoce y que se siente nacer en una noche como hongo que brota y crece en breve espacio de tiempo. Así a estallidos de melinita en las bases de los palacios y a golpes de zapa en lo más profundo de sus cimientos morales, que eran las antiguas creencias, marcha la

humanidad hacia el reino ideal de la justicia, que creyó Renán entrever en el fin de los tiempos. Ibsen y Ravachol le ayudan, cada cual a su modo; cae el primer magistrado de Francia herido por el puñal de Cesáreo Santo, y escribe Suderman *La dama vestida de gris,* donde la abnegación y el amor a la familia toman tintes de sentimientos grotescos, sin que el final de cuento de hadas, agregado por el novelista a su obra, como un farmaceuta hábil, echaría jarabe para dulcificar una pócima que contuviera estricnina, alcance a disimular el acre sabor de la letálica droga.

Tórnase el arte en medio de propaganda antisocial, síntoma curioso que coincide con la tendencia negadora de la ciencia falsa, la única al alcance de las multitudes. Mientras más pura es la forma del ánfora más venenoso puede juzgarse el contenido; mientras más dulce el verso y la música, más aterradora la idea que entrañan!

Moriste a tiempo, Hugo, padre de la lírica moderna; si hubieras vivido quince años más, habrías oído las carcajadas con que se acompaña la lectura de tus poemas animados de un enorme soplo de fraternidad optimista; moriste a tiempo; hoy la poesía es un entretenimiento de mandarines enervados, una adivinanza cuya solución es la palabra *nirvana.* El frío viento del Norte, que trajo a tu tierra la piedad por el sufrimiento humano que desborda en las novelas de Dostoiewsky y de Tolstoi, acarrea hoy la voz terrible de Nietzche.

Oye, obrero que pasas tu vida doblado en dos, cuyos músculos se empobrecen con el rudo trabajo y la alimentación deficiente, pero cuyas encallecidas manos hacen todavía la señal de la cruz, obrero que doblas la rodilla para pedirle al cielo por los dueños de la fábrica donde te envenenas con los vapores de las mezclas explosivas, oye, obrero, nada evocan en tu rudimentario cerebro las rudas sílabas de ese nombre germano, Nietzche, cuando vibran en tus oídos?... Los ecos del Norte las repercuten, suenan ya en todo Europa y sus discípulos predican el evangelio de mañana. No lo creas parecido al evangelio que cuenta la histo-

ria del pálido Nazareno diciendo las consoladoras bienaventuranzas junto a las ondas azules del dormido lago de Tiberiades y expirando en lo alto de la cruz, con el cuerpo amoratado por los golpes y la pálida frente destrozada por la corona de espinas; es un evangelio que cuenta la historia de Zaratustra, en una cueva, meditando, entre el águila y la serpiente, en el reavalúo de todos los valores. Nada le sugiere tampoco esa frase a tu obtuso entendimiento?... Es que la humanidad había estado recibiendo como verdaderas, nociones falsas sobre su origen y su destino, y el profundo filósofo encontró una piedra de toque en qué ensayar las ideas como se ensayan las monedas para saber el oro que contienen. Eso es lo que se llama *reavaluar* todos los valores. Lo que tú llamas *conciencia,* eso que te atormenta cuando crees haber cometido una falta, no es más que el instinto de la crueldad que puedes ejercer contra los otros, y que al no ejercerlo, porque la sociedad te lo impide encerrándote en la noción del deber, como a un león en una jaula de fierro, te atormenta como atormentarían sus inútiles garras al flavo animal si las hundiera en su propia carne al no poder destrozar los barrotes rígidos ni la presa deliciosa. Esos mismos deberes en que crees, no son más que la invención con que una raza potente y noble de hombres alegres que reían entre los incendios, los estupros, los asesinatos y los robos, sujetó a las razas de débiles vencidos, de que hizo sus esclavos. Los *buenos* entre los vencedores eran los más crueles, los más brutales, los más duros, y los esclavos inventaron como virtudes las cualidades opuestas a las que veían en sus amos: la continencia, el sacrificio de sí mismo, la piedad por el sufrimiento ajeno. En la revuelta de los esclavos, que tuvo lugar hace siglos, fue necesaria una víctima para que tuvieran una bandera que levantar, un hombre que juntara en sí todas aquellas falsas virtudes y muriera por afirmarlas, e Israel crucificó al Cristo, a ese que tú creías Dios, y triunfó la moral de los débiles, la que te enseñó tu padre, esa sobre la cual está fundada la sociedad de hoy.

¿Tú no sabías nada de eso, obrero que con las manos encallecidas por el trabajo haces todavía la señal

de la cruz y te arrodillas para pedir por los dueños de la fábrica donde te envenenan los vapores de las mezclas explosivas? Pues sábelo, y regenerado por la enseñanza de Zaratustra, profesa la moral de los amos; víve más allá del bién y del mál. Si la conciencia son las garras con que te lastimas y con que puedes destrozar lo que se te presente y coger tu parte de botín en la victoria, no te las hundas en la carne, vuélvelas hacia afuera; sé el sobrehombre; el *Ubermensch* libre de todo prejuicio, y con las encallecidas manos con que haces todavía, estúpido, la señal de la cruz, recóge un poco de las mezclas explosivas que te envenenan al respirar sus vapores, y haz que salte en pedazos, al estallido del fulminante picrato, la fastuosa vivienda del rico que te explota. Muertos los amos serán los esclavos los dueños y profesarán la moral verdadera en que son virtudes la lujuria, el asesinato y la violencia. ¿Entiendes, obrero?...

Así, a estallidos de melinita en las bases de las ciudades y a golpes de zapa en lo más profundo de sus cimientos morales, que eran las antiguas creencias, marche la humanidad hacia el reino ideal de la justicia que entrevió Renán en el fin de los tiempos. Nietzche, Ibsen y Ravachol le ayudan, cada cual a su modo.

Allá en las más excelsas alturas de lo intelectual, noble grupo de desintersados filósofos, indaga, investiga, sondea el inefable misterio de la vida y de las leyes que la rigen, y transforma sus pacientes estudios en libros que carecen de categóricas afirmaciones, que apenas anotan lo bien sabido, lo que cae bajo el dominio de la observación; en libros que muestran en el límite de la humana ciencia "las olas negras del océano del misterio para embarcarnos en el cual no tenemos ni barca ni brújula", al decir de la grandiosa frase de Littré. Coincide la impresión religiosa que esos grandes espíritus experimentan al considerar el problema eterno y expresan en sus obras, con el renacimiento idealista del arte, causado por la inevitable reacción contra el naturalismo estrecho y brutal que privó hace unos años. En vez de las prostitutas y de las cocineras, de los ganapanes y de los empleadillos que

ganan cien pesetas al mes, deléitanse los novelistas en pintarnos grandes damas que se mueven en suavísimos ambientes, magas que realizan los prodigios de los antiguos teurgos y sabios que poseen los secretos supremos. Tórnase la música de sensual modulación que acariciaba los oídos y sugería voluptuosas tentaciones, en misteriosa voz que habla al cerebro; pasan místicas sombras por entre el crepúsculo que envuelve las estrofas de los poetas y toman forma en los lienzos, las visiones del más allá. Los exploradores que vuelven de la Canaan ideal del arte, trayendo en las manos frutas que tienen sabores desconocidos y deslumbrados por los horizontes que entrevieron, se llaman Wagner, Verlaine, Puvis de Chavannes, Gustave Moreau.

En manos de los maestros la novela y la crítica son medios de presentar al público los aterradores problemas de la responsabilidad humana y de discriminar psicológicas complicaciones; ya el lector no pide al libro que lo divierta sino que lo haga pensar y ver el misterio oculto en cada partícula del Gran Todo.

¿Dudas todavía del renacimiento idealista y del neo-misticismo, espíritu que inquieres el futuro y ves desplomarse las viejas religiones?... Míra: del oscuro fondo del Oriente, patria de los dioses, vuelven el budismo y la magia a reconquistar el mundo occidental. París, la metrópoli, les abre sus puertas como las abrió Roma a los cultos de Mitra y de Isis; hay cincuenta centros teosóficos, centenares de sociedades que investigan los misteriosos fenómenos psíquicos; abandona Tolstoi el arte para hacer propaganda práctica de caridad y de altruísmo, la humanidad está salvada, la nueva fe enciende sus antorchas para alumbrarle el camino tenebroso!

¡Ah, sí! ¿Pero tú no sabes, crítico optimista, que cantaleteas el místico renacimiento, y al ver esos síntomas cantas hosanna en las alturas y paz sobre la tierra a los hombres de buena voluntad, qué es lo que le llega al pueblo, a la masa, al rebaño humano, de todos esos fulgores que te deslumbran, del inarmónico coro que forman esas voces al rezar el "Padre nuestro que estabas en los cielos", que es la oración a la moda,

entre los intelectuales de hoy?... Pues voy a decírtelo: lo que el pueblo comienza a saber es lo que le enseñan los vulgarizadores de la falsa ciencia, la única vulgarizable, los Julio Verne de la psicología y de la doctrina evolucionista, es que el hombre tuvo por antepasado al mono y que el deber es sólo el límite de la fuerza de que disponemos. Hay voces que le gritan a las multitudes: "Míra: ese viejecito pálido, vestido de blanco, que se pasea prisionero por el Vaticano, es un farsante; ese muñeco que está allá arriba en la cúspide del edificio social, un imbécil". Y mientras los neo-místicos inventan sus religiones para poetas, para venteros millonarios o para sabios purificados por el estudio, el populacho alza los ojos y mira. Así los alzaba hace ciento veinte años, para ver, entre la atmósfera de la corte, perfumada de mariscala, los tacones rojos de las favoritas, las empolvadas pelucas, las chorreras de encajes, las casacas de colorines de los cortesanos que rodeaban al sifilítico monarca. Voltaire no había reído aún; Rousseau no había llorado todavía. Oyó la fiera de repente la blasfemia y el sollozo, se sacudió del letargo en que dormía, clavó las garras en la presa dorada y el charco de sangre del Terror mostró el poder de sus garras y los destrozos de su ira sangrienta.

En los últimos años, al alzar las miradas hacia lo alto lo que el león ha visto es la cara imbécil de papá Grévy, y tras de ella el perfil judío de Daniel Wilson, que, como un ratero, se guardaba el oro, producto de la venta de gloriosas condecoraciones; lo que ha visto es al *brave général,* caracoleando en el negro caballo; lo que ha visto es el asunto de Panamá, aquella lluvia de lodo que salpicó las canas de Lesseps y las frentes de tántos de sus senadores ilustres.

¿Crees tú, crítico optimista que cantaleteas el místico renacimiento y cantas hosanna en las alturas, que la ciencia notadora de los Taine y de los Wundt, la impresión religiosa que se desprende de la música de Wagner, de los cuadros de Puvis de Chavannes, de las poesías de Verlaine y la moral que le enseñan en sus prefacios Paul Bourget y Eduardo Rod, sean cadenas suficientes para sujetar a la fiera cuando oiga el

Evangelio de Nietzche?... El puñal de Cesáreo Santo y el reventar de las bombas de nitroglicerina pueden sugerirte la respuesta.

15 de abril.

Una oleada poderosa de sensualismo me corre por todo el cuerpo, enciende mi sangre, entona mis músculos, da en mi cerebro relieve y color a las más desteñidas imágenes y hace vibrar interminablemente mis nervios al contacto de las más leves impresiones gratas. No es fuéra de él, es en el fondo de mi espíritu donde está subiendo la savia, donde están cantando los pájaros, donde están reventando los brotes verdes, donde están corriendo las aguas, donde están aromando las flores, al recibir los besos tibios de la primavera. El amor ha hecho su nido en mi alma. ¡Músicas que flotáis en ella, líneas, colores, olores, contactos, sensaciones de fuerza desbordante, sangre que me enciendes las mejillas, sueños que aleteáis en la sombra, delectación morbosa que traes ante mí el voluptuoso cuadro de los placeres pasados y me hostigas con el recuerdo de sus punzantes delicias, todos vosotros bailáis un coro báquico, una saturnal en que los besos estallan, y los cuerpos se confunden y caen entrelazados sobre el césped aromoso y blando! ¡Helena, Helena! ¡Tengo sed de todo tu sér y no quiero manchar los labios que no se posan en una boca de mujer desde que la sonrisa de los tuyos iluminó mi vida, ni las manos, impolutas de todo contacto femenino, desde que recogieron el ramo de rosas arrojado por tus manos! ¡Helena! Vén, súrge, aparécete, bésame y apacigua con tu presencia la fiebre sensual que me está devorando!

19 de abril.

Ahí estaban en la tiendecita Bassot, situada en la calle de la Paz, deleitando los ojos con el brillo de las piedras aglomeradas ante mí sobre el vídrio del mostrador por las manos del aristocrático joyero. Del gran Balzac cuentan que, enamorado de los visos rosados de dos perlas gemelas, trabajó un año para adquirirlas; de Richelieu moribundo, que hundía las flacas

manos en el cofre rebosante de pedrería y que al hacerlas brillar se le iluminaban los apagados ojos. Sírvame conmigo mismo de excusa tan ilustres ejemplos para disculpar mi pasión, superior a las de ellos por vosotros, misteriosos minerales, más sólidos que el mármol, más duros que el metal, más durables que las humanas construcciones, más radiosos que la luz que reflejáis, centuplicándola y colorándola con los matices de vuestra esencia. ¡Oh, piedras rutilantes, espléndidas e invulnerables, vívidas gemas que dormisteis por siglos enteros en las entrañas del planeta, delicia del ojo, símbolo y resumen de las riquezas humanas! Los diamantes se irisan y brillan como gotas de luz; semejan pedazos del cielo del trópico en las noches consteladas los oscuros zafiros; tú, rubí, ardes como una cristalización de sangre; las esmeraldas ostentan en sus cristales luminosos los verdes diáfanos de los bosques de mi tierra; tenéis vosotros, topacios y amatistas que ornamentáis los gruesos anillos episcopales, coloraciones suaves del cielo en las madrugadas de primavera, son azulinas, sonrosadas y verde pálidas las llamas que arden entre tu leche luminosa, ópalo cambiante; crisoberilos: vosotros brilláis con áureo brillo, como los ojos fosforescentes de los gatos, y quién dirá la delicia que procuráis a quien os mira, ¡oh, perlas! más discretas en vuestro brillo que las gemas radiantes, perlas que os formáis en el fondo glauco de los mares, perlas blancas de suavísimo oriente, perlas rosadas de Visapour y de Golconda, fantásticas perlas negras de Veraguas y de Chiriquí, perlas que adornáis las coronas de los reyes, que tembláis en los lóbulos de las orejas sonrosadas y pequeñuelas de las mujeres, y os posáis como un beso sobre la frescura palpitante de los senos desnudos! Más artista y más crédula la humanidad de otros tiempos, os revistió con el sagrado carácter de amuletos y mezcló a la sensual delicia que esparcen vuestras luces la veneración por vuestros mágicos poderes, diamante conjurador de las maldiciones y los venenos, zafiro que preservas de los naufragios, esmeralda que ayudas los partos difíciles, rubí que das la castidad, amatista que evitas la embriaguez, ópalo que te empalideces si la Idolatrada nos olvida!

¡Oh, piedras rutilantes, invulnerables y espléndidas, vívidas gemas que dormisteis por largos siglos en las entrañas del planeta, delicia del ojo, símbolo y resumen de las riquezas humanas!

Ahí estaba en la tienda de Bassot, cuando, frente, en la puerta, se detuvo el coche de elegante y sencillo aspecto. Con movimientos ágiles y miradas de inquietud, como de venada sorprendida, bajó de él, caminó diez pasos, en que al través del vestido de opaca seda negra, ornamentada de azabaches, adiviné las curvas deliciosas del seno, de los torneados brazos y de las piernas largas y finas, como las de la Diana Cazadora de Juan Goujon, y vino a detenerse junto al mostrador donde estaban las joyas. Mi olfato aguzado percibió, fundidos en uno, el olor de pan fresco que manaba de toda ella, un olor delicioso de salud y de vida y el del ramo de claveles rosados que llevaba en el corpiño. Husmeé el olor como un perro de cacería lanzado sobre la pista, y antes de que pronunciara la primera palabra, ya la habían desnudado mis miradas y le había besado con los ojos la nuca llena de vello de oro, los espesos y crespos cabellos oscuros de visos rojizos, recogidos bajo el gran sombrero de fieltro ornamentado de plumas negras, los grandes ojos grises, la naricita fina y la boca, roja como un pimiento, donde se le asomaba la sangre. Así, sonrosada y fresca, con su olor a levadura y a claveles, parecía una soberbia flor de carne acabada de abrir.

—¿Tiene usted collares de diamantes blancos?... preguntó al joyero, con el más puro acento yanqui y con una sonrisa infantil que le hizo brillar entre lo rosado de los labios el nácar de la dentadura.

—Todo esto es demasiado valioso para mí, murmuró entre dientes al oír los precios, al tiempo que en su semblante súbita expresión de mal humor y de tristeza reemplazaba la excitación que le abrió los ojos y se le asomó a la boca al ver las costosas pedrerías.

—No hay nada demasiado caro para usted. Esta joya estará en sus manos esta noche, si usted me permite presentársela, le dije paso, en inglés, al oído casi, con voz ronca en que vibraba la tentación.

—Es espléndido, dijo en el mismo idioma, que sonaba en su boca como una música, mirándome de pies a cabeza y viendo mi mano crispada sobre el estuche de seda negra. Verdad?..., añadió clavando en los míos los ojos claros, y con toda la cara iluminada por una expresión de felicidad indescriptible, como jamás la he visto en ninguna fisonomía.

—Venga usted a las nueve de la noche y hablaremos. No pregunte mi nombre al portero; lo esperaré yo misma en la puerta, como si volviera de la calle; entraremos juntos, dijo, tendiéndome una hoja de papel, que arrancó de la diminuta cartera forrada en cuero de Rusia, y en la cual escribió febrilmente las señas, las de una calle tranquila de los Campos Elíseos. A las nueve en punto entraré con usted, como si volviera de la calle, agregó con voz grave y mirándome en los ojos.

Los dependientes de Bassot nos miraban, cuchicheando, sorprendidos del diálogo a media voz y en idioma extranjero que se había entablado entre nosotros, personas desconocidas, puesto que no la había saludado al entrar.

—Esas joyas son magníficas, pero demasiado valiosas para mí; perdone usted señor, dijo al empleado, que se la comía con los ojos.

—Lo espero a usted a las nueve, volviéndose a mí, con la expresión seria de una persona que sabe lo que hace y acostumbrada a negocios importantes.

Y con sus movimientos ágiles y sus miradas de venada, cruzó el espacio que la separaba del coche, que partió al subir ella, sin volver los ojos a la joyería.

—Soberbia criatura! Esas americanas del Norte... eh!, me insinuó el dependiente, un cincuentón entrecano, con los ojos llenos de malicia y la chivera y los bigotes puntiagudos, retorcidos a lo Napoleón III. ¡Soberbia criatura! Tiene loco por un collar de diamantes, que no le quiere comprar, al marido, que es un jayanote yanqui con la cara afeitada y tipo de Cuákero. La semana pasada estuvieron visitando todas las tien-

das de joyas, él de mal modo y regañándola, ella haciéndole mil zalamerías para decidirlo. Ahora anda sola, pero seguramente no tiene el dinero completo. Estas americanas del Norte... Esté usted seguro de que no descansa hasta que tenga el collar. Ah! con que se queda usted con él?..., dijo abriendo tamaños ojos... Es lo mejor que hemos tenido en los últimos años..., añadió con displicencia; una joya de esas que no provoca vender.

¡En esas piedras os vais a convertir, desteñidos billetes azules de a mil francos, que habéis venido a mí sin buscaros, en las tres noches en que, engañando mi hambre de besos con la vertiginosa jugarreta en que volábais, sobre la carpeta verde, os recogía con helada indiferencia, mientras que los otros jugadores se levantaban de la mesa con los bolsillos vacíos, los ojos irritados y las manos trémulas!

Y ahora escribo mi aventura. ¿Qué ha entendido ella al decirme que vaya a buscarla, después de mi frase brutal?... No sé. Sólo sé que los diamantes, dignos de una princesa, brillan en el fondo de los cálices de las flores de un ramo, donde los hice colocar para llevárselos, y que será mía. Veo su carne desnuda, sus gráciles formas ofrecidas a mis besos, y ardo. Son las ocho de la noche; dentro de dos horas estará en mis brazos, lo estoy sintiendo, y se realizarán los contenidos deseos que acumulan en mí ocho meses de loca continencia y de estúpidos sentimentalismos, sugeridos por haber visto una muchachita anémica, estando bajo la influencia del opio! ¡Hurrah a la carne! ¡Hurrah a los besos que se posan como mariposas sobre el terciopelo de la piel sonrosada, a los besos que entran como áspides por entre el raso aromoso de los labios, a los besos que penetran como insectos borrachos de miel hasta el fondo de las flores; a las manos trémulas que buscan; al olor y al sabor del cuerpo femenino que se abandona. ¡Hurrah a la carne! ¡Afuera voz de mis tres Andrades, sedientos de sangre, borrachos de alcohol y de sexo, que tendidos sobre los potros salvajes, con el lanzón en la mano, atravesábais las poblaciones incendiadas atronándolas con nuestro grito: Dios es pa reírse

dél, el aguardiente pa bebérselo, las hembras pa preñarlas, y los españoles pa descuartizarlos! Gríta, voz de mis llaneros salvajes: ¡Hurrah a la carne!

28 de abril.

¡Oh, la extraña y deliciosa criatura! Entramos juntos, abrió con su llave la puerta del vestíbulo, que atravesó rápidamente, y cuando llegué al saloncito amable, después de quitarme el abrigo, en uno de cuyos amplios bolsillos estaba el collar de diamantes disimulado entre las flores, ya había encendido las lámparas. La desnudez de la pieza estrecha, amueblada sólo con dos sillas, un diván, un velador y una lámpara, y la expresión de su carita seria, disiparon mis últimas dudas. Nó, aquella no era una mujer comprable; quién sabe qué capricho loco por la valiosa joya la había hecho recibirme, y qué había entendido al oír mi frase brutal.

—Siéntese usted, me dijo, ya sentada en un sillón de brocatel grisoso, al pie de una alta lámpara, de la cual caía, en cuadro, la luz sobre la alfombra, suavizada por un pantallón de gasa de un verde desteñido.

Fue ella quien rompió primero el silencio. Yo me contenté, mientras duró éste, con extasiarme los ojos recorriéndola toda, desde la masa espesa de los cabellos oscuros, que le coronaban la cabeza, de enérgicas y finas facciones, hasta los piesecitos angostos y largos que calzados con un zapato bajo de resplandeciente charol, dejaban adivinar su blancura por entre los calados de la media de seda negra, fina como un encaje.

—¿Usted ha vivido en los Estados Unidos?..., fue la primera frase que, después de otro silencio, me dirigió la boca encarnada y fresca, en un francés gutural y bronco, que me hizo sonreír involuntariamente al oírlo... Nó?... Eso equivale, más o menos, a que usted no me entienda y tal vez a que me juzgué mal, y lo probable es que no podamos hacer nada..., continuó asomándosele a los ojos la misma tristeza de niño consentido a quien se le niega un juguete, que le había visto en la joyería al oír los precios de los diamantes.

¡Ah, pero usted habla inglés mejor que yo! Tal vez podamos entendernos; perdone usted que lo deje solo unos segundos, añadió, levantándose.

¡Estas americanas del Norte!, pensaba para mi coleto, haciendo mía la frase del empleado de Bassot, que había oído por la mañana.

—Aquí están, dijo, poniendo sobre una mesita que acercó, unas cajas de terciopelo y de raso y encendiendo dos bujías para facilitarme el examen... Véalas usted, avalúelas y después le haré mi propuesta.

—Valen la mitad de lo que vale el mejor de los collares que usted vio en la calle de la Paz, le contesté con calma imperturbable y sin una sonrisa, después de examinar el contenido de los estuches, marcados los unos con el nombre de Tiffany, los otros con los de varios joyeros parisienses de segundo orden, y donde no había una sola piedra sin defecto. Esto ha sido escogido más en vista del tamaño que de la calidad; usted convendrá conmigo en que los diamantes, o son pajizos o tienen defectos, rayas y quebraduras que los hacen desmerecer; en que los rubíes no son del mismo matiz y en que una de las esmeraldas del broche es más pálida que las otras y tiene jardín, le dije asumiendo de lleno mi papel de negociante en joyas.

—¡Cosas de John, que no distingue! Yo prefiero un diamantito así de grande, dijo mostrándome la punta de la uña rosada, blanca y brillante de uno de los dedos, pero que no tenga mácula, a una tapa de botellón con viso pajizo. Y, sonriéndose por primera vez: ¡usted es un maestro, y qué refinado! *how refined*, añadió sin quitar los ojos de la perla negra que me abotonaba la pechera... Pero, en fin: usted conviene conmigo en que estas joyas valen la mitad de lo que vale el collar; pues oiga usted mi propuesta: le daré a usted mi nombre, que ya va siendo una garantía, y esto, dijo, mostrando los estuches y un pagaré por la diferencia con el precio del collar. Dentro de tres meses le enviaré de Chicago el valor total de éste, y usted me devolverá lo mío, junto con el pagaré cancelado, entregándolo todo en el Consulado de los Estados Uni-

dos, donde formalizaremos la operación, mañana, a primera hora. ¿Acepta usted?, preguntó sonriéndose con alegría.

—No acepto, señora, respondí con estudiada frialdad, deleitándome en ver cómo bajaba los ojos, que se le humedecieron, y cómo le caía sobre las mejillas la sombra de las largas pestañas crespas. ¿Qué ganaría yo con ese negocio?

—Como usted me dijo esta mañana que podría procurarme el collar, contestó con un mohín de despecho.

—Pero usted entendió mal, comencé, con una voz que trataba de hacer firme, sin lograrlo. Hay una combinación por la cual usted tendrá la joya esta noche, sin pagar ni un centavo por ella, insinué, mirándole al fondo de los ojos, que había levantado del suelo, ya serenos, y que me miraban fijamente.

—Se ha equivocado usted, señor, me contestó, encendiéndosele las mejillas y poniéndose en pie con un movimiento brusco de todo el cuerpo y mirándome con una expresión profunda de desprecio y de ira. ¡Se ha equivocado usted, señor! Con que se ha atrevido usted a creer que mi pasión por las piedras va hasta hacerme olvidar quién soy y que esos diamantes pueden comprarme?... ¿Pero no ve usted, infeliz que esas cajas llenas de joyas que le ofrezco son mías, muy mías?... ¡Ah, es que usted no sabe mi nombre y cree que le voy a robar la diferencia, dijo gritando, soy Nelly!... y ahí un apellido alemán con falsa terminación inglesa, el de un millonario de Chicago, conocido en el mundo entero como uno de los más fuertes empresarios de ferrocarriles de los Estados Unidos. ¡Qué bien se ve que no ha vivido usted en mi tierra cuando entiende tan mal mi proceder y me juzga así!, continuó sin sentarse y con la expresión de angustia de quien se siente manchado por infame e inmerecida sospecha.

Recogí el fino pañuelo de batista y encajes, perfumado de clavel, que se le cayó al suelo al levantarse, y le dije, respirando el olor y con voz dulce:

—Señora: hónreme usted con permitirme permanecer aquí unos instantes más, y crea usted que habla con un caballero. Puse el pañuelillo sobre el velador y busqué nervioso la cartera, y abriéndola le tendí una de mis tarjetas de visita. Si usted se siente ofendida al terminar nuestra conversación, que me envíe su marido mañana dos testigos que arreglen con los míos las condiciones de un encuentro... Usted le dirá que esta noche me he entrado tras de usted, que volvía a su casa, y que he pretendido besarla y poseerla. Haga usted eso, pero déjeme hablarle, le grité casi, poseído de la furia de coronar el plan que se había formado dentro de mí en esos minutos.

¡Cómo! ¿Usted es el señor Fernández, don José Fernández, el autor de los Poemas Paganos, que tradujo Murray?, dijo, sentada ya y alzando los ojos de la diminuta hoja de papel bristol... Y yo que no lo había reconocido... También es que el retrato es muy viejo, cierto? No tenía usted barba entonces... Ignoraba completamente que viviera en París. Siéntese usted, señor Fernández; va usted a tomar el té con migo y vamos a hablar de sus versos. Así olvidaremos la estúpida historia del collar...

Ah! ¿Con que leíste el articulillo aquel publicado en un magazine de Boston y escrito por el yanqui que visitó mi tierra y que me pagó los quinientos dólares que le presté, llamándome en él gran poeta, traduciendo una parte de mis estrofas y haciendo imprimir con su traducción el retrato que acompaña la segunda edición de Los Primeros Versos? ¿Con que lo has leído, mi yanqui adorable y frenéticamente altiva, y quieres que hablemos de mis Poemas Paganos?

—Hablemos de sus versos, de los Poemas Paganos. Los conozco en la traducción de Murray, publicada en el "North American Magazine". ¡Qué hermosos fascinadores! *How lovely, fascinating,* dijo sonriéndome, hablemos de sus versos, señor Fernández.

—Nó, señora; hablemos de usted y del collar que usted desea y que su marido no quiere comprarle, que le está haciendo cometer locuras y que me ha hecho

a mí presentarme en su casa y tener el honor de hablar con usted.

—Vuelve usted al collar... sea... ¿Qué es lo que pretende usted decirme?, me dijo con mal disimulada impaciencia y un gesto de orgullo. Tengo la esperanza de que usted me crea una señora y de que no va a hacerme perder la ilusión de creerlo a usted un caballero.

—Lo que pretendo decirle, comencé, temblándome la voz de emoción, es que le suplico a usted, del modo más respetuoso, que acepte esa joya que pongo a sus pies sin pedirle más sino que, cuando la luzca usted sobre su cuerpo de diosa, recuerde usted al hombre a quien hizo feliz permitiéndole satisfacer un antojo suyo. Si usted acepta mi propuesta, el collar estará en sus manos dentro de un minuto y yo me iré sin haberlas besado, para no volver a verla, si usted lo exige.

—¿Habla usted en serio?, me preguntó con honda agitación inexplicable, al oír mi respuesta.

—Señora: sólo espero que usted me permita, e irme, porque temo ser importuno.

—¡Dios mío, Dios mío! Busca el modo de hacerme feliz y me conoció esta mañana; y el otro me insulta cuando le ruego y me deja sola para irse a buscar mujeres perdidas en Nueva York! ¡Qué vida!..., articuló entre sollozos que la ahogaban, acostando la cabeza contra el espaldar del sillón y cubriéndose los ojos llenos de lágrimas con el pañuelito de batista oloroso a claveles.

Los sollozos la sacudían toda; los nervios triunfaban de aquella naturaleza rica y enérgica.

Salí a la antecámara, busqué el ramo y entrando en puntas de pies fui a arrodillarme junto al sillón donde lloraba, como la serpiente se arrastró al pie de Eva inocente al ofrecerle la poma. Los sollozos y las lágrimas seguían, y yo guardaba silencio.

—Nelly!, le dije cuando comenzó a calmarse, circuyéndole el talle fino con un brazo, acariciándole la

frente con los flores del ramo, y cantándole una cancioncilla monótona con que las nodrizas en Florida arrullan a los chiquillos para que se duerman. No llore, Nelly; las flores la están besando para contentarla; los diamantes la quieren ver, Nelly linda y fresca como las flores; Nelly radiosa y fría como los diamantes que valen menos que esas lágrimas.

Vencida por aquellos mimos y sorprendida al oírlos, apartó el pañuelo y hundió los ojos en los purpúreos cálices de las gloxinias y en las blancas hojas de las gardenias, donde temblaban los diamantes como gotas de luz.

—Nó, nó, dijo sonriéndose, con una sonrisa que le alumbraba los ojos húmedos como un rayo de sol un paisaje de primavera recién mojado por la lluvia. Nó, nó, si suted no acepta mi propuesta, no me hable más; eso vale una suma loca. Mi padre, que es millonario y que me adora, nunca me los habría regalado. Nó, llévéselos usted y regáleme las flores. ¡Están lindas, dijo, aspirando el ramo. Guarde usted eso, recogiendo el hilo de platino, animado de luminosa vida por la palpitación blanca, roja, azul de las pedrerías radiosas que se irisaban a la luz de las bujías y de la lámpara. Fernández: ¿por qué me quiere usted regalar eso?...

Hablábamos, ella con la cabeza adorable, cuyos oscuros rizos me acariciaban la frente, doblada sobre la mía, que casi se apoyaba en sus rodillas, hincado como estaba a sus pies, respirando su aroma de flor y circuyéndola con los brazos.

—Porque los poetas andan por el mundo sólo para realizar los antojos de las diosas como usted, le respondí cubriendo de besos una de las manos suaves y frías, con que hacía esfuerzos para alejarme de ella. Nelly: esos diamantes van a hacer que usted se acuerde de mí al verlos más tarde; no me niegue usted la delicia de pensar que voy a vivir en su memoria en sus noches de triunfo...

Y mis labios, recorriendo los ramales azulosos de las venas, que se transparentaban bajo el fino cutis de

la muñeca delgada, subían por el brazo torneado y blanco, desnudo hasta el codo de la negra manga de opaca seda ornamentada de azabaches.

—Y por qué quiere que yo me acuerde de usted por los diamantes! Me acordaré de usted porque sé sus versos deliciosos y porque lo he visto así arrodillado a mis pies, queriendo realizar un antojo mío a costa de una suma enorme y diciéndome cosas que nadie me había dicho nunca... ¡Qué cosas las que usted me dice! Cómo se ve que usted es poeta, un gran poeta, añadió con tono convencido. ¿Quiere usted oír sus versos, dichos por mí en mi lengua? Es menos hermosa que la suya. Los sé de memoria. Oiga usted... Y recitó con su voz de oro las estrofas del canto a Venus, que dicen las glorias de la Afrodita al nacer de las olas marinas.

—Ahora va usted a decírmelos en su idioma; no lo entiendo, pero suena como una música. *How noble, how músical,* decía poniendo la orejilla sonrosada cerca a mi boca, que le recitaba paso, muy paso, mis mejores endecasílabos.

Hablábamos así, perdidos en la delicia de saborear la esencia de los versos y de sentirnos cerca, sin que ella, la orgullosa de unos minutos antes, ni yo, el respetuoso admirador que le había jurado que se iría sin besarle las puntas de los dedos, nos diéramos cuenta del vértigo que se estaba apoderando de ambos. Sin saber cómo, estaba sentado en el sillón y la tenía sentada en las rodillas. Uno de los piesecitos colgaba sobre la alfombra. El encaje de seda negra de la media transparentaba la blancura del pie angosto y largo y de la pantorrilla de túrgida curva, descubierta por la falda negra donde lucía el brillo mate de los azabaches. Le estaba besando la nuca, llena de vello dorado, y sentía estremercerse bajo mis labios todos sus nervios. La manecita fina que agarraba la mía hundía crispada en mi carne las uñas sonrosadas y puntiagudas. En el silencio sólo oíamos las palpitaciones de nuestras arterias.

—Más versos, más paso..., me dijo con expresión acariciadora, acercando a mi mejilla ardiente la suya fría y aterciopelada y embriagándome con su olor a pan fresco y a claveles húmedos.

Le dije las estrofas que pintan los grupos de palomas blancas sobre el altar de Cypris, envueltas por el humo aromático del sacrificio y aleteando entre las rosas, y se las dije en su lengua, mientras que le envolvía la muñeca en el collar que le circuyó el brazo pálido, como una serpiente de luz, y comenzó a irradiar con el brillo de sus centenares de facetas.

—¿Cuántos años tienes?..., me preguntó de repente, paseándome suavemente la mano blanca por los cabellos y por la barba... Veintiséis? Yo, diez y ocho; él tiene cuarenta y dos... ¿Con quién vives?... Solo?... Ni padre, ni madre, ni mujer, ni hijos? ¿Nada? Solo en ese hotel?... El otro día me detuve a ver la fachada. Es antigua, cierto?... Y majestuoso, *majestic.* Y vives solo ahí?... Vives como un príncipe. Y no te da tristeza estar solo?... ¿Y qué haces?... Cómo gozarás de la vida, nó?...

—Nó. Adoro la belleza y la fuerza y escribo versos de esos que sabes, le dije con tono triste y mintiéndole para acabar de fascinarla.

—¿Y recibes mujeres?..., me preguntó, riéndose con una picardía deliciosa.

—Nó, porque no las encuentro tan bellas como Nelly, le respondí envolviéndola en una mirada de deseo loco. Hacía ocho meses que no daba un beso ni recibía una caricia.

—¡Es imposible! ¡E irreal! *It is irreal*... Júrame que eso es cierto, dijo con voz ahogada y hablándome al oído.

—Te lo juro. Yo quiero lo perfecto y no lo encuentro. Lo demás me causa asco. Y cuando hallo una mujer de quien me enamoro en una hora con todas mis fuerzas y a quien le suplico que conserve unas pobres piedras para que se acuerde de mí, una a cuyos pies pasaría la vida arrodillado y por cuyos besos daría mi

alma, ella rehusa mi amor y me tira a la cara el regalo con que sueño hacerla feliz un minuto.

—Nó, dijo; suéltame y espera... Y se levantó para dejar la salita.

—¿Te vas, Nelly?...

—Pero vuelvo en este momento, respondió levantando el portier, que cayó tras de ella.

¡Será tuya, será tuya!, me gritaba por dentro la voz de los llaneros. ¡Será tuya!

—¿Te gusto así?, me preguntó volviendo a sentarse en mis rodillas en el ángulo del cuarto donde había más sombra y extendía sus blandos cojines un diván turco, amplio como un lecho nupcial. No me lo he estrenado todavía. Míralo.

El corpiño de terciopelo negro de un traje de baile, sujeto en los hombros por dos lazos, sobre uno de los cuales lucía el ramo de gloxinias y de gardenias, dejaba ver las blancuras túrgidas del seno, que ondulaba con rítmico movimiento bajo el hilo de platino animado de luminosa vida, por la palpitación blanca, roja y azul de las pedrerías que se irisaban en la media luz de crepúsculo. ¿Te gusto así?, preguntó, inclinándose para ver los diamantes y dejándome hundir la mirada en los tesoros que ocultaba mal el terciopelo del corpiño.

—¡Si nos hubiéramos encontrado antes! Me voy mañana para Nueva York, Fernández, mi poeta, comenzó, reclinando la cabeza en mi hombro y envolviéndome el cuello con los brazos desnudos y fragantes.

¡Si nos hubiéramos encontrado hace un mes! Tal vez me habrías amado... Qué felices seríamos, cierto?

—No seríamos más felices que ahora, Nelly, porque te amo con toda mi alma. Pero no te irás mañana; te quedarás aquí y yo viviré de rodillas, adivinándote los pensamientos.

—Me voy mañana por la mañana; tengo todo listo, cerrados los baúles, tomado el pasaje... Esta tarde puse un cablegrama avisándolo. Mi padre me espera por minutos. Pediré el divorcio al llegar y viviré tranquila.

—Es un canalla, ¿no es cierto, amor mío?..., le dije al oído; no te quiere y no te da las joyas que quieres...

—Es un canalla, un brutal, y no me quiere. ¿Qué importan las joyas? Tú me las das... Ya ves, y si no me las das, me dices cosas dulces y deliciosas, ¿no es cierto?, contestó ciñéndose a mí... Me llevo el collar. ¿Qué me pides en cambio?, dijo soltando los brazos y sujetándome las manos con las suyas. ¿Qué me pides en cambio?...

—Yo, nada; lo que quiero es que seas feliz un minuto y que te acuerdes de mí. Díme que lo guardarás siempre y me iré dichoso sin darte un solo beso.

—¿Con que quieres hacerme feliz e irte?... El collar es mío... ¿Aceptas un regalo que voy a hacerte?..., me dijo al oído con una expresión de triunfo... Yo también te voy a hacer un regalo, pero inverosímil, digno de tí que eres poeta; un regalo que tú mismo vas a creer que es un sueño. Yo también quiero hacerte feliz siendo feliz. Quiero ser feliz una noche. No lo he sido nunca. Odio el tiempo. El tiempo es una cosa estúpida, *a stupig thing!*... que sólo existe para el cuerpo, añadió mirándome con la cara inspirada, como la de una pitonisa. En mi tierra queremos suprimirlo con la electricidad, con el vapor, con la inteligencia. Allá creamos en una década ciudades más grandes que las de Europa, que tienen seis siglos, y hemos hecho una civilización de doscientos años. El tiempo es una cosa estúpida que se arrastra. Yo quiero suprimirlo en mi vida... Entiendes?... Te amo, Fernández... Me voy mañana. Otra se iría llevándose su amor; yo, quiero dártelo; te amo, me suspiró al oído, besándome.

—Y yo te adoro, Nelly, respondí buscando con locura sus labios primero, y hundiendo luégo la frente en el seno blando, perfumado y fresco...

—Nó; déjame, déjame: aquí, no; llévame; ¿no vives solo?... articuló ceñida a mí y crispada por el deseo; iremos a pie, donde quieras...

—Mi coche espera en la puerta... Vén, dije como en un sueño, un instante después, en el vestíbulo, abrigándole los hombros desnudos y apagando las luces.

De la noche sólo me quedan el recuerdo de su belleza sonriente bajo las amplias cortinas de terciopelo de mi lecho, en la alcoba alumbrada apenas por la lámpara bizantina de oscuro cristal rojo; la impresión de tenaz frescura y el perfume de su cuerpo adolescente y el arrullo de su voz al instarme para que fuera a los Estados Unidos. Vén en el verano, me decía; John no estará allá. Nos encontrarás en New Port y te presentaré a mi padre y a todos nuestros amigos... Buscaremos un lugar en dónde vernos, un *cottage* rodeado de árboles y de flores, y seré feliz... Si me ofreces venir, no pido el divorcio; tolero lo de hoy a cambio de que estés tranquilo y me ames. Júrame que irás... Bésame!

Su delirio de goce frisaba a la altura del mío, y la noche fue un solo beso, entrecortado por sollozos de voluptuosidad.

—Todo ha sido irreal y adorable... *Irreal and lovely*... Tú eres irreal y adorable... Te espero en junio en New Port, fue la última frase, gritada desde la barandilla del enorme vapor que soltaba las amarras y la negra columna de humo, ennegreciendo el cielo del Havre hasta donde fui a acompañarla.

Todavía tengo en los ojos su fina silueta envuelta en el largo sobretodo gris de viaje, y la palpitación del pañuelito blanco que agitaba al irse alejando el barco sobre las olas gris verdosas del Atlántico, bajo un cielo nublado, plomizo y sombrío, como una alma llena de remordimientos.

1º de septiembre.

Cinco meses sin haber escrito aquí una línea. Fue un estímulo apenas la noche de delicias pasada con

Nelly, una gota de licor para el que agoniza de sed, *sed non satiata!* Me excitó, bebimos, me emborraché, y ahora tengo en el alma el dejo que queda en el cuerpo después de una borrachera. El baile tuvo por objeto deslumbrarlas, y de tal modo las deslumbró, que cuando amaneció y las últimas notas de la orquesta vibraron en la atmósfera de los salones impregnados de emanaciones humanas y del melancólico perfume de las flores moribundas, ya había besado las tres bocas codiciadas y obtenido de ellas la promesa de las tres citas.

Suntuosa fiesta, al decir de los diarios bulevarderos, que me fastidiaron con los detalles del lujo en ella desplegado por *le richissime americain don Joseph Fernández et Andrade.* ¿Suntuosa fiesta? No sé, pero, en todo caso, un poco más elegante y más artística que las que he alcanzado a ver hasta hoy. Digo más artística, porque en los salones que amueblaban y ornamentaban objetos dignos de figurar en cualquier museo, y en el *hall,* decorado con exóticas plantas y raras flores, se oyeron los penetrantes sones del violín mágico de Sarasate, las quejas de la guitarra incomparable de Jiménez Manjón y vibraron las cálidas notas, que al decir de Monteverde, cuestan a libra esterlina cada una, de la voz del tenor a la moda. Digo más elegante porque una parte del París frívolo y mundano, que por la tarde se exhibe en la Avenida de las Acacias y se da cita, en las noches de estreno en los grandes teatros, codeó en ella por unas horas al París artista y pensador, que vive encerrado en los talleres, en los gabinetes de experimentación o doblado sobre las páginas que pasado mañana serán el libro a la moda. Según decires, la concurrencia salió sorprendida de las exquisiteces de la mesa y la calidad de los añejos licores. Un murmullo de aprobación corrió por las salas, cuando al mariposear el cotillón agitando en ronda rítmica sus alas de cintas y gasas, se repartieron los regalillos a los danzantes.

La impresión verdaderamente grata que tuve fue ver mezclado lo más distinguido y simpático de la colonia hispano-americana con lo más linajudo y empingorotado del aristocrático barrio. Logré que los com-

patriotas que honran a la tierra con su ciencia, Serrano el filólogo y Mendoza el estadista, dejaran su encierro claustral para asomarse aquí por unos instantes. Duquesas vejanconas de tantísimas campanillas y retumbante nombre, cuyo origen remonta a la Roma de los Antoninos, peseáronse al brazo de generales, ex-presidentes de nuestras repúblicas, que ostentaban uniformes más de oro que de paño; hubo miembro del Jockey Club que le hiciera la corte a una chicuela recién llegada, que tenía todavía en los ojos el recuerdo del cielo del trópico y en los oídos el rumor de la brisa entre los cafetales, y hasta se divirtió el grupo donde lucían la calva de Manouvrier, el filósofo espiritualista, las arrugas de Mortha, mi ex-profesor de arqueología egipcia, y el monóculo del novelista psicólogo, autor de "Los Perfiles Femeninos", que, despreciando esa noche a las mujeres, que preguntaban por él para hacerle la corte, fue a esconderse entre aquellas anticuallas y a conversar con el doctor Charvet, que me dijo, al pasar por cerca de él, golpeándome el hombro:

—Así se hace. Goce usted suavemente de la vida, amigo mío; goce usted suavemente de la vida.

¿Qué me importó el éxito de la fiesta?... Si mi lucidez de analista me hizo ver que para mis elegantes amigos europeos no dejaré de ser nunca el *rastaqouere*, que trata de codearse con ellos empinándose sobre sus talegas de oro; y para mis compatriotas no dejaré de ser un farolón que quería mostrarles hasta dónde ha logrado insinuarse en el gran mundo parisiense y en la *high life* cosmopolita?

Eso no impidió que las tres mujeres concurrieran y que mi plan se realizara.

¿Y eso qué me importa, si ninguna de las tres ha podido darme lo que le pido al amor, y sólo me queda hoy el orgullo de haber seducido en unas horas a las tres bellezas de quien nadie se atrevería a sospechar y que la concurrencia entera designó como las tres reinas de la fiesta?

¿Y eso qué me importa, si yo no vivo para los demás, sino para mí mismo, y si ese triunfo no me sa-

tisface, porque sé que tal vez ellas mismas ignoran las razones que tuvo cada una para entregárseme y para colmarme de caricias locas?...

¿Y qué me importan esas ideas sobre el amor, ni qué me importa nada, si lo que siento déntro de mi es el cansancio y el desprecio por todo, el mortal dejo, el *spleen* horrible, el *tedium vitae* que, como un monstruo interior cuya hambre no alcanzara a saciarse con el universo, comienza a devorarme el alma?...

¡Vosotros conocisteis ese mal sin nombre y sin remedio, patricios romanos que, hartos de los goces de la carne, ahitos de las declamaciones de los filósofos y de los versos de los poetas y de las creaciones del arte heleno y latino, abandonábais los triclinios de marfil recubiertos de púrpura, sobre los cuales caían en lluvia las aromosas esencias y las rosas de Poestum, tirábais al suelo la áurea copa cincelada, llena de vino de Chypre, y la corona de rosas que os ceñía la frente y, despreciando la sensual delicia que os brindaba la cortesana desnuda a vuestro lado, corríais a buscar en la despreciada enseñanza de los rudos discípulos del Nazareno, en la práctica de la pobreza y de la humildad, una fe nueva y una esperanza sublime que os hiciera cambiar de vida, abrazaros a la cruz, desafiar las iras del Emperador y, transfigurados por el éxtasis, ir a esperar la hora de la muerte bajo las garras de los leones, sobre la arena ensangrentada del circo!

Ah! sí, eso fue entonces. En nuestra época mediocre y ruin no queda camino abierto para las almas del temple de las vuestras, que sienten lo que sentisteis. Lo sublime ha huído de la tierra. La fe ciega que en su regazo de sombra les ofrecía una almohada donde descansar las cabezas a los cansados de la vida, ha desaparecido del universo. El ojo humano al aplicarlo al lente del microscopio que investiga lo infinitesimal y al lente del enorme telescopio que, vuelto hacia la altura, le revela el cielo, ha encontrado, arriba y abajo, en el átomo y en la inconmensurable nebulosa, una sola materia, sujeta a las mismas leyes que nada tienen qué ver con la suerte de los humanos. Sutiles exégetas y concienzudos comentadores estudiaron los vie-

jos textos sagrados y los analizaron descubriendo en ellos no las palabras, que son el camino, la verdad y la vida, sino las sabias prescripciones de los civilizadores de las naciones primitivas y la leyenda forjada por un pueblo de poetas. El cadáver del Redentor de los hombres yace en el sepulcro de la incredulidad, sobre cuya piedra el alma humana llora como lloró la Magdalena sobre el otro sepulcro.

"Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...". La oración que la santa de las guedejas de plata me enseñó de rodillas cuando apenas podía balbucearla, viene a mis labios de hombre y no la puedo rezar. ¡Tú estás vacío, oh, cielo hacia donde suben las oraciones y los sacrificios!

Neomisticismo de Tolstoi, teosofismo occidental de las duquesas chifladas, magia blanca del magnífico poeta cabelludo, de quien París se ríe, budismo de los elegantes que usan monóculo y tiran florete; culto a lo divino, de los filósofos que destruyeron la ciencia, culto del yo, inventado por los literatos aburridos de la literatura; espiritismo que crees en las mesas que bailan y en los espíritus que dan golpecitos, grotescas religiones del fin del siglo diez y nueve, asquerosas parodias, plagios de los antiguos cultos, dejad que un hijo del siglo, al agonizar de éste, os envuelva en una sola carcajada de desprecio y os escupa a la cara!

Es esa hambre de certidumbres, esa sed de lo absoluto y de lo supremo, esa tendencia de mi espíritu hacia lo alto, lo que he venido engañando con mis aventuras amorosas, como engañaba mi sed de éstas con las jugarretas de las últimas noches de castidad. Pero el hambre de creer no hay con qué saciarla que no sea con la creencia misma... ¿Y en qué creerás, alma mía, alma melancólica y ardiente, si los hombres son ese miserable tropel que se agita, cometiendo infamias, buscando el oro, engañando a las mujeres, burlándose de lo grande, y si ya murieron los dioses?

Quizás el Amor tuvo sabores acres y extáticos que pudieran reemplazar a la fe. El de lo místico vino en las rudas épocas medioevales, y en la expansión

grandiosa de pasiones que fue del Renacimiento. Amar temblando, porque al través de la puerta de la alcoba, tibia y perfumada por los besos, se oía el ruido de los pasos y de las armas de los matones enviados por el marido, que subían a vengar la afrenta; amar orando, porque la Dama revestía aspecto de Madona; amar sin satisfacer el amor e inmortalizando el nombre de Ella en canciones o en estatuas, ser Benvenuto Cellini o Godofredo, Alighieri, Petrarca o Miguel Angel, cuando Ellas se llamaban Beatriz Portinari, Laura o Vittoria Colonna, fue empresa de hombres, pero hoy, en estas sociedades decrépitas, en que el adulterio es fácil y practicable sin peligro, como un *sport;* en que la vida de la mujer es toda entera una lenta y gradual preparación para la caída y en que los maridos vienen a visitar al afortunado para pedirle favores, es miseria indigna de un hombre.

Tal vez mi misantropía me lleva a juzgar a esos infelices engañados peor de lo que merecen. Habrán creído que lo que vieron la noche del baile fue un *flirt* sin consecuencia y explotable para ellos gracias a mi juventud y a mi dinero; pero lo cierto es que las circunstancias se han enlazado de tan extraño modo, que se necesitaría benevolencia de santo para no juzgarlos como los juzgo, por lo menos como unos imbéciles.

Oye, Pepillo, me dijo el amigo Rivas, usando el antipático nombre con que me llama; vengo a pedirte un favor que sólo tú puedes hacerme.

—Estoy a tus órdenes, le respondí, creyendo que se trataba de un duelo en que debía acompañarlo como testigo, y sorprendido de oírlo hablar así... Tomas café?..., añadí, ofreciéndole, porque tomaba el mío, acabando de comer en el cuarto de fumar, cuando entró como un huracán, y con aire agitado y la respiración anhelante.

—Nó, no tomo; me pone nervioso. Oyes, Pepe: vas a hacerme un *serviciazo,* de esos que sólo a un amigo íntimo se le pueden pedir. No me lo niegas, eh?, añadió, entrecortado; júrame que no me lo niegas.

—Si te digo que estoy a tus órdenes.

—¿Con que dejas de ir a *Fausto* por ayudarme? ¿No tienes plan para esta noche?... Bien, cómo te lo agradezco! Pues, míra: tenemos cuatro, Amorteguí, Rodríguez, Saavedra y yo una cena con cuatro mujeres, pero de lo fino, oyes?... cuatro *horizontales* que te quedarías bobo si te dijera los nombres... cuatro de lo bueno, y supónte la que se me atraviesa! Consuelo está indispuesta y no tengo quién me la acompañe y me da pena dejarla sola. Ya ves... Y eso de quedarse úno conversando con su mujer, porque ella se siente débil y de acostarse a las once, después de tomar el té, cuando tiene entre manos una cena con cuatro tipos como Rodríguez y con cuatro mujeres así, de lo fino... Nó, si estaba desesperado. A fuerza de cavilar mientras comíamos, se me ocurrió la cosa; ¿no ves?... Yo me vuelvo a casa, porque le dije que salía por un momento; entras tú de visita y te haces el afanado; me dices que Amorteguí me estaba buscando con urgencia en el boulevard, porque tiene que hablar conmigo esta noche de un negocio. Te juro que es ella la que me hace salir! Me voy y tú me la acompañas hasta lo más tarde posible, nó? para que no caiga en la cuenta de la hora a que vuelvo, si se desvela, como le sucede casi todas las noches. ¿Qué tal el plan, eh? ¿Cómo te parece mi combinación? ¿Admirable, cierto?... Me ayudas...

—Admirable... le dije. De mil amores; me tienes allá dentro de media hora a lo sumo, y salió hecho unas pascuas, retorciéndose los bigotes y sintiéndose un Maquiavelo.

—¿Qué primor me trae usted ahí?... me preguntó la dejativa y lánguida criatura, cuando después de salir el otro, nos quedamos solos en el cuartico donde recibe a sus íntimos. ¿Alguna de esas cosas que sólo usted encuentra?... dijo para disimular la turbación en que estaba al sentirse sola conmigo después del beso delicioso cambiado en el fondo del invernáculo desierto donde me la llevé por unos segundos la noche del baile, y de los juramentos de amor con que lo acompañé.

—¿Qué primor me trae, José?... Flores? ¡Dios mío, flores rosadas de las de Guaimis!... Las mismas, dijo toda trémula, como acariciando con los ojos el ramo de orquídeas que se había puesto en las rodillas, y que acababa yo de formar en el invernadero al salir de casa. . .¡Dios mío!... ¿y dónde consigue usted flores de nuestra tierra en París, José?...

—En casa, Consuelo, le dije, sentándome a su lado, sobre la misma turquesa de donde se había levantado al verme entrar unos momentos antes. En casa, Consuelo... Desde una tarde, hace nueve años, tengo siempre, esté donde estuviere, unas plantas que cuido mucho para que den flores de esas... desde hace nueve años y desde una tarde, dije, mirándola, para ver el efecto de la sugestiva frase que había estudiado desde el momento en que el astuto Rivas me contó su plan en el cuarto de fumar.

Se puso pálida, más pálida que lo está siempre; le temblaron las manos y los labios, y bajó los ojos al suelo.

Nueve años antes, casi niños ella y yo, una tarde deliciosa, una tarde del trópico, de esas que convidan a soñar y a amar con el aroma de las brisas tibias y la frescura que cae del cielo, sonrosado por el crepúsculo, volvíamos por un camino estrecho, sombreado de corpulentos árboles y encerrado por la maleza, al pueblecillo donde salía a veranear su familia. Nos habíamos adelantado al grupo de paseantes. Yo, diciéndole que la adoraba, recitándole estrofas del *Idilio,* de Núñez de Arce, y sintiéndome el Pablo de aquella Virginia vestida de muselina blanca, que apoyaba su bracito en el mío.

—Quiero flores de esas, me dijo, mostrándome un ramo de parásitas rosadas que colgaban de la rama de un arbusto, y al entregárselas, en la semioscuridad del camino, donde el aire era tibio y volaban las luciérnagas y aromaban los naranjos en flor, la cogí en mis brazos y la besé con todo el ardor de mis diez y ocho años, y ella me devolvió los idílicos besos con su boca virgen y fresca.

—Son flores de Guaimis, Consuelo, le dije... Desde esa tarde tengo siempre plantas de esas en casa para respirar en su olor el beso de entonces, que ha sido el minuto más feliz de mi vida. Desde entonces hasta la noche en que, viviendo ya aquí, supe que usted se había casado con Rivas, no ha habido un solo día en que no piense en usted con la misma ternura. Si su padre no se hubiera reído entonces de mi amor, porque era yo un niño, y no me hubiera prohibido volver a su casa, como lo hizo, qué feliz hubiera sido y qué distinta mi suerte! Entonces me amó usted, no me lo niegue; déjeme creer que fue así; después me olvidó. Ojalá hubiera hecho yo lo mismo. Antes de anoche, al verla a usted en casa, entre las verduras del invernáculo, con ese vestido de muselina blanca que la hacía parecida a la que me hizo feliz con su cariño de niña, y al sentirme cerca de usted, me olvidé de todo, me sentí el de entonces, sentí por usted el mismo amor de ese instante, aumentado por nueve años de pensar en usted, y tuve la audacia de robarle un beso, que fue un éxtasis... Ahora vengo a pedirle a usted perdón, Consuelo, por esa audacia sin nombre, y se lo pido en nombre de nuestro amor de niños, y de rodillas... Consuelo: ¿me perdona?, continué, ya arrodillado, al pie de ella y besándole las manos, que me abandonaba, inertes. ¿Usted, con toda su dulzura, no le podrá perdonar a un hombre que la ha adorado toda su vida y que no hace más que soñar con usted, que le hable así, porque no puede callar por más tiempo? Díme, añadí, volviendo al tuteo delicioso que usábamos cuando niños; díme, Consuelo: ¿no ves que te adoro con toda mi alma? ¿no comprendiste que la fiesta de la otra noche no tuvo más objeto que verte en casa, que sentirte cerca unos minutos, que sentir tus manos en las mías? ¿no sientes que estas flores tienen el mismo olor de nuestras flores del Guaimis?... Respíralas; ¿no les sientes el olor del beso de entonces?...

Ya la tenía en mis brazos, envuelta, fascinada, subyugada por mi comedia de sentimentalismos, que se transformó dentro de mí en sensual delirio al sentir que me devolvía los besos que le daba, y al oírla decirme: "La otra noche me iba muriendo en el inver-

náculo cuando me besaste. Yo no he hecho más que pensar en ti desde entonces. Si me casé, fue por venir a París y verte. Yo nunca le he dado un beso a Rivas. Júrame que me adoras, porque me parece un sueño oírtelo decir... José! José! Por Dios! Pero esto es un crimen adorarnos así; un crimen espantoso siendo yo su mujer".

—Nó, no es un crimen, mi amor; sería un crimen si él te quisiera, si no fuera quien es, si no se hubiera casado contigo por tu fortuna, si no te abandonara como te abandona, si yo no te adorara así. Consuelo, ¿no es cierto que es una locura que me quede aquí un segundo más?, dije, dominándome para lograr la promesa que buscaba, cuando puede volver de un momento a otro y sorprender algo en nuestras caras de la delicia que han sido estos momentos. ¿No es cierto que es una locura, cuando mañana podemos pasar horas enteras juntos, donde no tengamos que temer, en casa, donde haremos de cuenta que no estamos en París y respiraremos en el invernáculo el olor de nuestros bosques?... Qué?, insistí al oír la respuesta. Qué? ¿Te da miedo ir? ¿Y no te acuerdas de que estamos en París, donde nadie mira a nadie y de que vivimos a dos pasos?... ¿Alguna vez ha venido Rivas a medio día, mientras andas tú por los almacenes, o te pregunta dónde has estado? Podemos pasar juntos seis horas, que valdrán para mí por seis años de felicidad... ¿Me tienes miedo?... ¿No sabes que mi amor es tan puro como lo era entonces, que me basta verte, oírte para ser feliz y que no te daré un beso si no quieres?...

Y vino y fue mía; y después ha venido dos veces, sin pedírselo casi, porque ha querido, porque necesita caricias como necesita respirar, y porque el otro, el hombre astuto de las maquiavélicas combinaciones, anda cenando con sus *horizontales,* que le están comiendo medio lado, y tiene abandonada esa flor de sensualidad y de inocencia, que se pasa muchos días y muchas noches sola, porque no tiene casi relaciones en París.

Con otras armas cayó la otra, la rubia baronesa alemana, que tiene la carnadura dorada de las Venus

del Ticiano y está exenta de todo prejuicio, según dice ella, la lectora de Hauptman y de German Bahr. Con esa afecté frialdad absoluta la noche del baile y me limité a hablarle en alemán y referirle con sencillez el duelo con su pariente el Secretario de Embajada, y a hacerla confidente de mi desprecio por los hombres. Creyéndome de mármol, mientras paseábamos juntos por las salas, emprendió una conversación destinada probablemente a cerciorarse de mis escasas facultades amatorias y a escandalizarme con el desprecio profundo que manifestaba por todas las conveniencias sociales y todas las ideas corrientes sobre moral. La dejé hablar largamente. La oía como si no la entendiera, sin contestarle más que lo necesario, para que siguiera hablando, y clavándole los ojos en el seno de Juno, medio desnudo de un corpiño de terciopelo verde oscuro, sobre el cual esplendían magníficos diamantes, y en los labios rojos como una fresa madura. Clavaba ella los ojos en mí, como buscando el efecto de sus frases audaces y de su belleza majestuosa, y se sonreía con una sonrisa de desafío al verme palidecer por instantes, al crecer dentro de mí la tentación que me estaba crispando los nervios.

—Todas esas son teorías, señora; teorías y nada más. Usted en la práctica es una puritana rígida y respeta hasta los más estúpidos lazos con que nos sujeta la sociedad. Si usted viviera de veras, más allá del bién y del mál, como dice Nietzche, sería otra cosa; pero no es así. Si yo le diera a usted un beso ahora, dije, haciéndola sentarse en un saloncito donde no había nadie, usted haría que su marido me mandara un par de testigos; y si la invitara a comer sola conmigo mañana, a las siete de la noche, no volvería a contestarme el saludo.

—Haga usted el ensayo, me respondió, llevando su audacia y mi excitación al paroxismo y valiéndose de una frase que lo envolvía todo.

La besé frenéticamente, y acudió a la cita al día siguiente por la tarde.

—Lo que me ha fascinado en usted, decía al salir de casa, es su desprecio por la moral corriente. Los dos nacimos para entendernos. Usted es el sobrehombre, el *Uber mensch* con que yo soñaba.

Con la Musellaro fue otra historia. So pretexto de amor al arte pagano y de mi entusiasmo por los poetas modernos de Italia, habíamos tenido en los últimos tiempos conversaciones indeciblemente libertinas. La iba a ver desde tres meses antes, los martes por la noche, en que recibe en su casa la flor y nata de los condes y marqueses arruinados y de los pintores y músicos de la colonia. Me había recitado los más ardientes poemas en que D'Annunzio canta las glorias de la carne, con voz ligeramente ronca y velada, medio cerrados los oscuros ojos que, con la mate blancura de la piel, lo puro del perfil y lo espeso de la cabellera negra, hacen soñar con una romana de los tiempos del Imperio; me había oído decirle cosas sin nombre, sin ruborizarse. Sus formas esculturales y sus ademanes de reina atraían las miradas masculinas la noche del baile. Por haber venido varias veces a casa, con el marido, a ver mis colecciones de medallas, de camafeos y de piedras grabadas, se sentía como en la suya y hacía los honores. Esa noche emanaba de ella un tibio olor de Chypre, que, confundido con el de su cuerpo, la envolvía, al bailar, como en una atmósfera espesa de voluptuosidad. En los brazos redondos y de ideal blancura, sobre el descote cortado en cuadro y sobre los negros cabellos ondeados y brillantes, ardían los rubíes sangrientos, que tenían el mismo matiz de la opaca seda del traje, bordado de argentadas pasamanerías que llevaba puesto.

—Julia, le dije llevándola hacia el rincón donde una copia de la Venus de Milo destaca sus blancuras de mármol sobre la pesada cortina del fondo, esta noche la belleza de usted embriaga, como embriagaría un vino de Falerno, bebido en copa de oro. Si usted pudiera verse con unos ojos de hombre, se enamoraría de usted misma. Sueña úno al verla a usted con no vivir en este siglo dejativo y triste, en que hasta el placer se mide y se tasa, sino en la época de los Bor-

gias, provoca verla presidiendo una orgía de príncipes, en que el sabor de los besos se mezclara con el del veneno.

—Usted sueña en eso porque tiene músculos de jayán y nervios de artista del Renacimiento; a todos estos parisienses les parezco vulgar, de fijo; para ellos la distinción consiste en ser flaca y pálida. Los dos deberíamos ser más íntimos, porque nos parecemos mucho; ambos somos paganos, me dijo, quemándome con sus miradas de fuego y mareándome con su olor perverso y sugestivo.

—Esa intimidad depende de usted. Si usted viniera a verme el jueves por la mañana, nos sentiríamos paganos hasta las medulas de los huesos; le leería unos versos y le mostraría unas aguafuertes de Felicien Rops, que usted no conoce, porque son dignas del Museo Secreto de Nápoles...

—Si estoy loca por verlas, me dijo, con la cara iluminada por la alegría y estrechándome el brazo contra el seno de diosa. Vendré a las ocho. Musellaro no se levanta nunca antes de las doce.

Y un beso selló el tácito pacto que contenían aquellas frases; un beso dado detrás de la cortina a que le volvían las espaldas los concurrentes, empeñados en ver a Sarasate, que se levantaba para comenzar a tocar el violín, al que le arrancaba misteriosos quejidos.

¿Donjuanismo? Seducción?... Respecto de Consuelo, tal vez, en quien toqué las más ocultas fibras del sentimiento al recordarle nuestros infantiles y dulcísimos amores; nó con las otras dos, viciosas, coleccionadoras de sensaciones, aleccionadas por quién sabe qué predecesores míos, corrompidas por el arte y la literatura y empeñadas cada una de ellas en ver en mí el personaje que les han mostrado como ideal los librejos ponzoñosos que han leído sin entenderlos. Seducción? Nó, si nadie seduce a nadie... Si es la idea del placer la que nos seduce... Tan ardiente era el deseo en ellas como en mí; dentro de unos años no recordarán la aventura, y si la recuerdan, les parecerá a ambas tan inocente como me parece a mí ahora.

¿Y esto llaman crimen los moralistas severos, que predican su moral en dramas de tres actos? Crimen? ¡Halagar a una mujer, idealizarle el vicio, ponerle al frente un espejo donde se mire más bella de lo que es, hacerla gozar de la vida por unas horas y quedarse sintiendo desprecio por ella, asco de sí mismo, odio por la grotesca parodia del amor y ganas de algo blanco, como una cima de ventisquero, para quitarse del alma el olor y el sabor de la carne!

Musellaro me llamó la otra noche en el Círculo, donde le habían limpiado los bolsillos la víspera, y con mil zalamerías serviles y poniendo por las cumbres mis conocimientos de arte, me habló de un cofrecito de plata, cincelado por Pollaiuolo, que vendía un amigo suyo en Florencia.

—Vale siete mil francos, me dijo. Al momento en que supe que lo vendían, pensé en avisárselo a usted, seguro de que se quedará con él. Mi amigo no quiere que se sepa su nombre. Es un objeto que ha pertenecido a su familia desde hace trescientos años, y del cual se desprende, obligado por las circunstancias. Usted sabe cómo van las cosas en Italia.

—De sobra. Telegrafíele usted a primera hora diciéndole que lo ha colocado y que me lo envíe, le respondí. Le enviaré a usted el cheque mañana mismo.

¡Me río del cofre cincelado por Pollaiuolo! Recibiré algún chirimbolo recién salido del molde. ¡Lo que va a reírse de mí el afortunado marido de la admiradora de Petronio!

El de Olga, el barón alemán delgaducho y triste, que tiene la manía de las estampillas de correo y las colecciona con entusiasmo de colegial, acaba de salir de aquí para pedirme un favor especial. Quiere el Busto del Libertador, una condecoración que da el Gobierno de Venezuela; y al efecto, desea que hable con el simpático mozo autor de *Espirales de humo,* que representa a aquella nación en París y con quien sabe que me ligan relaciones de amistad. Dentro de unas semanas tendrá su medalla y se la colgará al uniforme para que luzca al lado de las siete con que lo enga-

lana al llevarlo, y recibirá una estampilla de mi colección.

. . . .

—¿Siempre ha sido así, no es cierto?, preguntó volviendo a mirarla, como fastidiado por mi solicitud.

—Siempre, le contestó, tendida en la otomana y envuelta en los pliegues de la rosada bata de seda floja que huele a heliotropo blanco... Siempre, le contestó, sonriendo, con su dulzura de moribunda.

—También es que no quiere salir; míra, Pepillo: tú que estás desocupado, paséala; a mí los negocios no me dejan un minuto libre; si lo tuviera, lo haría. Tú que sabes tánto de cuadros y de estatuas, llévamela a los museos; yo no tengo tiempo. ¿Por qué no vas al Louvre mañana con Fernández? le preguntó... ¿No decías que tenías ganas de ir?

—Iremos, nó, José? Es que cuando úna no está acostumbrada a la vida de Europa, no se le ocurre salir con un amigo, cierto?... Y los ojos árabes me miraban con delicia, y la cabeza, recostada sobre los cojines blandos de la otomana, me ofrecía millones de besos para el día siguiente.

—Es que las mujeres no malician lo que lo absorben a úno los negocios, continuó el otro. Tú que sabes la complicación de los míos, supónte si tendré tiempo para pasearla y distraerla como querría...

¿Y sí lo tienes para jugar billar y bacarat en el club y para pasarte las semanas enteras con tus famosas *horizontales* e ir a cenar con ellas, grandísimo tarambana?, pensaba yo entre mí al oírlo.

—¿De modo, Paco, que me autorizas formalmente para pasearla y distraerla?, le pregunté con una frialdad de viejo de setenta años.

—Le vengo suplicando desde que llegó, que salga a conocer a París, y maldito el caso que me hace!

—Oiga usted, Consuelo: su marido me la entrega para que la haga pasear y la distraiga; después usted

no alegue que no le ha dado permiso para ir a tal o cual parte.

—Nó, llévala a donde quieras; vé con Fernández a donde te lleve, oyes?... Ah! las diez, dijo, sacando el reloj; tengo que salir; tú me excusas, cierto? Tengo una cita con Amorteguí para un negocio importante.

Dizque al día siguiente le preguntó ella que si no hablarían los que nos conocen al vernos juntos en mi coche, y le dijo él soltando la carcajada:

—Nó; si a Fernández lo conocen todos... ¿Tú sabes cómo lo llaman? El Casto José. No te afanes por lo que digan, que no dirán nada...

!Y me lo contaba ella, riéndose con la boca carnuda y deliciosa, recostada en uno de los divanes de mi biblioteca! Me voy a pasar contigo los días enteros, si quieres, me decía; para que me consientas y me quieras; si nó, me muero... Estoy muy enferma, sabes? Tengo fiebrecita todas las noches, desde hace un año, desde que vine. No estudies tánto, agregaba viendo los atlas, las cartas geográficas, los gruesos volúmenes abiertos sobre las mesas y los estantes enormes de la bbilioteca; te matas si sigues estudiando así. Mira: vas a descansar paseándome; desde mañana le echo llave a este cuarto de viejo y comenzamos nuestras excursiones.

Dicho y hecho. Como no quería que la vieran conmigo, los sitios predilectos fueron los alrededores de París, los pueblecitos rientes y llenos de verdura, las salas de los museos, las iglesias más distantes del centro.

Cluny no me gusta; hay allí tánto vejestorio, y aquello huele a sacristía; lo que me encanta es el Luxemburgo, que tiene cuadros nuevos, y esos jardines tan lindos, cerca. ¿Y esto es lo que ponderan?, me preguntaba, viendo los arcos de piedra renegrida y las misteriosas esculturas de las torres de Nuestra Señora. ¡Cuánto más linda San Francisco, que es nueva y tiene tántos dorados! Yo comencé una vez a leer una novela que se llama como esta iglesia, y no seguí

porque no entendía nada. ¿Tú has oído hablar de ella?... Creo que es de Dumas.

Resucitó con mi amor. Dio en no querer que saliéramos y se pasaba los días envuelta en la rosada bata de seda floja, viendo dibujos a la sanguínea, aguafuertes, grabados en acero y acuarelas de los que guardan mis cartones; examinando los camafeos uno por uno. Míra esta pintura, me decía, mostrándomela y paseando por las salas desiertas sus miradas curiosas y la languidez dejativa y rítmica de su cuerpo delicioso, que ondula como las palmas de nuestra tierra, al soplo del viento del mar. ¿Hacerla comer algo que la alimentara?... Nó; golosinas y frutas, pastelillos rellenos de confituras, confites, caramelos y almendras de la casa Boissier y albérchigos y uvas moscateles, que destrozaba con sus dientes de azulosa blancura.

—Te vas a morir de anemia, Consuelo, le dije una mañana, en que, sentados ambos en el comedor, no quería probar una ala de pollo que le ofrecía, suplicándole.

—Pero si tú sabes que nunca como carne. Dáme café negro; eso sí, y una copita de marrasquino, continuó tendiéndome la taza de Sevres y la frágil copa en forma de lirio. Díme: ¿a que tú no has pensado en esto? ¿qué tienen aquí que sea tan bueno como lo que tenemos nosotros allá? Míra el café, el chocolate, las piñas, la vainilla, las esmeraldas, el oro, todo eso, que es lo mejor, viene de nuestra tierra. ¿Te acuerdas de las piñas del Guaimis?... Se las manda coger úno a los negros, y se las traen por montones... ¡Aquí sólo las comen los millonarios, los príncipes!... ¿De qué te ríes?, me preguntó, seria, al ver la sonrisa que no pude contener al oírla...

—De pensar que a las mujeres que nacen allá no las consiguen ni los príncipes, le dije, aludiendo a la carcajada que le soltó al de Pontavento la noche del baile en que quiso besarle una mano.

—Nó, esas son para los que las conocen desde que nacieron y las consienten como tú a mí. Estas de aquí serán más lindas y más elegantes, dijo; pero no sa-

ben querer. Aquí nadie quiere a nadie. ¿Sabes tú lo que a mí me parecen las parisienses? Muñecas vivas... añadió, soltando una carcajada. ¿Tú crees que alguna de esas es capaz de querer como queremos nosotras?

Así se han ido tres meses casi, en diálogos de esos, en siestas dormidas en las dos hamacas, que hice colocar entre las palmas del invernáculo, en paseos de que volvíamos con los ojos llenos del color y el olor del campo, donde pasábamos las mañanas en rasguear una bandola que tenía yo en mi escritorio como adorno y hacer sonar en el aire de París las dejativas canciones de la tierra donde nacimos... Le he ofrecido ir a San Sebastián y a Biarritz, para donde se la llevó Paco a ver toros.

—Oye: allá oiremos siquiera hablar español y no me llamarán Madame. Vamos a estar felices; vendrás cierto?

—¡Me la has curado Pepillo! Mírala cómo está de rosada y de gorda... Han sido los paseos contigo. No sé cómo agradecértelo. Si vieras el buen humor que tiene ahora. Antes vivía suspirando. Vén a San Sebastián y allá completarás la obra. ¿Te esperamos precisamente? Instale tú, Consuelo, le decía el marido esta mañana, al dejarlos en la estación, donde cruzámos la última mirada, y le estreché la mano, que no volveré a sentir en las mías por mucho tiempo, porque, cansado de besos, de mimos, de enervamientos y de lascivias, me iré dentro de tres semanas a Nueva York a ver si los negocios a la americana y el *hard work* me curan del mal de vivir y del asco de la vida que estoy sintiendo. ..

18 de septiembre.

¡Y no me he ido! Si vuelve, le cerraré brutalmente la puerta y haré que alguien le sugiera al marido que no la deje salir sola, porque corre peligro de que se rían de él, si siguen viéndola conmigo. Desde su ida me he consagrado a revisar mi plan concebido en Suiza en el verano pasado, en los días en que viví en el picacho abrupto donde no llegaba ni el ruido de la canallería humana. Tranquilos los sentidos por

los excesos de los meses pasados, he vuelto a vivir la vida verdadera y a sentir que me renacen las alas que me habían cortado las tres Dálilas, la lectora de Nietzche, la sensual romana y mi sentimental y perezosa amiga, que no ha leído, a Dios gracias, ningún libro que le haya quitado del alma el perfume de sencillez que la hace adorable.

¡Es una almita cerrada, inconsciente y fresca, que guarda todo su olor a montaña y a nido y a rosas como las parásitas del Guaimis, como las orquídeas rosadas que le di la tarde en que la besé por primera vez!

1º de octubre.

Camilo Monteverde, mi primo hermano, que está en París ahora, y yo, no hablamos nunca de arte. En literatura se quedó en el naturalismo de Zola, que es para él la fórmula suprema. Sabe que lo considero de cuarto orden como escultor, a pesar de la fama de que disfruta en mi tierra, y no entiende mis versos, según confesión propia. Eso es música del porvenir, puro Wagner..., me dice cuando lee algo mío. Para mí el primer poeta contemporáneo de España es Campoamor... ese es claro y lo entiendo...

No hablamos de arte nunca. Hablamos de nostros mismos o, mejor dicho, me habla él de él y de mí, dada la especie de pudor que me impide dejarle ver ciertos modos de sentir míos, de que se reiría. En cambio, exagera él un poco su cinismo; cuando me hace confidencias, toma la *pose canaille,* que diría un pintor, y me exhibe un personaje muy diferente del que conoce el público y muy parecido al que describe Luis Montes, que lo desprecia y lo odia con todas sus fuerzas y no le reconoce ni aun sus más positivos méritos.

—¿Tú siempre cazando el pájaro azul?, me decía antier en el cuarto de fumar. Voy mil dólares de apuesta a que estás enamorado platónicamente y a que todo lo que he visto en tu casa lo has comprado y lo has pagado.

—No conozco otro modo de hacerse úno a lo que desea, le dije. ¿Tú has encontrado otro?

—Ya lo creo; se lo hace úno regalar o se lo lleva. Aquí en París debe ser difícil el procedimiento mío; pero en mi tierra me ha surtido resultado completo. Todos los tapices, los muebles antiguos, las armas y los cuadros que tengo han salido de los conventos y de las iglesias. ¿Cómo?, me dirás tú. Pues haciendo tales bajezas para tenerlos; diciendo tales cosas respecto de ellos, que el dueño o la dueña, viejo que le conoció a úno de muchacho, o muchacho que lo admira y quiere tenerlo contento, a las pocas vueltas manda la pintura, el broncecito, el objeto histórico, diciéndose: "Esto aquí no luce mayor cosa y en cambio Monteverde contará que es regalo mío...". ¿Es que tú no eres práctico?... continuó después de un silencio y como pensando en alta voz. Tú te entusiasmas con las cosas, te enamoras de las mujeres, haces locuras por ellas, tienes la manía de trabajar y de saber. ¿Qué ha sido hasta ahora tu vida?... Una cacería al pájaro azul... Míra: el secreto es, con el menor esfuerzo posible, lograr el mayor resultado posible, sin moverse casi y a punta de imbecilidad de los otros y de las otras, de adulaciones de úno a los que no las esperan y de insolencia con los que las esperan. Así, comienza a lloverle a úno todo del cielo, amigos, fama, dinero y mujeres. Mujeres!, siguió en su monólogo, apurando a tragos largos una copa grande de whisky que se había servido; mujeres! todas incoherentes: Jorge Sand y Cora Pearl, Sarah Bernharth y Juana de Arco; todas deliciosas, todas asquerosas, y todas mujeres! ¿Tú conoces la taberna de Rousselot en Montmartre?... ¡Qué vas tú a ir allá!... ¡Tú el soñador de aristocráticos idealismos!...

—¿Y por qué me preguntas si la conozco?, le pregunté, riéndome...

—Porque antes de anoche me encontré ahí una maravilla, una de las muchachas que venden la cerveza. Es deliciosamente estúpida y estúpidamente deliciosa. Tú no entiendes de eso. Tú vas soñando siempre en alguna Dulcinea, como el caballero de la triste

figura; yo soy más práctico... Los dos somos del mismo árbol, los Andrades aquellos, oyes?... con dos injertos diferentes, tú de Don Quijote... yo de Sancho; tú andas peleando con los molinos, soltando a los prisioneros, vistiéndote con el yelmo de Mambrino y buscando a Merlín, el encantador... Díme que no vives leyendo libros de caballerías...

Así llama a todos los que sean de ciencia un poco abstrusa, de novela psicológica, de poesía de alto aliento, de crítica sutil y personal.

—Yo me voy ahora para Normandía a comprar unas vacas; después iré a Inglaterra a buscar unos toros Durham. ¿Tú crees en mi pasión por el arte?... La escultura me importa un comino. Vénte conmigo a Inglaterra.

—No puedo, le dije; tengo mucho que hacer.

—¿Tú tienes mucho que hacer, viviendo en París, y a los veintisiete años, y con tus millones?... Pero entonces ya no tienes remedio...

Monteverde es un hombre práctico, indudablemente.

15 de octubre.

En el aislamiento en que he vivido estas semanas, todos los recuerdos de lo reciente se han borrado a mi alrededor, y la imagen de Helena ha ido resucitando hasta hacerse más vívida que nunca. Ayer, al abrir la puerta del cuarto donde están los retratos, la puerta cuya llave sólo tengo yo y que no había vuelto a usar desde el encuentro con Nelly, un olor extraño y nauseabundo me impidió entrar. Estaba oscura la tarde, y el tono sombrío del cuero de Córdoba que cubre las paredes, acrecentaba la oscuridad de la estancia. Sólo distinguí en ella la blancura de la túnica y del manto, destacándose sobre el fondo sombrío.

Volví a pasos lentos y precedido de Francisco, que entró con las bujías de un candelabro, encendidas para alumbrarme el camino. El nauseabundo olor era el de las últimas flores pedidas a Cannes, que al

descomponerse, habían podrido el agua de los vasos. Olía aquello a sepulcro, y los montones de hojas y de pétalos secos, de ramillos negros, de cálices duros los unos y acartonados como momias, podridos los otros por la humedad yacían en los floreros de Murano y en las jardineras sobre el mármol cubierto de polvo de la mesa; las rosas desprendidas del tallo y negras casi, sugerían la idea de un cementerio de flores.

El criado abrió el balcón para renovar el aire pesado. Por él entraron la difusa luz del crepúsculo violáceo y cobrizo y la llovizna fría, que sacudió las cortinas, melancólicamente. Un rayo de sol brilló en el marco del retrato de la santa de las guedejas blancas y tirité al sentir el soplo helado del aire del otoño.

Sobre los veladores de malaquita el polvo opacaba el verde de la piedra, y unas moscas muertas extendían las inertes alitas y las rígidas patas. El polvo y las moscas habían manchado el marroquí blanco y los dorados de los libros que compré en Londres en el invierno pasado; y a la doble luz de las bujías del candelabro y del crepúsculo, que filtraba por el balcón su tristeza fría, me parecieron desteñidos y ajados los colores de las alfombras de oriente que cubren el piso.

Mi alma en ese momento estaba más sombría que el cuarto abandonado y más marchita que las flores. Los pobres libros manchados han ido a dar a mi biblioteca, y el pesado cofre de hierro de las joyas a mi escritorio. La copia del cuadro de Rivington y el retrato pintado por Whistler están en mi alcoba. Duermo bajo las miradas de la santa de las guedejas de plata y de la figura que lleva en las manos el manojo de lirios blancos, y pienso a veces que si sobre la oscura tapicería que cubre las paredes hubieran estado siempre los dos lienzos, ni Nelly, ni la de Rivas, ni la Musellaro, ni Olga, habrían entrado ni a mi vida, ni a mi alcoba.

25 de octubre.

Han sido diez días de actividad loca, sin resultado alguno. Desde hace cinco hay un empleado mío en cada una de las capitales de Europa, sin más ofi-

cio que recorrer los hoteles y telegrafiarme. Por conducto de Marinoni y so pretexto de un negocio de grande importancia he logrado que la agencia Charnoz les trasmita a sus corresponsales del mundo entero el nombre de Scilly, para que averigüen por él, y yo me paso las horas en mi escritorio esperando, minuto por minuto, la llegada de los partes telegráficos o de los telegramas. Empresa inútil; empresa inútil y sin embargo, tengo la seguridad de encontrarla y de que algún día, al contarle mi impaciencia de estas horas, sus pupilas azules tengan un brillo más dulce al mirarme y se sonrían sus labios apenas rosados, animando con esa sonrisa la sobrenatural palidez exangüe de las mejillas enmarcadas por la rizosa e indómita cabellera castaña, que tiene visos de oro donde la luz la toca!

Helena! Helena! Hoy no es el grotesco temor al desequilibrio, como lo era al escribir los ridículos análisis de Londres, lo que me hace invocarte para pedirte que me salves. Es un amor sobrenatural que sube hacia ti como una llama donde se han fundido todas las impurezas de mi vida. Todas las fuerzas de mi espíritu, todas las potencias de mi alma se vuelven hacia ti como la aguja magnética hacia el invisible imán que la rige... ¿En dónde estás?... Súrge, aparécete. Eres la última creencia y la última esperanza. Si te encuentro será mi vida algo como una ascensión gloriosa hacia la luz infinita; si mi afán es inútil y vanos mis esfuerzos, cuando suene la hora suprema en que se cierran los ojos para siempre, mi sér, misterioso compuesto de fuego y de lodo, de éxtasis y de rugidos, irá a dehacerse en las oscuridades insondables de la tumba.

16 de Enero.

Estuve diez días sin saber de mí. Lo primero que vi al abrir los ojos, a la sombra de las cortinas de terciopelo de la cama y en la media luz artificial de la alcoba, fue la gran cabeza de Charvet inclinada sobre la mía. Me hundía en los entreabiertos ojos la mirada aguda y penetrante de los suyos, y los tenía tan cerca a los míos que le veía una a una las pestañas grisosas.

—¿Me conoce usted, Fernández?

—Sí, maestro, articulé con dificultad y con voz apagada.

—¡Está salvado!, oí que decía, y al volver a cerrar los ojos para hundirme en el pesado letargo, alcancé a ver dos cabezas de mujer que cuchicheaban en la sombra.

Después, nada, ni pensamiento alguno, ni imagen alguna que cruzara la inconsciencia en que estaba sumido. De cuando en cuando unas manos que me levantaban la cabeza, la luz de una bujía, el brillo de una cuchara de plata y el sabor de una droga que me quemaba la garganta; a veces un dolor que me cruzaba la cabeza de sien a sien, y por instantes la sensación de caer, como una piedra entre lo negro de una noche sin astros.

Cuando comenzó a dolerme todo el cuerpo, como magullado y herido, y las sensaciones externas fueron acentúandose, me quejaba como un niño y me debatía como un energúmeno para no tomar las cucharadas.

—Eso es ya la mejoría; va volviendo, decía la voz acariciadora de Charvet; ya hay voluntad. ¡Si es una naturaleza de hierro!

—Amigo mío, me dijo el primer día en que después de larguísimo sueño y de sentirme vivo al despertar, hice un esfuerzo para moverme, tiene usted enfermedades capaces de desconcertar al que más seguro esté de su ciencia. Ha estado usted entre la vida y la muerte; hubo un instante en que el corazón estuvo tan débil, que con el oído puesto sobre él esperé las últimas palpitaciones, y en que la temperatura bajó grado y medio de lo normal. Ahora su corazón funciona bien y la temperatura acusa ligera fiebre. Ha sido el mismo accidente de hace un año, pero mucho más grave. Está usted hoy, como entonces, como si hubiera tenido una hemorragia copiosa. ¡Tenemos que hacer sangre, amigo mío!...

Y he hecho sangre, como dice él, en la convalecencia, que le ha parecido rápida y que me ha parecido interminable, porque no veía la hora de ponerme en movimiento; mi juventud y el vigor de mi organización, ayudados por sus sabias indicaciones, triunfaron de la horrible debilidad en que me dejó el vértigo.

Ahora acabo de pasearme por el hotel, que está vacío, completamente vacío, con las paredes y los pisos desnudos. Mis pasos repercuten en los salones desiertos y como agrandados por la falta de muebles. Tiene todo él, alumbrado por el frío sol de invierno, la tristeza de los sitios donde vivimos, dejando algo de nosotros mismos, y que no volveremos a ver nunca. Mañana vendrá a habitar entre sus cuatro paredes otro, quizá menos desgraciado que el que lo abandona.

Muebles y objetos de arte, caballos y coches, todo el fastuoso tren que fue como la decoración en que me moví en estos años de vida en el viejo continente, me esperan ya en el vapor que al romper el día comenzará a cruzar las olas verdosas del enorme Atlántico para ir a fondear en la rada donde se alza, con el eléctrico fanal en la mano, la estatua de la Libertad, modelada por Bartholdi.

Voy a pedirle a vulgares ocupaciones mercantiles y al empleo incesante de mi actividad material lo que no me darían ni el amor ni el arte, el secreto para soportar la vida, que me sería imposible en el lugar donde, bajo la tierra, ha quedado una parte de mi alma. El coche que me llevará a la estación para tomar el tren que me aleje de París para siempre, irá primero al lugar donde he pasado las mañanas de los últimos días.

Al llegar a él el 28 de octubre, con una tarde destemplada y húmeda, Marinoni se alejó, suplicándome que lo esperara por unos momentos. Seguramente quería estar solo para conmemorar el aniversario. Caminé unos pasos, y al sentir lo mojado del piso, fui a detenerme bajo las ramas de un árbol y cerca de una columna que tenía la inscripción medio borrada por los años y la lluvia. Recorrí con las miradas el horizonte cobrizo, sobre el cual cortaban sus negruras finas, como

los calados de un encaje, las cimas de los árboles de la entrada, sacudidos por el viento. Allá, lejos, entre las sombras que empezaban a envolver el paisaje, dorada por un rayo del sol, brillaba la cúpula de los Inválidos. Por sobre la ciudad, confusamente delineada, sobresalían las masas negras de las torres de Nuestra Señora, y el cielo rojizo se reflejaba en la corriente del río.

Al bajar los ojos hacia el suelo alfombrado por las hojas marchitas, cuyo olor melancólico estaba respirando en la tristeza del paisaje, tropezaron mis miradas con una rama que pendía, rota, del rosal vecino y cuyas tres hojas se agrupaban en la misma disposición que tienen las del camafeo de Helena. Una mariposilla blanca se detuvo sobre ellas un instante, y levantando el vuelo vino a tocarme la frente.

Sobrecogióme al verla el supersticioso terror que me invadió al ver la otra alzarse de entre el ramo de rosas blancas, en la alcoba de Constanza Lansser; me crispó el recuerdo de la pesadilla de Londres, en que rodando hacia el fondo de un abismo negro, veía arriba, arriba las tres hojas de una rama y el revoloteo de la mariposa blanca sobre la claridad azul del cielo; y al recordar el horrible sueño, una ansiedad sin nombre, una impresión de miedo irrazonado e irresistible, me aflojó las piernas y me quitó las fuerzas. Comprendí que iba a caerme en ese instante, ahí, sobre el barro, y a morirme del mismo mal que me hizo caer en el boulevard la última noche del año antepasado, al detenerse el volante y cruzarse los punteros de oro sobre la muestra de alabastro. Las doce campanadas ensordecedoras que oí aquella noche comenzaron a sonarme en los oídos. Dando media vuelta para buscar un punto de apoyo en el monumento que tenía a la espalda, y cerrando los ojos, alcancé a cogerme de la verja baja de hierro y de la pilastra que formaba la esquina. Caí de rodillas apoyándome con la mano derecha en el suelo y agarrándome con la izquierda de la baranda de metal frío. El desvanecimiento iba pasando y la impresión de terror disminuía. Abrí al fin los ojos. Vi blanco; hice un esfuerzo horrible para levantarme, y de

pie ya, agarrado de la baranda, los volví a cerrar instantáneamente, porque sentí que me volvía el vértigo. De repente di un grito de terror. Había sentido unas manos que se apoyaban en mis hombros. Volví la cabeza. Era Marinoni que había vuelto y me había cogido por detrás.

—¿Qué tienes?, preguntó, asustado.

—El vértigo... alcancé a contestarle.

—Quédate quieto; déja que te pase; yo te tengo para que no te caigas, dijo y me sostuvo con todo su cuerpo... Suélta la verja; eso es, apóyate en mí... Quédate quieto...

—Ya pasó, le dije al sentir que disminuía gradualmente la angustia, y levanté la cabeza. Al hacerlo, leí la inscripción negra sobre el mármol blanco, que encierra la verja, di otro grito, que sonó en todo el cementerio, y caí desplomado.

De ahí hasta el despertar en la alcoba, con la cabeza apoyada en los almohadones y los ojos de Charvet fijos en los míos, no tengo recuerdo ninguno.

Hace doce días hice mi primera salida para ir al cementerio, a donde he vuelto después, todas las mañanas, a cubrir de flores la losa que reza su nombre y dice la fecha y la hora de su muerte. Es la última hora del año, en que agonicé de angustia frente al reloj de mármol negro, viendo juntarse los punteros de oro para marcar el minuto supremo sobre la muestra de alabastro, tras de la cual creí sentir que iba a aparecérseme lo Desconocido. La hora del tren se acerca. Oigo el ruido del coche que se detiene frente a la puerta del hotel.

Viene a buscarme para ir a llevarle las últimas flores que pondré sobre su tumba.

Su tumba? Muerta tú?... Convertida tú en carne que se pudre y que devorarán los gusanos?... ¿Convertida tú en un esqueletito negro que se deshace? Nó, tú no has muerto; tú estás viva y vivirás siempre, Helena, para realzar el místico delirio de las abuelas ago-

nizantes, arrojando en el alma de los poetas ateos, entenebrecida por las orgías de la carne, el pálido ramo de rosas y para hacer la señal que salva, con los dedos largos de tus manos alabastrinas.

Muerta tú?... Jamás! Tú vas por el mundo con la suave gracia de tus contornos de virgen, de tu pálida faz, cuya mortal palidez exangüe alumbran las pupilas azules y enmarca la indómita cabellera que te cae en oscuros rizos sobre los hombros.

¿Muerta tú, Helena?... Nó, tú no puedes morir. Tal vez no hayas existido nunca y seas sólo un sueño luminoso de mi espíritu; pero eres un sueño más real que eso que los hombres llaman la Realidad. Lo que ellos llaman así, es solo una máscara oscura tras de la cual se asoman y miran los ojos de sombra del misterio, y tú eres el Misterio mismo.

José Fernández, al suspender la lectura, cerró el libro, empastado en marroquí negro, y ajustándole la cerradura de oro con la mano nerviosa, lo colocó sobre la mesa.

Los cuatro amigos guardaron silencio, un silencio absoluto en que se oía el ir y venir de la péndola del antiguo reloj del vestíbulo, el murmullo de la lluvia que sacudía las ramazones de los árboles del parque, el quejido triste del viento y el revoloteo de las hojas secas contra los cristales del balcón.

Adormecíase en él la semioscuridad carmesí del aposento. El humo tenue de los cigarrillos de Oriente ondeaba en sutiles espirales en el círculo de luz de la lámpara atenuada por la pantalla de encajes antiguos. Blanqueaban las frágiles tazas de china sobre el terciopelo color de sangre de la carpeta, y en el fondo del frasco de cristal tallado, entre la transparencia del aguardiente de Dantzing, los átomos de oro se agitaban luminosos, bailando una ronda, fantástica como un cuento de hadas.

LA PROTESTA DE LA MUSA

LA PROTESTA DE LA MUSA

En el cuarto sencillo y triste, cerca de la mesa cubierta de hojas escritas, la sien apoyada en la mano, la mirada fija en las páginas frescas, el poeta satírico leía su libro, el libro en que había trabajado por meses enteros.

La oscuridad del aposento se iluminó de una luz diáfana de madrugada de Mayo; flotaron en el aire olores de primavera, y la Musa, sonriente, blanca y grácil, surgió y se apoyó en la mesa tosca, y paseó los ojos claros, en que se reflejaba la inmensidad de los cielos, por sobre las hojas recién impresas del libro abierto.

—¿Qué has escrito?... —le dijo.

El poeta calló silencioso, trató de evitar aquella mirada, que ya no se fijaba en las hojas del libro, sino en sus ojos fatigados y turbios...

—Yo he hecho —contestó, y la voz le temblaba como la de un niño asustado y sorprendido—, he hecho un libro de sátiras, un libro de burlas... en que he mostrado las vilezas y los errores, las miserias y las debilidades, las faltas y los vicios de los hombres. Tú no estabas aquí... No he sentido tu voz al escribirlos, y me han inspirado el genio del odio y el genio del ridículo, y ambos me han dado flechas, que me

he divertido en clavar en las almas y en los cuerpos, y es divertido... Musa, tú eres seria y no comprendes estas diversiones; tú nunca te ríes; mira, las flechas al clavarse herían, y los heridos hacían muecas risibles y contracciones dolorosas; he desnudado las almas y las he exhibido en su fealdad, he mostrado los ridículos ocultos, he abierto las heridas cerradas; esas monedas que ves sobre la mesa, esos escudos brillantes son el fruto de mi trabajo, y me he reído al hacer reír a los hombres, al ver que los hombres se ríen los unos de los otros. Musa, ríe conmigo... La vida es alegre... Y el poeta satírico se reía al decir esas frases, a tiempo que una tristeza grave contraía los labios rosados y velaba los ojos profundos de la Musa...

—¡Oh profanación! —murmuró ésta, paseando una mirada de lástima por el libro impreso y viendo el oro—; ¡oh profanación!, ¿y para clavar esas flechas has empleado las formas sagradas, los versos que cantan y que ríen, los aleteos ágiles de las rimas, las músicas fascinadoras del ritmo?... La vida es grave, el verso es noble, el arte es sagrado. Yo conozco tu obra. En vez de las pedrerías brillantes, de los zafiros y de los ópalos, de los esmaltes policromos y de los camafeos delicados, de las filigranas áureas, en vez de los encajes que parecen tejidos por las hadas, y de los collares de perlas pálidas que llevan los cofres de los poetas, has removido cieno y fango donde hay reptiles, reptiles de los que yo odio. Yo soy amiga de los pájaros, de los seres alados que cruzan el cielo entre la luz, y los inspiro cuando en las noches claras de Julio dan serenatas a las estrellas desde las enramadas sombrías; pero odio a las serpientes y a los reptiles que nacen en los pantanos. Yo inspiro los idilios verdes, como los campos florecidos, y las elegías negras, como los paños fúnebres, donde caen las lágrimas de los cirios..., pero no te he inspirado. ¿Por qué te ríes? ¿Por qué has convertido tus insultos en obra de arte? Tú podrías haber cantado la vida, el misterio profundo de la vida; la inquietud de los hombres cuando piensan en la muerte; las conquistas de hoy; la lucha de los buenos; los elementos domesticados por el hombre; el hierro, blando bajo su mano; el rayo, conver-

tido en su esclavo; las locomotoras, vivas y audaces, que riegan en el aire penachos de humo; el telégrafo, que suprime las distancias; el hilo por donde pasan las vibraciones misteriosas de la idea. ¿Por qué has visto las manchas de tus hermanos? ¿Por qué has contado sus debilidades? ¿Por qué te has entretenido en clavar esas flechas, en herirlos, en agitar ese cieno, cuando la misión del poeta es besar las heridas y besar a los infelices en la frente, y dulcificar la vida con sus cantos, y abrirles, a los que yerran, abrirles amplias, las puertas de la Virtud y del Amor? ¿Por qué has seguido los consejos del odio? ¿Por qué has reducido tus ideas a la forma sagrada del verso, cuando los versos están hechos para cantar la bondad y el perdón, la belleza de las mujeres y el valor de los hombres? Y no me creas tímida. Yo he sido también la Musa inspiradora de las estrofas que azotan como látigos y de las estrofas que queman como hierros candentes; yo soy la musa Indignación que les dictó sus versos a Juvenal y al Dante; yo inspiro a los Tirteos eternos; yo le enseñé a Hugo a dar a los alejandrinos de los *Castigos* clarineos estridentes de trompetas y truenos de descargas que humean; yo canto las luchas de los pueblos, las caídas de los tiranos, las grandezas de los hombres libres..., pero no conozco los insultos ni el odio. Yo arrancaba los cartelones, que fijaban manos desconocidas en el pedestal de la estatua de Pasquino. Quede ahí tu obra de insultos y de desprecios, que no fue dictada por mí. Sigue profanando los versos sagrados y conviértelos en flechas que hieran, en reptiles que envenenen, en *Inris* que escarnezcan, remueve el fango de la envidia, recoge cieno y arrójalo a lo alto, a riesgo de mancharte, tú que podrías llevar una aureola si cantaras lo sublime, activa las envidias dormidas. Yo voy a buscar a los poetas, a los enamorados del arte y de la vida, de las Venus de mármol que sonríen en el fondo de los bosques oscuros, y de las Venus de carne que sonríen en las alcobas perfumadas; de los cantos y de las músicas de la naturaleza, de los besos suaves y de las luchas ásperas; de las sederías multicolores y de las espadas severas; jamás me sentirás cerca para dictarte

una estrofa. Quédate ahí con tu Genio del odio y con tu Genio del ridículo.

Y la Musa grácil y blanca, la Musa de labios rosados, en cuyos ojos se reflejaba la inmensidad de los cielos, desapareció del aposento, llevándose con ella la luz diáfana de alborada de Mayo y los olores de primavera, y el poeta quedó solo, cerca de la mesa cubierta de hojas escritas, paseó una mirada de desencanto por el montón de oro y por las páginas de su libro satírico, y con la frente apoyada en las manos sollozó desesperadamente.

Transposiciones

I

AL CARBON

La luz fría que entra por la hoja entreabierta de la ventana del fondo, al través de cuyos barrotes de hierro se ven a contraluz las ramazones de unos árboles que se cortan sobre el cielo claro y descolorido, rayado por la llovizna, aclara el cuarto desmantelado, blanqueado con cal y el piso de ladrillos, desteñidos por el polvo. Al pie de la ventana hay una cama vieja con unos colchones tirados en desorden; a la izquierda un armario abierto y vacío; a la derecha una tina de zinc, sin pintar, un cajón de madera lleno de cooke, y sobre el piso, con un montón de botellas de champaña vacías también, una aglomeración de trastos desvencijados e inútiles; un sillón de cuero, sin brazos, una sartén, dos cacerolas y una regadera de lata. El hollín de la cocina cercana y el polvo del carbón mineral han suavizado la blancura de las paredes, se han acumulado en las desigualdades del pañete y en los rincones tenebrosos. En el primer plano un burro viejo levanta la cabeza pensativa de entre el canasto de hollejos y de desperdicios que tiene al frente; la luz que llega por detrás le platea el contorno del cuerpo, de las piernas delgadas y el pelo largo de las orejas enormes; el animal se perfila oscuro sobre la claridad débil de la pared del frente, y parece el cuarto de trastos viejos, alumbrado así por la luz sin color de la mañana lloviznosa de Noviembre, un estudio al carbón, hecho con imperceptibles transiciones de lo blanco a lo gris, de lo gris claro a lo gris oscuro, de lo gris oscuro a lo negro

suave, de lo negro suave a la sombra intensa; un estudio al carbón en que la penumbra domina en el conjunto; en que la luz brilla en el zinc de la tina, en la lata de la regadera, en el borde de las cacerolas, en el tiquete blanco de una botella de champaña, y en que la sombra se acumula en el espaldar del sillón, en el mango de la sartén, en el pliegue de los colchones, en el interior del armario vacío, debajo de las botellas y en tres puntos de la cabeza del burro, en la nariz entreabierta, en el fondo de la oreja peluda y en el ojo grande y redondo, sobre el cual brillan las pestañas plateadas y finísimas como rayas blancas que un dibujante, enamorado del detalle, hubiera trazado con la punta afilada y dura de un lápiz de tiza sobre la negrura mate y grasa de una sombra reteñida con carbón Conté.

II

AL PASTEL

Han estado jugando un juego de prendas nuevo, en que nadie acierta y en que la dueña de la casa para castigar a las perdidosas, inventa penitencias absurdas. Las ha hecho comer huevos crudos, marcarse en la frente con ceniza, arrodillarse para decir versos grotescos y predicar sermones por mano ajena. Una de las jugadoras, una muchacha de quince años, muy vulgar, vestida de muselina blanca con ramos de flores azules, dos lazos de cintas rosadas en los hombros y una rosa roja en el seno, no acertó una adivinanza, y en penitencia le pintaron con la punta de un corcho quemado, una cruz en la frente, otra en la mejilla derecha y otra en el hoyuelo de la barba. Después, para quitar el carbón, se frotó la cara con una toalla de lino; le quedaron tres manchitas negras, y en cambio la fricción le enrojeció las mejillas con el bermellón de la sangre, atraída a flor de piel. Ahora, para colmo de males, le tocó otra penitencia más difícil que la anterior: sacar con los dientes de entre la harina de trigo puesta en un plato hondo, una sortija de oro. Al tratar de hacerlo, una mano atrevida le empujó la cabeza

contra el plato y la hizo enharinarse toda. Tiene cubiertos de harina los cabellos de visos rojos, blanqueada la cara; no puede levantarse porque está agitada por el juego, y para refrescarse un poco antes de salir, se pasa el pañuelo por las mejillas, y va a sentarse, allá lejos, en un rincón donde hay poca luz, dándose aire con un abanico de raso amarillo. Al envolverlos la penumbra, aquellos colores violentos que chillaban a la claridad brutal de la lámpara de petróleo; el blanco y lo rojo del pelo enharinado, el blanco de la harina sobre la cara, el bermellón de las mejillas, el negro de las tres manchas del carbón, el azul de las ramazones del vestido, el rojo de la rosa, el rosado de las cintas, el amarillo del abanico, se destiñen, se suavizan, se esfuminan, se aterciopelan, se funden uno en otro, como sumergidos en un baño de leche, como velados por una niebla, y es la jugadora retozona de juegos de prendas, vista así de lejos, en el rincón oscuro, un pastel adorable de la marquesa del siglo XVIII, uno de aquellos pasteles del gran maestro de los lápices de color, de la pintura delicada como el esmalte de las alas de las mariposas, del inimitable La Tour; uno de equellos pasteles que, a la caída del crepúsculo, sonríen suavísimamente en la galería de Saint-Quentin.

SUSPIROS

Si fuera poeta y pudiese fijar el revoloteo de las ideas en rimas brillantes y ágiles como una bandada de mariposas blancas de primavera con alfileres sutiles de oro; si pudiera cristalizar los sueños en raras estrofas, haría un maravilloso poema en que hablara de los suspiros, de ese aire que vuelve al aire, llevándose consigo algo de las esperanzas, de los cansancios y de las melancolías de los hombres.

Y para huir de los suspiros de convención, de las romanzas sentimentales, llenas de luna de pacotilla y de ruiseñores triviales, hablaría de los suspiros angustiosos que flotan en el aire espeso e impregnado de olor de ácido fénico, en la luz dorada de los cirios,

entre el aroma vago de las flores mortuorias, cerca de aquellos cuyos ojos, cerrados para siempre, guardan las huellas violáceas de los últimos insomnios, y cuyos labios se ajaron con el frío de la muerte...

¡Ah no! Ese suspiro sería demasiado triste para hablar de él; su recuerdo haría nublarse los ojos nuevos de las lectoras, los ojos oscuros unas veces como noches de invierno, azules y claros otras, como el agua de los lagos quietos.

Para que no se nublaran, hablaría del suspiro de voluptuosidad y de cansancio que flota en el aire tibio de una sala de baile, iluminada como el día, reflejada por espejos venecianos; del suspiro de una mujer hermosa y joven agitada por el valse, cuya piel de durazno se sonrosa, y cuyos dedos de hada estrechan febrilmente el abanico de plumas flexibles que le besan la falda; del suspiro sensual y vago que se pierde entre las blancuras rosadas en el aire donde palpita el iris de los diamantes, donde la luz se quiebra en el aire de los rubíes, en el azul misterioso de los zafiros, en el aire que arrastra tentaciones de ternuras y de besos...

¡Ah, no! Ese suspiro sería demasiado dulce para hablar de él; su recuerdo haría arrugarse la frente cansada, y blanquearía las canas de los filósofos, por cuyas venas no corre, en oleada ardiente, la sangre de la juventud. Para que pudieran leerme, hablaría más bien del suspiro de cansancio de un viejo, de un suspiro oído una tarde de otoño, en el camino que va del pueblo al cementerio, un camino donde rodaba la hojarasca empujada por el viento; donde un hilo de agua dejaba oír su queja monótona; donde los árboles, envueltos en niebla, tomaban extraños aspectos, y en cuyo horizonte entre las nubes frías y húmedas, se ponía el sol. ¡Oh! Aquel suspiro parecía salir, más que de un pecho humano, cansado de la vida, del paisaje mismo, del cementerio donde duermen los huesos bajo la yerba, de la vegetación quemada por el frío, de las oscuridades vagas del horizonte; parecía ser una queja de la naturaleza deseosa de dormir en defi-

nitivo descanso, fatigada de su tarea eterna, de la sucesión infinita de los veranos y de los inviernos, de la luz y de la sombra...

¡Si fuera poeta y pudiese fijar el revoloteo de las ideas en rimas brillantes y ágiles como una bandada de mariposas blancas de primavera con clavos sutiles de oro; si pudiera cristalizar los sueños; si pudiera encerrar las ideas, como perfumes, en estrofas cinceladas, haría un maravilloso poema en que hablara de los suspiros, de ese aire que vuelve al aire, llevándose algo de los cansancios, de las esperanzas y de las melancolías de los hombres!

Aun siendo poeta y haciendo el poema maravilloso, no podría hablar de otro suspiro... del suspiro que viene a todos los pechos humanos cuando comparan la felicidad obtenida, el sabor conocido, el paisaje visto, el amor feliz, con las felicidades que soñaron, que no se realizan jamás, que no ofrece nunca la realidad, y que todos nos forjamos en inútiles ensueños.

PROLOGO

AL POEMA INTITULADO "BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN", DE FEDERICO RIVAS FRADE

Al poema que Rivas Frade le da hoy al público le sobraría cualquier prólogo. El público conoce de tiempo atrás al autor y ha visto con viva simpatía todas sus producciones literarias. Muchos hombres en cuyos labios precozmente marchitos, una sonrisa fija disimula la expresión de completo cansancio; muchas mujeres que, como la Idolatrada de Heine, tienen el color de la primavera en las mejillas y el frío del invierno en el alma, cuando oyen nombrar a Rivas, dicen paso, como una confesión íntima, algún verso nostálgico de las *Rimas,* de esos en que el poeta, al delinear la silueta vaga de algún recuerdo, al trasladar a las sílabas sonoras el tinte de melancolía de su alma; al fijar alguna impresión fugitiva, por medio de las frases rebeldes, habló para todos los cerebros y para todos los corazones que guardan confusas esas imágenes, sin poderlas reducir a palabras.

¡Y cuántas veces, después de decir ese verso en que su pensamiento toma forma, y se ennoblece con la música del ritmo, y ve levantarse el pasado, como un fantasma evocado de su sepulcro por la magia de la estrofa, viene a los labios que lo dijeron, ajados como raso marchito o frescos como un botón de flor, una sonrisa de agradecimiento para el que así supo traducir lo más íntimo de sus sueños, lo peor de sus desengaños o lo más dulce de sus memorias!

Rivas Frade pertenece al grupo literario que Catulle Mendes ha bautizado con el nombre de *sensitivos* y del cual forma parte Gustavo A. Bécquer. Hasta hoy han ido aglomerándose, y para consuelo de los redactores de periódicos escasos de material y de los curiosos lectores, seguirán aglomerándose por muchos años, los estudios en que la paciencia de los críticos busca analogías entre la obra del poeta sevillano y la de Heine y entre las composiciones cortas y tristes, escritas hoy, con las del maestro sevillano. Heine, triste, escribía versos cortos, y se quejaba de la vida, Bécquer imitador de Heine y Rivas Frade y José Angel Porras, y otros, imitadores de Bécquer, todos melancólicos, impresionados por la muerte, autores de poesías que, como dice de las rimas dolorosas de Emilio Antonio Escobar el ilustre crítico don Juan Valera, tiene olor de cementerio y cancamurria de gorigori.

Perfectamente, pero ¿no sería más fácil en esa semejanza de la producción una analogía de organizaciones y de temperamentos que, puestos en contacto con la vida, experimentan sensaciones parecidas, que se transforman en estados de espíritu en los cuales la emoción sentimental busca salida y se convierte en uno de esos poemitas que hacen reír a la flor de los críticos españoles y pensar al vulgo de los lectores colombianos?

¿Por qué han hecho esos hombres versos parecidos en la forma y en el fondo? ¿Por qué destilan en todos esos vasos preciosos el mismo licor amargo de sabor raro?

Esta es la explicación que se les ha ocurrido a algunos al pensar en eso: todos esos poetas son espíritus delicadísimos y complicados a quienes su misma delicadeza enfermiza ahuyenta de las realidades brutales de la vida e imposibilita para encontrar en los amores fáciles y en las felicidades sencillas la satisfacción de sus deseos; a quienes lastiman a cada paso las piedras del camino y las durezas de los hombres, y que se refugian en sus sueños. Débiles para la lucha de los sexos, que es el amor, son vencidos en ella; so-

ñadores de felicidades eternas exigen de este sentimiento voluble una duración infinita; rinden un culto casi místico al Femenino Eterno, y cuando vuelven de sus éxtasis, encuentran a la mujer que los fascinó con la elegancia del porte, con la belleza de las formas, con el perfume sutil que de ella emanaba, con la dulzura de los largos besos, y a quien idolatraron de rodillas, inferior a sus sueños mismos, que se han desvanecido al ponerse en contacto con la realidad. Cuando el éxtasis pasa, dicen tristemente: "todo lo que se acaba es corto". Entonces esas almas se enamoran de la Naturaleza, se pierden en ella, como por un panteísmo extraño; sienten la agonía de los bosques, ennegrecidos por el otoño; vuelan con la hojarasca en los crepúsculos rojizos, flotan en la niebla de las hondonadas, se detienen a meditar junto a las tumbas viejas, donde no hay una piedra que diga el nombre del muerto; junto a las ruinas llenas de yedra y de recuerdos, que los tranquilizan hablándoles de la fugacidad de lo humano; se dejan fascinar por el brillo fantástico de las constelaciones en las noches transparentes; sienten una angustia inexplicable frente a lo infinito del mar, prestan oídos a todas las voces de la tierra, como deseosos de sorprender los secretos eternos; y como aquello no les dice la última palabra, como la tierra no les habla como madre, sino que se calla como la esfinge antigua, se refugian en el arte, y encierran en poesías cortas, llenas de sugestiones profundas, un infinito de pensamientos dolorosos.

Esos espíritus no tienen ni la paciencia ni la fuerza, convencidos como están de la inutilidad final del esfuerzo humano, de levantar las armazones gigantescas en que se sostienen los poemas de largo aliento... Y por eso, para decir lo que sintieron y pensaron, les basta una estrofa, como las del *Intermezzo* a Heine, un cantar como los de la *Soledad* a Ferran, una rima como las de sus *Rimas* a Bécquer...

Y si en Heine la suprema ironía y la risa de burla desfiguran la verdadera fisonomía literaria, no es difícil, viéndolo de cerca, caer en la cuenta de que esa ironía es una careta roja de Mefistófeles, un disfraz

carnavalesco, puesto sobre la cara, enflaquecida y pálida por el sufrimiento, y que solo sirve para ocultar al vulgo de los lectores las lágrimas de dolor real que, una por una, amargas como las olas del mar del norte, cantadas por él, se le caían de los ojos al poeta paralítico.

....

Nuestro público ama a esos autores, aprecia en lo que valen las delicadezas de pensamiento y de frase. El poema que Rivas Frade le entrega hoy, encontrará en él, como la han encontrado las *Rimas,* la acogida que merece, por la belleza del asunto, la maestría de la forma y la elección de los detalles.

...Y si acaso, dentro de algunas semanas los críticos al por menor se ponen a anotarle lunares y a averiguar a quién imitó, yo le contaré a Rivas Frade, para que se ría de ellos, que a muchas bocas marchitas las unas como raso ajado, frescas las otras como botones de flores, les he oído repetir, en voz baja, como un secreto dicho en el confesonario de la conciencia, estos versos adorables de una de sus *Rimas:*

Cuando paso rozando tu vestido
e indiferentes al cruzar nos vemos,
sin que asomen las almas a los ojos
para cambiarse por saludo un beso.

....

Mirando nuestra mutua indiferencia
me parece que piensas, cual yo pienso
que este mundo es un baile de antifaces,
o que en los dos el corazón ha muerto.

EL PARAGUAS DEL PADRE LEON

Muchas veces lo he visto de cerca y muchas de lejos, y en cada una de ellas lo he mirado y remirado con el empeño con que un semiescritor enamorado de la teoría del documento humano, observa a los tipos que se apartan de la humanidad corriente, de la humanidad de pacotilla... Me he complacido en estudiar los pormenores de su extraña figura, mezcolanza de líneas purísimas y de detalles grotescos; aquel perfil regular y noble de la cabeza amplia, aquellos largos cabellos blancos, aquellos ojos verdosos de expresión alocada, aquella nariz aguileza, aquellos paraguas inverosímiles que lo abrigan en los días lluviosos, aquel lente forjado como para el ojo de un cíclope, que carga en el bolsillo, aquel cuerpecito de gnomo, aquella voz chillona unas veces, cavernosa otras, con que alarga hasta lo infinito las sonoras sílabas latinas de las liturgias diarias...

Lo he visto oficiar, vestido con una casulla lila, tramada de oro, cayéndole sobre las canas ensortijadas un rayo de sol matinal, envuelto en la nube aromática del incienso que sube hacia el tabernáculo, y en esos momentos la figura toda, el perfil de filósofo romano, los ojos verdosos, el cuerpo deforme, tomaban una expresión de rara nobleza aumentada por el prestigio de los movimientos lentos y hieráticos... Lo he visto en el tendido de la plaza de toros, vestido con una sotana raída y polvorienta, la fisonomía vulgarizada por el entusiasmo de la corrida, la cara congestionada por el calor del mediodía, sacudiéndose como un energúmeno, limpiándose las gotas del sudor, que le perlaba en la frente, con un pañuelo enorme

de seda amarilla, que estrujaba con las manos, ridículamente pequeñas...

Sin embargo, cuando pasen muchos años y haya muerto él y lo oiga nombrar y al oír su nombre vuelva yo los ojos hacia los días de hoy, perdidos para siempre en el fondo del tiempo, no le recordaré ni hermoseado ni ennoblecido por las lujosas vestiduras sacerdotales ni vulgarizado por el ambiente cálido del circo...

El Padre León... el paraguas del Padre León... Las misas del Padre León... Las imágenes que entonces, al vibrar en mis oídos, suscitarán esas sílabas, no serán las evocadas antes, sino otra —tan precisa, tan neta y al mismo tiempo tan sugestiva— que no resisto al deseo de convertirla en unas líneas para esta primera página del álbum que has tenido la peregrina idea de dedicarle.

La esquina de una calle central; el cielo y los lejos negros como boca de lobo, rayados por los hilos de plata de una llovizna fina; el piso húmedo y brillante por la lluvia; allá arriba, entre lo oscuro de la noche, la irradiación fantasmagórica, la claridad deslumbrante e incolora de un foco de luz eléctrica, que hace más intensa la sombra alrededor; abajo, en la calle, diez pasos adelante de la lámpara incandescente, ésta silueta inverosímil: abajo un paraguas enorme, un paraguas rojo de colosales dimensiones, un duende negro, de un metro de alto, con vestido talar y sombrero planísimo de anchísimas alas, que lleva en la mano una linterna de vidrios verdes... Sobre el empedrado brillante por la lluvia, la sombra del duende; la cabeza enorme, el cuerpo pequeñísimo, los reflejos rojizos del paraguas, los reflejos verde esmeralda de la linterna, se proyectaban fantásticos.

El primer instante de verlo así fué delicioso para los ojos que deseaban color, mucho color, fatigados por lo gris del lluvioso crepúsculo... Aquello daba la impresión de una cosa no cierta, irreal...

¿De dónde venía, a dónde iba el Padre León, protegido por el enorme paraguas rojo, alumbrado por la diminuta linterna verde?... De fijo había tomado el chocolate en casa de unas buenas amigas suyas, dos viejecitas que viven en la calle de los Béjares, en una sala que olía a papayas, sentado en viejo sillón de cuero labrado, de vaqueta cordobesa, teniendo al frente un cuadrito desteñido de Gregorio Vásquez... y conversado de las profecías del doctor Margallo y del próximo fin del mundo. Después del chocolate le habían dado dulce de uchuvas o de cabellos de ángel, después un tabaco que olía a vainilla... Aquello era el Santafé dormilón, inocente y plácido de 1700, un pedazo de la vieja ciudad de la mula herrada, del espanto de la calle del Arco y de la luz de San Victorino...

En ese instante un *coupé* negro y brillante, tirado por un soberbio tronco de alazanes, un *coupé* que parecía una joya de ónix, manejado por un cochero inglés correcto y rígido bajo su casacón de paño blanco, cruzó bajo el foco de luz eléctrica... Era el coche salido de los talleres de Million Cuet, del Ministro X, que vendió por seis mil libras esterlinas sus influencias para lograr tal contrato escandaloso... Alcancé a ver por la portezuela abierta el perfil borbónico del magnate y la cabecita rubia, constelada de diamantes, de su mujer, aquella *fin de siècle* neurasténica que lee a Bourguet y a Marcel Prevost, y que se ha hecho famosa por haber comprado todas las joyas que, en su postrer viaje a Europa, trajo el último de los Monteverdes... ¿A dónde iba la elegante pareja?... A oír el segundo acto de *Aida* en el Teatro Nuevo, lujo de la Bogotá de hoy, de la ciudad de las emisiones clandestinas, del *Petit Panamá* y de los veintiséis millones de papel moneda...

El siglo diez y ocho encarnado en el Padre León; el siglo veinte encarnado en el omnipotente X, vistos ambos, en menos tiempo del que había gastado en convertirse en humo aromático el tabaco dorado del cigarrillo turco que tenía en los labios, vistos ambos a

la luz de la lámpara Thomson-Houston, que irradiaba allá arriba entre lo negro profundo su luz descolorida y fantasmagórica...

¿No vienen siendo las dos figuras como una viva imagen de la época de transición que atravesamos, como los dos polos de la ciudad que guarda en sus antiguos rincones restos de la placidez deliciosa de Santafé y en sus nuevos salones aristocráticos y cosmopolitas la corrupcción honda que hace pensar en un diminuto París?...

EL DOCTOR RAFAEL NUÑEZ

Poeta de altísimo vuelo, singular profundidad de concepción y extrañas formas esencialmente personales; estadista y filósofo; sociólogo capaz de realizar, dándole forma concreta, las más atrevidas concepciones de su poderosa inteligencia; político ilustre, llamado desde hace diez años a regir los destinos de su patria, el doctor Rafael Núñez ha sido, a no dudarlo, una de las más levantadas figuras de la América española.

Para juzgar ciertas épocas, con el desinterés, la elevación de miras y la equidad perfecta que requieren los estudios, es necesario que pasen los años, que las pasiones se serenen, que las nubes aglomeradas en el horizonte se disipen para que el alejamiento de los sucesos en el tiempo le permita al historiador ver en lontananza, de un solo golpe de vista y formando un conjunto en que se fundan los detalles, la época que estudia. Así el viajero que transita los caminos de los Andes inmensos, no puede, al recorrerlos, adquirir idea exacta de las cimas que escala, de las vertiginosas alturas que recorre y necesita, para obtener una impresión sintética, y sentir la grandeza del paisaje, ver a la distancia a que el ojo humano puede enseñorearla, la cordillera grandiosa en cuyos picos altísimos blanquea la nieve eterna y anidan los cóndores.

Su obra poética, inmensamente popular en Colombia, donde las estrofas de *Todavía* y *Belleza, Llanto* y *Virtud* están en todas las bocas, requeriría capítulo aparte de una historia de la literatura hispanoamericana. La estrofa, enjunta y nerviosa, llena de audaces elipsis y desbordante de graves ideas, incorrecta, vo-

luntariamente incorrecta a veces, no tiene la música de orquesta de la de Zorrilla y sus románticos compañeros; aquella dulcísima música arrulladora, modelo sobre el cual forjaron sus cantos, con ilustres excepciones, los poetas de la pasada generación desde Méjico hasta Chile, ni ostenta tampoco la corrección suprema, los perfiles precisos y marmóreos de los poemas del impecable maestro Núñez de Arce.

Más pensador que artista, más poeta que retórico, o como lo ha dicho él mismo:

Más hombre que vate, mas sér que pintor,

el doctor Núñez no ha prestado jamás a la forma el nimio cuidado que erigido en cánon de la escuela, sirvió de forma a los *parnasianos* franceses para escribir sus poemas, y que, convertido ya en preocupación enfermiza, anima las producciones de los decadentes y simbolistas de la última hora.

Espiritualista convencido y lector asiduo de los grandes maestros, los primores de la forma no lo tentaron, despreció las *fiorituras* habilidosas, y así lo dijo en una de sus más hermosas composiciones:

No es la norma del arte el cauce estrecho
que opio en la copa cincelado vierte,
que arma de nuevo de Procusto el lecho
y en el ritmo sensual halla la muerte.

(Libertad)

En sus singulares poemas, sin lujo de rimas ni deslumbramiento de palabras que brillen como pedrería, la idea aparece, confusa a veces y como encubierta por un velo; más sugestiva así porque hace pensar que hubiera podido ataviarla con suntuosas vestiduras, y que, para no ocultarle las alas, el poeta osó apenas cubrirla con un tul oscuro. Aquella poesía, honda y grave, música de órgano más bien que serenata de mandolinas, himno llano que resuena en una catedral gótica poblada de sombras, más bien endecha de tro-

vador al pie de un castillo, canta la pasión humana sublimada por el dolor, las incertidumbres de la criatura frente al eterno misterio, los mitos muertos, las fabulosas creaciones de los pueblos niños, las civilizaciones desaparecidas, las grandes figuras de la leyenda y de la historia, la palingenesia eterna de los seres y de las ideas.

Los problemas morales han obsediado al poeta, con sus secretos. Al comenzar el camino se ha tropezado con la Esfinge; el origen del bien, el origen del mal, el misterio del *más allá;* la angustia de la nada final, el deseo de otra vida, todo lo que la ciencia ignora, lo que las religiones afirman, batalla en su espíritu sin que se haga la paz. Sus primeras poesías son un eco de ese malestar sin nombre, un grito arrancado por la duda.

La duda, la blasfemia misma, ha dicho Renán, son un homenaje a lo divino, puesto que son la expresión de una necesidad intensa de justicia y de orden. Dudar implica la necesidad inevitable de inquirir, de encontrar o de forjar siquiera una creencia final. Pocos son los que hallan en la duda aquel *Mol oreiller, faty pour* y *reposer une teste bien fayte* de que habla Montaigne y bien prueban la verdad de lo contrario los acentos desgarradores con que algunos de los más grandes poetas del siglo, Musset y Núñez de Arce, por ejemplo, han cantado sus sufrimientos en estrofas inmortales.

Más afortunado que sus hermanos de dudas y de desconciertos, que después de aprender la ciencia humana y de hacer su experiencia del universo, pueden decir, poniendo en él todo su cansancio, el verso adorable de Mallarmé:

La vie est triste, helas! et j'ai lu tous les livres.
el espíritu del doctor Núñez vino a encontrar la paz anhelada en las creencias de sus mayores, en la religión que aprendió de su madre, la dulcísima anciana, cuyo retrato guarda como una reliquia el salón blanco de la quinta del Cabrero, y que, separada de él por el

doble infinito del tiempo y de la muerte, le sonreía en imagen, y acompañaba sus horas de labor ardua y de profundas meditaciones.

La quinta del doctor Núñez está situada al noroeste de Cartagena, la vieja ciudad heroica, tres veces sitiada, cantada por Heredia en sus maravillosos sonetos, y que renace hoy gracias al amor de sus hijos y al ferrocarril que la une con el río Magdalena.

¡Lugar forjado a propósito para que en él se deslizara la vida de un pensador desencantado de lo humano, parece la mansión construída en la pequeña península, que recibe en su doble playa el beso de las ondas del mar Caribe, que enfrenado por las costas de la bahía, llega allí como acariciador y medio dormido a lamer la arena de la orilla! Desde los balcones de la quinta, pintada de blanco, y medio oculta en los jardines que cantan una estrofa de vida con sus verduras violentas y el color encendido de las flores; por sobre el bosque de cocoteros que la rodea, se ve en las cercanías la capilla que levantó a la Virgen la piedad de la señora Román de Núñez, y allá, en lontananza, las viejas murallas de la ciudad heroica, negras por los líquenes que las cubren, enguirnaldadas por las enredaderas que por ellas trepan y ostentando todavía las huellas de los cañones de Pointis. Las paredes blanqueadas, las palmas que ondulan como abanicos movidos por el viento, el azul profundo del cielo, sobre el cual se corta allá en el horizonte la línea pálida del mar, y, quizá la blancura de una vela que hace rumbo hacia lejanos países, los viejos castillos españoles, levantados como centinelas en las alturas, le dan al paisaje un aspecto de Oriente. Allí, en ese retiro de filósofo y de poeta, encontrábase al hombre que ha ejercido los últimos años decisiva influencia sobre los destinos de su patria.

Sencillamente vestido de dril blanco, sentado en una silla de bambú y esparto, el antebrazo apoyado en los brazos del asiento, la cabeza inclinada sobre el pecho, un mechón de cabellos entrecanos cayéndole sobre la frente elevadísima, los ojos claros y azulosos, medio cerrados, con una extraña expresión de can-

sancio físico y de profunda vida interior, al comenzar la conversación parecía abstraído en meditación profunda. Mientras los temas no se alejaban de las preocupaciones vulgares, de los detalles diarios, veíasele así, los ojos nublados como por la niebla de una idea; oíase la voz lenta y perezosa que articulaba frases de fórmula. Al hablársele de sus contrarios; de los que las odiosas luchas políticas habían colocado frente a él en actitud de batalla; de los que olvidaron los favores recibidos, su fisonomía tornábase impasible; no se oía una frase amarga de sus labios, aquello no le interesaba, su inteligencia parecía volar a inconcebible altura sobre el tema de la conversación.

En cambio, hubierais nombrado delante de él a una de las glorias americanas, de los lidiadores de los días cruentos en que sacudían las Américas el yugo secular y pusieron su vida y su fortuna y su valor al servicio de la patria; o hablando de los progresos materiales que el país está llamado a lograr en el curso del tiempo; o dejado caer, como una piedra preciosa, en la conversación, el nombre de un gran poeta, de los que formaban su sociedad intelectual, y habrías visto la transformación que se efectuaba; la mano cansada hubiera pasado por sobre los cabellos, y con ademán de fuerza se paseara por la barba entrecana, los ojos apagados se hubieran encendido con el fuego de la juventud, el cuerpo entero como galvanizado, se erguiría; alzaría la voz su monótono diapasón, y el hombre que tenías delante os parecería como transfigurado por el entusiasmo; los sesenta y nueve años que hubiera cumplido en estos días, estaban borrados, tenía treinta, la edad de las luchas y del esfuerzo poderoso; tenía veinte, la edad de los entusiasmos sublimes y de las noblezas idealistas... no tenía edad como no la tiene el genio.

Dejamos a biógrafos más apasionados y que optan en todo por las conclusiones simplistas, la tarea de averiguar si los triunfos políticos llenaron las ambiciones secretas del autor de *Sursum*. De seguro que la respuesta será categórica y afirmativa.

En nuestra opinión humildísima, el sentimiento que imperaba en el presidente titular de Colombia, cuando le abrió el ala negra de la muerte los espacios desconocidos, es el mismo que lo inspiró al cantar en su *Moisés* el descanso del caudillo hebreo, muerto en la altura del monte, de donde alcanzó a ver y a señalar a su pueblo los horizontes de la tierra prometida. . .

Después murió. Del triunfo las angustias
su corazón no tuvo que sufrir;
la ingratitud más dura que el suplicio,
el laurel, más punzante que el cilicio,
no pudieron su sueño interrumpir

Septiembre 28 de 1894.

EL COFRE DE NACAR

Por *Anatole France*

NOTICIA BIBLIOGRAFICA Y LITERARIA

Anatole France (1) nació en París en 1844, y allí vive consagrado a las letras. Hízose conocer como poeta publicando hace veinte años un tomo de versos, *Los poemas dorados,* y un poema, *Las nupcias corintias,* en 1878. Ambos libros, concebidos y escritos de acuerdo con la estética del Parnaso, son obras perfectas de arte, trabajos exquisitos de cincelador y de orfebre, de tan hermosa forma, que no falta quien los considere como la mejor de todas sus producciones literarias. Una serie de novelas, *Los deseos de Juan Servien, El gato flaco, Yocasta, El libro de mi amigo, El crimen de Silvestre Bonnard* y *Thaïs,* dos tomos de cuentos, *Baltasar* y *El cofre de nácar,* le han valido reputación de novelista, y le han dado fama de crítico sutil y de erudito insigne los estudios publicados en *Le Temps* de París, y reunidos en cuatro volúmenes con el nombre de *La vida literaria.*

Diferentes en todo de las novelas novelescas, que entretienen al vulgo de los lectores con la narración de imposibles aventuras y con la pintura de sentimientos falsos, las de France tienen trama muy sencilla e ideas muy complicadas y recuerdan a cada página a quien las lee, que son la obra de un poeta que es un sabio a un mismo tiempo. Del poeta tienen la invención graciosa y delicada, la fantasía brillante, la belleza lujosa de

(1) El nombre verdadero del autor es *Anatole François Thibault.*

los detalles, el soplo de vida que anima a los personajes, la nobleza del estilo, la límpida transparencia de la frase; el sabio ha puesto en ellas el ambiente en que se mueven las figuras, las decoraciones prestigiosas, la observación profunda y sagaz de las flaquezas y de los errores humanos, la ironía amortiguada, el escepticismo benévolo de los que creen muy poco por haber cavilado mucho...

De tales libros puede decirse que corresponden perfectamente a la definición que su autor da del libro, en reemplazo de la que trae un diccionario célebre.

"Libro —dice France— es, según Littré, la reunión de varios cuadernos de páginas manuscritas o impresas. Esa definición no me satisface; yo definiría así: *Libro:* obra de hechicería de donde salen toda clase de imágenes que turban los espíritus y cambian los corazones. O así: *Libro:* aparatico mágico que lo transporta a uno en medio de las imágenes del pasado, o entre sombras sobrenaturales".

Obra de hechicería, eso es *Thaïs,* la más bella de sus novelas, y quizás una de las más bellas novelas que se han escrito hasta hoy. Al recorrer esas páginas, el lector cree respirar el ambiente de Alejandría, ver el horizonte escueto del desierto, donde asaltan las tentaciones diabólicas a los ermitaños insomnes, oír lo que dicen la hermosa cortesana conversa, el atormentado Paphnucio, Nicias el sonriente epicúreo, todos aquellos personajes que adquieren, por el sortilegio del arte, el mismo relieve que tendrían si fueran imágenes directas de la realidad.

Las frases severas que usa France para hablar de Zola, de su naturalismo grosero y de su visión estrecha de las cosas humanas, no autorizan para decir que sea France un crítico idealista. Como crítico es, sobre todo, un enamorado ferviente de la belleza, dispuesto a rendirle homenaje donde quiera que la encuentre, y a quien la exquisita sensibilidad artística y el desprecio trascendental por las fórmulas estrictas, permiten gozar con la contemplación de todas las formas armoniosas.

Voces de lira y de flauta que vibran en el fondo del bosque de laureles, cerca del templo griego; armonías graves del órgano, que acompañan las salmodias de los frailes en las iglesias medioevales; serenatas de mandolinas al pie de los palacios de mármol; ingenuas canciones de labriegos en los bailes campesinos, todas las músicas son buenas para él con tal de que los músicos sean buenos. Como se extasía con los cantos serenos de Virgilio, se deja adormecer por la voz dulcísima, consejera de paz, del monje de la *Imitación,* y aquellas admiraciones no le impiden sentir el calofrío febril que le comunican al lector artista los extraños poemas en que los neurasténicos modernos, los Baudelaire y los Verlaine, dicen las visiones mórbidas de la vida.

No le perdonan a France los críticos dogmáticos y los jefes de grupos extremos esa imparcialidad que juzgan *dilettantismo* de mala ley, ni el que considere las obras de arte desde diferentes puntos de vista, ni que el tono habitual de sus críticas sea el de una indulgencia plácida, que tiene visos de amable ironía. Desespérase Brunetiere, por ejemplo, al ver que France huye de hacer clasificaciones y que, olvidándose por momentos de las suavidades felinas y de las certidumbres opuestas que acostumbra, se atreve de vez en cuando a afirmaciones categóricas; renegaron de él los decadentes y los simbolistas cuando dijo que, a pesar de su buena voluntad y de sus esfuerzos, no se enteraba de las ideas que entrañan los poemas místicos de Mallarmé y las sinfonías evolucionistas de René Ghïl, y los neorrealistas del grupo en que forma Rosny no alcanzan a comprender por qué les reprocha el autor de *Thaïs* la oscuridad deliberada del estilo erizado de términos técnicos, ni por qué se entretiene oyendo las cantilenas arcaicas de Juan Moréas. France al contestarles su excusa sonriendo con maliciosa modestia, reconoce la ciencia de los que lo atacan, pondera los admirables métodos de sus adversarios, y los felicita por el triunfo que han obtenido sobre él; les repite que él es muy ingenuo, muy sencillo; que siente admiración por la gente convencida y batalladora, que las críticas que escribe son impresiones de paseo por entre las obras maestras, y que la parte que escogió al entrar al bosque

sagrado, dejando a otros la exacta mensura del terreno y el deslinde de los predios, fue la del humilde silvano que, para comodidad de los paseantes, coloca bancos rústicos en los sitios donde la sombra de los árboles es más espesa, y más puro el ambiente, y el césped más blando, y más claro el horizonte que se divisa en lontananza.

Esa humildad casi burlona, esa galantería de gran señor, exasperan a los adversarios. Verdad es que la crítica, tal como la entiende France, es lo más a propósito que se puede concebir para lograr la antipatía seria de todos los que se aferran a un ideal determinado en materia de arte. Su idiosincrasia en el reino de las bellas letras, se nos antoja a la obra de Renán en el campo de la historia y de la filosofía, y su *caso,* como diría un médico, es uno de los que muestran de modo más visible las ventajas y los inconvenientes de la gran cultura moderna, y el estado de espíritu, que se resiste al análisis, de muchos de los que forman hoy la vanguardia intelectual de la humanidad.

Incrédulo enamorado de las creencias muertas, demócrata adorador de todas las elegancias aristocráticas, moderno que siente la nostalgia del pasado, erudito que hace burla de la erudición y reniega de los libros, hombre de ciencia que suspira por las sorpresas y los goces de la ignorancia perdida, espíritu complejo, penetrante y sutil, lleno de innúmeras curiosidades que juzga vanas de antemano, no siente, por fortuna para él, la indefinible angustia de los que juntan a esas complicaciones la preocupación intensa de los problemas morales; esa angustia que emana de las obras sugestivas y graves de Pablo Bourget.

¿Debe atribuírse el escepticismo sonriente, el optimismo sereno de France, al maravilloso equilibrio de sus facultades o a circunstancias especiales de su temperamento y de su vida? Ardua tarea es esa de analizar las causas que influyen para determinar el resultado misterioso de que unas mismas ideas se transformen en torturas angustiosas o en inefables fruiciones, de acuerdo con la sensibilidad íntima de los que las ad-

quieren. Contentémonos con anotar que para los que conocen a fondo los libros del insigne artista de que hablamos, la sonrisa satisfecha, irónica y dulce de France tiene visos de una sonrisa de tristeza resignada, y que muchas veces al recorrer su obra, les parece ver que cruza por ella, como un fantasma por un jardín florido, aquella mujer que, según dice él mismo, anda por el mundo desde el día en que los hombres comenzaron a pensar, aquella mujer silenciosa que lleva velada la faz y que se llama la Melancolía.

José A. Silva

Bogotá, Mayo 30: 1893.

PIERRE LOTI (1)

El encanto de las novelas de Loti y de esta en particular reside simplemente en el exotismo, y esa fuente de éxito explotada por Loti se agotará rápidamente. Sus libros no están llamados a vida duradera. *Aziyadé, Constantinopla, Karoni, Tahiti, Crysantheme, Jokohama, Fleurs d'Ennui, Propos d'Exil, Japoneries d'Automme,* simples estudios de medios ambientes; artísticos, no psicológicos; coloreados no profundos; preferible, para el que busca el temperamento del autor, a la novela.

En los otros libros, la primera de las impresiones se amortigua; en la novela de *Spahi* los amuletos y la luz y el calor de los personajes insípidos están de sobra. El mismo lo ha dicho en su prólogo de *Crysantheme.* "Los personajes de esta novela somos el japonés, yo y el efecto que el país me produjo". Así de todas, y para disminuír el esfuerzo, los personajes de sus novelas son todos rudimentarios, organizaciones débiles donde no se mueve la pasión y que se destacan del fondo del cuadro como un signo, como una impresión última del medio descrito. Cuando Loti ensaya trasplantar a nuestras regiones sus procedimientos, éstos no dan resultados completos.

De ahí la inferioridad del Frere Ives. Uno de los secretos que hacen la magia de su estilo que le dan el sello característico, consiste en la lejanía de los lugares descritos, en la vaguedad de la frase, en algo deli-

---

(1) Este ligero juicio crítico, escrito con lápiz por la propia mano de Silva, fue encontrado en la pasta de un viejo y desteñido ejemplar de *Rarahu,* novela del autor de *Madame Theme.*

cadamente incierto de los adjetivos que podría resumirse en esto: grandiosos cuando caracterizan un aspecto general de las cosas; en *Crysantheme,* las comidas extravagantes, la pipita de oro sacudida, las linternas, etc. Para el primero de los dos procedimientos, Loti es pintor de grandes toques, para el segundo es miniaturista consumado.

Loti no es novelista. El único carácter que sale de su obra es el suyo propio: una inteligencia alta que quizás se hubiera satisfecho en estudios científicos; una sensibilidad sentimental nula, con propósito deliberado de no dejarse enternecer; una sensibilidad sensorial enorme; una delicadeza que lo hace sensible a los matices más fugitivos de las cosas, de los horizontes; un verbo nuevo, en fuerza de ser, será... creíble? viejo... "Ce grand secret de melancolie que la lune raconte aux chenes anciens et aux mirages deserts des mers". Esta frase de Chateaubriand, diluída en mil páginas, y su sugestiva melancolía, contiene las tres cuartas partes de la belleza regada en todas las páginas de descripciones de la novela. Loti y Loti: los dos personajes de sus novelas y de su obra.

Un diletantismo suave, como todo lo superficial, un espíritu fatigado de lo vacío; una alma enamorada de lo raro: todo eso puede ser elemento y base de éxitos, seguramente transitorios: las cualidades de hoy serán defectos cuando, siendo más conocidos los países descritos, las vaguedades de hoy parezcan simple debilidad... y sin embargo, por el lado sensaciones suaves, poetismos y exotismo han sido muy gustados por oposición del alcohol de *Pot bouille,* de la carne de *Nana,* de la histeria y de la neurosis explotadas por la escuela opuesta.

Aun suponiendo que la obra de Loti se hubiera producido al tiempo que las novelas de Bourget, habría sido más popular que aquellas: cualquiera desea leer un cuento que se pasa en Tahití, mientras que para el gran público la novela psicológica con sus medios ambientes, estados de espíritu y todos sus análisis, es como libro cerrado.

EL CONDE LEON TOLSTOI

NOTICIA BIOGRAFICA Y LITERARIA

Nació el conde León Tolstoi, de noble y poderosa familia, que ha dado a Rusia varios hombres ilustres en la milicia, en la diplomacia y en las bellas artes, en la tierra de Yasnaia-Poliana, en el departamento de Toula, el 28 de agosto de 1828. Después de hacer sus estudios en la universidad militar de Kazan, ingresó al ejército, sirvió como oficial de artillería en el Cáucaso, luego en Crimea, y tomó parte activa en la defensa de Sebastopol. Al firmarse la paz hizo un largo viaje por varios países de Europa; fijó su residencia en San Petersburgo y Moscou al regreso; casó en esta ciudad en 1860, y poco tiempo después se retiró a sus tierras, donde lleva hoy una vida humilde y sencilla, consagrada la mayor parte del tiempo a manuales y rústicos quehaceres.

No son las primeras ni las últimas novelas del insigne escritor ruso, cuya fama llena hoy el mundo, las más significativas para el que quiera formarse idea completa de su grandeza literaria. En sus primeros libros, desde *Los Cosacos* hasta *Katia,* puede notar el lector la evolución progresiva de las facultades creadoras, la conquista gradual de los procedimientos artísticos, la mayor intensidad en el análisis de las pasiones humanas; *La guerra y la paz* (publicada en Moscou en 1869), *Ana Karenine* (en 1874), marcan el momento supremo del desarrollo síquico del escritor, reflejan como un gigantesco espejo el inmenso horizonte abierto en ese entonces ante sus ojos compasivos, clarovidentes y sondeadores; los veinte o treinta volúmenes de dramas, novelas, narraciones, fábulas y fi-

losofía publicados después, muestran la evolución misteriosa y profunda verificada en ese espíritu, de día en día más desprendido del arte, de día en día más preocupado de ética y de religión y más acosado por la angustia de los problemas eternos, más compelido por el misticismo grave que se anida en el fondo oscuro del alma eslava, a obtener porqués insolubles de la vida y de la muerte, y a traducir en fórmulas prácticas la aspiración eterna de la humanidad hacia el bien.

La guerra y la paz, obra formidable, a que cuadra mal el nombre de novela; narración que abarca en el tiempo veinte años de la historia de Rusia, en las jerarquías de los personajes toda la escala que va desde Bonaparte y el Zar hasta los mendigos hambrientos, en la descripción de la humanidad y de la naturaleza todos los aspectos; desde las cunas donde los chicuelos agitan las manecitas sonrosadas y blandas hasta los lechos suntuosos donde agonizan los viejos cansados de la vida; desde los campos perfumados por la primavera y dorados por el sol naciente donde aroman las primeras violetas, hasta las estepas desoladas por la sombra nocturna y por el frío donde se pudren los cadáveres abandonados tras la batalla cruenta; desde las noches de luna en que las muchachas vestidas de blanco hablan de amor, asomadas a las ventanas, hasta las tardes trágicas en que las capitales abandonadas arden en el horizonte, es un inmenso panorama de la Rusia del pasado. *Ana Karenine* copia en cuadro menos amplio, en nada inferior al otro, por la intensidad de la visión y por el poder de la transcripción literaria, más artístico si se quiere, en el sentido estrecho de la palabra, la sociedad rusa de hace veinte años. En uno y otro libro se ven ya las preocupaciones que determinaron en el espíritu del autor la producción de las obras posteriores, y que han sido después la guía de su vida. Pedro Besoukoff, Nicolai Levine, el príncipe Andrés, son el autor, con todas sus dudas, sus angustiosas incertidumbres, su malestar doloroso, al considerar los problemas eternos y sus utopías para encontrar la fórmula suprema.

Como un mágico aprisionado por ellos en el rombo que trazó a su rededor para que no lo franquearan los fantasmas evocados, esos personajes lo cercaron y se encarnaron en él; un misterioso moujik le dijo un día que el secreto de la vida consistía en el desprendimiento de todo, en el olvido de las grandezas humanas, en el desprecio de la inteligencia, del amor, del arte, del lujo, de todo lo que puede ennoblecerla. De ahí una religión nueva, singular mezcla de moral evangélica extremada hasta un altruísmo absurdo, hasta un comunismo disolvente y de desprecio por el progreso humano, llevado hasta el furor de los iconoclastas. De entonces para acá dejó de contar la humanidad con uno de los más grandes artistas que han existido y un nuevo fanatismo tuvo un nuevo apóstol; la mano que describió a Natatcha y a Wronsky, se empleó unas veces en ennegrecer páginas que hacen propaganda contra el tabaco y contra el vino y que relegan el amor al dominio de lo inmundo, y otras en manejar la hoz en los campos donde amarillean los trigales, y en clavetear zapatos para los chicuelos de la escuela de Yasnaia-Poliana.

¡Singular figura la del aristocrático escritor, en quien el horror del mal hizo que cediera la inteligencia al sentimiento, y suprimió el poder de crear! Tal como lo pintan los que de cerca lo han visto, vestido con una blusa ordinaria, ceñida la cintura con una faja de cuero, membrudo y de elevada estatura, los largos cabellos blancos cayéndole sobre los hombros, la luenga barba sobre el pecho, los ojos hundidos y brillantes de místico ardor bajo las cejas espesas, la boca grave y todo él desgreñado y venerable, predicando su religión nueva a los campesinos incultos, evoca las figuras sombrías de los ermitaños de los primeros siglos, que retirados al desierto, anunciaban la verdad salvadora y predecían la caída de los imperios decadentes!

1893.

CORRESPONDENCIA

CARTAS DE JOSE ASUNCION SILVA

Bogotá, agosto 11 de 1887.

Señor doctor don M. Uribe Angel — Medellín.

Patriarca muy querido:

En los días siguientes a la muerte de mi papá, al contar mis amigos, los más cariñosos y los más antiguos, lo echaba de menos a usted y pensaba en el alivio que sería para mí haberlo tenido cerca en tan amarga prueba. Su carta del 14 de junio en algo me ha suplido esa falta al traerme sus expresiones de pena por la muerte de él, de cariño por nosotros. Nada tiene que decirme de que eso es sincero; yo sé cómo le quiso Ud., lo conozco a usted lo suficiente para estimar en lo que vale cada frase suya. Gracias por ellas, en nombre de mi mamá y de las niñas, que los quieren a usted y a mi señora Magdalena como pocos los quieren.

Usted comprende que, después del abatimiento de los primeros días, yo he tenido una reacción, toda de actividad. Me quedan deberes graves que llenar y me he puesto a la obra con todas mis fuerzas. Si es amargo perder a un padre, y a un padre como él, ¿qué puedo en cambio hacer mejor que la idea de asumir su modo de ser, sus aspiraciones; que la idea de seguir su camino y de llenar su vacío en la familia, por lo menos hasta donde sea posible?

Escríbame tan frecuentemente como le sea posible. Sus cartas serán buenas compañeras en las horas tristes y me darán fuerza.

Mis mejores recuerdos a mi señora Magdalena, para usted, todo el cariño de su afectísimo amigo invariable.

José A. Silva.

RICARDO SILVA

E HIJO

Bogotá, 9 de Marzo de 1884.

Señor Dn.

Jorge Holguín

Cipaquirá.

Mi querido Jorge:

Deseo que al recibo de esta tanto Ud. como Cecilia y los niños estén en completo estado de salud.

Como a amigo que se interesa por él, le diré que, después de dejar a mi papá en Honda, el 21, en muy buen estado, tuve el 24 telegramas de Puerto Nacional, sumamente tranquilizadores, y que permiten esperar que el resto del viaje le sea benéfico.

De acuerdo con su caballeroso Convenio con él, haré uso de la firma de Ud. en el Banco de Bogotá, el 15 de este mes, para un pagaré por $ 4.000. Mucho le estimaré que si para esa fha. no está aquí, dé a Julio sus instrucciones, oportunamente.

En la completa seguridad que, para operaciones semejantes, Ud. preferirá nuestra firma a la de cualquier otro amigo, lo que me hará agradecerle más su oportuno servicio, le anticipo mis más cumplidas gracias y, suplicándole mis respetos para Cecilia, tengo el placer de repetirme.

Su amigo y estimador Affmo.,

José A. Silva

Bogotá 6/9/89.

Querido Jorge:

El pagaré que estaba en blanco al firmarlo Ud. quedó hecho por $ 700, de modo que en el total es por $ 4.700, que la firma de Ud. tan solamente ofrecida, quedó Comprometida Con Pardo.

Incluyole $ 200, recibidos de Noguera y que desgraciadamente no hubo tiempo de llevar al Bogotá.

De nuevo las más cumplidas gracias por su servicio.

Siempre su amigo y affmo. y ss.,

José A. Silva

Señor Don
Jorge Holguín.
E. M.

Bogotá, 1º de abril de 1889.

Señor don Rufino J. Cuervo.

París.

Mi muy respetado amigo:

Se me había quedado sobre el escritorio, sin contestar, su muy bondadosa cartica de 9 de octubre pasado, y hoy aprovecho la ocasión de haber publicado algunas líneas, como prólogo de un poemita de Rivas Frade, que le envío por este mismo correo, para volver a su presencia como dicen los yankees, al reanudar negocios.

A mi mismo me da risa, cuando, cogido por alguien y obligado, paso de las liquidaciones de facturas, la venta diaria y los cálculos de intereses, a descansar un minuto en las cosas de arte, cómo en lugar más alto, donde hay aire más puro y se respira mejor, de ver la pluma acostumbrada a hacer números meterse en

honduras, y borrajear "Críticas ligeras" o prólogos como el de hoy. Por fortuna, la benevolencia no es cosa rara, y cuando escasea, siempre le quedan a uno amigos como Ud., que saben, gracias a una óptica especial, convertir los vidrios en brillantes y estimularlo a seguir por caminos que se alejan del camino real de las zarazas y los paños vendidos por piezas.

Siempre recuerdo con placer nuestras noches de su casa y la acogida cordial y encantadora que encontré en ella. Crea Ud. que cuando así lo recuerdo y pienso en la labor obstinada y enorme de su vida, consagrada a una obra digna de ella, le pido a Dios, muy de veras, por que le dé a Ud. fuerzas para coronarla.

Saludo muy cariñosamente al Sr. Don Angel.

Consérvese Ud. bueno y créame siempre su amigo affmo.,

José A. Silva.

Bogotá, 19 de agosto de 1889.

Sr. Don Rufino J. Cuervo.

París.

Mi muy querido amigo:

A nuestro común amigo Nicolás J. Casas, que tuvo la fineza de pedirme que le hiciera algún encargo, le supliqué mis más cariñosos recuerdos para Ud. y el Sr. Dn. Angel, dados en una visita que les hará en mi nombre, para decirles que ni la distancia ni el tiempo alteran en un punto mi cariño por Uds. ni las encantadoras impresiones de los ratos pasados en su casa, en otro tiempo.

El cumplirá el encargo, con el esmero que pone en todo lo que se refiere a sus amigos; pero no quiero dejar de darle a Ud. las gracias por su última cartica, ni darle gusto a la irregularidad de los correos que impidió que le llegara a Ud. el poema de Rivas, con el prólogo que motivó su última. Por correo de hoy le envío otro ejemplar que espero sea más afortunado

que los anteriores. El tal prólogo no vale la pena, en realidad, pero su envío le probará a Ud. que lo recuerdo siempre, y con eso basta.

¿Don Jacinto Gutiérrez Coll está en París todavía? Le suplico a Ud. mis recuerdos para él. Tengo unos para Ud. muy cariñosos, del Dr. Pardo Vergara, con quien hace pocas noches tuve el placer de conversar de Ud. largamente.

Ya se imaginará Ud. qué **horrores** dijimos uno y otro en aquella conversación.

Que esté Ud. bueno, así como el Sr. Don Angel, al recibo de ésta, son los más vivos deseos de su amigo affmo. y s. s.

José A. Silva.

Bogotá, 13 de diciembre de 1890.

Señor Don R. J. Cuervo.

París.

Mi muy respetado amigo:

Cuatro palabras, escritas a las 12 de la noche, después de un correo interminable, pero que van a llevarle a Ud. mi más cariñoso saludo de año nuevo y todos mis mejores deseos por su salud. Que al recibo de ésta, Ud. y el señor Don Angel, estén buenos; que su trabajo nobilísimo no se interrumpa y que ese 1891, en que tengo la esperanza de volver a verlo allá y a distraerlo de sus graves tareas, quitándole ratos para mostrarle los ensayos informes de estos últimos años, sea para Uds. un año de felicidad tan completa como la merecen.

Soy siempre su respetuoso amigo affmo.,

José A. Silva.

Casa de Ud., en Bogotá, septiembre 25 de 1892.

Muy querido y respetado amigo:

Acabo de leer en "El Criterio" de hoy el editorial "El Diccionario de Cuervo", y aun cuando el parabién debería dársele no a usted sino a la pobre tierra y al iniciador de la idea, tomo de pretexto para reanudar la correspondencia con Ud., interrumpida por mi grave desgracia de enero de 1891, y con la esperanza de saber de Ud., de su interesantísima salud y del señor don Angel, borrajeo estos cuatro renglones.

Hace dos días, preguntándole a nuestro común y muy querido amigo don Nicolás J. Casas por Uds., me dijo que tenía carta suya, de Brunen, y que la salud iba bien, no se juntan en Bogotá, Casas, Juan E. Manrique y el infrascrito sin que los nombres de Uds. y el recuerdo de los buenos ratos pasados en casa de Uds. en París, dejen de sonar en la conversación, que se ameniza con solo nombrarlos.

¿Cómo va Ud. en cuanto a salud? ¿Su tarea gigantesca de benedictino, no lo ha agotado? ¿Esas salidas al campo, en los veranos, reparan el incesante desgaste de su economía...?

Son puntos importantes esos para quien ha tenido la fortuna de ser favorecido por Ud. con su benévola amistad, y contarán entre los buenos días aquellos en que robándoles unos instantes a su tarea, envíe Ud. por correo cuatro letras diciendo que está bien.

¿Qué decirle a Ud. de mi vida? La misma siempre, voy ahí saliendo de una lucha temible en mis negocios, que me ha llenado la cabeza de canas y el alma de pesares. De cuando en cuando un rato robado a las facturas, para soltar el *alma al potrero,* como dice Fallón. Muchos trabajos, más trabajos y lecturas en los instantes aprovechables.

Tenga Ud. la bondad de decir de mi parte mil cosas cariñosas al señor don Angel, y créame Ud. como siempre S. S. S. y respetuoso affmo. Q.B.S.M.,

José A. Silva

Caracas, 7 octubre 1894.

Señor don Rufino J. Cuervo,

París.

Mi muy querido amigo:

Desde hace un mes en ésta, después de haber liquidado mis negocios en Bogotá, sirviendo la Secretaría de nuestra Legación en Venezuela. Al llegar, visité nuestro común amigo Don Jacinto Gutiérrez Coll, confiado en que habría tenido él buen gusto de informarme de usted con frecuencia, y en que me podría dar razón de Ud. y de sus trabajos. Resulta que no es así, de lo que en último resultado me alegro porque tengo ocasión de pedirle a Ud. los informes que necesito acerca de Don Rufino J. Cuervo y del señor su hermano.

¿Cómo está Ud....? Hace años que carezco de noticias directas suyas, y me habla lo relativamente corto de la distancia que nos separa para obtenerlas frescas. Quiera Dios que sean buenas, como lo espero, y que su salud no se haya resentido de su incesante trabajo.

Tengo la esperanza de aprovechar los ratos desocupados que me deja la Legación para continuar mis pobres trabajos literarios, interrumpidos por el *struggle for life* de los años anteriores. Cuando recuerdo la benevolencia con que oía Ud. mis versos de muchacho en París, siento un calorcito íntimo que me estimula a concluír varios poemitas empezados que forman parte de un libro con que vengo soñando desde hace cinco años y del cual hay una parte considerable hecha y casi lista. No pude traerme mi familia, reducida hoy como Ud. sabe a mi madre y una hermana, y voy a tener necesidad de pedirle al opio literario que amortigüe un poco lo amargo de la separación.

Confío en saber pronto de Ud. en respuesta a ésta. Cuénteme de su salud, cuénteme de su labor enorme, de su vida, porque todo eso me inspira inmenso interés. El cariño de hace años y la impresión ennoblecedora que me dejaban los momentos pasados con Ud. están

Facsímile de la carta dirigida por don Rufino José Cuervo a Silva con ocasión de la muerte de don Antonio Cuervo

París, 8 de Julio de 1893
46, rue Fréd. Bastiat

Sr. D. J. A. Silva
Bogotá

Muy querido amigo:

Mucho me he tardado en contestar la cariñosa carta que Ud. me escribió pocos días después de la muerte de mi querido hermano Antonio. Para Ud., cuya alma sensible conserva el culto del dolor, no será tardía la respuesta, como que

sabe que ciertas penas producen lo
que un místico llama <u>exsilium cordis</u>.
Me he vuelto viejo sin pensarlo; de
pesar en pesar me he ido acostum-
brando á no ver nada risueño, y
aun á mirar con temor lo hala-
güeño, como si fuera presagio de
nuevos dolores. El culto de los muertos
tiene no sé qué estabilidad ó inmu-
tabilidad que descansa y da seguridad
al espíritu en este torbellino de fri-
volidades y de sombras pasajeras que
nos trastornan y fastidian.

otras miserias, le hacen á uno
palpar las miserias del hombre,
en cualquiera zona que habite,
y le desilusionan del progreso
y la civilización. La corteza
del árbol es aquí seductora,
pero el tronco está más podrido
que en nuestra tierra, que tan
infeliz nos parece.

Angel agradece mucho á
Vd. sus afectuosas expresiones,
y le saluda con cariño. Yo
deseo verlo y abrazarlo, como
su verdadero amigo

R. J. Cuervo

vivos. Róbele unos minutos a su trabajo y dedíqueselos, que bien sabrá agradecerlo, a su amigo affmo. y respetuoso que lo recuerda siempre.

José A. Silva

P. D. Mis mejores recuerdos al Sr. D. Angel.

Caracas, 7 de noviembre de 1894.

Al Señor Don R. J. Cuervo.

Mi muy querido amigo:

Han venido tres personas, a quienes me interesa mucho complacer, a preguntarme dónde pueden comprar sus "Apuntaciones Críticas" y los tomos del Diccionario de Ud.... Yo sé que José Vicente Concha tiene en Bogotá el Diccionario para la venta; pero ignoro dónde se encuentren las Apuntaciones. Como las comunicaciones entre Venezuela y Colombia son muy irregulares y es difícil remesar fondos a Bogotá, he preferido dirigirme a usted para preguntarle con qué librero pueden estos señores entenderse en París para solicitar una y otra obra. ¿Será usted tan bondadoso que al mismo tiempo que me suministra ese dato me indique el costo de una y otra obra...?

En vista de lo conocido que es el nombre de Ud. aquí y de lo que estiman sus trabajos y de lo difícil que es conseguirlos aquí, me tomo la libertad de hacerle una indicación y una súplica. Aquí hay una casa española de librería (Puig Ros hermano) sumamente respetable y bien rica. ¿Por qué no le hace Ud. un envío, siquiera en calidad de ensayo, de algunos pocos ejemplares del Diccionario y las Apuntaciones...? Como Ud. sabe, el cambio sobre Europa está a la par aquí; este es un buen elemento de venta, puesto que no se recargan los libros con el deprecio del papel, como en Bogotá, o con el de la plata, como en Méjico o Centro América; sus libros no pagarán derechos porque aprovecharemos para ellos la franquicia diplomática, haciendo que vengan por conducto de la Le-

gación. ¿Habrá público que los compre?, me preguntará UD... Yo me atrevo a decirle que *sí*, puesto que al saber que soy colombiano y que tengo el honor de ser su amigo, han venido a preguntarme cómo pueden conseguirlos. En todo caso, habrá más público que en Bogotá, donde todo artículo al computar el precio por papel, con el cambio del oro al 300, viene resultando con un valor babilónico.

Para evitar el envío de volúmenes por el correo, camino incierto y problemático, lo he arreglado todo, previniendo el caso de que Ud. quiera hacer un ensayito enviando muy pocos ejemplares. La casa M. Vengoechea & Co. (3 Rue d'Hauteville), que Ud. conoce, despacha para un señor Hernández de aquí, que me ha ofrecido sus servicios para lo que yo quiera hacer venir de París; de modo que si Ud. quisiera enviarles a Puig Ros Hermano unos ejemplares, Ud. no tendría más que hacer sino enviarlos a casa de Vengoechea & Co. **rotulados** a mi, (Advirtiendo que le hablen del asunto a Hernández, que sigue para París por el vapor del 24 de este mes), para que Hernández los haga empacar con sus mercancías. Al llegar aquí los libros yo se los consignaría a Puig Ros dándole los precios que Ud. me indique, para que los ponga a la venta. El producto de ésta, menos su comisión, se lo enviaría a Ud. el librero en giros del Banco Venezuela o de Boulton Bliss & Dalet, (que son ambas firmas de 1ª clase sobre París).

No lo inquiete a usted el pequeñísimo gasto que haría yo en la venida de los libros, pues éstos sólo pagan aquí $ 0.05 de derechos de importación por kilo. Ud. ve que no es ruinoso.

Hasta ahí la **indicación.** Ahora viene la súplica. Yo le **suplico** que envíe unos cuatro o seis ejemplares de una y otra obra, en la forma que le dejo anotada. Quiero que conozcan qué hombres da mi tierra; y al efecto, al venirme, logré que Rafael Pombo, Diego Fallón, Jorge Isaacs, Ismael Enrique Arciniegas, el señor Caro, en fin, cuanto tenemos de más ilustre como poetas, me dieran composiciones inéditas para hacerlas publicar aquí. Ya han salido algunas en una her-

mosa revista ilustrada quincenal, que tienen aquí y han regado la fama de nuestras letras. Ahora le he escrito a nuestro muy querido Juan E. Manrique y a todos los médicos bogotanos pidiéndoles sus tesis, monografías y demás trabajos, para hacerlos conocer en esta ciudad. Quiero hacer sonar los nombres colombianos que honran a Colombia, por estas regiones. Dejando Ud. por un instante su modestia aparte, ¿cree Ud. que hay algo que yo pueda hacer con más entusiasmo que sus libros...?

Confío en que Ud. atenderá la súplica que me permito hacerle, y me ayudará en mi empresa. En todo caso, Ud. verá en estas líneas el sentimiento que me las dicta: mi entusiasmo por Ud. y por su obra colosal.

Todavía un favor que tengo que pedirle: deseo que conozcan aquí a Gómez Restrepo, a quien no conocen. Como no sé dónde está y es seguro que Ud. tiene noticias de él, me permito suplicarle que Ud. le encarezca que me envíe su librito de versos, si para él es posible. Puede enviarlo por correo, **recomendado.** El tamaño del tomito lo permite. Quiero que me mande también, en recortes, las poesías que haya publicado después del tomo. Todo eso lo haré reproducir en la revista que le hablo. Especial empeño tengo en eso porque considero a Gómez digno de gran fama por la elevación de sus concepciones poéticas y la delicadeza purísima de sus formas. Yo le agradecería a Ud. mucho que al hablarle o al escribirle, lo saludara Ud. afectuosamente en mi nombre.

Ricardo S. Pereira, que está aquí y vive conmigo, llega en este momento a mi cuarto, y al saber que le estoy escribiendo a Ud. me recomienda que lo salude muy expresivamente en su nombre.

Perdóneme Ud., mi querido amigo, todo el tiempo que le he quitado con esta inacabable carta. Que Ud. esté bien de salud, que se cuide mucho y que me crea siempre su sincero y afectísimo amigo.

José A. Silva

P. D. Saludo muy cariñosamente al Sr. Dn. Angel.

J. A. S.

Otra. ¿Tiene Ud. la bondad de darme las señas de nuestro común amigo Nicolás J. Casas, en Roma...?

Caracas, 17 de enero 1895.

Señor Don Rufino J. Cuervo.

París.

Mi muy querido y respetado amigo:

Le he agradecido profundamente su cartica de 25 de noviembre, por la cual he tenido el placer de saber de su salud y de ver que a pesar de no ser ésta tan buena como se la deseamos los amigos que lo queremos a Ud. bien, sus achaques le han permitido continuar adelantando la obra inmensa a que Ud. ha consagrado su vida, y preparar esa nueva edición de las Apuntaciones, de que Ud. me habla.

Después de las cartas que le escribí hablándole de lo conveniente que sería mandar aquí algunos ejemplares de las Apuntaciones y del Diccionario, los señores Puig Ros & Hermano, me han escrito la carta que tengo el gusto de acompañarle, preguntándome cómo y dónde pueden obtener uno y otro libro. Como se lo dije en mis anteriores, creo que en esta plaza puede realmente hacerse un ensayo y que tendrá buen resultado. Para que Ud. no tenga que ocuparse de detalles, en caso de que se resuelva a hacerlo, le envío incluso una carta para el señor José Rafael Hernández, quien en caso de que Ud. dé a la Casa Vengoechea & Co., algunos ejemplares, los hará seguir a ésta, donde yo se los entregaré a Puig Ros & Hermano junto con los datos que Ud. me mande del precio, para que los pongan a la venta.

Voy a confiarle a Ud. los trabajos en que he estado estos días y a hacerle una súplica, encareciéndole de antemáno que me perdone por distraerlo pa-

ra tomarme con Ud. una libertad inaudita. El correo que llegó de Bogotá hace veinte días debió traerme una remesa de fondos para mis gastos aquí. La persona que dejé encargada de hacérmela no solamente no lo hizo, sino que no me escribió ni me ha escrito hasta hoy. Me he encontrado pues sin dinero en un lugar donde no hay relaciones con Bogotá y donde no tengo sino amigos de etiqueta. Recibí una carta del señor José Bonnet, que está en París, donde tiene una Casa de comisión, y para salir de la dificultad angustiosa en que estaba, le escribo por el mismo correo que lleva ésta, suplicándole que acepte y pague un giro a su cargo que he y que vendí aquí para procurarme el dinero que necesitaba. El giro es por una suma insignificante (1.700) francos, y en la carta que le escribo le digo que le remesaré esta suma inmediatamente. El señor Bonnet me conoce y es amigo de mi familia desde hace muchísimos años; pero a pesar de eso estoy en la angustia de que pueda no aceptar y pagar la letra. Previendo eso y acordándome de Ud. y de su bondad, y deseoso a todo trance evitarme el enorme perjuicio que me ocasionaría el que Bonnet protestara ese giro, me atrevo a suplicarle a Ud. que al recibir ésta tenga la bondad de escribirle diciéndole que si no quiere aceptarlo y pagarlo, Ud. le enviará esa suma. Puede ser que él acepte; pero en caso contrario le suplico a Ud. que tenga la bondad de mandarle esa suma para que recoja la letra. Me hará Ud. un servicio sin nombre y yo no vacilo en pedírselo, confiando en Ud. Juzgue Ud. cómo será el afán en que me he encontrado y en que me encuentro, cuando me he atrevido a abusar así de la amistad de Ud. y a hacerle esa súplica. Como la letra va girada a treinta días, porque aquí no compran giros a mayor término, no alcanzaré a mandar de Bogotá los fondos antes de que se cumpla el plazo de la Letra; de consiguiente, es necesario saber no solamente si Bonnet la acepta, sino si la pagará al vencimiento. Si él acepta y la paga, guardará la letra que yo le mande, que yo le mandaré al llegar a Bogotá; si no lo hace y recibe los fondos de Ud. endosado, a su cargo que yo le envíe, se lo mandará Ud. endosado, a su casa de la cual le doy las señas.

Le he escrito que si acaso él tiene dificultad para prestarme el servicio que le pido, Ud. le mandará los fondos. Me confío a Ud. pues, lleno de pena, pero esperanzado en su bondad conmigo.

Afortunadamente recibí por el correo pasado una licencia del Ministerio para ir a pasar un mes a Bogotá, adonde sigo dentro de cuatro días a arreglar las cosas de modo que en lo futuro no se me vuelva a presentar un retardo como el que ha tenido lugar, y que me ha hecho pasar horas amargas. ¡Si Ud. supiera la pena que siento con Ud. aun suponiendo que no tenga Ud. que ocuparse de mandarle esos fondos a Bonnet, nada más que con haberle quitado tiempo para hacerle leer ésta! Confío en que Ud. me perdonará, en todo caso, viendo que he tenido la convicción de su amistad para recurrir a Ud. en un momento de angustia en que no tenía otro camino que tomar. He vacilado por momentos en escribirle, he comenzado cartas, las he roto; he necesitado acordarme de la bondad de Ud. para resolverme a escribirle ésta.

Acepte mi agradecimiento por el favor que Ud. me va a hacer en caso de que el señor Bonnet no pague el giro, perdóneme que me haya atrevido a hacer uso de su amistad con que Ud. me ha favorecido, para suplicarle ese servicio, obligado por las circunstancias.

Dios quiera que su salud no tenga novedad. Le suplico encarecidamente que me escriba a Bogotá diciéndome el resultado del asunto. Al llegar allá, probablemente por el correo del 13 de febrero y si nó por el del 24, mandaré a Bonnet los fcos. 1.700 que me han hecho pasar tan malos ratos, para que se pague o se los envíe a Ud.

Créame su amigo affmo. y seguro servidor que le desea toda felicidad.

José A. Silva.

P. D. Le suplico mis recuerdos para el Señor Don Angel.

Bogotá, 24 de julio de 1890.

Señor Don

Eduardo Zuleta.

Medellín.

Muy de veras le he agradecido, mi querido Eduardo, su carta fechada el 18 de mayo. Eche Ud., con la genial benevolencia que gasta con sus amigos, a parte buena, es decir, a un gran recargo de trabajos, de facturas que liquidar y de mercancías que vender, mi demora en responderle. De otro modo, un poco desocupado yo, me habría consagrado, en ratos que por cierto habrían sido encantadores, a ennegrecer para usted muchas hojas de papel, y de veras, que es placer ese, no?... El cigarrillo en los labios, la imaginación suelta dejarse uno ir, y amontonar, en la hoja fina, con la pluma de oro que no se detiene, lo que va viniendo: paradojas disparatadas que trazan piruetas de Clown, en que las ideas falsas brillen como brillan los oropeles de los titiriteros; ideas tímidas que medio secan la cabeza entre las frases, como muchachas bonitas al entreabrir una celosía; sistemas filosóficos que uno mismo echa abajo después, como un castillo de naipes, con un soplo... Pero a que esas cartas las escriba yo, buscando para decirle a usted cosas de arte, adjetivos de todos colores, se oponen, como una oposición de asamblea, todos los centenares de detalles del diario, y las incesantes preocupaciones materiales que hacen de cada uno de nosotros un Abragleforlígero, gravemente preocupado del cambio de Libras Esterlinas por papel moneda y de uno o dos centavos en el precio del café en las últimas cuentas del Havre.

Me dice Ud. que recuerda con cariño a mi gente y los ratos pasados en casa. A voluntad suya queda probármelo que bastante placer nuéstro será volverlo a ver en ella. Para recibirlo a Ud., en la primera tarde que lo lográramos en el comedorcito que conoce, estarían el borgoña tibio, el champaña helado y todas las convidadas alegres.

Con que algunos de sus amigos le preguntan con interés por mi? Esos, a quienes quiero de lejos, al

través de lo que hay de tierra de Bogotá a Medellín, me conocen probablemente a través de unas lentes de aumento que se puso Fidel Cano, el poetazo, para decir quién era yo, en unas líneas muy benévolas que escribió, una vez como prólogo a cierto poemita mío. Quíteles Ud. todas esas ideas de un José Asunción Silva literato, precoz, y dígales que no tengo que valga la pena sino unos glóbulos de sangre antioqueña (semítica tal vez?), y un gran cariño por esa tierra. A veces siento los impulsos del atavismo y pienso que en caso de ir algún día por esa tierra, no iría a buscarlos a Uds., los civilizados en Medellín con sus azules de cielo y sus muchachas que leen novelas de Jorge Ohnet, sino que preferiría, unos meses de vida "D'aprés nature", en algún pueblito, hundido en el fondo de un valle, donde me dejara arrullar por el acento cadencioso de los paisas mineros, y oyera cantar de Vaporas paridas y bebiera por la tarde, después de caminar tres leguas y de sudar dos litros, un trago del bueno, mientras que de una garganta ronca, acompañada del tiple sonoro, subiera por entre lo gris del crepúsculo, un bambuco popular y

"rudo como las selvas antioqueñas".

A los quince días de esa vida, después de comer muchas arepas doradas como un paisaje de otoño y frisoles, y de encontrarme en los caminos perdidos con los antioqueños de veras, que me saludaran diciéndome "Adiooshs Sheñooor", me habría penetrado del alma de la Tierra y la Comprendería.

Ya ve usted, mi querido Eduardo, me he dejado arrastrar por la pluma y esta carta no acaba.

Reciba Ud. un cariñoso saludo de los míos y mis mejores deseos por Ud. y sus enfermos.

Una visita en mi nombre al muy querido Dr. Uribe Angel, y un abrazo estrecho. Siento que no sea Ud. una muchacha de veinte años muy linda, muy rubia y muy rosada, para recomendarle con ese abrazo, unos besos para el Patriarca. Ella se los daría con mucho gusto, en la boca fresca, joven todavía, bajo el bigote sedoso y plateado. Los recibiría El?

Facsimile de la carta dirigida por Jorge Isaacs a Silva con ocasión de la muerte de Elvira Silva

Bogotá, 21 de Enero
1891.

Sr. Dn. José A. Silva.
Pte.

Mi bondadoso amigo:

Su carta del 17, que muchas veces he leído, produce en mi ánimo indefinible impresión. Lo que en ella dice del dolor que la tortura, los recuerdos que evoca y acaricia como para matarse, su ternura para la muerta adorada y casi divina, me quebrantan el corazón. Lo que me habla Ud de ese canto á Elvira — quizá el postrero del poeta que la conmovió en otros días — es superior á cuanto yo pueda ambicionar y merecer.

Quedaré recompensado, sobradamente, con su noble y leal afecto de amigo, y poseyendo todo lo que de ella Ud me ofrece: su retrato, para que sea ángel guardián de mi hogar, y admirada, querida allá

como yo la admiro y venero: los pañuelos que usó en horas felices, fragantes aun con el perfume de sus manos. Los he recibido en este momento. ¡Qué tesoro para el corazón del poeta y del amigo! La gloria no es una alucinación, un delirio febril e insano, como lo creen almas ciegas y ruines. Aquí los tengo.... Los guardaré con las trenzas y juguetes de mi Clementina: fué la primera de mis hijos, el embeleso y alegría de mi casa, el consuelo, [illegible]... todo para mí; y nos dejó cuando apenas contaba once años, el 10 de Enero de 1869.

Si el descanso viene —y bien merecido será después de tan penosa y larga lucha— y mi vida se prolonga así unos años, recompensa única que mi familia ambiciona, ya verá cuánto haremos, y Elvira vivirá mientras se oiga de nuestras estrofas un eco. El poeta-rey, hijo de Isaí, lloraba en desesperación, lamentándose de que sus muertos amados no volverían á él. Elvira vendrá á no-

sotros. ¿En nosotros no vive?

Ella anhelaba mi reposo y alivio, la prosperidad de mis trabajos — que todavía no sabe apreciar este país! —, y á ella, á su poder de ángel bendito y protector, tengo encomendado el éxito final de mis esfuerzos. Y somos los mendigos y otros... ¡Yo le pagaré, empleándola en amor y beneficios á los pobres y desamparados.

Lo que Ud. piensa se haga en Nueva York con el canto á Elvira, es demasiado. Pero á ella le pertenecen esas estrofas, y, por lo mismo, á Ud. de ella son: ¿quién se atrevería á afirmar que Elvira no las leyó antes que Ud.?

Si las envía para que se haga esa edición, le pido que antes me deje revisarlas unos momentos.

Creo que estaré mejor de aquí al sábado: si así sucede, iré á abrazarla en la noche de ese día.

Su leal amigo,

Jorge Isaacs

Con que, hasta que vuelva Ud. a escribirme y entretanto un apretón de manos muy largo y muy estrecho.

Suyo,

José A. Silva.

Bogotá, 17 de enero de 1891.

Señor don José A. Silva — Presente.

Amigo de mi alma:

Estas estrofas son el homenaje de mi cariño y gratitud en la tumba de su hermana. Todavía le quedaban a mi corazón muchas lágrimas!

Jorge Isaacs

Bogotá, 21 de enero de 1891.

Señor don José A. Silva — Presente.

Mi bondadoso amigo:

Su carta del 17, que muchas veces he leído, produce en mi ánimo indefinible impresión. Lo que en ella dice de dolor que le tortura, los recuerdos que evoca y acaricia como para matarse, su ternura para la muerta adorada y casi divina, me quebrantan el corazón. Lo que me habla usted de ese canto a Elvira —quizás el postrero del poeta que la conmovió en otros días— es superior a cuanto yo pueda ambicionar y merecer.

Quedaré recompensado, sobradamente, con su noble y leal afecto de amigo, y poseyendo todo lo que de ella me ofrece: su retrato, para que sea ángel guardián de mi hogar, y admirada, querida allí como yo la admiro y venero: los pañuelos que usó en horas felices, fragantes aún con el perfume de sus manos. Los he recibido en este momento. ¡Qué tesoros le cede usted al poeta y amigo! La gloria no es una alucinación, un delirio insano, como lo creen algunos ciegos y ruines.

Aquí los tengo... Los guardaré como las trenzas y juguetes de mi Clementina: fue la primera de mis hijas, el embeleso y alegría de mi casa, el consuelo mío... todo para mí: y nos dejó cuando apenas contaba once años, el 10 de enero de 1869.

Si el descanso viene —bien merecido será después de tan penosa y larga lucha— y mi vida se prolonga así unos años, recompensa única que mi familia ambicionaba, ya verá cuánto haremos y Elvira vivirá mientras se oiga de nuestras estrofas un eco. El poeta-rey, hijo de Isaí, lloraba su desesperación, lamentándose de que sus muertos amados no volvían a él: Elvira vendrá a nosotros. ¿En nosotros no vive?

Ella anhelaba mi reposo y alivio, la prosperidad de mis trabajos —que todavía no sabe apreciar este país— y a ella, a su poder de ángel bendito y protector, tengo encomendado el éxito final de mis esfuerzos. Y somos los incrédulos y los ateos!... Yo le pagaré, regocijándola, en amor y beneficios a los pobres y desamparados.

Lo que usted piensa se haga en Nueva York con el canto a Elvira, es demasiado. Pero a ella le pertenecen esas estrofas, y, por lo mismo, a usted. De ella son: ¿Quién se atrevería a afirmar que Elvira no las leyó antes que usted?

Si las envía para que se haga esa edición, le pido que antes me deje revisarlas unos momentos.

Creo que estaré mejor de aquí al sábado; si así sucede, iré a abrazarlo en la noche de ese día.

Su leal amigo,

Jorge Isaacs

S - C Bogotá, febrero 3-91.

Señor don Eduardo Villa Ricaurte.

Mi muy respetado y querido amigo:

Esta mañana recibí su carta amabilísima y su poema dedicado a mi Muerta Adorada. Lo he leído de

Facsímile del poema que dedicó Jorge Isaacs a la memoria de Elvira Silva

— 1 —

Elvira Silva

La mort aime à poser sa main lourde et glacée
Sur des fronts couronnés de fleurs.
V. Hugo.

— I —

¿Por qué las negras sombras de la noche
Tras el vívido albor de la mañana,
Y el espanto, mudez y hondo silencio
Al despertar llamándola en sollozos
Los que en el mundo mísero quedamos?
Arrobadora realidad creada
Por el numen divino que fecunda
Mi ya cansado corazón ... ¡espera!
Son tan agrias las heces que sobraron
Para el final de la existencia mía...
Y ayer, ayer no más las endulzabas,
Celestial hechicera,
Ángel consolador en mi agonía!

— II —

Espera... espera! Me darán tus ojos,
Santa visión del vate dolorido...
Luz, esperanza y fe para las horas
Últimas de batalla!... en mis cantos

Y los primores de sus manos quedan...
Engañadoras prendas que de vida
Hablan al turbado pensamiento
Y de la instable bienandanza ida
A el alma que se goza en su tormento.

- IV -

En silencio llorad los que la amasteis...
Y dejadla dormir cándida y pura
En su lecho castísimo de niña.
Angeles invisibles le han besado
Las mejillas, hoy mustias, que antes fueron
Semblanza de las flores ruborosas,
Y púdica cerró los dulces ojos
En que los mismos cielos se miraron.
El féretro mullid. Larga la noche
Del sepulcro será... lóbrega y fría!
Poned blando cojín á su cabeza
Que en el regazo maternal buscaba
Mimos ayer, y juegos y caricias...
Trenzad los sueltos rizos que fragantes,
Velan, vivos aún, el casto seno,
Y con gasas de espumas arropadla:
Es su lecho nupcial!.. Elvira! Elvira!..
Parece sonreir y que respira!
El ataud su tálamo! Esta esposa
Del blondo y bello arcangel de la muerte
Sólo con él soñabas amorosa...
¿Qué sér humano pudo merecerte?

— —

¡Feliz te vas! feliz porque al sepulcro
Llevas el corazón del caro amigo
Tierno guardián de tu niñez dichosa:
Ciego le sigue aún!... ¿Oyes sus pasos
En pos de ti, como en tu edad primera?
¿Qué, si no existes, en el mundo le espera!
¡Te vas!... ¡y para siempre! sorda, muda
Insensible a gemidos y lamentos
De los seres que amaste! ¿Así pagas
La ternura y amor? ¿Cuál su infortunio
Será sin ti, la gala y alborozo
En ese hogar de tus recuerdos nido,
Donde pasan las horas
Lentas cual las de dicha voladoras
Y en que todo es dolor porque te has ido?

— VII —

Señor, ¡Señor!... Si bella la creaste
Cual la hija de Jairo, y prez y orgullo
Es en tierra de gentes que te adoran;
Si a Lázaro en la tumba despertaste
Porque bueno te amaba,
Y oyes a los que sufren y te imploran...
Tú ella por tus manos condolido:
Levántala, Señor, y sólo [illegible]
De infelices la fe y alivio sea
Del Cielo en corona de azahares
Alba nube de incienso en tus altares.
¿No me puedes oír?... ¡Mísero humano!

Transito de la tierra los desiertos:
Si cruzo los aduares de los hombres
La iniquidad odiando de los vivos.....
¿Por qué turbo el reposo de los muertos?

2

Jorge Isaacs

Bogotá, 12 de Enero 1891.

nuevo, aquí en mi cuarto, que al volver a la vida del diario se ha convertido para mí como en un lugar de recogimiento, donde puedo recordarla y pensar en ella. Sus hermosos versos, en que la forma impecable se olvida al dejarse úno —yo mismo— llevar por la oleada desbordante del sentimiento que los dictó, serán para los que no la conocieron lo único de lo escrito, que les haga ver lo que fue la maravillosa forma que encerró el espíritu de la que fue mi alegría y la mitad de mi vida. En la estrofa quinta la ha hecho usted revivir con la magia misteriosa de las palabras y la he vuelto a ver, con los ojos radiosos bajo la seda blanca y las líneas animadas por la vida y en la sexta estrofa he vuelto a respirar el ambiente del cuartico mortuorio; he vuelto a ver el perfil, que apenas se destacaba de la almohada —apenas amarilloso y humano— sobre la blancura del lino, y he oído el chisporroteo de los cirios, como en la noche última en que mis besos se enfriaron con el hielo de las manos rígidas y de la frente yerta, como en la noche de que, para mí, no ha amanecido todavía!...

Gracias no por su maravilloso trabajo, sino por haber venido a resucitar en mí las impresiones de esas primeras horas. Usted sabe que no le he huído al dolor y que cada frase, cada palabra que me recuerde el Tesoro perdido es como algo más de luz aglomerado cerca de la figura que queda para mí en el pasado y de la cual me separa la muerte. Me dice usted que sus versos son una flor añadida a las otras; para mí son como una lámpara, una lámpara de sagrario que iluminará la Capilla llena de sombras donde la veremos, visión blanca, que realice todos los sueños de la perfección femenina y nuestros anhelos de ideal.

Y, luego, ustedes los que la han cantado, la han hecho alejarse de mi, le han quitado a mi Dolor su parte humana, su parte horrible que me hacía pensar. "Y si viviera eternamente no la volvería a ver nunca". y me han hecho verla en su verdadera luz, como un sér superior a nuestras diarias faenas, como una viajera que tocó, de paso en nuestra tierra infeliz —y que venida de lejos y sintiendo la nostalgia de su patria— no pudo detenerse sino el tiempo preciso para que

guardáramos para siempre su recuerdo, como una garantía de que la Belleza y la Bondad no son un sueño ni una creación humana.

Hoy el irrevocable "Así fue"; la aceptación de su muerte como la aceptación de lo irremediable, han triunfado en mí del horror que fue en los primeros días el pensar en la desaparición cruel de Ella.

Murió; mi vida queda apenas alumbrada por otras luces y no volverá a tener nunca la claridad triunfal de mediodía con que ella la iluminaba. La alegría de los que no han sufrido, el bienestar sencillo de los que no comprenden que al edificar felicidades en la tierra edifican sobre arena, no volverán a sonreírme jamás. Yo sé para el resto de lo que viva que lo más querido, lo más encantador que exista, puede desaparecer en unos segundos, y para siempre temeré la llegada repentina de la Muerte, que viene a arrancar las flores y a romper los vasos preciosos en que bebemos los más dulces néctares. Y sin embargo, seguiré viviendo y volveré, no hoy, porque la herida sangra todavía, volveré a soñar con que en la tierra son posibles las felicidades completas!... No le he leído todavía sus estrofas a mi mamá que ha pasado hoy el día mal, pero en su nombre y de antemano, le doy a usted las gracias en nombre de ella, que las agradecerá con toda su alma.

Después de que ustedes se fueron, al día siguiente, estuve mal y apenas he vuelto a salir, de antier para acá. Por fortuna mis fuerzas han salido ilesas de estos días horribles y de las veinte noches de insomnio que le siguieron a la última noche acompañándola muerta. En las últimas dos he dormido y hoy, he vuelto a ocuparme de negocios, no solo sin repugnancia sino con entusiasmo al pensar que la vida diaria es la única higiene posible después de un exceso de sufrimiento, tan agudo y tan superior a lo humanamente soportable como ha sido el que he atravesado. Hoy comprendo que el tiempo no borrará de mí jamás su recuerdo aun cuando viviera cien años, pero que al pasar irá suavizando lo que en los primeros momentos fue un dolor tan agudo como esos dolores físicos que al prolongarse producen un vértigo en que se pierde el sentido.

Si usted supiera el bien que me ha hecho con su carta y con sus frases de cariño! Para reemplazar lo que fue el de ella, para no sentir la debilidad de mis fuerzas, hoy necesito, como un convaleciente del espíritu —del corazón más bien— manos en qué apoyarme y brazos que me sostengan para emprender otra vez el camino marcado con su tumba hacia la cual volveré siempre los ojos!... Y al emprenderlo de nuevo, mi deseo, mi más vivo deseo, es que los que como usted se acercan para decirme frases que hacen sentir otra vez el calor de la vida, no sepan nunca jamás lo que es dolor como el que vino a doblarme.

Déle a Graciela, en nombre de Julia y en el mío mil y mil gracias por la encantadora cartica que le escribió a ésta. Yo no sé que felicidades desearle cuando pienso en su sensibilidad exquisita y recuerdo que es tan difícil ser feliz y tan fácil ser desgraciado!...

Póngame a los pies de Paulina, de Virginia y de Paulinita. Hágame el favor de pedirle a Paulina, que contraviniendo todas las fórmulas, apenas vengan las iré a ver y a buscar en su casa la atmósfera que solo se respira allá y que será como un anestésico aplicado para mi tristeza de hoy.

Saludo muy cariñosamente a Daniel y Hernando. Ellos se reirán de lo frío de la frase; usted tradúzcasela en su lenguaje para que no les parezca tal. A Eduardito y Germán mil cosas de cariño, y para usted, que ha querido con sus versos adorables hacerme gozar al hacerme sentir todo lo perdido con la muerte de aquella de quien no nos olvidaremos nunca, mi más afectuoso y cordial abrazo de agradecimiento.

José A. Silva.

P. D. No he visto a Sanín para decirle que le entregue a Laverde Amaya, para la Revista Literaria, el manuscrito de la Ultima flor. Apenas lo vea lo haré así. El mío lo guardo como algo precioso.

Spre. suyo,

José A. Silva.

Cartagena, 21 de agosto de 1894 (1).

Mi viejitas queridas:

Les telegrafié de Villeta, de Honda y de Yeguas al tomar el vapor; he hecho un excelente viaje, estoy aquí desde ayer al mediodía, sin el más mínimo tropiezo o inconveniente, bajo una impresión muy agradable de la ciudad y del modo como me han recibido, que no esperaba en absoluto, por cierto.

Al salir ayer del hotel tropecé con Hernando Villa. Media hora después me había presentado a tres sujetos: los tres me presentaron a seis cada uno, cada uno de ellos a otros cuatro, todos de lo mejor de la ciudad; total: esta mañana tuve quince visitas, dos invitaciones a los dos clubes, varias a paseos al campo, una para una visita mañana donde cantará la famosa Conchita Nicolao; esta tarde había a la puerta del hotel cuatro personas con sus coches peleándose cuál me llevaría a pasear; esta noche al entrar he encontrado botellas de vino tinto, damajuanas de ron; ¡qué flores para mis versos, qué abrazos, qué acompañarme dos o tres a cualquiera diligencia! ¡Vaya una gente amable, alegre y familiar! "Tu" para acá y "tu" para allá y "mira tu" y "oye tu", y cada cinco minutos una invitación a tomar brandy o champaña, y yo tuteando "hasta al arzobispo", como dicen allá, y dejándome festejar como un bendito.

La ciudad es curiosísima. Las casas del centro, los templos, el castillo de Bocachica y el de San Felipe, son viejas y monumentales construcciones españolas; todas de piedra, con cada piedra como una cantera y un lujo de solidez formidable. Los barrios nuevos, fuera de las murallas (El Pie de la Popa) y (El Cabrero) se componen de bellísimas quintas de madera, pintadas de blanco y rodeadas de jardines exuberantes, llenos de acacias florecidas, de habanos rojos y blancos, de árboles de reseda (la reseda aquí es árbol), de una enredadera maravillosa que llaman resucitado, de grandes flores sedosas y purpúreas, todo eso sombreado

---

(1) Estas cartas fueron dirigidas por Silva a su madre y a su hermana cuando desempeñaba el puesto de Secretario de la Legación de Colombia en Caracas.

de palmas de coco que con sus hojas dentelladas cortándose sobre el cielo azul profundo, y con lo verdoso del mar que se ve a la distancia y la blancura de las quintas, le da al paisaje un aspecto de Oriente.

El mar envuelve la ciudad, la circunda, la abraza con su oleaje suave, suavísimo; se aparece aquí al volver una esquina, allí al cruzar una calle, más allá al entrar a una plaza. Con toda su fealdad, el bajo pueblo negro es más atrayente que el nuestro; la gente se mueve, grita, chapurrea inglés, francés, no tiene el dejo terrible de nuestros pobres sabaneros.

El secretario privado del doctor Núñez ha sido uno de mis cortesanos de hoy.

Me ha dicho que hace noches hablaron de mí y que el doctor se expresó en términos muy amables. A pesar de eso no he querido ir a verlo esperando a José Manuel Goenaga.

De Calamar, un pueblecito sobre el río, donde se abre el brazo del Magdalena llamado el Dique, por el cual se navega antes para venir a Cartagena, de Calamar, arranca el ferrocarril construído por Mac-Comico y que está en servicio desde hace quince días. Es una impresión curiosísima la que produce la vía férrea con sus rieles rígidos, sus carros de viajeros mucho más elegantes que los de la Sabana, sus empleados americanos, en fin, todo un tren de ferrocarril "yankee" cruzando por entre el paisaje virgen de altísimas yerbas, de bosques llenos de árboles seculares, donde enormes enredaderas dejan colgar sus festones, donde las palmas de coco se doblegan bajo el peso de la fruta. El ferrocarril con sus locomotoras, sus carros y sus empleados parece hecho en otra parte, traído y colocado en este lugar como por encanto. A pesar de eso, el viaje resulta fatigante y monótono, es un mismo paisaje ante los ojos durante horas y horas, siete horas de incesante movimiento que cansan como un día de mula.

Aquí en Cartagena asombra la grandeza de la obra llevada a cabo por los españoles: sucede como en Bogotá; toda obra importante es del tiempo de la Colonia, pero qué obras! Las murallas que le hacen

a la ciudad como un inmenso cinturón de piedra, y que costaron sesenta millones de pesos oro, son dignas de cualquier plaza fuerte española: hay un palacio viejo, el de la Inquisición (donde habita hoy Martínez Bossio), con una puerta de entrada tan alta como la de la Capilla del Sagrario, y en las abras un golpeador de hierro, trabajado a martillo, hecho para que golpee con él un gigante, y sobre la portada un escudo de España, tallado en piedra, de 2 metros de alto; el antiguo convento de San Juan de Dios es dos veces más grande que el de Santo Domingo en Bogotá. En fin, una maravilla sobre la cual han pasado tres siglos, sin sacudirlo de sus bases enormes!

Enrique Román, el hermano de doña Sola, Gobernador del Departamento, me ha resultado amigo íntimo, habla de ustedes como si hubiera vivido en casa. Es uno de los entusiastas de mi literatura. No se rían ni lo tomen a vanidad si les cuento que él y diez o doce más me han dicho de memoria "Las dos mesas", "Suspiros", "La Serenata", "Azahares", en fin, todo lo que he publicado. Los versos a Rubén Darío los dicen veinte o treinta. "Rítmica reina lírica" forma parte del saludo que me hace cada persona a quien me presentan. Yo me río de la fama literaria, pero, francamente, no deja de ser cómodo que lo conozcan a úno de nombre y que le traten con las consideraciones con que me tratan.

Calculo detenerme unos diez días más para poder hablar con el doctor Núñez. Mis viejas queridas y encantadoras: hace apenas diez días que nos separamos y me parecen diez meses. A cada paso, a cada minuto, las echo de menos, y no hay paisaje simpático, ni flor fresca, ni edificio grandioso, ni frase amable, en que no las eche de menos y en que mi placer no se enturbie al pensar que ustedes no ven, no oyen, no respiran, "eso" que a mí me halaga. Las necesito junto a mí, y no descansaré hasta el momento en que las sienta a mi lado!

Les escribiré por próximo correo contándoles mi visita al doctor Núñez y a su señora. Ella es una entusiasta loca de la belleza de Elvira; tiene un retrato, y me ha mandado decir que al ir a verla le lleve lo que

yo tenga. Al doctor Núñez le voy a llevar varios libros (de esos que dice Vicenta que solo yo los conozco) y que él no tiene y está muy deseoso de conocer. La quinta en que vive en El Cabrero es una lindura, pero una lindura, con grandes jardines de palmas y de flores y estatuas. Anoche, al pasar por ella en coche, ya estaba encendida la luz eléctrica en el jardín y las lamparitas, radiosas entre las negruras del follaje, producían un efecto feérico; ustedes no tienen idea de la simpatía y sencillez de costumbres de la gente de aquí. Nada de tiesura, nada de "pose". Doña Sola tiene en la calle de Lozano una cigarrería y otra en otro lugar y un cochecito de alquiler por horas. Enrique Román, el Gobernador, se pasa todos los ratos en que no está en la Gobernación en su botica despachando él mismo. Es muy simpático eso y lo hace a úno descansar de los tipos artificiales y llenos de pretensiones que tánto abundan en esa ciudad, de todos los tontos que están creyendo que la elegancia consiste en ser de palo y se sienten todavía estropeados del porrazo que se dieron al caer de las estrellas.

A Sanín le escribo por este mismo correo haciéndole un encargo. Al viejo Vargas Vega mil cosas amables. Escriban largo, piénsenme como yo las pienso y reciban muchos abrazos y muchos besos de su

José

Cartagena, 2 de septiembre de 1894

Mis viejas queridas:

Les entregará esta carta el doctor Goenaga, quien de palabra les dará informes míos diciéndoles que estoy bien, que incesantemente pienso en ustedes y que me hizo feliz su telegrama del día último. Antes del de esa fecha les había puesto tres, preguntándoles cómo estaban porque no quería irme sin saber de ustedes. Creo que seguiré hoy mismo o mañana por un vapor italiano, incómodo pero muy rápido que me pondrá en

la Guayra y no en Puerto Cabello, como había pensado porque en caso de preferir esta segunda vía sería con el objeto de detenerme en este lugar y en Valencia, programa que no me halaga nada, por estar ya cansado de abrir y cerrar baúles y maletas y tener gran deseo de sentirme en mi puesto y tomar posesión del destino. Al llegar a Caracas les telegrafiaré para tenerlas tranquilas.

Después de mi carta han seguido las atenciones y amabilidades de que les hablaba en ella; paseos por la mañana a caballo a los puntos de vista de las cercanías, un almuerzo en casa del gobernador, que ha sido muy amable conmigo. Diferentes amigos han venido a buscarme para hacer visitas por la noche, entre ellas un señor Escobar, secretario de gobierno del departamento; y casi no ha habido momento en que no tenga visitas de gente conocida y bien reputada. En tres noches, en que he sido invitado a su casa, he tenido ocasión de oír a la tan ponderada Conchita Nicolao, respecto de quien toda ponderación es poca. Jamás hemos oído nada parecido como voz en Bogotá. Es una cantatriz de primer orden.

Tres visitas he tenido ocasión de hacerle al doctor Núñez, que me han permitido llevar a cabo la idea que tenía de hacerme conocer y asegurar así probabilidades de seguridad en la conservación del destino; sin vanidad creo haberle producido buena impresión. No le habría dado importancia ninguna a la acogida que él y mi señora Soledad me hicieron, sin la circunstancia de que anoche me llamó a su escritorio, me entregó una carta de su puño y letra, muy expresiva de recomendación para el general Villa, y me invitó a colaborar en su periódico "El Porvenir", lo que prometí hacer desde Caracas. El doctor Núñez está ahora profundamente preocupado con el viaje a Bogotá, del cual ya ustedes tendrán noticia, y no admite más tema de conversación que la política actual. Ríanse, mis viejas queridas, en las tres ocasiones en que he estado a verlo, yo, que jamás me ocupo de eso en Bogotá, he conversado de política continuamente con él. Es un hombre sorprendente y al oírlo se comprende el prestigio profun-

do que ha ejercido sobre el país. Su viaje a Bogotá (o mejor dicho a Cundinamarca, porque irá a Junca o a Tena) es cosa decisiva en la marcha de los sucesos venideros. Tengo buenas esperanzas de que la situación mejorará con él y, si como lo creo, el viaje representa una reorganización del gobierno con mezcla del partido independiente, no dudo que la presencia de algunas personas en los ministerios hará que se pueda pensar en posibilidades que hoy por hoy serían imposibles.

....

Me ha tocado una época excepcionalmente caliente; las lluvias de fines de agosto se han retardado y hasta los mismos cartageneros se quejan de la temperatura. Deseo mucho la llegada a Caracas para cambiar un poco de clima. Contra mi voluntad, porque quería escribirles largo, muchísimo más largo, tengo que cortar esta. Escríbanme muy largo, contándome mil y mil cosas de ustedes solamente de ustedes, cuídense mucho, piénsenme como yo las pienso y reciban muchos abrazos y besos de su

José

Caracas, 17 de septiembre de 1894.

Viejas mías encantadoras:

Se va Calvo, el yerno del general Villa, y con él ésta. Del 13 a hoy todo ha ido bien y ninguna impresión mala ha desvirtuado las de mi anterior; hice con el general Villa las visitas del cuerpo diplomático, donde no pude lucir mis habilidades porque el general no habla inglés, ni francés y habría estado yo inconveniente si hubiera sacado el juego. Estos caballeros del gremio, ministros de Alemania (Barón Bodman), Caballero de Almeida e Vasconcellos (del Brasil), Wattin, Ledegank, Massone, Haselton, me las han devuelto ya y creo haberles caído bien, porque aquí en mi cuarto han pasado cada uno de ellos su bonita hora, hablando conmigo en su lengua y muy entretenidos.

Anoche estaba yo en el teatro, viendo La Vida es Sueño, de Calderón, al lado de la mujer más linda de Caracas, que me había convidado a su palco (la señora de Enrique de Alamo), 20 años y dos ojos como los de Vicentica, cuando comencé a ver que el Barón de Bodman, Ministro de Alemania, me hacía señas llamándome. Ahí pasé el último acto entre todos esos señores diplomáticos, todos muy gentiles. Los periódicos me han mandado sus números y el Redactor de "El Cojo Ilustrado" vino antenoche a pedirme un artículo para acompañar un retrato de Núñez que publica en el próximo número. "El Cojo" es un periodicazo mensual, con grabados en colores a la europea, muy elegante y ahí saldrá el mes próximo mi artículo sobre el Viejo del Cabrero; haré una cosa sobre el Doctor Núñez y *para* el Doctor Núñez y con eso está dicho. Sigue otro sobre Don Miguel Antonio.

Antes de anoche, invitación de de Sanz (mi amigo de París) y de su novia para el teatro; anoche de Alamo y su mujer; ayer, almuerzo de Ricardo Pereira; esta noche invitación a casa de las Ponce de León de aquí, que valen las de allá. Toda esta gente amable, mimosa y obsequiosa como no hay idea. ¿Qué me falta que siento vacío, angustia y malestar? Ustedes, mis viejas queridas, Marquesa peliblanca y Julia querida, porque por todas partes y *en todo tiempo y lugar* como dice el Astete, me siento en el aire cuando no las veo.

Esta carta es muy corta porque el 24 les escribo también y por conducto de Calvo tengo que escribir una partida de cartas para Bogotá, buscando negocios.

Gran repartición de saludos poniendo en primera línea tres especiales: Vargas Vega, Sanín y Gutiérrez, a quienes escribo el 24. Adiós mis encantos queridos, las beso con toda el alma.

José

Caracas, 26 de septiembre de 1894.

Mi vieja encantadora:

Hace tres días recibí sus cartas de fecha 1º, la carta seriota de la vieja que comienza: "Mi muy querido

hijo" y la carta *fin de siglo* de Chulita. Desde el día que les escribí con Calvo hasta hoy, no he vuelto a salir sino de aquí a la Legación y de la Legación aquí, y digo eso, porque la Biblioteca Nacional y el archivo quedan ambos en estas calles y esos han sido mis únicos lugares, a pesar de que he recibido invitaciones de los dos grandes clubs, y varias de los diplomáticos, con los cuales (el Barón Von Rodman, el Ministro de Alemania y Haselton, el Plenipotenciario de los Estados Unidos), estoy en los mejores términos.

¿Y qué ha hecho tan encerrado? preguntará la Marquesa de pelo blanco... "La literatura de este niño", dirá frunciendo el entrecejo. Pues bueno, mi vieja, he escrito para que salga en el número del día 1º del "Cojo Ilustrado", una magnífica revista, que publican aquí y donde escriben los mejores, una biografía del doctor Núñez, con juicio crítico de sus obras en prosa y verso y estudio psicológico, en que pinto a Cartagena y hablo de doña Soledad y de su señora madre; en fin, un trabajo como hasta ahora no se había hecho sobre él, que me ha venido a resultar una tarea monumental, porque tuve que leerme el tomo de versos, el tomo de artículos políticos, buscar datos, etc., etc., lo cual si me lo junta con los quehaceres de la Legación, que son bastantes y las visitas que me llueven, me ha tenido toda la semana pasada más ocupado de lo que he estado nunca. Esta mañana se fue por fin el borrador a la imprenta (40 páginas). Del número en que salga solo mandaré a Bogotá un ejemplar para que ustedes lo lean y se lo muestren a Gutiérrez para que diga: "Es que Josesito Silva es muy bestia".

Da la casualidad de que Herrera Irigoyen, el director del "Cojo", tiene listo el retrato de Don Miguel Antonio y me ha pedido la biografía. En la semana entrante la comienzo y con motivo de ella, pidiéndole datos le escribiré, cumpliendo así la recomendación de mamá Blá (1).

---

(1) Se refiere a Doña Blasina Tovar de Caro, madre de Don Miguel Antonio Caro.

Aquí corté esta mañana para ir a la Legación y al pasar por el correo entré por curiosidad a ver si había algo en el apartado, donde encontré su cartica que mandaron con Unda (2). Me hizo feliz por un rato, pero me tiene aterrado lo malo de las comunicaciones. De Cartagena les escribí el 22, más o menos, y resulta que el cinco no habían recibido... Tengo la esperanza de que las cartas llegarían el día en que esperaban el cablegrama que no les puse y que eso las tranquilizaría mientras recibían mi primera carta de Caracas. Aún a una distancia tan corta como la que nos separa, la ausencia es una atrocidad, mis viejas encantadoras. Si no me embruteciera a punta de trabajo como hasta ahora, me desesperaría sin ustedes. Afortunadamente este mismo malestar producido por la separación va a hacer que no pierda ocasión ni minuto para desarrollar el plan de traérmelas; ni pienso en otra cosa, ni quiero, ni puedo pensar sino en la hora de vernos.

Aquí iba cuando llegan el general Villa y su hijo con la noticia de la muerte del doctor Núñez, y se han estado aquí una hora comentándola; ya yo la tenía desde anoche por Pereira. Ustedes pueden comprender la impresión que ella me ha causado.

Corto aquí por temor de la hora de correo. Cariñosísimas saludes para todos los amigos y para ustedes una lluvia de abrazos y besos.

José

---

(2) El señor José Antonio Unda, ministro plenipotenciario de Venezuela en Bogotá, quien acababa de firmar con tal carácter el tratado de 1894, que no llegó a perfeccionarse.

Caracas, 22 de octubre de 1894.

Mis viejas encantadoras y lindas:

He descansado, como si me hubieran quitado un peso de encima, al recibir sus deliciosas carticas del 1º, en respuesta de la primera mía escrita en ésta. Me parecía que ya nunca había de llegar esa carta que me

dijera que estaban tranquilas. Por arte de calabazas, Colombia y Venezuela les deben a ustedes un servicio muy importante, es a saber, desde el mes de marzo en adelante estarán unidas por telégrafo de modo que se pueda telegrafiar de Bogotá a Caracas y de Caracas a Bogotá, pagando a razón de *un real* las diez palabras. ¿Ustedes preguntarán por qué se lo deben a ustedes? Pues por una razón muy sencilla: porque el secretario ha escrito a Santander pidiendo al Gobernador del Estado que prolongue la línea telegráfica del lado de allá hasta encontrar la de San Antonio que va del lado de aquí, el Jefe de Telégrafos le ha dicho que en enero se comienzan los trabajos y como allá le aseguran que comenzarán inmediatamente, está seguro que dentro de tres o cuatro meses, se podrá saber diariamente de sus viejas queridas. La cosa es famosa para el comercio de la frontera, pues hay una multitud de dificultades que quedan zanjadas con ese hilo telegráfico y en todo caso es un bello adelanto. Mi *patrón* (se refiere al general Villa, Ministro de Colombia en Venezuela) se había pasado aquí *dos años* sin que se le ocurriera la idea, y al hablar yo por primera vez con uno de los empleados del Ministerio de Relaciones Exteriores, para ver si adelantábamos la cosa, y nombrarle al *patrón,* me soltó una carcajada... "Pero si a él no se le ocurre nada!" me dijo... Ayer fuí a ver al Encargado de ejercer el Poder Ejecutivo, mientras está el general Crespo en Maracay, y a un señor Feliciano Acevedo, muy simpático y muy moderado. *No conoce a mi patrón* y me preguntó dónde vivía, porque no sabía.

En todas las casas donde tengo amistad, tampoco lo conocen, en absoluto; los colombianos liberales que están aquí, no lo pueden ver por cuestión política, y nunca lo visitan; los colombianos que no tienen grandes entusiasmos políticos, es decir, los más inteligentes, no están contentos porque *no luce* él, ni sabe darle brillo al nombre de la tierra. Lo cierto es que cualquiera que tiene que hacer con la Legación no se va a su casa, sino viene aquí a mi cuarto y *sale muy contento.* Ha habido días en que el trabajo comienza a las ocho de la mañana y termina a las cinco y media de la tarde, hora en que llego a buscar al *patrón,* y lo saludo de abrazo y me

saluda idem, idem; resulta que él se ha pasado el día durmiendo y sacando solitarios. ¿Exquisito, no? mis viejitas.

Las mujeres de Caracas son encantadoras; todas las que me han presentado me han atendido espléndidamente, especialmente Elena Bunch y las Erazos, quienes ayer me invitaron a la gran quinta de la familia donde pasamos la tarde. Verdaderamente yo estoy muy agradecido de toda esta gente. Es una continua serie de amabilidades, de atenciones, de elogios, que comienzan en el portero y los sirvientes del hotel y acaban en los grandes salones, donde han sabido que me gusta el té, y *sirven té,* contra la moda de aquí. Indudablemente esta acogida tiene que ser buen augurio para mis planes; yo tengo la esperanza de lograr con el tiempo el nombramiento de Ministro, pero mientras tanto, estoy pensando la manera de lograr instalarnos y vivir. No pienso, ni puedo pensar, sino en estar pronto con ustedes.

No he recibido ni un solo periódico por el último correo; siempre en las cartas de ustedes díganme qué periódicos me mandan. Estoy, salvo un párrafo de la carta de Vicentica, perfectamente a oscuras de política.

Mi vieja encantadora, perdóneme si tengo que cortar ésta al comenzarla apenas y cuando tenía intención de escribirles pliego sobre pliego. El Ministro me manda llamar y estoy seguro de que me detendrá hasta la hora del correo. Les encargo muchas cosas de cariño para los que me recuerden y las beso y las abrazo con toda el alma.

José

CARTA A BALDOMERO SANIN CANO (1)

Caracas, 7 de octubre de 1894.

En todo este mes, y no le costará a usted trabajo creerlo, mi querido Baldomero, si considera la *prise*

---

(1) Esta carta fue escrita poco tiempo después de haberse posesionado su autor del cargo de secretario de la legación de Colombia en Caracas.

de possession de los asuntos de la Legación, los obligatorios paseos para conocer los sitios más o menos interesantes, los detalles de la instalación material, sólo he dispuesto de tal cual momento para escribir a casa. Tengo ahora más horas libres y las aprovecho para conversar a *coeur ouvert* con usted, lo que gracias a nuestra larga intimidad intelectual es para mí una necesidad premiosa, después de estos dos meses de encierro en la Torre de Marfil.

¡Y si supiera usted qué horrible prisión es la Torre de Marfil, cuando el encierro voluntario se convierte en prisión!... El *yo* se afirma mostrándose, no sólo en los bárbaros que aullan para sentirse vivir, sino en los aprendices del "Hombre libre" o de *Uebermensch.* Encaramado uno en su torre, con el puente levadizo levantado, y oyendo a todos los *commisvoyageurs,* generalotes chiverudos, elegantes, más o menos charolados y perfumados *gens de lettres,* contarse, hacer su biografía, exhibir sus *yóes* de cargazón, con suprema impudicia e ingenuidad infantil, ilustrar el relato con toda especie de datos fisiológicos, llega un momento en que comienza a pensarse si la humanidad no es más que *eso,* y necesita acordarse de que existen los maestros, de que hay un universo intelectual y artístico, en fín, algo que no sea lo que está por delante. Quite usted tal cual rato de conversación con Ricardo S. Pereira, que habría sido delicioso *cuarto* para una comida en casa de Castillo, y que se vino de Bogotá con el desagrado de no haberlo conocido a usted;quite usted tal cual rato de conversación femenina en que el brillo de los ojos y de los dientes y el color sonrosado y las muequecitas acariciadoras de cualquier *ella* le hacen a usted olvidar si el ruidito de la voz que sale de la boca fresca y rosada debe o no debe de significar algo, y en el resto de los diálogos emprendidos o mejor dicho sufridos por su atento y seguro servidor, éste se ha limitado a excitar a los adversarios con "No me diga usted eso!... Cuénteme detalles porque eso es muy interesante... ¡Cómo, cansado! No, señor; léame usted otros... ¿Y eso le sucede a usted frecuentemente?... Con que cuatro en una noche, ¡ah!... ¿Quién lo viste a usted?" obtenien-

do en respuesta narraciones de a treinta minutos encabezadas respectivamente así: "Sí, señor, es que yo soy un hombre de carácter violento (o dulce, o alegre)... Le contaré a usted; por allá a principios de 1856, estaba yo, etc... Comenzaré con un Romance titulado "Desesperación" y después le mostraré veintiocho sonetos del estilo de los de Numa P. Llona... yo escribo and so forth... Bueno, ese papel de cultivador de la chifladura ajena a cambio del reposo interior y de que el adversario no le interrumpa a uno con el *"Pardon! mais sur ce point je vois que nous avons des idées absolument opposées"*, de Carlos M..., viene siendo desesperante a la larga. El adversario lo juzga a uno un *joven muy estimable* y uno un idiota, pero quien sale ganancioso es él.

Su previsión respecto de lectura literaria y científica resultó en parte exacta. Priva el gusto bizantino (de los que creen que Bizancio era una cosa de comer) y Arturo A. Ambrogi, Pedro Pablo Figueroa, Ernesto O. Palacios, Abraham Z. López Penha van en la primera página de los diarios, tan campantes!

De Rubén Dariacos, imitadores de Catule Méndes como cuentista, etc..., de críticos al modo G..., pero que no han estado en Europa, y de pensadores que escriben frases que se pueden volver como calcetines y quedan lo mismo de profundas, están llenos el diarismo y las revistas. En cuanto a la poesía lo haría a usted feliz si tuviera tiempo de copiarle algunas muestras. Y lo más curioso de todo es que en conjunto la producción literaria tiene como sello la imitación de alguien (inevitablemente) y que si usted tiene la paciencia de leer no encuentra una sola línea, una sola página, *vividas, sentidas* o *pensadas*. Hojarasca y más hojarasca, palabras y palabras, como decía el melancólico príncipe.

Si curioso usted de darse cuenta del *por qué* se da el trabajo de estudiar un poco la psicología de los productores, la razón salta a la vista: cultivo científico y lectura de los grandes maestros, 000; vida interior y de consiguiente necesidad de formas personales, 000; atención siquiera al espectáculo de la

vida, cero partido por cero! Unas imaginaciones de mariposas, una vida epidémica.

La vie épidermique avec tous ses frissons, que no puede dar otro resultado. Curiosísimo todo eso para verlo por un rato, pero inspirador de unas melancolías negras cuando recuerda uno las frases del cabezón (1), de José Ignacio (2), de Brake (3) o del Indio (4).

Anoche, después de haber recorrido todas las librerías y la biblioteca nacional, perdida la esperanza de encontrar un libro legible (las librerías tienen como fondo a Pérez Escrich, de Padua, Pilar S. del Marco y traducciones de Gaboriau), tuve una sorpresa deliciosa. Hay una biblioteca pública, perfectamente desierta a toda hora, fundada por un señor Revengo, donde se encuentra usted completos a Renán, Taine, Melchior de Vogüe, Bourget, Rod; toda la serie de la Internacional de Emilio Aglavé ¿recuerda?... Spencer, Wundt, de Roberty, Secchi, etc..., todo Ribot, todo Paulham, todo Guyau, en fin, una mina de oro inverosímil, por donde fuí caminando de sorpresa en sorpresa, pellizcándome para ver si no era un sueño, hasta dar con Barrés, Chiampoli, d'Annunzio, Trezza, la Serao, Graff... Juzque usted mi felicidad! Entre eso y un mundo de revistas y libros que he pedido a Inglaterra y Francia y de los cuales va usted a ser partícipe, voy a pasar los ratos que me deje el trabajo de la Legación, bastante pesado por cierto.

Necesito estudiar mucho y regar con toda especie de abonos violentos el jardín interior para no sentir tan intensamente el vacío de esta vida, en que la separación de V... y Ch..., de ustedes, los excelentes amigos de allá, son causa de malestar espantoso. No sospechaba yo ciertas provincias de mis dominios interiores, esterilizadas por los sufrimientos anteriores y por tanto malestar de los dos últimos años. ¿Creerá

(1) El doctor Vargas Vega.
(2) El doctor José Ignacio Escobar.
(3) B. Sanín Cano.
(4) El doctor Eduardo S. Gutiérrez.

usted que en este lugar, donde nadie vive en la casa, lleno de placeres fáciles y donde el oro, según dicen todos los que llegan, se va *solo* de los bolsillos, se me han pasado cuatro, cinco días, sin abrir el portamonedas, y muchas noches en mi cuarto, al modo bogotano, un libro en la mano, los cigarrillos turcos y la taza de té sobre la mesa de trabajo, sin sentir, no digo la impulsión, la posibilidad de la impulsión que me hubiera llevado a una alcoba o a cualquier distracción de esas con que se divierten todos?... Hay momentos en que da miedo casi sentirse uno tan dueño de sí mismo y tan insensible a los móviles corrientes de la acción, tan incapaz de una calaverada *bestia* y *sabrosa,* que diría Gutiérrez.

El femenino aristocrático indeciblemente delicioso, oye, Brake?... Un modo, una familiaridad de buen tono, una mezcla de dejo tropical y de la elegancia parisiense (porque han vivido en París), unas caritas pálidas, con los ojos que brillan como diamantes negros y las bocas frescas como fresas; unas vocecitas arrulladoras y todo eso en decoraciones de Julio Duval, el tapicero del Boulevar Montmartre, y bronces legítimos, y toilettes venidas por el último correo, que no le dejarían nada que desear al *feminista* más exigente. Por ese lado lo que hay compensa ampliamente lo que falta por los otros. Ya tengo tres salas de las más difíciles de abrirse a los extranjeros donde me siento *ambiente,* y donde gracias a la bondad de los dueños, me han recibido como a amigo viejo.

Muy diferente ésta de nuestra pobre tierra, en el sentido material. Llega hasta aquí un reflejo de la organización europea, y nadie mira a nadie, y cada cual vive su vida, y ésta en lo material (aun juzgada desde lo exiguo del sueldo de un secretario de la legación) es cómoda relativamente. Tiene usted movimiento incesante en la ciudad, una corriente de extranjeros que pasa llevándose aquellos malos elementos que tánto atormentan todavía allá, y si la situación financiera es mala, porque *lo es* a no dudarlo, quedan, como causa para explicarla, la reciente revolución que dejó ruinas por donde quiera y, como esperanza de mejora, las vías de comunicación fáciles y

la moneda de oro conservada como tipo, y el cambio a la par y el gobierno muy preocupado del progreso material y con hombres muy cultos en los primeros puestos. La paz parece afianzada por largo tiempo y no pesan sobre este país todos los problemas políticos que agobian al nuestro. La exportación va en aumento y la gente que entiende la cosa, entre los comerciantes más importantes, confía en la buena marcha de los negocios para el futuro.

Ha pasado un mes desde que llegué y me siento como avergonzado de no haber ideado todavía uno que me permita sacar unos cuantos millones de bolívares en limpio para traerme a V... y a la Ch...! Usque, a Dios gracias y para bien de su alma, no es ambicioso, no sabe cómo es la fiebrecita de ganar dinero que le entra a un *struggle forlífero,* cuando le pasan por las manos onzas peluconas y luises nuevos y se acuerda de que lo que *corre* en su tierra son los papelitos grasientos y el níquel de a medio. Convide al maestro Vargas Vega a hacerle una novena a San Marcos el Romano, por mi intención, a ver si en el curso de un año encuentro yo el primer negocio fructuoso.

....

Deseo que me escriba usted diciéndome qué impresión ha causado y qué comentarios ha ocasionado la autorización dada por el congreso de Venezuela al Ejecutivo para la ejecución y cumplimiento material del laudo. No me contento con lo que digan los periódicos y le pido informes.

Para corresponder a esta interminable carta róbele usted unas horas a sus quehaceres diarios e infórmeme de usted, de sus lecturas, del viejo Vargas Vega, a quien le dará un abrazo en mi nombre, de José Ignacio, Laureano García y Roa, a quienes saludará por mí. Cuénteme *hartas cosas,* dígame las malas ideas que se le hayan venido a la *mocha* en estos noventa días; envíeme las señas de Mauricio Uribe, en París y Nueva York; oriénteme respecto de lo que haya encontrado que valga la pena en libros alemanes y mándeme una noticia de los que usted cree que me

atraerán y de las revistas que usted recibe para solicitarlas, pues la que usted me dio en el camino la pardí. En la semana próxima comienzo a tomar mis lecciones con un doctor Ernst, hombre muy inteligente y a quien me ha recomendado el encargado de negocios de Alemania, y si usted me la manda, los libros vendrán a tiempo para el estudio práctico.

Le suplico que me escriba largo. Recuerde la soledad interior en que vivo y la necesidad que tengo de usted para no embrutecerme.

Día 8—Aquí iba, cuando, camino de la legación entró el correo y encuentro en mi apartado su gratísima del 17 de septiembre venida con retraso fabuloso. Prefiera para escribirme los correos del 13 y 25, únicos directos como lo son los de aquí de las mismas fechas.

Millones de gracias por sus dos pliegos.

La *Coma* intelectual que usted teme es mi preocupación constante. Puesto que tan acordes estamos tratemos de combatirla escribiéndonos y *contándonos* uno a otro.

Me dice usted que leer las mías será una manera de ver a Caracas y caigo en la cuenta de que ésta se va sin realizar sus ilusiones.

Voy a tratar de enmendar la plana:

Una plaza-parque, las calles laterales más altas que el centro de ésta, con el piso pavimentado de mosaicos de piedra artificial. En el centro la estatua ecuestre del Libertador sobre un pedestal de mármol negro, y en las eras árboles coposos cuya verdura oscura refresca el ojo cansado del gris plomo, del gris azuloso, del café claro de las construcciones vecinas, mediocres arquitecturas de adobe ornamentadas de cartón pasta y pintadas al óleo. Un capitolio que ocupa otra manzana: adobe y cartón pasta, pero concluído, no como el nuestro en estado embrionario, con los respectivos jardincitos, verjas de hierro, surtidores, etc. Ahí me tiene usted el centro. Pueble los bajos de las casas altas de botillerías radiosas, de cafés a la parisiense, de jo-

yerías con el brillo de las piedras sobre el rojo o lo negro del terciopelo; anime eso con mucho coche, así, así, ellos; suelte dos tranvías o tres por esas calles y estamos. Las calles del comercio, construcciones bajas, oficinas, almacenes, con un injerto de la calle de la Ropa (la de cerca al mercado de Bogotá), y de las calles de Honda. Ahora, si usted se separa de ese centro, el resto de la ciudad es uniforme; el camellón de los Carneros, con las ventanas de las casas rasgadas hasta abajo, el piso empedrado y, por excepción, tal cual edificio alto. Si la casa es elegante, pavimento de mosaico (zaguán de los baños de Guananí), palmeras de California en el patio, decoración parisiense y adentro las caraqueñas antes descritas. Si la casa no es elegante, barriles de flores *sin flores,* y mesunas pálidas, anemiadas, con ojos muy negros y color muy Odilon Redon, sentadas en mecedoras de bambú, dándose aire con abanicos japoneses de a real. ¿Estamos?... En la población indígena, enervada por la suavidad de la temperatura, fundido y mezclado ya mucho elemento exótico; en las esquinas mucho tipo alicaído, manienbolsillado, *esperando a ver qué sucede,* como en las esquinas de Medina Hermanos. Por cielo, unas veces como hoy gris monótono como el de Bogotá y la llovizna aquella de Paul Verlaine:

Il pleut dans mon coeur
Comme il pleut sur la ville,

y otras un azul radioso y cálido, pero azul de veras. Al horizonte los Andes (cantados por tanto hombre de buena fe), pero no aquellos pelados ya grises que dominan a Santa Fe, sino más verdes y menos imponentes y con menos frío en el color. Por temperatura la de Guaduas, una temperatura bromuro, capaz de calmarle los nervios a Galindo. Sintiéndola he llegado a pensar que Galindo se fué de aquí porque no tenía fuerzas para gritar y comenzaba a dudar de su *yo.*

Le mandaré en alguna de mis próximas, croquis a pluma de tipos (lado masculino), que a buen seguro lo divertirán. Como en todas partes sucede, hay un grupo *cosmopolis* que toma té, se lava con *Pear's soap,* se viste en Londres, lee a Bourget, etc... Eso bien

visto no es interesante y lo encuentra usted en toda capital. *Eso* se llama aquí Boulton, Eraso, White, Olavarría, y es eso que estoy frecuentando con más el cuerpo diplomático. El encargado de negocios de Alemania: un baroncito rubio, el pelo al rape, los ojos azules pálido, las manos finísimas, que lee a Wundt y viaja por la cordillera; un ministro francés, gran cráneo pulido y liso, enorme barba castaña, sedosa, ojos verdosos, con la nostalgia de Petersburgo y de su nieve, que dice a media voz versos de Pouchkine, y lee a Tolstoi en ruso y ha recorrido las estepas en troika y con seis años de vida petersburguesa viene siendo un eslavófilo furioso. Bueno eso no es lo que hay que ver. Son otras cosas, *las locales,* sabe?. . . Chiveras, charreteras, ajos que fluyen como una hemorragia por la boca gruesa; odios furiosos de resto de las luchas pasadas, pretensiones que se exteriorizan en cruces y condecoraciones. . . ¡Curiosísimo! ¡Curiosísimo!

Gracias a una dieta de femenino que tonifique los nervios hasta el clonismo, a tres tazas diarias de Pekao Tipan legítimo, a mucho estudio de derecho internacional, de interview permanente en busca de negocios y de esperanza de llegar a hacerlos, confío en que podré pasar mi tiempo, en que cada día vale por seis meses por la ausencia de V. . . y Ch. . . Si una combinación que vengo preparando sale, en seis meses podré traérmelas. Supóngase usted la vida de hotel, la entrada a las once de la noche por los corredores desiertos al cuarto frío y trivial; las comidas frente a un libro; la idea permanente de una enfermedad de ellas!. . . Atroz. Pero cuando recuerdo los dos últimos años, las decepciones, las luchas, mis cincuenta y dos ejecuciones, el papel moneda, los chismes bogotanos, aquella vida de convento, aquella distancia del mundo, lo acepto todo con la esperanza de arrancar a mis viejas encantadoras de esa *culta capital.*

Día 11—En dos gramos de tinta que quedan entre el tintero se me quedan unas líneas sobre la muerte del doctor Núñez, una llana sobre un libro monumental de Charcot, que usted no conoce, *Les malades et l'art,* admirable, ¿oye?. . . otras sobre Baudelaire

(Les petits poémes en prose y *Les Paradis artificiels);* algo sobre páginas desconocidas para mí de Taine. Todo eso irá *au furt et a mesure.* Sólo me dejan tiempo las numerosas ocupaciones de la legación para suplicarle que al escribirme me diga usted cómo ve el horizonte después de la muerte del doctor Núñez y para encarecerle que les diga a las Cristanchos que el nombre de su hermano, que ellas creen que está en Caracas, no figura en el libro de registro de la legación, que lo estoy averiguando para encontrarlo y ver cómo y en qué les puedo servir, lo que me será muy grato.

Un abrazo muy estrecho y mis mejores deseos por toda su psicofísica.

José A. Silva.

CARTA A PABLO EMILIO COLL

Bogotá, septiembre 1º 1895.

Mi muy querido Pablo Emilio:

Mil gracias por su cartica de 15 de julio y más que por ella, por el cariño que representa. Bien empleado lo tiene. Pienso en usted con una profunda y sincera simpatía, de esas que ni el tiempo ni la separación borran. Frometin dice, en alguna parte, que la separación obra en las amistades de dos modos diferentes, unas veces alejando a los amigos, otras acercándolos más de lo que harían el trato y la incesante comunicación. Esa es una profunda verdad que se me viene a la mente al recordarlo a usted, a algunos otros amigos, a algunas deliciosas figuritas femeninas de esa tierra. Los siento cerca, muy míos, muy semejantes a mis necesidades sentimentales: pienso en ustedes como en familia mía, los quiero de veras y los echo de menos. Ya ve usted que si le entra profunda tristeza al recordarme, según me dice, esa tristeza tiene razón de ser. Las simpatías nobles, los cariños hondos son raros en la vida y tal vez lo mejor

que ella ofrece. Por fortuna para mí su previsión de que no volveremos a vernos nunca me parece de un pesimismo, digno ya no de Schopenhauer sino del autor del Eclesiastés. Confío volver pronto a esa y sentir, con la caricia voluptuosa del clima, las simpatías que me hicieron como una segunda patria de su querida tierra. Si no estoy en esa desde hace un mes, no es por falta de deseos; ocupaciones y negocios para mí importantes me han detenido. Confío en gozar pronto de Caracas y de mis buenas y cordiales amistades venezolanas.

Gracias por *Cosmópolis*. He leído todo, todo, con gran interés. Ese periódico que habla con la voz de la generación nueva y que tiene acentos tan fervorosos para celebrar la belleza y la vida, lo veo como mío por el cariño que le tengo a usted, a Urbaneja Achelpohl y al ausente Pedro César Dominici. Dígale a Urbaneja de mi parte que su artículo del número 11 me ha encantado: que abra bien los ojos y escriba, sin más preparación, y que esté seguro de llegar muy alto. ¡Tiene un talentazo ese cacique *ingerto* de alemán, como conozco pocos!

Muy bien sus "Notas". Puesto que usted ha vuelto a consagrarse al *feo vicio* literario, conságrese de lleno. Escriba, estudie mucho, viva con todo su espíritu la más amplia y profunda vida intelectual que pueda vivir, recuerde que hay un deber superior a todos los otros, que es desarrollar todas las facultades que úno siente en sí, en el dominio del arte. No extrañe que en mi fanatismo determinista, insista en mis consejos de siempre: *higiene* y *estudio*. Para hacer obra literaria perfecta es necesario que el organismo tenga la sensación normal y fisiológica de la vida; las neurosis no engendrarán sino hijos enclenques, y sin un estudio profundo, estudio de las leyes mismas de la vida, estudio de los secretos del arte, gimnasia incesante de la inteligencia, esfuerzo por comprender más, por deshacer preconcebidos, por analizar lo más hondo, la obra literaria no tendrá los cimientos necesarios para resistir el tiempo...

No sueñe en que le envíe pronto producciones bogotanas para *Cosmópolis:* Sanín Cano está entregado a la gerencia de sus tranvías; Rivas Frade acaba de casarse y se ha ido para el campo; Flórez es un mito, a quien es casi imposible ver; el mismo Grillo, escribe muy poco para su propia *Revista Gris.* En cuanto a mí, ya que usted es tan bondadoso que me pide algo, debo confesarle que mis momentos los he consagrado todos a estudios que nada tienen que ver con la literatura. Eso no impide que lo primero que se me venga a la punta de la pluma sea para *Cosmópolis,* y que le ofrezca hacer esfuerzos para obtener algo de los mencionados amigos.

Adios! mi querido Pablo Emilio. Que todo sea felicidad para usted y para los suyos como se lo desea muy de veras su sincero amigo afectísimo.

José A. Silva.

EL INFORTUNIO COMERCIAL DE SILVA

Por *Camilo de Brigard Silva*

En la introducción que Charles W. Kent, el conocido escritor inglés, escribió para la edición de poesías de Edgar Allan Poe, observa que el hombre sensitivo —¿y qué poeta estuvo libre de sensibilidad?— se estremece ante el examen minucioso de su vida y arguye que debe ser juzgado por su obra y no por sí mismo. Pero ninguna poesía de carácter subjetivo, puede ser justamente estimada, sin considerar la vida del poeta. Esto es cierto aun en el caso en que la relación entre la vida y su expresión, no es íntima, ni obvia. Realmente en poesías de interpretación alegórica o extraño significado, donde los elementos prestados a la experiencia o a la observación personal parecen insignificantes, puede ser de la mayor importancia buscar en el medio en que vivió el poeta el fondo dentro del cual sus escritos resultan más claros, o en su propia vida, posiblemente en su vida interior de emoción y pensamiento, la llave de sus misteriosas sugerencias. Esto no significa, desde luego, que el conocimiento de la vida del poeta explique todos los misterios de su poesía, pero ignorándola es imposible hallar la justa interpretación de su obra.

Estas observaciones del crítico inglés, son especialmente exactas cuando se trata de analizar la obra de

---

(1) Los compiladores de esta edición de las Obras Completas de José Asunción Silva, han considerado de interés incluír en ella, el artículo publicado por don Camilo de Brigard Silva, en la "Revista América" de esta ciudad, sobre el "Infortunio comercial de Silva", pues en él se halla transcrita la carta que el poeta dirigió al señor don Guillermo Uribe, donde explica en forma detallada las causas que ocasionaron la quiebra de su firma comercial.

Silva. Es indiscutible que el medio dentro del cual vivió y las dificultades de orden material que atormentaron su existencia, tuvieron una influencia definitiva sobre ella. Desgraciadamente, son muy pocos los datos de carácter íntimo que se han podido allegar sobre la vida del poeta bogotano. Espíritu reconcentrado, quizá tímido, circunscrito al reducido círculo de su familia y de unos pocos amigos, sin confiar, sin embargo, a ninguno de ellos, ni sus angustias espirituales, ni sus preocupaciones materiales, de unas y otras, no dejó más huella que la que se revela en su obra literaria y en una exigua correspondencia familiar.

Entre los escasos documentos que quedaron a su muerte, figura un copiador de correspondencia comercial, comenzado en el mes de diciembre de 1891 y que termina en noviembre de 1893. Sobre las finas hojas de papel japonés, con su inconfundible y bella escritura, ya semiborrada por la acción del tiempo, trazó la historia de sus infortunios materiales, con tan singular exactitud, que al releerlas, muchos años después, no es difícil encontrar la clave de su vencimiento espiritual, porque esta época coincide con uno de los más atormentados períodos de la vida del poeta.

Cartas de negocios, secas, descarnadas, repletas de cifras, todas ellas redactadas con la ceremoniosa cortesía tan de estilo en ese fin de siglo, encabezadas muchas veces con "Casa de Usted" y terminadas con un "Q. B. S. M."; dirigidas unas a acreedores impacientes, otras a comisionistas extranjeros o a influyentes amigos; unas suplicantes, otras altaneras; pero todas ellas encaminadas a explicar la causa de su ruina, a pedir la merced de una espera, la suspensión de una acción judicial; ofreciendo la total entrega de sus bienes, no solo los afectados a sus negocios, sino sus libros, sus muebles, sus objetos de arte y aun aquellos que constituían el escaso patrimonio de su madre. Dos años de vivir angustioso, de inútiles afanes, para evitar lo que dentro del minúsculo *e inexorable* medio de Bogotá de esos tiempos se consideraba como tacha permanente, como afrenta para un limpio apellido, como una vergüenza irreparable: la quiebra comercial.

Por singular coincidencia, la carta inicial de ese libro copiador, descorre el velo de la tragedia. Lleva como fecha 14 de diciembre de 1891, está dirigida a los miembros de la junta directiva del Banco de Bogotá, y dice así:

"Muy señores míos:

"Muy respetuosamente suplico a ustedes que se sirvan nombrar a una persona de la entera y absoluta confianza del Banco de Bogotá con el objeto de que previo un examen minucioso de la contabilidad, el archivo y la correspondencia de la casa R. Silva e Hijo, de la cual fui socio y cuyos negocios vengo manejando como único gerente desde junio de 1887, rinda a ustedes un informe acerca de la situación y el manejo de esos negocios de entonces a hoy, y rectifique la parte numérica de las operaciones descritas.

"En la esperanza de una respuesta favorable y dándoles a ustedes de antemano mis más cumplidas gracias por el honor que me harán al acceder a mi súplica, tengo el placer de repetirme de ustedes,

"Atto., S. S. QBSM.,

"José A. Silva".

Por largos años había sido don Ricardo Silva propietario de un importante y acreditado almacén de mercancías en la ciudad de Bogotá, cuyas *ganancias* le habían permitido llevar vida holgada y realizar numerosos viajes a Europa. El año de 1884, cuando Silva apenas contaba 19 años, lo asoció a su casa de comercio, para lo cual fue necesario obtener la habilitación de edad. En 1885, el poeta viajó a Francia, enviado por su padre, con el probable propósito de que entrara en contacto con los fabricantes y comisionistas que surtían de mercancías el almacén y al año siguiente, 1886, a raíz del regreso de su hijo, don Ricardo volvió a emprender viaje a Europa, quedando por primera vez Silva al frente del negocio.

El infortunio que ha de acompañar al poeta hasta su muerte, se desata sobre su vida el año de 1887,

cuando en una mañana de junio, en forma casi repentina, fallece don Ricardo. Hasta esa época su existencia había sido la del afortunado hijo de un hogar aristocrático, donde se daban cita los más destacados elementos de la sociedad y de las letras bogotanas. La fortuna de su padre le había permitido recibir esmerada educación y realizar un viaje por los principales países de Europa. Sin embargo, en los años que precedieron a la muerte de don Ricardo, su firma comercial había experimentado pérdidas de consideración, debido en gran parte a las fluctuaciones de la moneda, ocasionadas por los desastrosos efectos que sobre la economía del país tuvo la guerra civil de 1885. "En junio de 1887 —dice Silva en carta a uno de sus acreedores— a la muerte de mi padre, al hacerme cargo de los negocios, existía en estos un déficit que alcanzaba al 44%"; y por la misma época, escribe a un amigo: "Muerto mi padre, al estudiar la real situación de la casa, vi que no podía llenar los compromisos pendientes, que la casa estaba en quiebra".

Algunos escritores han atribuído el infortunio comercial de Silva a su poca experiencia en los negocios, que unida a su inclinación al lujo y a su temperamento de artista, le hizo incurrir en el error de importar al país objetos de arte y mercancías exóticas, de imposible consumo dentro del medio modesto y bastante sencillo del Bogotá de aquella época. Nada más inexacto. A pesar de su juventud, Silva demostró, desde su primer contacto con los negocios, un espíritu aplomado y previsivo, que sorprende en quien tan poca experiencia tenía en materias comerciales y había disfrutado en su adolescencia de holgada posición. Conservo originales en mi poder algunas cartas dirigidas por Silva a su padre, que residía en París el año de 1886, cuando el poeta acababa de cumplir 21 años, en las cuales analiza con singular acierto la grave situación económica y monetaria porque atravesaba el país y le encarece que no contraiga compromisos excesivos que puedan comprometer en el futuro la estabilidad de su negocio.

En carta dirigida a la firma Dormeuil Fréres, de París, en enero de 1892, Silva explica con toda claridad

la situación en que encontró los negocios a la muerte de don Ricardo y sus gestiones hasta esa época. "La casa de R. Silva e Hijo —dice él—, fundada en 1884 por mi padre y por mí, fue administrada por él solo, como gerente, desde esa fecha hasta el 1º de junio de 1887, en que murió en esta ciudad".

"Al morir él, entré, como socio sobreviviente, a manejar los intereses que existían entonces y encontré un déficit de $ 16.916. El activo se componía de mercancías poco surtidas y de otros valores de difícil realización".

"Por efecto de una brusca alza de cambio, en los primeros meses de 1888, el pasivo ascendió a $ 6.960.70 más o sea $ 60.479. El almacén realizaba un promedio de ventas de unos $ 15.000 anuales, en los años corridos de 1884 a 1887".

"Me creí con fuerzas suficientes para remediar aquella gravísima situación y comencé a trabajar sobre las bases que les dejo anotadas. Gracias a una gran atención prestada a los negocios, aquella mala situación no fue conocida de nadie y la animación dada a las ventas la había ocultado hasta ahora".

"Las ventas comenzaron a subir rápidamente y acreditado el almacén he podido realizar del día 1º de junio de 1887 hasta hoy, al contado, $ 463.120.78 y presentar hoy solo un déficit del 17%, en vez del que encontré que, como ustedes ven, alcanzaba al 58.70%".

Sin embargo, las esperanzas abrigadas por Silva, resultaron fallidas y después de cinco años de agobiador trabajo para ocultar su verdadera situación económica, no le quedó más remedio que ponerla de manifiesto a sus acreedores. Varios factores habían intervenido para ello. En primer lugar, el déficit inicial que pesaba sobre el negocio al hacerse cargo de él a la muerte de don Ricardo; en segundo lugar, la inestabilidad monetaria que afectaba al país, por las continuas emisiones de papel moneda que el gobierno se veía obligado a hacer para atender a permanentes déficit fiscales. Como los comerciantes locales debían vender su mercancía a crédito, en moneda nacional, y pagar a

sus proveedores extranjeros en francos o libras, cada nueva baja del cambio afectaba la posición de quien estaba haciendo uso de créditos en el exterior.

Tal vez todas estas dificultades hubiesen podido ser sorteadas, si Silva hubiera poseído en el fondo un temperamento mercantil, pero su extraordinaria sensibilidad de artista no era la más apropiada para el manejo de estos bajos intereses materiales, y esa manera de considerar la vida, a que lo inclinaba su inteligencia, lo ponía en constante conflicto con el medio en que necesariamente debía desarrollar sus actividades, granjeándole la antipatía de muchos y la enemistad de otros. Perdido en un océano de dificultades, perseguido por los acreedores, impotente para salir del impase en que estaba colocado y que lo conducía seguramente a la ruina, resolvió hacer recaer toda la responsabilidad de su situación sobre un viejo amigo de su padre, el señor Guillermo Uribe, que le había servido de fiador en muchas de sus obligaciones comerciales, y le escribió una carta de ciento tres páginas, haciéndole la historia de su vida y llena de recriminaciones y reproches.

El señor Uribe era un distinguido caballero bogotano, casado con una ilustre dama, doña Mercedes Holguín, hermana de don Carlos y don Jorge. Hombre acomodado y de negocios, no desprovisto de cultura, tenía, sin embargo, un temperamento vehemente, un tanto impulsivo. Su sentido de hombre práctico debía chocar permanentemente con el de Silva, que, necesariamente, estaba en el polo opuesto. La forma de vida de este, su manera de contemplar los problemas, sus mismas aficiones literarias, tan exóticas en aquellos tiempos, debían exacerbar al señor Uribe y quizá lo indujeron a cometer injusticias que hirieron profundamente la delicada sensibilidad del poeta.

Silva, cuando vio su situación irremisiblemente perdida, con un sentido altísimo de honorabilidad y corrección ofreció entregar a sus acreedores la totalidad de sus bienes y puso las llaves de su almacén y de sus depósitos en manos del conocido abogado doctor Francisco E. Alvarez, que tenía la representación de la mayoría de los créditos. Pero no se limitó a la entre-

ga de los activos relacionados con el negocio sino que hizo trasladar a esos mismos depósitos todos los objetos, muebles y libros de uso personal. En el copiador de su correspondencia aparece una relación de tales bienes y en ella figuran algunos que debían ser para Silva de valor inestimable y cuyo abandono seguramente constituyó para él una indescriptible amargura. Entre los libros, por ejemplo, se hallan enumerados: un ejemplar de *Ismaelillo,* de pasta de marroquí blanco con esquinas de oro, seguido de la anotación "regalo de José Martí"; un ejemplar de *Saulo,* pasta de cuero de Rusia con esquinas de plata, regalo de Jorge Isaacs; un ejemplar de *A rebours,* pasta marroquí rojo, regalo de S. Mallarmé; veintiocho dibujos de Gustavo Moreau, regalo del mismo; la primera edición de las *Flores del mal,* de Baudelaire, regalo de Gustavo Flaubert, y gran número de muebles, cuadros, tapices y porcelanas, que habían sido adquiridos por él en sus viajes por el viejo continente.

Este sacrificio de Silva no fue comprendido por el señor Uribe, que a toda costa pretendía, por un sentimiento muy explicable, que aquel cancelara, de preferencia, los pagarés garantizados con su firma y lo librara de tan molestas obligaciones. Por último, Uribe no tuvo más remedio que pagar esas deudas y subrogándose en los derechos de los acreedores obtuvo el embargo judicial de todos los bienes de Silva, casualmente cuando éste, después de múltiples esfuerzos, estaba para concluír un arreglo que le evitaba la vergüenza y el descrédito de una quiebra formal.

Pero las actividades de Uribe no se detuvieron allí, sino que, acogiendo, posiblemente, un chisme infame que algún mal intencionado había hecho circular, imputó a Silva el haber ocultado bienes de su activo para defraudar a sus acreedores, y en carta que le dirigió en septiembre de 1892 le decía: "Espero que no me obligue a hacer gestiones que pudieren causar a usted graves embarazos que harán que los jueces civiles, que están conociendo, se vean en la necesidad de pasar al juez del crimen copia de lo conducente para que se ejerza su ministerio".

Esta imputación, como es natural, exacerbó a Silva, no solo por la tremenda injusticia que ella implicaba para quien se había despojado de todo lo que poseía en beneficio de sus acreedores, sino por haber sido acogida por un amigo íntimo de su padre que lo conocía desde su niñez; la persona a quien él había vuelto los ojos, cuando se vio enfrentado ante las dificultades de la vida y a quien había considerado siempre como su mejor consejero y su más asiduo protector.

Cuando Silva recibió esa comunicación, se encerró en su despacho y redactó para Uribe esa larga carta que figura en su copiador comercial y en la cual se entremezclan las cifras de los balances con los detalles íntimos de una vida amargada por las preocupaciones materiales y los sufrimientos del espíritu y con las protestas del hombre recto, víctima de una tremenda injusticia.

"He tenido que leer varias veces su carta —dice a Uribe— para darme cuenta de su contenido".

"¿Cómo obtener $ 12.700, en papel moneda, inmediatamente, para satisfacer mi deseo de libertar la firma de usted? Con mi crédito en perfecto estado, ofreciendo garantías serias, sería difícil hoy; no pudiendo hacer uso del crédito, no teniendo garantías qué ofrecer, con los valores que poseo embargados por usted; no pudiendo disponer de ellos antes de recoger los pagarés pendientes con su firma, la empresa era casi imposible, por no decir absolutamente imposible".

Más adelante, recapitulando la historia de sus negocios, dice Silva:

"Sencillamente, sin el ánimo de ofender a usted, y como un simple *statement of facts,* requerido primero por la actitud de benefactor que ha criado víboras, y después, de moralista que se cree en el deber de hacerle seguir causa criminal a un pillo, actitud que asumió usted desde noviembre próximo pasado, la primera, y desde ayer, la segunda, voy a decirle cuál ha sido ese apoyo, a mi modo de ver".

"Hacía más o menos veinte años que usted estaba ligado a mi padre por relaciones de amistad y de negocios; habían tenido ustedes una compañía comercial y vino de ella, si no me equivoco, la costumbre de usar sus firmas como garantía en las operaciones de descuento. En todas las operaciones verificadas no tengo noticia de que usted hubiera tenido que hacer erogación alguna por cuenta de él. Al hacerme entrar mi padre a formar parte de la compañía R. Silva e Hijo, tenía yo 18 años; fue necesario habilitarme la edad, ¿recuerda usted?, encontré la costumbre de ese servicio establecido. Mi padre jamás lo había informado a usted de la situación real de sus negocios que él mismo no comprendía. Murió él, casi repentinamente, y al estudiar la situación real de la casa vi que no podría llenar los compromisos pendientes, que la casa estaba en quiebra. Fue entonces cuando lo llamé a usted para hacérselo saber. Usted vio mi inventario, mi balance, estudió el pasivo, el activo, estimó el déficit".

"Con la inexperiencia de mis veinte años y mi confianza en usted le pedí consejo y le ofrecí ceñirme a sus indicaciones. Mi falta de mundo me hacía ver como un crimen casi esa mala situación de negocios en que yo no tenía responsabilidad ninguna, puesto que no los había manejado y había sido comprometido en ellos sin derivar provecho alguno. Mi sencillez me hizo perder esa ocasión de verificar arreglos que habría logrado tan ventajosamente como los hubiera querido, cualquiera que los hubiera propuesto en mi nombre. Eran diez acreedores, que todos habían venido concediendo prórrogas; gentes amigas de mi padre, incapaces de exigirme nada forzado al darles a conocer la situación real y a quienes había podido usted decir:

"Este señor me ha llamado y me ha manifestado la situación en que quedan los negocios de su padre, a quien viene ayudando con sus esfuerzos desde que tenía quince años. Yo era amigo de su padre y lo conocí íntimamente, era un caballero y era un hombre honrado, a quien había prestado yo mi firma como garantía de sus compromisos. Los compromisos que adquirí con él de pagar, si él no podía pagar, voy a cumplirlos para hon-

rar su memoria y para dar testimonio de la sinceridad de mi amistad. El ha muerto, y hoy su hijo reconoce todos los compromisos pendientes con ustedes y quiere trabajar para cubrir con sus ganancias las deudas de su padre que muere insolvente. Yo conozco a este joven, me consta que es honrado, no tiene ningún vicio, tiene que mantener a su madre y a dos hermanas. Si ustedes no le dan facilidades, él y su familia quedarán en la miseria. Voy a cubrir los pagarés en que había comprometido mi firma con el señor Silva. Su hijo no puede pagar hoy, necesita un plazo, una rebaja cuantiosa. Haré la rebaja, concederé el plazo si ustedes convienen en acompañarme a abrirle a este joven un camino que le permita trabajar para pagarnos".

"Los acreedores eran pocos. Las sumas pendientes insignificantes, todos lo conocían a usted, eran excelentes amigos de mi padre. El arreglo se habría hecho en familia y en una semana. ¿Qué inconveniente había para verificarlo?... Dice usted que yo me oponía a que se conociera la situación real de los negocios. Nó... A mi me aterraba que mi madre y mis hermanas no tuvieran camas en qué dormir, si tenía que entregar los muebles de mi casa; me aterraba que el público dijera que mi padre había cometido una falta, solicitando dinero que no podía devolver. ¿Cree usted que yo me habría opuesto a que usted llenara sus compromisos de fiador, a que me diera plazos, a que hiciera un arreglo por el cual pudiera yo cubrir esas deudas que consideraba sagradas, a que me abriera el camino para entrar a la vida con el espíritu tranquilo y la frente alta, sin compromisos absurdos y que me harían estrellarme, de fijo, inevitablemente?".

"¿Qué obstáculo había para que usted, hombre de posición, conocido como comerciante desde hacía veinte años, interviniera así?... El obstáculo eran $ 16.000 en papel moneda nacional, que usted no pudo o no quiso desembolsar y que me han hecho gastar los mejores cinco años de mi vida infructuosamente, para que el día en que le propuse a usted que recibiera el valor total de sus fianzas en mercancías, me contestara usted amenazándome con un juicio criminal".

"Supóngase usted esa actividad y esa energía desplegadas por mí sobre la base de un arreglo verificado como pudo usted hacerlo el año de 1887. Es indudable que el resultado habría sido este: la cancelación de las deudas de mi padre, la adquisición de una fortuna; un agradecimiento sin límites por usted a quien habría debido esos progresos".

"El vicio inicial de la organización de mis negocios subsistía en el fondo y no podía remediarlo. Cuando yo le confié a usted el estado de quiebra de la casa usted 'empezó por hacer a usted penetrarse (sic) de que la primera condición para una lucha de vida o de muerte con un fin excelso es una virtud a toda prueba, sustentada por un profundo sentimiento religioso' (su grata de 25 de enero). Usted, entonces, me aconsejaba la confianza en lo sobrenatural, en los milagros, me hacía leer el libro de Henri Laserre sobre *Nuestra Señora de Lourdes* y la *Vida de San Ignacio de Loyola.* Otras veces me indicaba medios más humanos, en una ocasión me aconsejó que especulara en minas y en otra que tomara boleta de la lotería española, para ver si me sacaba el *gros lot.* Yo no dudo de su buena fe al hacerme estas indicaciones, o aquella otra del duelo con Parisot, pero hoy, al reflexionar bien, no puedo desechar la idea de que el apoyo que me habría podido prestar usted reemplazando a los bancos al cubrir las fianzas pendientes al morir mi padre y 'otorgándome un plazo, habría sido tal vez más verdadero que este otro que ha venido a producir sus amenazas de intentarme un proceso".

* * *

Quizá la parte más amarga y patética de la carta que dirigió Silva a Uribe, es aquella en que refiere algunos incidentes relacionados con la muerte de su hermana Elvira:

"En estos últimos meses de 90 y primeros de 1891, dice Silva, se coloca un episodio que no dejo pasar por alto porque usted insiste en él, con singular insistencia, en su grata de 25 de enero. Me recuerda usted, con lujo de detalles, que me suministró usted, en 31

de diciembre, $ 5.917, para atender a un compromiso grave; en 13 de enero, $ 150, para gastos de mi casa, y a principios de febrero, $ 600, para pagar el entierro de mi hermana. Después de relatar estos hechos, me dice: 'Recordará usted con cuánto retardo y dificultades conseguí la devolución de estas sumas, prestadas por pocos días'. Yo recuerdo esto: El 31 de diciembre me prestó usted $ 5.917. El día 1º de enero fue fiesta. El día 6 de enero cayó mi hermana enferma gravemente, no volví a salir de mi casa hasta el día 11 en que la llevé al cementerio. En seguida, moribundo de dolor y de sufrimiento, caí a cama, no pude moverme en muchos días, vencido de dolor, no podía coordinar dos ideas, no podía pensar. Una mañana entró usted a mi cuarto a aconsejarme que tuviera fe, que le rezara a Nuestra Señora del Carmen, que leyera un libro místico que traía usted en la mano y que saliera a ocuparme de mis negocios. No podía en realidad; los músculos no me sostenían, tenía el alma destrozada; yo comprendía que usted estaba urgido por su dinero, pero no podía devolvérselo en ese momento. No podía pensar sino en que Elvira estaba muerta; ¿qué quiere usted?..."

"Por un supremo esfuerzo de voluntad volví a mis negocios. Al abrir el almacén fueron a cobrarme el entierro de mi hermana, no tenía en caja $ 600 que me pasaban de cuenta. Le supliqué a usted que me los prestara. Si hubiera sospechado que ese servicio me sería enrostrado más tarde, en una carta como su atenta a que me refiero, jamás lo habría solicitado. Al leer el párrafo a que me refiero, sentí un escalofrío de angustia. Es como una profanación eso: el nombre de Elvira y el entierro de Elvira y el servicio hecho y enrostrado, en una carta dictada por usted, en que mezcla los números y las ofensas".

"Me prestó usted esas sumas en 31 de diciembre; perdí a mi hermana en enero; no salí en todo el mes, volví a la calle el 2 de febrero; el día 17 le había devuelto a usted la suma que le debía".

"Era grave mi situación en esos momentos, se me habían vencido varios plazos, me cobraban con urgen-

cia, estaba débil, postrado por el sufrimiento que me había causado mi desgracia. Hablamos varias veces, trataba yo de arreglar mis dificultades. ¿Qué me aconsejó usted?... Que aprovechando de las buenas disposiciones y del cariño que se me había manifestado con motivo de aquella me presentara proponiendo arreglos. Deseché su consejo; me pareció muy hábil pero me dio asco pensar en especular con mi situación dolorosísima. Vea usted cómo entiendo la honradez, yo, el hombre de los *sentimientos que horrorizan*".

Es necesario imaginar, dada la sensibilidad casi enfermiza de Silva y el quebranto causado por la muerte de su hermana, el drama silencioso de esas horas, en que se unía a la infinita amargura que le causara su desaparecimiento, el apremio inmisericorde de su impaciente acreedor.

A pesar de tanta adversidad, Silva sigue luchando para arreglar su imposible situación. Los bancos, enterados ya de sus dificultades de dinero, por el acucioso señor Uribe, se niegan a abrirle nuevos créditos y tiene que recurrir a prestamistas particulares, cuyas solas tasas de interés debían ser suficientes, en aquella época, para causar la ruina a cualquiera. En algunos momentos, quizá con infundado optimismo, considera salvadas sus dificultades, pero era necesario contar con el apoyo del señor Uribe, quien sistemáticamente se lo niega, según se deduce de algunos párrafos de esta carta:

"El día 5 de noviembre, entré a la casa de usted, a eso de las doce del día, a decirle lo siguiente: 'Con el producido del crédito que me otorgó el señor De Cambil, representante de Fould Frérés, he cubierto las deudas urgentes que me causaban dificultades; voy a consagrarme a vender, para atender sin recurrir a préstamos, mis vencimientos futuros. Si en seis meses logro vender $ 10.000 y cobrar $ 20.000 que me deben, tendré cubierto mi pasivo en Bogotá y habré situado en casa de los señores Fould el valor del descubierto. Entonces solicitaré una prórroga de los acreedores extranjeros y tendré resuelto mi problema. Para llevar

a cabo ese plan es necesario que usted me ayude a arreglar el asunto de Durán, lo que está en sus manos".

"Yo iba muy contento. La tempestad que había sido el año entero para mí, comenzaba a cambiar. Veía claro en el porvenir y tenía en la boca una sonrisa, que una hora más tarde, me había valido reprimendas furiosas y amenazadoras de parte de usted".

"Llegué a su cuarto, lo saludé con gran cariño, me acomodé en un sillón, encendí un cigarrillo turco, y comencé a hablarle. Usted dejó de leer un libro místico que tenía en la mano, la *Imitación de Cristo,* o *El progreso del alma,* del padre Faber, uno de esos libros divinos que aconsejan la mansedumbre, el amor al prójimo, el perdón de las ofensas y el desprendimiento de los bienes terrenales; uno de esos libros que usted quería siempre que yo leyera para que abandonara mis malas ideas".

"Comencé a exponerle mis proyectos y comenzó una escena sin nombre: —'Pero usted tiene el deber sagrado de conciencia y de honor de redimir mi firma de todos los compromisos; de evitarme mortificaciones; de pagar todo lo que debe con mi firma!' —me gritaba usted con los ojos fuera de las órbitas—. Le contesté a usted que tenía ese deber con todos mis fiadores y con todos mis acreedores, pero que para cumplirlo inmediatamente tenía que realizar una operación imposible, realizar en 24 horas todo mi activo, por $ 210.000, entregarlo y salir a buscar trabajo, para vivir, al día siguiente. Añadí que venía a recordarle a usted su promesa hecha a la muerte de mi padre, que necesitaba su *apoyo* y que si usted insistía en que inmediatamente redimiera su firma, no me quedaba más recurso que reunir a mis acreedores para ver cómo salía de dificultades".

"Ahí, ya la *ira sagrada* de usted no tuvo límites, yo le decía a usted mis frases con el aire de un hombre que sabe lo que hace y que no tiene miedo a nadie, ni a nada. Usted me gritaba furioso que mi tranquilidad revelaba falta de vergüenza; me decía toda clase de frases hirientes, mientras se agitaba en forma tremen-

da. Nadie, jamás en la vida, me ha hablado así, y no se lo toleraría a nadie. Crispado, sin hacer un movimiento, me dominaba, al recordar su amistad con mi padre, sus cincuenta y pico de años, el sitio de la escena, que era la casa de usted y, más que todo, como excusa de aquella descortesía, el temperamento irascible y batallador de usted".

"En un momento en que usted ya no gritaba, porque no tenía fuerzas, le dije a usted: 'No he oído sus injurias. Mi respeto por usted me lo impide. Va usted con su conducta a obligarme a perder mi trabajo de cinco años y a hacer caer sobre mí gravísimas cargas. Usted va a sufrir perjuicios muy graves. Trataré de impedirlos hasta donde mis fuerzas me lo permitan.

"Yo salí de su casa sabiendo a fondo cuál era el apoyo de que disfrutaba, cuáles eran sus ideas respecto de mí y cuáles eran mis ideas respecto de usted".

"Al día siguiente llamé a mi casa al doctor José Ignacio Escobar y a don Demetrio Paredes. Les expuse mi situación. De aquella conferencia salió esta resolución. No podía por más tiempo sostener la situación falsa en que estaba colocado hacía casi cinco años, sin derivar provecho alguno y haciendo esfuerzos sobrehumanos para ocultarla; reunir a los interesados en mis negocios y ponerlos al corriente del estado de ellos para verificar un arreglo".

"Esa misma tarde mis acreedores estaban informados de mi situación y todos ellos manifestaron disposiciones benévolas".

"La noticia de mi quiebra corrió por la ciudad... Sólo un pagaré fue presentado en los juzgados, el del señor Pratt, en que era usted fiador. ¿Por qué?... Porque el señor Pratt cobró a usted muy cortésmente y usted le contestó en términos que lo hirieron. Sin embargo, cubrí esa deuda. ¿Cómo, con qué fondos?... No con los del almacén, que eran de los acreedores, sino empeñando las joyas de mi madre y haciendo otro sacrificio, que no quiero contarle a usted porque le daría pena".

"¿Por qué pagué a Pratt?... ¿Por evitarme dificultades?... Nó, puesto que yo ya estaba resuelto a entregar a mis acreedores todos mis bienes. ¿Entonces?... Para evitarle a usted molestias y *sinsabores*, puesto que yo sabía que usted estaba en situación delicada".

"El día de esa reunión de acreedores me presentaron el proyecto de cesión de bienes, entrega de mercancías, créditos y dinero, todo cuanto poseía, con excepción de los muebles de mi casa y las joyas de mi madre, *que yo ofrecía* para el pago, y que los presentes no quisieron aceptar. La cesión se haría a un comité *ad-hoc*, para arreglar todo aquello. Acepté el proyecto, lo firmé, al día siguiente entregué mis llaves al Banco de Colombia nombrado depositario por aquellos caballeros; entregué el libro de inventarios y me vine a mi casa, trayendo entre el bolsillo, por todo capital, $ 100, para mis gastos, a esperar mis pagarés cancelados".

"El 31 de diciembre el señor tenedor de libros del Banco de Bogotá, autorizado por la Junta Directiva de ese establecimiento, había revisado mi archivo, mi correspondencia, mi contabilidad entera, desde el 1º de junio de 1887 hasta el día dicho, y había producido un informe que usted conoce y que revela que el manejo de mis negocios no fue inhábil y fue absolutamente honrado, en el lapso a que se refiere. Ese informe lo había verificado en virtud de haberme presentado yo a la Junta solicitando esa revisión, favor que ella concedió".

"El día 25 de noviembre, como dejo dicho, me había separado de la administración de mis negocios, retirando $ 100 para vivir con mi familia y buscar ocupación. Don Julio Mallarino me llamó para decirme que cuatro o seis amigos, preocupados por mi catástrofe, tenían algo que proponerme, como ocupación, cuando estuviere libre. Yo estaba muy agradecido de aquellos caballeros y muy contento con la idea de comenzar a trabajar, sin un centavo de capital, pero sin deberle a nadie".

"Así pasé unos días de noviembre, todo diciembre, todo enero. ¿Qué sucedía mientras tanto?..."

"El día 26 de noviembre uno de mis acreedores le había escrito a usted suplicándole que le cubriera el saldo a su favor, que yo adeudaba con firma de usted. Usted tuvo la bondad de contestarle: 'Ejecute usted a Silva. Es un farsante. Yo no sabía que le debiera a usted con mi firma. A mí me ha perjudicado en forma. Yo no conservo relaciones con él, porque fui a aconsejarle que obrara con honradez y me insultó'. (Su grata de 26 de noviembre para el doctor Rojas, de que usted me favoreció con copia). Y esto lo escribía usted al día siguiente de haber hecho yo entrega de todos mis bienes y cuando usted sabía que todo el capital que me quedaba sobre la tierra eran $ 100 que tenía en el bolsillo, pues hasta los bienes de mi madre los había entregado a los acreedores".

"¿Qué había de verdad en eso que usted le decía a aquel excelente sacerdote, que hoy, *malgré tout,* no puede perder la ilusión de que yo soy un hombre muy honrado?... Respecto de mi proceder con usted, lo que he anotado antes; respecto de mi *falta,* en mi casa, esto: Que un día en que estaba muy ocupado, había venido usted a decirme con sonrisas y eufemismos: 'Usted es un farsante y no dice jamás una verdad. En su almacén están vendiendo mercancías a vil precio. (Usted sabía que se trataba de una mercancía deteriorada, que se estaba realizando). Usted nos está engañando a todos, y yo he venido a prestarle a usted *mi apoyo* y a favorecerlo con mis consejos, porque tengo más años que usted'.

"Yo, después de la escenita aquella de su casa, el 5 de noviembre, le había cogido aversión singularísima a los *téte a téte* con usted. Le contesté, con toda cortesía, que estaba muy ocupado en ese momento y que no creía del caso admitir consejos, le hice una venia y me volví a mis ocupaciones".

"Gracias a sus consejos al doctor Rojas, el pagaré fue llevado a los juzgados y ese mismo camino siguieron los otros acreedores. Yo no tenía otra ocupación en esos días últimos de enero, que esta: jurar

ante todos los jueces del circuito que mi firma era mi firma. Uno de ellos, el doctor Isaías Castro Vélez, me preguntaba sonriendo: ¿En qué juzgado quiere que se abra el concurso?..."

"¿A quién puedo yo atribuír esos reconocimientos de firmas, base para procedimientos judiciales, sino a usted que ya sabía que en caso de liquidación judicial saldría sano y salvo?..."

"Mientras enderezaba usted sus planes así, mi almacén estaba cerrado; mis llaves en el Banco de Colombia; mis deudores estaban saltando de gusto y yo estaba recibiendo su carta de 25 de enero, en que me trataba usted a la diabla, hablándome de sus *servicios,* de mi *ingratitud,* de *mis ofensas,* de mis *malos sentimientos* y de mis *aseveraciones inexactas* y de su *apoyo desinteresado* y de su *compasión por mí".*

Debió pensar Silva que con la entrega de todos los bienes que poseía, podría poner fin a esa existencia constantemente amargada por los apremios y tribulaciones, que había llevado durante los últimos cinco años, y sin un centavo de capital, pero libre de la inmisericorde persecución de los acreedores, buscar alguna ocupación decente, para atender a las necesidades de los suyos. Pero no fue así. Los acreedores no pudieron ponerse de acuerdo sobre la repartición de los restos de su naufragio y, como lo revelan las partes transcritas de esta carta, llevaron sus demandas ante los jueces. Este procedimiento, a primera vista tan absurdo e inhumano —pues, ¿qué más podía él ofrecer, para satisfacer sus deudas, que su patrimonio y el de los suyos?—, tiene su explicación. Ella se encuentra en una carta dirigida por el doctor Francisco Eustaquio Alvarez, el 16 de mayo de 1892, a algunos de tales acreedores:

"Me han honrado ustedes —dice el doctor Alvarez— con el encargo de recibir los bienes del señor José Asunción Silva, tenerlos en mi poder y darlos, oportunamente, en pago a los acreedores de este señor, a prorrata de sus respectivas acreencias, y entregar al señor Silva sus obligaciones o los finiquitos del

caso. El señor Silva, por su parte, está de acuerdo en que yo desempeñe esta comisión, y aun se ha adelantado a entregarme las llaves de sus almacenes, las que están en mi poder".

"Han creído ustedes que yo puedo prestarles algún servicio en este asunto, y yo, deseoso de hacerlo, me he puesto a estudiar de qué manera podrán ustedes llegar a un resultado práctico como ustedes lo desean. Este estudio me ha hecho palpar las dificultades prácticas que hay en este asunto, la primera de las cuales es la de que se necesita un consentimiento unánime de los acreedores en lo que se acuerde. Las leyes del país prohiben cualquier arreglo privado entre una persona que ha suspendido pagos y sus acreedores; y quieren ellas que, en tal caso, se forme un concurso, cuyos efectos se retrotraen a la fecha de la suspensión de pagos, quedando anulados todos los convenios posteriores a ésta, entre deudor y acreedores. Solamente por un convenio unánime, lealmente cumplido, sería posible llegar a un término en este negocio, tal como lo desean ustedes y los señores acreedores que con ustedes están de acuerdo".

"El señor Silva tiene un pasivo que, reducido a papel moneda, es de $ 207.064, y un activo en mercancías y valores efectivos de $ 163.292; el déficit es, en consecuencia, de 43.772. Pero entre los acreedores los hay privilegiados, en virtud de un artículo disparatado introducido en una ley que conculcó los principios de equidad y justicia establecidos en el Código Civil (artículos 2.508 y 2.509), y que son los admitidos en el mundo civilizado; y ha dispuesto que los documentos privados tengan prelación, después de las escrituras públicas, que entre ellas no la tienen, por el orden de las fechas del registro, reconocimiento o protocolización de tales documentos privados. Tal artículo es el 36 de la ley 57 de 1887. Según éste los acreedores del señor Silva, por documentos privados, deben formar una escala, después de los que tienen escritura pública, entrando aquéllos y no éstos, por el orden de su fecha respectiva".

Este malhadado artículo debía causar la perdición de Silva, porque mientras no hiciera entrega formal de sus bienes y recibiera sus obligaciones canceladas, resultaba imposible buscar alguna ocupación; siempre tendría la amenaza de verse perseguido. La mayoría de los acreedores, por su parte, exigía que, dentro de un arreglo extrajudicial, se prescindiera de la absurda norma y se repartiera el activo a prorrata de los créditos. Como el déficit era de un 20%, aproximadamente, sólo recibirían en mercancías u otros valores un 80% de las deudas. Pero daba la desgraciada coincidencia de que precisamente las obligaciones que estaban respaldadas con la firma del señor Uribe, gozaban de prelación sobre las demás, por las fechas en que habían sido registradas, de tal manera que el fiador estaba seguro que dentro del concurso de acreedores, promovido judicialmente, serían cubiertos esos créditos en su totalidad y él no tendría que responder por suma alguna, al paso que el arreglo extrajudicial, le sería desventajoso.

Por eso, en vano, Silva suplicaba al señor Uribe que aceptara ese arreglo, que aun cuando lo dejaba en la más completa ruina, le aseguraba un poco de paz y tranquilidad. El señor Uribe, sin embargo, más interesado en evitarse perjuicios, que en acceder a las súplicas del poeta, continuaba en su implacable persecución. Lo que más indignación produjo a Silva fue la insinuación hecha por Uribe, en alguna de sus cartas, de que él tenía existencias de mercancías ocultas y la amenaza de una acción criminal .

"Al leer su carta de 14 de septiembre —dice Silva a Uribe—, y antes de comenzar a escribir esta, me recogí en mí mismo y procedí a un examen de conciencia teniendo a la vista (le hablo a usted muy en serio) un *Manual de examen de conciencia* (el de un jesuíta católico) ; la *Etica,* de Baruch de Spinoza (un filósofo panteísta) ; la *Moral evolucionista,* de Heriberto Spencer (un pensador que sin inquietarse de teogonías, que los exégetas laicos han reducido a su valor normal, estudiadas con los métodos modernos de análisis, funda la noción del deber en el reconocimiento

de lo incognoscible como incognoscible, como la fundaba Littré, y en la doctrina de la evolución). Leí, me examiné, resucité mi pasado, recordándolo día por día, desde la aparición de mi conciencia. No encontré nada que hubiera cometido, ningún hecho que de acuerdo con esas tres visiones distintas del deber humano, fundadas en tres concepciones antitéticas de la divinidad, revistiera el carácter de transgresión grave de la ley moral, que es lo que constituye el CRIMEN, que castigan los jueces en nombre de la sociedad que los comisiona para castigarlo, y de ese examen de conciencia y de la segunda lectura de la apreciable de usted, saqué esta resolución: Voy a escribir al señor Guillermo Uribe una carta en que me deniegue abiertamente a proceder de acuerdo con sus ideas que son irrealizables y en que le proponga un proyecto que admite, voy a retarlo para que denuncie mis crímenes, porque tengo seguridad de no haber cometido ninguno".

"Fuera de algunos volúmenes de mi biblioteca, sin valor material (pues los que valían los entregué ya a mis acreedores), de seis vestidos negros muy usados, de veinte pares de botines ingleses, de mi reloj, de un anillo de oro, de un prendedor de corbata y de una cartera con $ 50, no tengo nada, *absolutamente nada,* sino la cabeza y las manos para trabajar. Pueden perseguirme el juez del crimen y todas las autoridades civiles y judiciales de la República de Colombia, que se llevarán un chasco formidable. Yo no he puesto nada *aparte,* como lo deja usted comprender en su grata de 8 de los corrientes".

"¿Cree usted que no tengo interés en tener en mis manos los cuatro pliegos de papel sellado en que usted escribió su nombre cerca del mío y que me han costado un año de angustias y de desengaño cruel, respecto de una de mis mejores creencias, los cuatro pliegos de papel sellado que pueden echar a tierra mi porvenir y que han hecho que el mejor amigo de mi padre me amenace con un proceso criminal y que me han hecho escribir esta carta, a mí, que desprecio profundamente las fortunas mal adquiridas y que puedo

mirar de frente a cualquiera, sin tener por qué humillarme?..."

"Yo no sé qué resolverá usted al leerla. En la parte que va a hacerlo a usted considerarme como el más grande de los ingratos y de los cínicos, he cedido a la presión que usted venía ejerciendo sobre mí hacía un año. Yo no quería hablar y usted me ha hecho hablar. He cedido a la necesidad de decir todo lo que había lastimado su proceder conmigo, al sentimiento que canta la vieja copla de

Por amarga la verdad
quiero echarla de la boca.

"Usted dará una prueba de grandeza de alma y de superioridad y de firmeza en sus creencias de cristiano, si dejando a un lado el desagrado producido por mi claridad y por mi franqueza, que necesitaba usar para situar los hechos en el terreno preciso, se ocupa de la parte comercial de ella, la medita y procede de acuerdo con mis ideas".

"Si usted rehusa mi propuesta proceda al denuncio del crimen. Yo no tengo abogados hábiles que me dirijan, como usted me dice en su grata última, por dos razones: 1ª Porque no tengo con qué pagarlos. 2ª Porque no los necesito. Si usted me ataca judicialmente no me defenderé; si he delinquido, quiero ser castigado y pagar mi deuda a la sociedad en que vivo".

"Para ese caso, sólo tengo una súplica que hacerle: Como al atacar a un adversario en duelo se le grita *¡En guardia!*, deme usted aviso muy sucinto, muy breve, indicándome donde debo remitir mi primera declaración, para que se inicie el proceso".

"De Ud. atto. SS. y amigo, QBSM.,

José A. Silva".

No tengo idea sobre el efecto que al señor Uribe produjo este largo y dramático alegato de Silva, pero en todo caso, a juzgar por la copia de la correspondencia posterior, él no detuvo la acción de los acreedo-

res, que siguieron persiguiéndole como a un animal herido. Ya no sólo las personas extrañas, sino hasta su propia familia interviene en el proceso. Su abuela, doña Mercedes Diago de Gómez, dama acaudalada, había respaldado con su firma alguna deuda, que se vio obligada a pagar. Inmediatamente inicia una acción judicial y promueve el embargo de los bienes, ya entregados y secuestrados por otros acreedores. En carta de 27 de noviembre de 1892, dirigida a su primo Enrique Villar, le ruega Silva que venga a Bogotá a intervenir en ese asunto. "No admito, dice, ni el barro, ni el fango, en que me envuelve el que mi abuelita aparezca ejecutándome y denunciándome bienes para el pago, como a un pillo que se deniega a atender sus compromisos".

De todas las personas que lo rodean, sólo hay una, siempre lista a darle su apoyo, a sacrificar hasta el último centavo de su patrimonio por él, es su madre, doña Vicenta Gómez. Y sea esta la ocasión de rectificar un erróneo e injusto juicio, sobre la personalidad de la madre del poeta, que Alberto Miramón acoge en su libro sobre Silva, de acuerdo con el cual, hubiera ella tenido una extrema inclinación al dinero y un espíritu egoísta. Nada más inexacto. Nacida y educada dentro de lo que podría considerarse en aquella época como un medio opulento, supo soportar, con un recio temple, que indicaba las calidades de su raza, la miseria y el infortunio. Todo el patrimonio que había heredado de su madre y de su marido, se lo entregó a Silva, para responder de sus deudas, sin que jamás hubiera salido de sus labios una queja o un reproche. Aun antes de morir Silva, trabajando en algunas de las pocas ocupaciones que podían ejercer las mujeres en esos tiempos, sin mengua de su decoro, ayudó a éste a soportar las pesadas cargas que sobre él habían caído. Fue un espíritu de extraordinaria fortaleza, pero tuvo un corazón de generosidad sin límites. Quienes la conocieron y aún viven, pueden dar testimonio de ello.

Las postrimerías del año de 1893, marcan el final de las actividades comerciales de Silva; los acree-

dores, seguramente, convinieron al fin en repartirse los despojos de su quiebra y él, que debió medir, en toda su integridad, las consecuencias de esa catástrofe, tuvo que resignarse a buscar sus medios de subsistencia en el desempeño de una modesta función burocrática.

Es difícil, después de cincuenta años, medir la repercusión que sobre Silva tuvo su desastre comercial, porque para ello sería necesario situarnos en el ambiente de Bogotá de fines del siglo pasado. Sólo dos o tres bancos ejercían las funciones del crédito y ellos estaban dirigidos por un reducido grupo de gentes adineradas, sin cuya aquiescencia era imposible conseguir un préstamo. Como no existían las industrias, fuera del comercio y la agricultura, eran pocas las actividades a que los ciudadanos podían dedicarse. Silva, posiblemente no ambicionaba la riqueza, pero sí las cosas que con ella se podían adquirir. El, de tan depurado y exquisito gusto en su obra poética, no había podido sustraerse al snobismo *fin de siglo* que predominaba en el mundo, y especialmente en Francia. Gustaba de vestirse bien, tal vez en forma exagerada para la época, amaba las obras de arte, las joyas, las ediciones de lujo, los cigarrillos turcos, el té chino. Austero en su vida afectiva, vivía obsesionado con el lujo, como lo demuestra la confesión que por boca de su héroe, José Fernández, hace en su novela *De sobremesa*. Más que en sus capacidades como escritor o como poeta, creía y confiaba en su habilidad como hombre de negocios y como capitán de grandes empresas. Con su quiebra todos aquellos sueños de lujos y de grandezas quedaban irremisiblemente cancelados. En esa lucha, de detalles minúsculos pero gigantesca, entre él y sus acreedores, en que había agotado, según él, los mejores cinco años de su vida, aquéllos habían terminado por triunfar. La sociedad no le perdonaría jamás su derrota. Era un gran vencido.

La influencia que sobre la obra literaria de Silva tuvieron sus infortunios materiales, es indiscutible. Las mejores poesías de Silva fueron escritas a partir del año de 1887, especialmente entre 1890 y la fecha

de su muerte. Es un misterio cruel de la naturaleza, pero las obras maestras del espíritu sólo pueden engendrarse dentro del dolor. Sin la muerte de Elvira Silva, que tan profundamente conmovió la sensibilidad del poeta, la más grande de sus poesías, el *Nocturno,* jamás se hubiera escrito. Silva, heredero de una cuantiosa fortuna, viviendo dentro de la riqueza y el lujo, que él tan apasionadamente ambicionaba, seguramente no hubiera dado a sus estrofas el amargo y humano acento que las han hecho inmortales.

Esta simple historia de su infortunio comercial, que tan detalladamente dejó él narrada en las cartas que dejo transcritas, da una explicación, menos ideal quizá, pero más ajustada a la realidad, de los motivos que lo impulsaron a buscar la muerte. Tuvo la esperanza de sobrevivir a su desastre y logró obtener un nombramiento como secretario de la Legación de Colombia en Caracas, a donde se trasladó el año de 1894; el exiguo sueldo apenas le alcanzaba para atender, en forma modesta, a su subsistencia y enviar algo a su madre y hermana, que habían quedado en Bogotá. Allí también tuvo la obsesión de los negocios, y propuso a algunos amigos combinaciones de cámbio con moneda venezolana, pero ya nadie creía en él, nadie tenía confianza en sus habilidades comerciales. Regresó a Bogotá un año después y, todavía con energías para iniciar algún negocio, instaló una fábrica de baldosas de cemento. Este fue su último esfuerzo. Allí también fracasó, porque los bogotanos preferían los pisos de ladrillo y de guijarros, a las modernas fantasías que él producía.

Los pocos créditos que con gran dificultad había obtenido para su industria, se hicieron exigibles. De nuevo iba a empezar la persecución, pero ya no tuvo ni el coraje ni la decisión para resistirla. El 24 de mayo de 1896, cuando deliberadamente abandonó la vida, dejó en su cartera un billete de diez pesos papel moneda: era todo lo que le quedaba de su patrimonio.

Observa Rilke, en su admirable estudio sobre Rodin, que "la fama no es definitiva, sino la síntesis de

todas las incompresiones que se acumulan en torno de un nombre nuevo". Nadie como Silva fue víctima de ellas. Sobre su persona y sobre su obra, se acumularon las más absurdas leyendas, las más ridículas fantasías; el tiempo ha ido depurando unas, rectificando otras. Quizá los sencillos datos recogidos en estos apuntes desvanecerán muchos mitos heroicos forjados en torno del poeta, pero harán más clara, comprensible y humana su personalidad atormentada.

INDICE

Págs.

CENIZAS

VERSOS VARIOS

GOTAS AMARGAS

Págs.

PROSAS

TRASPOSICIONES

CORRESPONDENCIA

Cartas de José Asunción Silva

ESTA EDICION DE LAS

OBRAS COMPLETAS DE JOSE ASUNCION SILVA

HA SIDO REALIZADA POR EL BANCO DE LA REPUBLICA COMO HOMENAJE A LA MEMORIA DEL POETA BOGOTANO EN EL PRIMER CENTENARIO DE SU NACIMIENTO. ACABOSE DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES TIPOGRAFICOS DEL BANCO EL DIA 27 DE NOVIEMBRE DE MCMLXV.

LA COMPILACION Y REVISION DE LOS TEXTOS ESTUVO A CARGO DE DON ALBERTO MIRAMON Y DE DON CAMILO DE BRIGARD SILVA.

DE ESTA EDICION SE HAN TIRADO TRES MIL EJEMPLARES, DE LOS CUALES CIEN NUMERADOS Y FUERA DE COMERCIO EN PAPEL EGG SHELL.